

# CUADERNOS DE HISTORIA 44

ISSN - 0716-1832



DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE CHILE

JUNIO, 2016

CUADERNOS DE HISTORIA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
Fundada el 19 de noviembre de 1842

UNIVERSIDAD DE CHILE

Avda. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025  
Ñuñoa. Santiago de Chile  
e-mail: c\_histor@uchile.cl  
Teléfono: (56-2) 229787031

DIRECTOR RESPONSABLE: Osvaldo Silva Galdames (Universidad de Chile)

SECRETARIO DE REDACCIÓN: Sergio Grez Toso (Universidad de Chile)

COMITÉ EDITORIAL

Alan Angell (Latin American College, Oxford. Inglaterra)  
Fernando Cajías de la Vega (Universidad Mayor de San Andrés, La Paz. Bolivia)  
Eduardo Cavieres Figueroa (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Chile)  
Marcello Carmagnani (Fondazione Luigi Einaudi, Turín. Italia)  
Carlos Alberto Contreras Carranza (Pontificia Universidad Católica del Perú.  
Perú)  
Josep Fontana (Universidad Pompeu Fabra, Barcelona. España)  
Cristián Guerrero Yoacham (Universidad de Chile)  
Brian Loveman (San Diego State University. Estados Unidos)  
Pedro Martínez Lillo (Universidad Autónoma de Madrid. España)  
Luis Ortega Martínez (Universidad de Santiago de Chile)  
Luis Alberto Romero (Universidad de Buenos Aires. Argentina)  
Gabriel Salazar Vergara (Universidad de Chile)  
Sergio Villalobos Rivera (Universidad San Sebastián. Chile)

CONSEJO ASESOR EDITORIAL

Raúl Buono-Core Varas (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Chile)  
Hernán Cortés Olivares (Universidad de La Serena. Chile)  
Javier Fernández Sebastián (Universidad del País Vasco, Bilbao. España)  
Luis A. Galdames Rosas (Universidad de Tarapacá. Chile)  
Sergio Guerra Vilaboy (Universidad de La Habana. Cuba)  
Asunción Lavrin (Arizona State University. Estados Unidos)  
Zvonimir Martinic Drpic (Universidad de Chile)  
Luis Millones Santa Gadea (Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Perú)  
Carmen Norambuena Carrasco (Universidad de Santiago de Chile. Chile)  
Guillermo Palacios y Olivares (El Colegio de México. México)  
Pedro Pérez Herrero (Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares. España)  
Pablo Rodríguez Jiménez (Universidad Nacional de Colombia. Colombia)

*Traducciones:* Azun Candina P. (Universidad de Chile)

*Composición y corrección de textos:* Reditext. Teléfono: 22 239 9194

*Impresión:* gráfica LOM. Fono-fax: 22 672 2236

# CUADERNOS DE HISTORIA 44

Santiago de Chile

Junio de 2016

---

## SUMARIO

### *Estudios*

- Desde el Titicaca hasta el Guayrá: El gran viaje de Santo Tomás según dos cronistas ..... 7-27  
*Marcela Pezzuto*
- De los jesuitas a la administración de las Temporalidades. El patrimonio de la Compañía de Jesús y la fuerza de trabajo esclava en el Río de la Plata (fines del siglo XVIII) ..... 29-56  
*María Valeria Ciliberto*
- Reflexiones sobre el vínculo entre movimiento obrero e izquierda en Argentina. El caso metalúrgico entre 1916 y 1943 ..... 57-79  
*Hernán Camarero y Diego Ceruso*
- Política internacional y política doméstica en Gabriel Gonzalez Videla, 1946-1952. La sombra de la guerra fría ..... 81-100  
*Cristián Garay Vera, Ángel Soto y Valeska Troncoso*
- Historia e historiografía del anarquismo en Chile (1980-2015) ..... 101-137  
*Eduardo A. Godoy Sepúlveda*
- La crítica de Henri Marrou al *positivismo histórico* El retorno del sujeto en la elaboración del saber histórico ..... 139-181  
*Rodrigo Ahumada Durán*

## **Reseñas**

Freddy Timmermann

*El gran terror. Miedo, emoción y discurso. Chile, 1973-1980* ..... 185-187  
(Pablo Aravena Núñez)

Benjamín Silva (Compilador)

*Historia social de la educación chilena, Tomo I, Instalación auge y crisis de la reforma alemana. Agentes escolares* ..... 188-191  
(Iván Núñez Prieto)

François Dosse

*El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades* ..... 192-195  
(Daniel Ovalle Pastén)

Leonora Reyes Jedlicki

*La escuela en nuestras manos, Las experiencias educativas de la Asociación General de Profesores y la Federación Obrera de Chile (1931-1932)* ..... 196-197  
(Iván Núñez Prieto)

Ignacio Vidaurrázaga

*Martes once. La primera resistencia* ..... 198-201  
(Eduardo Téllez Lúgaro)

Revista *Cuadernos de Historia* está indexada en:

- ABC CLIO LIBRARY (U.S.A)
- ERIH PLUS
- HAPI (HISPANIC AMERICAN PERIODICAL INDEX)
- HISTORICAL ABSTRACTS
- I2OR (INTERNATIONAL INSTITUTE OF ORGANIZED RESEARCH)
- LATINDEX CATALOGO
- SCIELO-CHILE



# ESTUDIOS



# CUADERNOS DE HISTORIA 44

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2016: 7-27

---



## DESDE EL TITICACA HASTA EL GUAYRÁ: EL GRAN VIAJE DE SANTO TOMÁS SEGÚN DOS CRONISTAS

Marcela Pezzuto\*

**RESUMEN:** La estrecha relación entre la orden de San Ignacio de Loyola y la difusión de la presencia del apóstol Tomás peregrinando por América nos ha llevado a analizar el tratamiento dado a la cuestión por el jesuita Ruíz de Montoya. En *Conquista Espiritual* observamos cómo el narrador detiene el relato de los sucesos vividos por los misioneros en la tarea evangelizadora para dedicarle especial atención al pasaje del Santo por tierras del Perú, del Brasil y del Paraguay. A su vez, el cronista andino Guamán Poma de Ayala refiere a la misma tradición del Apóstol con ciertos matices que no corresponden a la retórica empleada con fines de reivindicación indígena.

**PALABRAS CLAVE:** viaje, jesuita Montoya, Andes, Guamán Poma.

### *FROM TITICACA TO GUAYRÁ: SAINT THOMAS'S GREAT JOURNEY ACCORDING TWO CHRONICLERS*

**ABSTRACT:** *The close relationship between the Jesuit Company and the spreading of the presence of Santo Tomás as a pilgrim in America, has led us to analyze the way that Montoya treats this subject. In "Conquistadores Espiritual" we see how the narrator stops the story about the evangelization tasks to focus on Santo Tomás' pilgrimage through Peru, Brazil and Paraguay. Also Guamán Poma de Ayala refers to the same tradition with such characteristics that are not substantially different to Montoya. For that reason both writers may be using rhetorically the picture of Santo Tomás for vindication purposes.*

\* Doctora en Historia. Pontificia Universidad Católica Argentina "Santa María de los Buenos Aires". Correo electrónico: marcelapezzuto@gmail.com

*KEY WORDS: Journey, jesuítas Montoya, Andes, Guamán Poma.*

Recibido: septiembre 2014

Aceptado: enero 2016

## *Introducción*

El precepto evangélico del último capítulo del evangelio de San Marcos: *Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae*<sup>1</sup> generó una fuerte adhesión y la firme creencia de que deberían repetirse en América las experiencias que los discípulos de Cristo habían tenido en Oriente. Numerosas son las crónicas en las que se menciona la presencia del apóstol Santo Tomás (o de manera semejante San Bartolomé<sup>2</sup>) en territorio americano, antecediendo no solo a la conquista española, sino también al descubrimiento colombino. Las apariciones de santos milagrosos modificaron en cierta medida las creencias indígenas pues, aceptándolos o rechazándolos, los aborígenes conservaron en el recuerdo el pasaje de apóstoles y vírgenes.

Más allá de evaluar dichas visitas apostólicas a la luz de diversas pujas de poderes entre ámbitos religiosos y políticos, o representando creencias religiosas que aglutinaban a los indígenas; lo cierto es que no puede dejar de considerárselas a la luz de los ideales utópicos de la época, es decir, la tradición cristiana de rasgos humanistas trasladada a América desde el Viejo Continente por órdenes religiosas y por civiles. Así, los ideales utópicos que impregnaban el ambiente europeo del siglo XVI generaron una literatura sobre descubrimientos geográficos, regiones exóticas, nuevos comienzos sociales en espacios “felices” con abundancia de bienes materiales, entre otros atributos. Las ideas platónicas que sirvieron de germen a los postulados utópicos invadieron los ámbitos religiosos y sus escritores abrazaron aquellos conceptos al momento de concretar la evangelización del Nuevo Mundo. A ninguna de las órdenes llegadas al territorio americano les resultó ajeno el pensamiento de que en tierras novomundistas podría instalarse una nueva cristiandad; una comunidad novel que rescatara los ideales de los primigenios tiempos cristianos<sup>3</sup>. Es así

<sup>1</sup> Marcos 16, 15-20.

<sup>2</sup> Haremos más adelante una detenida explicación acerca del cambio onomástico cuando nos refiramos a la versión del tema que posee el cronista andino Felipe Guamán Poma de Ayala (Cfr. nota 25).

<sup>3</sup> Vasco de Quiroga. “La utopía en América”, *Historia* 16 Madrid, 1992.



como agustinos, dominicos y jesuitas, por citar algunos, produjeron textos en los cuales se hacía mención de creencias indígenas que referían a un pretérito catolicismo. Esos relatos, en última instancia, constituyeron búsquedas audaces de hallar en las religiones indias signos precursores del cristianismo.

Las señales dejadas por un discípulo de Cristo como marcas visibles, sumado a la tradición oral de su pasaje por territorio americano asombró a los religiosos, lo cual corroboraba la idea de que no solamente el Nuevo Mundo era un espacio elegido por Dios, sino que, gracias a la acción evangelizadora de los religiosos, podría llegar a transformarse en la plasmación de los ideales de una nueva sociedad cristiana y feliz. La asimilación de los dioses tutelares o dioses civilizadores de las religiones amerindias con figuras de apóstoles cristianos<sup>4</sup> (tal el caso de Quetzalcoátl en México o de Viracocha en el Perú) sigue el mismo esquema de identificación. Esa simbiosis, producto del encuentro de creencias, tiene como notable exponente al apóstol Santo Tomás quien hizo sus apariciones en la zona del lago Titicaca (curiosamente en el mismo sitio en donde se ubica el mito de creación de los incas). Más allá de que diversos cronistas hayan dado cuenta de la presencia del Santo en casi toda América (desde México hasta Paraguay), será en la región de Copacabana donde se lo vincula particularmente<sup>5</sup>. Tanto jesuitas como agustinos fueron esforzados cronistas que se empeñaron en comprobar la presencia del discípulo de Cristo en América. El argumento consistía en lo siguiente: así como Santo Tomás *había*

<sup>4</sup> Los diversos nombres que recibió Santo Tomás indicarían esa interesante asimilación de creencias paganas y cristianas. Los jesuitas y guaraníes lo llamaron **Pay Zumé** que fue modificado por el P. Nóbrega a **Thomé**. También recibió el nombre de **Pay Abaré** que significa “hombre casto”. Este mismo nombre fue dado por los guaraníes a los misioneros y a aquellos indios predicadores que habían peregrinado por los pueblos.

**Mairapé**, “el hombre blanco”, es otro nombre otorgado por los indígenas a Santo Tomás, “porque hasta entonces no había aportado a su país otro hombre de su color”. Y **Tunupa** fue convertido en un apóstol anónimo que luego se identificó con Santo Tomás.

El agustino Ramos Gavilán es quien describe la mayor cantidad de nombres que recibió el Santo: **Tunupa** (“gran sabio y Señor”), **Taapac** (“hijo del Criador”) y él mismo lo llama “protomártir de las Indias”. Sin embargo, Ramos Gavilán entra en contradicción cuando refiere: *El Licenciado Bernabé Sedeño, Cura y Beneficiado de Carabuco, (...) me vino a decir, había hallado, que el nombre de Tunupa, de que hoy usan los Indios nombrando al Santo milagroso, que habían visto sus antepasados, era verdaderamente nombre de un gran Mago, o hechicero contrario al Santo. (...) así este Santo Discípulo tenía por adversario a Tunupa, y que los indios confundían el nombre...* (Ramos Gavilán, Alonso, *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros e invención de la cruz de Carabuco*, La Paz, Academia boliviana de la Historia, 2° edic. según impresión príncipe de 1621, 1976, p. 41).

<sup>5</sup> El cronista jesuita Antonio Ruíz de Montoya dará otra versión de la aparición de Santo Tomás y lo ubica llegando a tierra americana (más precisamente a Brasil) desde la costa africana.

*predicado a los gentiles supra Gangem, bien podía interpretarse como más allá de América, puesto que en los siglos XVI y XVII prevalecía la creencia de que Asia y América eran una sola pieza. Al dirigirse hacia el oeste por tierra, a través de las llanuras de América del Norte, se pensaba llegar a la India o a la China*<sup>6</sup>.

En el presente trabajo estudiaremos dos textos del siglo XVII que se vinculan directamente con la tradición del Apóstol en la región del Titicaca, virreinato del Perú. Uno de ellos es *Conquista Espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*<sup>7</sup> (1639) de Antonio Ruíz de Montoya. Obra particularmente interesante porque a través de la figura de Santo Tomás se reflejan los ideales de la Compañía, los móviles de la evangelización y los vínculos con el pensamiento utópico. El segundo texto que estudiaremos es *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*<sup>8</sup> (1615) de Felipe Guamán Poma de Ayala. Sin embargo, a pesar de que nos centraremos en los dos textos mencionados resulta imposible estudiar la presencia de Santo Tomás sin referirse a los textos fundadores: las obras de fray Alonso Ramos Gavilán<sup>9</sup> y de fray Antonio de la Calancha<sup>10</sup>. Los agustinos (orden a la que pertenecían los dos religiosos) por circunstancias históricas se relacionaron tempranamente con las creencias religiosas de la zona del Titicaca. Las primeras campañas de evangelización que se llevaron a cabo en la región del santuario de Copacabana tuvieron como protagonistas en primer lugar a los dominicos, quienes, luego, fueron reemplazados por los agustinos, para pasar finalmente a los jesuitas quienes se encargaron de realizar estrictas campañas de extirpación de idolatrías ayudados por el virrey Francisco de Toledo. Es así como, con la intención de controlar la idolatría, se retomó la tradición oral que refería a Santo Tomás y se internalizó el culto al Apóstol y a la Virgen de la Candelaria<sup>11</sup>.

<sup>6</sup> Lafaye, Jacques, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*. México, F.C.E., 1984, pp. 60-61.

<sup>7</sup> Ruíz de Montoya, Antonio, *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias de Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, Equipo Difusor de Est. de Historia Iberoamericana, Rosario, 1989.

<sup>8</sup> Guamán Poma de Ayala, Felipe, *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*, México, Siglo XXI, 1987.

<sup>9</sup> Ramos Gavilán, Alonso, op. cit.

<sup>10</sup> Calancha, Antonio de la, *Crónica moralizada de la orden de San Agustín en el Perú*, (1638), Ed. de Ignacio Prado Pastor, Lima, 1974-81.

<sup>11</sup> Gandía, Enrique, "La expansión del cristianismo en las tierras nuevas", *Revista Geográfica Americana*, N° 149, Año XIII, Vol. XXV, febrero 1946.

La historia de la visita de apóstoles a América comenzó a circular a mediados del siglo XVI y la mención más antigua corresponde a tripulantes de navíos portugueses. Luego, en una carta de 1538 escrita por el Comisario franciscano fray Bernardo de Armentía al Oidor del Consejo de Indias, Juan Bernal Díaz de Lugo, se relata una antigua tradición que hablaba del apóstol Santo Tomás y de un indio llamado Etiguará en tiempos previos a la conquista de los españoles. En 1549, el jesuita Manuel de Nóbrega<sup>12</sup> en una carta dirigida a Navarro Martín de Azpilcueta desde San Salvador de Bahía de Todos los Santos refería que allí, en Brasil, se conservaba el recuerdo de la predicación de Santo Tomás. Autores como fray Fernando Teresa de Mier en México, el P. Lozano en su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*; los jesuitas Rivadeneyra, Francisco de Mendoza, Nicolás del Techo con su *Historia provinciae paracuariae*, Simón de Vasconcellos con *Crónica da Companhia de Jesus, do estado do Brasil*, entre otros, han mencionado la presencia del Apóstol en sus obras<sup>13</sup>.

La tradición del paso de discípulos de Cristo por América podría explicarse considerando la presencia de hechiceros que recorrían los diversos pueblos aconsejando y profetizando. El recuerdo que guardaban los indios de esos predicadores rápidamente fue asimilado por los religiosos con la presencia de apóstoles cristianos. Los jesuitas fueron quienes más se empeñaron en encontrar en los ritos indígenas elementos que pudieran facilitar la asimilación al cristianismo. De hecho, *la práctica misionera de los jesuitas se fundaba, en último análisis, sobre el postulado de que la ignorancia invencible de Dios no existe en ninguna población; así pues, el papel de los misioneros consistía en desarrollar aquel germen innato*<sup>14</sup>.

Por otro lado, es cierto que el argumento esgrimido por algunos religiosos (por ejemplo, fray Servando Teresa de Mier) sobre el pasaje del Apóstol en el Nuevo Mundo sirvió como elemento en contra de la política y los derechos españoles. Puesto que, si quedaba demostrada la presencia de Santo Tomás en las nuevas tierras, sería el papado quien tendría derechos sobre los reyes españoles y también los jesuitas tendrían mayores beneficios por sobre las otras órdenes, ya que el Apóstol había profetizado que en el futuro llegarían los

<sup>12</sup> *Un jesuita del Brasil, el padre Nóbrega, ha descrito de manera conmovedora una peregrinación en que él mismo y sus compañeros siguieron, con todo un clan de indios encabezados por el cacique y su mujer, las huellas consideradas milagrosas del apóstol Santo Tomás...* (Lafaye, Jacques, op. cit., p. 60).

<sup>13</sup> Gandía, Enrique, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Madrid, J. Roldán y Cía. ed., 1929.

<sup>14</sup> Lafaye, Jacques, op. cit., p. 61.

discípulos de San Ignacio de Loyola para convertir a los indios<sup>15</sup>. Por otro lado, esta preeminencia de la orden jesuítica cobra mayor fuerza por el desempeño<sup>16</sup> que tuvieron en la región del Titicaca.

La estrecha relación entre la orden de San Ignacio de Loyola y la difusión de la presencia de Santo Tomás peregrinando en América (más allá de la notoria importancia que al respecto les cupo también a los agustinos) fue el móvil que nos condujo a analizar el tratamiento dado a la cuestión por el jesuita Ruíz de Montoya. En *Conquista Espiritual* observamos cómo el narrador detiene el relato de los sucesos vividos por los misioneros en la tarea evangelizadora para dedicarle especial atención al pasaje del Apóstol por tierras del Perú, del Brasil y del Paraguay.

### *Dos autores y un tema*

Antonio Ruíz de Mendoza nació en Lima en 1585. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1606 y poco tiempo después fue incluido en el grupo de misioneros que el P. Diego de Torres reclutaba para ir a la recientemente creada Provincia jesuítica del Paraguay. Ruíz de Montoya fue misionero en el Guayrá entre los años 1612 y 1622. Luego entre 1622 y 1634 fue designado Superior de esas misiones y desde 1637 hasta 1638 fue Superior de todas las reducciones. Hacia fines de 1631 realizó la evacuación del Guayrá emigrando hacia el sur con los indios de Loreto y de San Ignacio. Las tensiones que existían entre las comunidades guaraníes afectadas por los encomenderos a los que se sumaban las violentas malocas de bandeirantes portugueses y tupíes impulsaron a Montoya a un penoso traslado de las poblaciones. Precisamente a raíz de los continuos ataques de los bandeirantes al Itatin y al Tape fue que el P. Ruíz de Montoya y el P. Francisco Díaz Taño viajaron a Madrid como Procuradores

<sup>15</sup> Gandía, Enrique, op. cit., pp. 227-241.

<sup>16</sup> *Hacia 1589 los agustinos se hacen cargo de la región de Copacabana, reemplazando a los dominicos, los primeros en llegar a la zona. Pero en 1609 el jesuita Francisco de Ávila escribe una carta al Rector de la Compañía de Jesús diciendo que a pesar de los esfuerzos de la Iglesia (léase de los agustinos), persistían las antiguas creencias. El Arzobispo Lobo Guerrero acusó a los indios de apostasia y de que habían instituido un sistema clandestino que continuaba con las antiguas prácticas. Las autoridades eclesiásticas encomendaron a Francisco de Ávila y a los jesuitas el inicio de una nueva campaña de extirpación de idolatrías. Como resultado se dieron las "Visitas de Idolatrías". Ávila fue nombrado "Inspector General de Idolatría". Y así se inició una gran cruzada religiosa en los Andes: todas las provincias fueron inspeccionadas, mucha gente acusada, interrogada y castigada* (Salles-Reese, Verónica, *De Viracocha a la Virgen de Copacabana*, Austin, Univ. of Texas Press, cap. 4, p. 134).

ante la corte española representando a los indios en un intento por resolver la situación. Fue allí en España que redactó *Conquista Espiritual* junto con otras tres obras lingüísticas: *Tesoro de la lengua guaran* (1639), *Arte y vocabulario* (1640) y *Catecismo* (1640).

*Conquista Espiritual* refleja, por un lado, el esfuerzo misional, el denuedo por difundir la fe y, por el otro, una gran comprensión del aborigen y una valorización de su cultura. La narración de los hechos contenidos en esta obra abarca el período de 1610 a 1637 y en él Montoya incluye las posiciones de autoridades, de vecinos españoles, de paulistas, de indios y de sacerdotes<sup>17</sup>. Esta crónica presenta *un gran alegato y expone la labor realizada por los misioneros entre los guaraníes, y sobre todo, pone de manifiesto la gravedad de los abusos cometidos contra ellos por los bandeirantes*<sup>18</sup>. De hecho, la demanda de justicia impregna la obra que se encuentra marcada por un tono de denuncia. Su estilo une características cronísticas con el discurso propio empleado por los provinciales en las *Cartas Anuas*. Pero más allá de toda catalogación esta obra constituye la primera crónica de la evangelización de los guaraníes. La voz del narrador es la del testigo partícipe del proceso evangelizador y por ello en varios pasajes presenta características autobiográficas. Sin perder de vista todo el texto, para llevar a cabo este estudio, haremos un recorte de los capítulos XXI a XXVI<sup>19</sup> en los que el P. Ruíz de Montoya narra la presencia y la prédica del apóstol Santo Tomás en América.

Felipe Guamán Poma de Ayala es el otro autor del que nos ocuparemos. Peruano también y contemporáneo del jesuita, constituye un interesantísimo contrapunto por la perspectiva con la que encara la descripción del santo y desde los objetivos que lo condujeron a incluirlo en su obra. *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno* es un texto complejo que, al igual que sucede con el de Montoya, no se lo puede catalogar solamente como crónica. A través de *Nueva Corónica*, Guamán Poma ha dejado testimonio de la compleja vida multicultural de la colonia y comparte con el texto de Montoya un fuerte alegato en defensa de los aborígenes. En sus páginas se observa, además, una directa y cruda denuncia de los estamentos político, administrativo y religioso (debemos decir que la orden de los jesuitas constituye una excepción en el

<sup>17</sup> Ruíz de Montoya, Antonio, *Conquista espiritual del Paraguay*, Estudio y notas Dr. E. Maeder, Rosario, Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana, 1989.

<sup>18</sup> Ruíz de Montoya, A., op. cit., p. 17.

<sup>19</sup> Ruíz de Montoya, A., op. cit., pp. 113 a 129.

concepto que guarda Guamán Poma de aquellos<sup>20</sup>). La presencia del Apóstol en su obra se encuentra en el capítulo titulado *Milagro de Dios* y se encuentra en las páginas 86 a 89<sup>21</sup>.

Felipe Guamán Poma de Ayala, indígena descendiente de la dinastía Yarovilca Allauca Huánuco por parte de su padre y descendiente de la dinastía Inca por parte de su madre, fue un reconocido andino hispanohablante, ladino (es decir, indio que hablaba español y vivía en la zona de contacto entre la temprana sociedad colonial española y la sociedad nativa –considerado como categoría cultural y no como clase social<sup>22</sup>–). Pocos datos biográficos se conservan más allá de los que él mismo proporciona en su obra y escasas alusiones indirectas a pleitos, interpretaciones, etc. que figuran en documentos históricos. Se sabe que participó en campañas de extirpación de Lucanas, desempeñando tareas de asistente junto al visitador Cristóbal de Albornoz en contra del movimiento *taki unguay*. Fue educado desde la juventud por su hermanastro sacerdote, Martín de Ayala, y el propio Guamán Poma declara haberse formado en bibliotecas y palacios de virreyes y arzobispos<sup>23</sup>, sitios propicios para adquirir los criterios necesarios que lo llevaron a elaborar un programa ideológico y, en definitiva, polémico que pretendía reemplazar la política colonial imperante. Guamán Poma es uno de los primeros indios que abrió el debate en cuanto a la conquista y la colonización. *Los argumentos y actitudes que presenta en su obra pueden resumirse de esta forma: oponiéndose al mando directo de los extranjeros, favorece la restitución de tierras y el regreso a la gobernación andina*<sup>24</sup>.

En las obras de Ruíz de Montoya y de Guamán Poma las voces de los narradores oscilan entre la objetividad característica de la crónica y ciertos pasajes de profunda parcialidad en los que el lector puede leer denuncias y demandas de justicia. Por otra parte, ambos autores se valen, bajo una pretendida objetividad comprobatoria, de elementos pseudocientíficos que, acompañados por un tono de discurso histórico, tienen por finalidad validar aquello que describen.

Sin embargo, el punto de inflexión que podría distanciar a ambos autores se ubicaría en el hecho de que Guamán Poma describe la presencia apostólica de

<sup>20</sup> Alaba a los jesuitas como *santos rreberendos perlados y predicadores y letrados coligiales, maystros de artes y latines y predicadores, lenguarases de la lengua ynga, quichiua, aymaras, chinchaysuyo deste rreyno* (Guamán Poma de Ayala, F., op. cit., p. 682).

<sup>21</sup> Guamán Poma de Ayala, F., op. cit.

<sup>22</sup> Guamán Poma de Ayala, Felipe, op. cit., p. XVIII.

<sup>23</sup> Guamán Poma de Ayala, Felipe, op. cit., p. XXI.

<sup>24</sup> Guamán Poma de Ayala, Felipe, op. cit., p. XIX.

San Bartolomé<sup>25</sup> y no de Santo Tomás como hace Montoya. A pesar de ello, la diferencia queda restringida a cuestiones nominales y, lógicamente, a algunos detalles del pasaje del Apóstol según el narrador siga más directamente la narración fuente, es decir, la crónica de Ramos Gavilán. Habiendo presentado el recorte de los textos de Ruíz de Montoya y de Guamán Poma, es decir, los microtextos seleccionados realizaremos una comparación del tratamiento que ambos autores le otorgan al tema.

## LOS TEXTOS

### *Conquista Espiritual*

El fragmento de *Conquista Espiritual* que refiere a la presencia, obra y señales del apóstol Santo Tomás (capítulos XXI al XXVI<sup>26</sup>) se inserta en la obra como parte de la tarea evangelizadora llevada adelante por Montoya, en particular, y por la Compañía de Jesús, en general. Dentro de la linealidad textual de la obra (narración de entradas en territorios vírgenes, enseñanza de los preceptos religiosos, conversiones, establecimiento y administración de las reducciones, defensa, etc.), el lector se encuentra con un corte en el relato para observar la narración del paso del Apóstol. Pero lo que en un primer momento podría

<sup>25</sup> Guamán Poma de Ayala, Felipe, op. cit., pp. 86 a 89 y 686 a 689. *Según Guamán Poma, Bartolomé y no Tomás fue el apóstol enviado por Dios a estos reinos. Pero como Tomás (Viracocha o Tunupa) San Bartolomé hizo caer una lluvia de fuego cuando los indios intentaron matarlo en Cacha y como su discípulo Taapac levantó una cruz en Carabuco. La historia de Guamán Poma merece atención no por los cambios onomásticos, sino porque incluye algunos elementos atractivos (por ejemplo, la leyenda de San Bartolomé encaja más fácilmente dentro de la reinterpretación cristiana del mito de Viracocha que la de Santo Tomás). Por otra parte, de acuerdo con la hagiografía compilada por Jacobus de Voragine, San Bartolomé viajó a la India y allí ingresó a un templo donde estaba el ídolo de Astaroth que se silenció ante la presencia del santo. Cuando la gente descubrió por qué se silenció el ídolo fueron en busca del hombre descrito por el ídolo como delgado, de grandes ojos, nariz recta, estatura mediana, con barba y vestido con una túnica blanca. Esta descripción coincide con la de Viracocha en casi todas las versiones. Y Guamán Poma a pesar de que no escribe sobre su apariencia lo dibujó de ese modo* (Salles-Reese, Verónica, op. cit., pp. 154-155).

*Con bastante rapidez se impuso la idea de que Santo Tomás y San Bartolomé habían evangelizado América, porque las Acta Thomae –reconocidas después como apócrifas– pretendían que Tomás (en realidad un segundo Tomás helenístico) había predicado a los gentiles supra Gangem. (...) Esta convicción se reforzó a medida que los misioneros españoles –pasado el entusiasmo del principio– fueron más engañados por los neófitos indios. Se acordaron de que Santo Tomás, al volver del otro lado del Ganges, había dicho a Jesús: “Mitte quo vis, sed non ad Indos” (Lafaye, 1984, op. cit., p. 60).*

<sup>26</sup> Ruíz de Montoya, A., op. cit.



interpretarse como una arbitraria decisión del narrador, se llena de sentido si se analiza el microtexto a la luz de consideraciones utópicas. Desde esta perspectiva, el testimonio que brinda Ruíz de Montoya acerca de la presencia pretérita de Santo Tomás contribuye a reforzar el ya mencionado postulado jesuita de la inexistencia de la ignorancia invencible de Dios en ninguna población. Como marco para interpretar cabalmente la inserción de la narración del Santo es necesario considerar el capítulo que la antecede:

..., dimos principio allí a una reducción que intitulamos San Francisco Javier, que en pocos meses creció (...), a donde también se recogieron aquellas bestias fieras, y se domesticaron, volviendo en ovejas mansas, haciendo esta mudanza la divina palabra y el bautismo que todos recibieron, creciendo cada día en la fe, en la virtud y en amor nuestro<sup>27</sup>.

Y, lógicamente, debe tomarse en cuenta el capítulo posterior:

Ibanse adelantando mucho los nuevos cristianos con la continua predicación del Evangelio, y entablóse muy buenas costumbres. Una, y muy loable fue, que bien de mañana oyesen todos Misa, (...) <sup>28</sup>.

La tradición del Apóstol afianza el valor y la fuerza de la prédica en tiempos anteriores y posteriores a la conquista. El relato del pasaje del Santo posee en su esquema compositivo tres tipos de narradores: testigo, colectivo (correspondiendo a la voz plural de la comunidad religiosa) y, finalmente, objetivo.

1) Narrador testigo:

*...de que adelante diré. / En empeño me han puesto mi deseo de seguir el rastro... / Saliera del carril de la brevedad que deseo en esta narración simple (...) Tocaré algunos fundamentos... / El empeño en que me ha puesto, el tratar de Santo Tomé, me obliga a decir (...) Y no juzgo haber salido de mi intento... / ...sólo uno referiré un milagro ... Yo tengo en mi poder un pedazo desta milagrosa cruz... / Con esto he concluido con la cruz (...); ahora volveré a mis reducciones, deseoso de que alguno tome este rasguño para tratar esta historia con fundamento.*

El yo narrador se extiende, abrevia, manifiesta anhelos y ejemplifica. A través de la primera persona el yo se constituye en voz comprobatoria que atestigua acerca de la veracidad de los signos y señales dejados por el Apóstol:

<sup>27</sup> Ruíz de Montoya, Antonio, op. cit., cap. XX, p. 112.

<sup>28</sup> Ruíz de Montoya, Antonio, op. cit., cap. XXVII, p. 129.



*Yo no las he visto huellas en la peña de la playa de San Vicente / En la provincia de Chachapoyas, donde yo estuve (...) está una losa grande... / ..., lo cual tengo por muy probable adoración del ídolo de Tangatanga, manifestación de tres personas en una... / Yo tengo en mi poder un pedazo desta milagrosa cruz, con testimonios ciertos...*

2) Narrador colectivo: la primera persona plural representa la voz de la comunidad misionera. Montoya canaliza el discurso de los jesuitas:

*...íbamos haciendo nuevas entradas a gentiles,... / ...,salimos el P. Cristóbal de Mendoza y yo a la provincia de Tayatí,... / Hicimos allí una población muy buena, que fue escalada para otras que hicimos en aquella provincia. / ..., vimos mis compañeros y yo un camino que tiene ocho palmos de ancho,... / ...,vimos mis compañeros y yo un camino que tiene... / ...el camino de Santo Tomé, y nosotros hemos tenido la misma relación de los indios de nuestra espiritual conquista.*

3) Un último ejemplo de diversidad narradora lo constituye el uso de la voz impersonal. Mediante esta manifestación, el narrador deja de lado lo vivencial del alegato y retoma un tono de pretendida objetividad propia de una crónica. Así, se aleja de lo testimonial, de lo personal y asume el texto desde la perspectiva del informante:

*..., nos dijeron que por tradición (...) Santo Tomé pasó por aquellas partes... / ..., dice, que un hombre de grande estatura,... / ...:es voz constante de tradición muy antigua,... / No se puede dudar que... / ..., y así es muy digno de creer que... / A la objeción se puede responder que... / Consta por tradición que...*

Además de estas manifestaciones narrativas, Ruíz de Montoya utiliza otros dos recursos que tienen por objetivo resaltar la figura del yo narrador: A) la **cita de autoridades** y B) la **identificación**.

A) se observan dos tipos de citas: las de San Marcos y Santo Tomás<sup>29</sup> y las de autores reconocidos<sup>30</sup> orientadas a dar testimonio valedero de la tradición del Santo en América.

<sup>29</sup> *Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perderéis (...), oirán vuestros descendientes esta doctrina* (Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 114). *Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creature* (Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 121). *Cuando llegare el mar a esta piedra, por divina ordenación vendrán hombres blancos de tierras muy remotas a predicar...* (Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 123).

<sup>30</sup> Montoya menciona a San Ambrosio, al P. Ribadeneyra, al P. Diego Álvarez de Paz, al arzobispo Toribio Alfonso Mogrobojo, al obispo Lorenzo de Grado, al P. Francisco de Alfaro y a fray Alonso Ramos Gavilán.

B) La identificación está orientada a hermanar la figura del Apóstol con la de los jesuitas misioneros, en general, y con la de Ruíz de Montoya, en particular. Las descripciones de Ruíz de Montoya y de Cristóbal de Mendoza que aparecen en el capítulo XXI se adaptan a la del Apóstol en gesto, atributo y hasta en situación; ya que al igual como el Santo penetró en tierras vírgenes para predicar el evangelio, del mismo modo los dos jesuitas se abren paso en la conquista de una nueva zona “muy áspera y montuosa, habitada de gentiles”<sup>31</sup>.

Recibíonos esta gente con extraordinarias muestras de amor, danzas y regocijos, cosa que hasta allí no habíamos experimentado. Salían las mujeres a recibirnos, trayendo sus hijuelos en los brazos, señal muy cierta de paz y amor; (...) Extrañando nosotros tan extraño agasajo, nos dijeron que por tradición muy antigua y recibida de sus antepasados tenían, que cuando Santo Tomé pasó por aquellas partes, les dijo estas palabras: ‘Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perderéis; pero cuando después de muchos tiempos vinieren unos sacerdotes sucesores míos, que trajeren cruces como yo traigo, oirán vuestros descendientes esta doctrina’<sup>32</sup>.

El otro aspecto de la identificación es el relacionado con el atributo del religioso: la vara-cruz: ...; *usamos siempre llevar en las manos unas cruces de dos varas de alto y de un dedo de grueso, para que por esta insignia se mostrase nuestra predicación*<sup>33</sup>; “*De manera que se saca de lo dicho por muy probable la tradición que en el Paraguay se tiene, de haber dicho el santo Apóstol, que cuando viniesen unos sucesores suyos que trajesen cruces como él traía, volverían a oír la doctrina que él les enseñaba*”<sup>34</sup>.

La cruz era el signo de reconocimiento: *Esto que yo os predico se os ha de olvidar, pero cuando vengan unos sacerdotes míos, que traigan cruces, como yo traigo, entonces volveréis a oír esta misma doctrina que yo os enseñé*<sup>35</sup>.

Finalmente, la identificación se completa con el gesto, es decir, la prédica de los misioneros conlleva nuevamente al reconocimiento por parte de los indígenas: *Esta tradición les obligó a hacernos tan extraordinario agasajo.*

<sup>31</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 113.

<sup>32</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., pp. 113-114.

<sup>33</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 113.

<sup>34</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 126.

<sup>35</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 123.

*Hicimos allí una población muy buena, que fue escala para otras que hicimos en aquella provincia*<sup>36</sup>.

En línea generales, Ruíz de Montoya utiliza como texto fuente *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana* de Ramos Gavilán para las referencias de la historia del Santo en el Nuevo Mundo<sup>37</sup>. Pero, en otros momentos, por ejemplo, la erupción del volcán de Arequipa, las marcas que el Apóstol dejó en las cenizas<sup>38</sup>, la cruz de Carabuco y sus milagros, el padre Montoya no menciona al agustino. A este respecto, Ramos Gavilán describe cuatro milagros, mientras que Montoya solo refiere uno, el primero mencionado por la fuente. Esta distancia que parece tomar nuestro jesuita se acentúa con los propios testimonios respecto a la presencia de Tomás. La primera nueva prueba está relacionada con la corte de Guáscar Inca, más precisamente con el gobernador del Inca que reconoce y valora la estampa de las huellas y el báculo del Santo en una losa grande: *...porque ya antes que los españoles conquistasen el Perú, Colla Tupa, gobernador de Guarcar Inga, que entró a conquistar aquella provincia, intentó llevarla a la suya, y no pudo; y así dejó mandado que todos los indios la adorasen*<sup>39</sup>.

El segundo aporte de Ruíz de Montoya es con respecto al concepto de la Trinidad que poseían los aborígenes, herencia de las enseñanzas de Santo Tomás:

De cuya enseñanza y doctrina les quedó hasta nuestros tiempos el conocimiento del abscondido Misterio de la santísima Trinidad, si bien ya olvidados celebran supersticiosamente una célebre festividad deste misterio en el Perú. Halláronse tres estatuas del sol, que llamaban Apointi, Churinti, Intiqua o Qui, que quiere decir el Padre y Señor Sol, el hijo del Sol, el hermano del Sol. Y que el Santo les explicó la unidad destas tres Personas divinas, da cuenta un ídolo que llamaron Tangatanga, en que adoraban a este uno tres, y en tres uno, lo cual tengo por muy probable que les quedó del Apóstol, y ellos lo aplicaron a sus ídolos<sup>40</sup>.

El religioso propone que la idea pretérita se fue desvirtuando con el paso del tiempo hasta llegar a una imagen de un ídolo pagano. Sin embargo, ésta no es la

<sup>36</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 114.

<sup>37</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., pp. 117, 120 y 127.

<sup>38</sup> Estos temas aparecen en la crónica de Ramos Gavilán en el cap. 10, pp. 36-37 (Ramos Gavilán, 1976, op. cit.).

<sup>39</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., pp. 119-120.

<sup>40</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 123.

única referencia en América de expresiones semejantes a las de la fe católica<sup>41</sup>. Situación semejante se produjo ante el hallazgo de cruces que muchos cronistas identificaron rápidamente con la cristiana<sup>42</sup>.

En cuanto al trayecto que el Apóstol realizó, Montoya describe el inicio de su peregrinaje en tierras del Brasil: *...el santo Apóstol empezó a caminar por tierra desde la isla de Santos, sita al Sur...*<sup>43</sup>; *...Santo Tomé predicó en todo el Occidente, empezando del Brasil (pasando naturalmente en embarcaciones de los romanos, que por la costa de África (como dicen algunos) tenían comunicación con la América, o que Dios por milagro lo llevase, (que se puede tener por más cierto). Pasó al Paraguay, y de allí a peruanos;...*<sup>44</sup>

También relata su paso por Paraguay<sup>45</sup>, donde perdura la tradición de que fue el Santo quien les entregó la mandioca pero que debido al mal trato que los gentiles dieron al discípulo fueron castigados: *...que aquellas raíces de mandioca habían de sazonar en muy pocos meses; pero que en castigo la lograrían en un año, y así pasa el día de hoy*<sup>46</sup>. Una vez más, para certificar la tradición, Montoya cita al prelado de la diócesis de Asunción, Lorenzo de Mendoza.

Todo el capítulo XXIII está dedicado específicamente a señalar los rastros que Santo Tomás dejó en el Perú. Allí Montoya describe el trayecto desde Cacha, pasando por Cuzco, hasta llegar al adoratorio del Sol (es decir, Copacabana) en el Lago Titicaca. Relata también el motivo por el cual el Apóstol levantó en el pueblo de Carabuco una cruz y las consecuencias que les acarreó a los indígenas.

<sup>41</sup> *Los soldados de la conquista quedaron asombrados por las analogías simbólicas (representaciones en forma de cruz) o rituales (tonsura, circuncisión) con el cristianismo o el judaísmo* (Lafaye, 1986, op. cit., p. 58).

<sup>42</sup> Gandía, 1929, op. cit.

<sup>43</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 115.

<sup>44</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 122.

<sup>45</sup> *A más del célebre camino que, según la imaginación de los jesuitas, había sido recorrido por Santo Tomás desde la costa del Brasil hasta la provincia de Tayaoba, en el Guairá, había cerca de Asunción un cementerio y un pozo (...) en el cerro de Paraguari, una capilla abierta (...) en el paraje llamado Mbae pirungá, las huellas de los pies del Apóstol (...) y en el pago de Tacumbú (...), varias piedras (...) Desde el Paraguay se suponía que Santo Tomás había tomado el rumbo del Perú* (Gandía, 1929, op. cit.).

<sup>46</sup> Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 116.

### *Nueva Corónica*

El fragmento de *Nueva Corónica* que relata la presencia del Apóstol de Cristo en tierras americanas se encuentra en las páginas 86 a 89 de la edición de Siglo XXI. La primera característica distintiva en el texto de Guamán Poma es que se describe la presencia de Bartolomé<sup>47</sup> y no de Tomás. Así, en el relato de Guamán Poma el Santo también realizará un peregrinación predicando, levantará una cruz en Carabuco, hará caer una lluvia de fuego cuando los indios intenten matarlo en Cacha, luchará contra la idolatría y será martirizado. En realidad, la diferencia del nombre es un elemento menor en el total de la historia, pues existen otros matices en la descripción que hace Guamán Poma que, en definitiva, enriquecen la tradición de la presencia precolombina de discípulos de Cristo.

Su versión ubica al microtexto del Apóstol dentro de la descripción de la genealogía incaica que se articula, siguiendo una continuidad histórica, con el origen del cristianismo. De esta manera, el microtexto se encuentra enmarcado por la historia de los jefes incas que se inicia con Manco Cápac hasta el reinado de Cinche Roca, el segundo Inca. Luego, sitúa el nacimiento de Cristo, la presencia del apóstol San Bartolomé y finaliza con la galería de retratos incas hasta Guáscar Inca.

El microtexto presenta el título: *Milagro de Dios* y como tal se centra en tres aspectos: la conversión del indio Anti, el poder del Apóstol y el silencio de las huacas. La escena transcurre en la provincia del Collao, sitio de pasaje en la tarea evangelizadora del Santo. La situación descrita es la siguiente: la inclemencia del tiempo lleva al discípulo de Cristo a refugiarse en una cueva en donde se encontraba un indio “hechicero” con su “ídolo”, el cual ante la presencia de San Bartolomé se silencia. Luego el diablo aparece en sueños al indio y le dice que el Santo no puede entrar en la cueva. Al tomar conocimiento de esto, San Bartolomé manda al indio volver a la cueva y hablar con el diablo quien le dio la siguiente respuesta:

*...que el dicho hombre pobre podía más que no él con todo lo que sabía. Uista esta respuesta, luego tornó otra ves el yndio hechisero Anti al dicho apóstol San Bartolomé y le ciguió de todo corasón y le alcansó y le abrasó y le besó las manos y los santos pies y pidió misericordia y rrestitución, que más podía el pobre y su Dios<sup>48</sup>.*

<sup>47</sup> Ver nota 25.

<sup>48</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 86.

Resulta muy interesante detenerse por un instante en el espacio del breve relato. En él se observan dos espacios antitéticos: uno cerrado, interior (cueva), en donde se encuentra el ídolo y otro abierto, exterior, en donde está San Bartolomé. Es en el espacio interior que se produce el encuentro idolátrico —a través del diálogo— entre el indio y el demonio; mientras que en el espacio exterior por medio de la palabra se produce también un intercambio entre el Santo y el indio que conduce finalmente a la conversión. La palabra tanto dentro como fuera tiene fuerza reveladora y de transformación. El verbo será la manifestación del poder que surge a raíz del encuentro indirecto entre el Apóstol y el ídolo (ya que no mantendrán diálogo directo, oficiando el indio de intermediario), que verá su supremacía menoscabada ante la superioridad del Santo y hará que finalmente la huaca se silencie. (Ruíz de Montoya también hace mención de este silencio del ídolo, pero no le otorga la importancia que sí tiene en Guamán Poma<sup>49</sup>).

En un primer momento, cuando el indio Anti se encuentra dentro de la cueva con el ídolo no se decide a seguir a San Bartolomé. Deberá salir del ámbito /cerrado/ y allí en el espacio /abierto/ será vencido<sup>50</sup> el demonio. A partir de entonces el indio hace manifiesta su conversión (*siguió de todo corazón, le alcanzó, le abrazó, le besó las manos, pidió misericordia y restitución*). Todos estos actos se exteriorizan “afuera”, de manera abierta para que todos los vean y reconozcan. Así, de la conversión del indio aparece como acto más evidente su bautismo que estará acompañado del levantamiento de la cruz de Carabuco (*testigo del santo milagro*). De manera contraria, la oscuridad de la cueva, el espacio interior revela una simbólica de lo profano, de aquello que debe ocultarse, que, en definitiva, representaba lo prohibido ante la presencia del Santo.

La originalidad de este microtexto (pues no hemos hallado algo similar en las otras obras a las que hemos hecho referencia como texto fuente) constituye un argumento más que elabora Guamán Poma con el objetivo de comprobar la fuerte presencia innata del cristianismo en las creencias andinas. De manera aguda revela la persecución de las idolatrías y su derrota gracias a las presencias salvíficas de santos y vírgenes.

<sup>49</sup> *Consta por tradición que el Santo colocó este divino estandarte en Carabuco, pueblo de gentiles de los más ídólatras y supersticiosos que se conocieron en el Perú, a cuya vista enmudecieron los simulacros que hasta allí habían sido muy parleros, avisando a los indios que mientras no quitaban aquella cruz, ni habían de serles propicios ni darles respuestas* (Ruíz de Montoya, 1989, op. cit., p. 127).

<sup>50</sup> El ídolo está caracterizado como *con todo lo que sauíya* y el Apóstol como santo, *el dicho hombre podía más*.

Por otra parte, el microtexto se distancia un tanto del texto fundador de Ramos Gavilán en cuanto al tema de los milagros. Habíamos mencionado anteriormente que los cuatro milagros que realiza la cruz de Carabuco y que describe Ramos Gavilán son reducidos a uno en el texto de Ruíz de Montoya. Guamán Poma se despega aún más de la tradición agustina, ya que describe una serie de milagros, que más convendría denominar “castigos”, y que no se relacionan con la presencia del Santo, ni con la presencia de la cruz:

- 1°) en tiempos pretéritos (*desde el principio*) Dios probaba la caridad que tenían los indios y los Incas con los prójimos enviando frailes, franciscanos y ermitaños. Si esa caridad no era atestiguada, Dios enviaba castigos: *les quemaua con fuego del cielo (...) y se hazían lagunas los dichos pueblos y les tragaua la tierra...*<sup>51</sup>
- 2°) *...milagro del temblor de la tierra y murir mucha gente y un rreligioso...*<sup>52</sup>
- 3°) *...milagro de las pestilencias que Dios enbía de sarampión y birgüelas ya garrotillo y paperas...*<sup>53</sup>
- 4°) *...milagro de la cargason de nieue y granizos que cayó del cielo (...) y murir mucha gente y ganados*<sup>54</sup>
- 5°) *...milagro de Dios el castigo y pistelencia de los rratones en los llanos y de hazer muchícimo daño los páxaros en las sementeras...*<sup>55</sup>
- 6°) *...es pistelencia que enbía Dios a los malos cristianos a rrobar hacienda de los pobres y quitalles sus mugeres...*<sup>56</sup>
- 7°) *...milagro y pistelencia de que cómo se despueblan y salirse ausentes los yndios (...) es castigo de Dios murir muchos yndios minas de azogue...*<sup>57</sup>

Como puede observarse, Guamán Poma asimila semánticamente las palabras /milagro/ y /castigo/. Estos /milagro-castigos/ poseen una finalidad educativa moralizante que continúa la línea del *exemplum* que emplea el narrador a lo largo de toda su obra:

<sup>51</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 88.

<sup>52</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 88.

<sup>53</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 88.

<sup>54</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 88.

<sup>55</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 89.

<sup>56</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 89.

<sup>57</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 89.



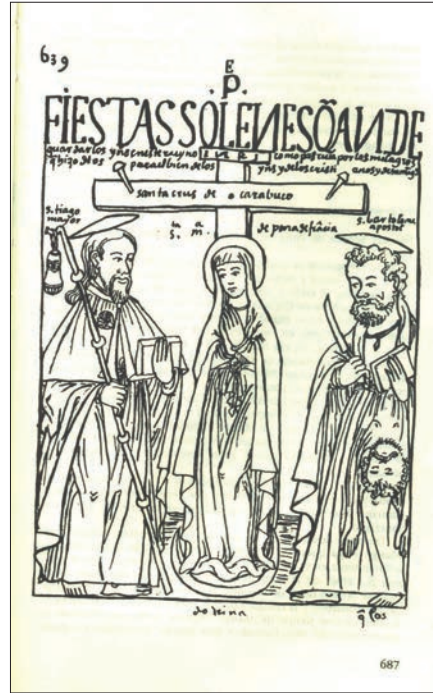
*Con todo esto nos dize Dios que nos acordemos y llamemos en cada hombre y en cada casa enbía Dios al mundo su castigo para que lo llamemos y demos gracia para que nos lleue a su gloria adonde uiue la Santícima Trinidad<sup>58</sup>.*

A lo largo de toda la primera parte de su obra, Guamán Poma sostiene un protocristianismo entre los indios paganos y presenta las prácticas idolátricas como excesos y desviaciones que realizaban algunos indios que desoían a la religión cristiana transmitida a través de las visitas divinas. El caso de San Bartolomé es un ejemplo de ello, comparable con la presencia de la Virgen<sup>59</sup> en tierras americanas.

*La imagen*



A



B

<sup>58</sup> Guamán Poma, 1987, op. cit., p. 89.

<sup>59</sup> *Santa María de la Peña de Francia, una señora muy hermosa, todo bestido de una bestidura muy blanca, más blanca que la nieve, y la cara muy resplandeciente, más que el sol. De uelle se espantaron los yndios y dizen que le echaua tierra en los ojos a los yndios ynfeiles. Cómo hizo Dios milagro para hazelle merced y su madre bendita a los españoles cristianos, por mejor dezir que más quizo hazer merced la Madre de Dios a los yndios porque fuesen cristianos y saluasen las ánimas de los yndios, rrogando a su Hijo precioso y a la Sanctísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Sancto, un solo Dios...* (Guamán Poma de Ayala, 1987, op. cit., pp. 410-411. Resulta muy interesante observar la imagen que acompaña al texto en la que se ve la intervención directa de la Virgen sobre los indios).



En la obra de Guamán Poma aparecen dos retratos de San Bartolomé: uno que acompaña al relato del pasaje del Santo por tierras americanas (**A**) y otro que se encuentra dentro del capítulo en que el autor describe las diferentes órdenes que predicán la doctrina en el virreinato (**B**). A pesar de que ambos dibujos pertenecen al mismo santo, es evidente que se observan ciertas diferencias al compararlos.

La imagen **A** posee las siguientes etiquetas verbales: *Apóstol San Bartolomé. Santa Cruz de Carabuco. Anti Uira Cocha, Colla. Fue bautizado este yndio. En la provincia del Collao, de cómo se quemó el pueblo de Cacha.*

Desde el punto de vista de la estructuración del espacio, el ícono no presenta aspectos relevantes, constituye una complementación del mensaje verbal. La distribución espacial está construida a partir de la línea-eje que forma la cruz. A derecha de la misma se observa un santo que, a pesar de llevar el nombre de San Bartolomé, no se corresponde con su representación tradicional, ya que carece de su atributo (una piel colgando en señal del martirio). Sin embargo, el símbolo con que aparece retratado se asemeja a un instrumento de medición (regla), atributo propio de Santo Tomás.

A izquierda del eje central (la cruz) se ve al indio Anti Viracocha. Cerca de él se observa una pluma y un libro, indicando, quizás, su nueva condición de indio “ladino”, instruido a partir de haber recibido el bautismo. La postura en genuflexión del indígena y con las manos alzadas indicaría reverencia y aceptación hacia el Santo. Esta escena resumiría los sucesos que describe el relato: la figura poderosa del Apóstol, el bautismo aceptado por el indio y el consiguiente abandono de la hechicería. Así, la inclusión del libro en el dibujo podría estar indicando la transformación espiritual del indio.

En el dibujo **B**, el Santo se encuentra portando un cuchillo, un libro y la piel, signo de su padecimiento. Está acompañado de otros elementos religiosos: la cruz de Carabuco, la invocación de la Virgen como Santa María de la Peña de Francia y de Santiago<sup>60</sup>. Dejaremos para otra oportunidad un estudio más

<sup>60</sup> Resulta muy sugestiva esta imagen, ya que aúna tres divinidades propias de la evangelización temprana: Santiago estuvo desde el comienzo de la conquista americana asociado a los ideales de la propagación del cristianismo y salvación de los pueblos paganos, herencia de tiempos de la reconquista peninsular. La Virgen tiene una fuerte presencia en la evangelización, y las tradiciones indias la vinculan con apariciones que inclinaron el ánimo de los indios hacia el cristianismo, alejándolos del paganismo. Finalmente, San Bartolomé está relacionado con la evangelización de la región peruana y aparece asociado a la milagrosa cruz de Carabuco, testimonio de sus maravillas. Al respecto dice Lafaye: *...el cristianismo de los españoles les había parecido a los indios un politeísmo comparable al suyo propio, y creían que la pareja original (el padre y*

conciso sobre esta imagen, puesto que detenernos en ella nos desviaría del objetivo que perseguimos en esta parte del trabajo. Si señaláremos que existen notables diferencias al confrontar las representaciones de los dos San Bartolomé. En primer lugar diremos que la escena **B** es de tipo hierática, afectando una solemnidad propia del tema que describe el texto: las fiestas que deben ser guardadas. Por el contrario, la escena **A** es una composición más dinámica en la que se ve al Apóstol en actitud evangelizadora.

Las diferencias continúan si se observa detenidamente los rostros de los santos. En el dibujo **A**, San Bartolomé presenta ojos grandes, nariz recta, barba y cabellos algo alaciados y su vestido y túnica –representada de perfil– se encuentran visiblemente diferenciados. En la imagen **B** se observa un rostro de ojos pequeños, nariz arregazada y cabellos y barba crespos. Estas características hacen que ambos rostros se reconozcan como diferentes, lo cual nos permitiría aventurar que no pertenecerían a la misma persona. Ahora bien, si tomamos la imagen **B** como una representación de San Bartolomé, en consideración de que se encuentra acompañada por la piel del martirio, podríamos pensar que el retrato de la imagen **A** correspondería a otro santo que bien podría ser Santo Tomás, debido a que posee su atributo ya que el dibujante pudo haber tenido noticia de la tradición del Apóstol por otra fuente<sup>61</sup>. Así, una posible explicación acerca de esta aparente confusión de santos bajo un mismo nombre podría seguir la dirección del desconocimiento que posee Guamán Poma, considerando su instrucción. Ante esta situación podríamos suponer que pudo tener acceso a la tradición del Apóstol por variados caminos y que residió en éstos la síntesis que se observa en los dibujos de su autoría.

### *Conclusiones*

Los dos microtextos que estudiamos revelan sendas manifestaciones sobre la presencia de apóstoles en América. Ruíz de Montoya y Guamán Poma persiguieron finalidades diferentes al incluir en sus crónicas el relato de las visitas evangélicas. En el jesuita se observa un trasfondo idealizado cuyo

---

*la madre de los dioses y de los hombres*) eran Santiago y la Virgen María, su esposa (Lafaye, Jacques, op. cit., p. 59).

<sup>61</sup> Si la diversidad de retratos puede tener un origen confuso, la situación empeorará si tenemos en cuenta la descripción que se hace de San Bartolomé en su viaje evangelizador por la India (Cfr. nota 19): *El ídolo describe al hombre que lo silenció como: delgado, de grandes ojos, nariz recta, estatura mediana, con barba y vestido con una túnica blanca* (Salles-Reese, Verónica, op. cit.).

objetivo era justificar el establecimiento de la cristiandad en el Nuevo Mundo. En el cronista indígena, por su parte, se percibe un empleo del tema como herramienta para la constatación de una proto-cristiandad que existía en tiempos incaicos. El objetivo de Guamán Poma es estratégico y retórico y constituye una argumentación precisa (avalada por las órdenes religiosas) para comprobar un “pan-cristianismo” que surgió a partir del nacimiento del Mesías. Este hecho histórico generó la propagación de la fe gracias a la evangelización del apóstol Santo Tomás que siguió los preceptos de Cristo.

En Guamán Poma, el concepto puntual evidenciado a través del episodio que describe (la puja de poderes entre el Santo y el ídolo, la conversión y el bautismo de un indio que será su discípulo) apuntan a construir un “nacionalismo indígena”<sup>62</sup> en el que se revalorizan los tiempos de la preconquista, es decir, la organización política, social y religiosa incaica. Desde esta última perspectiva carecerían –peligrosamente– de sentido las campañas evangelizadoras y la imposición de estructuras políticas europeas. Siguiendo con este pensamiento, Guamán Poma denuncia el sistema colonial y propone instaurar utópicamente el antiguo régimen incaico que aparece descrito bajo la pluma del narrador como un ideal.

Ruíz de Montoya, a su vez, a pesar de ser criollo continua una línea utópica europea, la cual vio en las tierras nuevas el ámbito propicio para establecerse, ya que se mostraba favorecido por la gracia de Dios al haber enviado a un apóstol, discípulo directo de las enseñanzas de Cristo. Las señales dejadas por el santo representarían la constatación de que la hazaña evangelizadora, la prédica generalizada del Evangelio se hacía materia visible en el nuevo continente dejando el plano de las ideas para constituirse en una realidad concreta y palpable. Así, Ruíz de Montoya se inserta en la corriente de religiosos y humanistas jesuitas que buscaron plasmar en el nuevo continente la esperanza de recuperar e instaurar la primitiva iglesia cristiana. Sin embargo, la cuestión política hizo que aquellos ideales se enfrentaran con las Leyes de Indias (para citar un ejemplo) en cuanto a la reforma del sistema social de la colonia –sistema de encomienda y servicio personal–. Por lo tanto, la recuperación de la tradición de Santo Tomás en América representaba un argumento más que válido para asentar las reducciones en medio de una circunstancia que puso a la Orden de frente a una realidad que poco tenía de utópica<sup>63</sup>.

<sup>62</sup> Lafaye, Jacques, op. cit.

<sup>63</sup> Cardiel, José, “Las misiones del Paraguay”. *Historia* 16, Madrid, 1989.



# CUADERNOS DE HISTORIA 44

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2016: 29-56

---



## DE LOS JESUITAS A LA ADMINISTRACIÓN DE LAS TEMPORALIDADES. EL PATRIMONIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y LA FUERZA DE TRABAJO ESCLAVA EN EL RÍO DE LA PLATA (FINES DEL SIGLO XVIII)

*María Valeria Ciliberto\**

**RESUMEN:** La utilización eficiente e integral del trabajo esclavo ha sido señalada por diversos estudios como una de las claves del desempeño económico de la Compañía de Jesús en las diferentes regiones que componían la antigua Provincia del Paraguay. Las investigaciones centradas en la gestión de las Temporalidades destacan, en cambio, junto a algunas continuidades en la organización productiva de los establecimientos agrarios el fracaso en el mantenimiento y control de la mano de obra forzada que garantizaba su rentabilidad. Desde una perspectiva comparativa, el trabajo recupera estos aportes para reconstruir las características demográficas y modalidades de empleo productivo de los esclavos incautados a los jesuitas de la ciudad de Buenos Aires y las particularidades de su enajenación durante la primera etapa de gestión de la Junta de Temporalidades porteña.

**PALABRAS CLAVE:** Temporalidades Jesuitas, esclavos, ventas, Río de la Plata, Buenos Aires.

\* Investigadora Adjunta, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesora Adjunta, Área Americana, Departamento de Historia, Centro de Estudios Históricos (CEHis), Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina). Correo electrónico: mciliber@mdp.edu.ar

*FROM THE JESUITS TO THE ADMINISTRATION OF  
TEMPORALITIES. THE PATRIMONY OF THE SOCIETY OF JESUS  
AND SLAVE LABOUR IN THE RIO DE LA PLATA  
(LATE 18TH CENTURY).*

*ABSTRACT: The efficient and integrated use of slave workforce that the Society of Jesus was able to implement in the regions of the old province of Paraguay, has been repeatedly pointed out in different research work as a key factor in the economic development of the congregation. However, studies focused on the subsequent management of these Temporalities reveal a certain failure to sustain and control this structure of slave work so as to guarantee profitable results, despite some continuity in its productive organization. From a comparative perspective, this paper considers these studies so as to reconstruct demographic characteristics and the different forms of productive employment of those slaves confiscated from the Jesuits in the city of Buenos Aires, together with the particularities of their sale during the early stages of the administration of the Junta de Temporalidades.*

*KEY WORDS: Jesuits Temporalities, Slaves, Sales, Río de la Plata, Buenos Aires.*

Recibido: mayo 2015

Aceptado: enero 2016

### *Introducción*

**A**l igual que en el resto de Hispanoamérica, la mano de obra forzada constituía un factor clave en el sistema económico jesuita de la antigua Provincia del Paraguay. Hacia 1767, más de 4.500 esclavos afroamericanos trabajaban en las propiedades rurales y urbanas que integraban el vasto patrimonio incautado a la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. Desde los estudios pioneros de Magnus Mörner y Nicholas Cushner, distintas investigaciones han focalizado el análisis de la rentable articulación establecida entre los colegios urbanos y sus complejos productivos agrarios a partir de la reconstrucción de las formas de empleo de la fuerza de trabajo esclava. Desde esta perspectiva, se ha avanzado en el conocimiento de las características demográficas de esta población, sus roles en el proceso productivo y sus vinculaciones con las diversas formas de trabajo libre<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Un completo balance de los aportes de estos estudios y la agenda actual de investigación sobre los esclavos de los jesuitas. En Troisi Melan, Jorge, *El oro de los jesuitas. La compañía*

A partir del estudio detallado de las haciendas pertenecientes al Colegio Máximo de Córdoba y las situadas en el noroeste del actual territorio argentino, las investigaciones revelaron la lógica de explotación eficiente de la fuerza de trabajo no libre en un sistema en el cual el trabajo esclavo produce para su propia manutención, cubre parte del salario de los peones contratados, genera los insumos y bienes para el trueque, al tiempo que garantiza el mantenimiento del capital productivo. Posteriormente, los trabajos sobre colegios de otras jurisdicciones proyectaron las semejanzas y especificidades regionales mostrando cómo los ignacianos adaptaban su política esclavista a la disponibilidad de recursos y condiciones productivas locales. Un balance de sus contribuciones define el rol del trabajo esclavo como determinante en las grandes haciendas del noroeste (donde su disponibilidad permanente y aprovechamiento integral es la base de la diversificación y complejización productiva), pero como menos significativo en los establecimientos que la orden poseía en el litoral rioplatense, prioritariamente orientados a la ganadería<sup>2</sup>.

El frágil equilibrio de este régimen de trabajo esclavo ha sido, sin embargo, puesto en evidencia por las investigaciones interesadas en la etapa de la administración laica del patrimonio jesuita inaugurada con la expulsión de la orden y la creación de las Juntas de Temporalidades. Nuestro trabajo recupera estos aportes a fin de determinar comparativamente las características demográficas y modalidades de empleo productivo de los esclavos confiscados a los jesuitas de la ciudad de Buenos Aires al momento del extrañamiento. Luego, nos interesa principalmente identificar las particularidades del traspaso de su propiedad durante la primera etapa de gestión de la Junta de Temporalidades porteña, con el propósito de reconstruir el destino y aplicación de esta población durante el último tercio del siglo XVIII. Los legajos pertenecientes a Temporalidades (Archivo General de la Nación –Argentina– y Archivo Nacional Histórico –Chile–) constituyen nuestra principal fuente documental. Focalizamos nuestra atención en el análisis de los inventarios y tasaciones realizados al momento del secuestro de los bienes y en los registros de ventas de esclavos localizados en las Cartas Cuentas de administración de las juntas locales. Dejamos por ello fuera de nuestro estudio el impacto de la expulsión de los ignacianos sobre

---

*de Jesús y sus esclavos en la Argentina colonial*, USA, Editorial Académica Española, 2012. Sobre la esclavitud: Mallo, Silvia, “La historiografía sobre la esclavitud de africanos en territorio argentino, siglos XVI al XIX”. En Guzmán, Florencia; Lea Geler (Eds.), *Cartografías afrolatinoamericanas. Perspectivas situadas para análisis transfronterizos*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2009, pp. 275-286.

<sup>2</sup> Mayo, Carlos (Comp.), *La historia agraria del interior. Haciendas jesuíticas de Córdoba y el Noroeste*, Bs. As., CEAL, 1994.

los otros aspectos de la vida de esta población esclava que en 1767, según el administrador de una de las estancias incautadas, llevaba “a los Padres en el corazón”<sup>3</sup>.

### *Esclavos y patrimonios*

La Pragmática Sanción del 2 de abril de 1767 dispuso, inmediatamente después del extrañamiento de los ignacianos, la ocupación “de todos sus bienes y efectos, así muebles como raíces o rentas Eclesiásticas que legítimamente posean en el Reyno”. La Corona aplicaba el patrimonio ignaciano incautado y sus utilidades al sostenimiento de obras piadosas y educativas y a asegurar la manutención de los jesuitas desterrados mediante el pago de pensiones vitalicias (sin incluir a extranjeros y/o novicios)<sup>4</sup>.

Establecidas las disposiciones generales relativas al extrañamiento, en el Río de la Plata la administración del gobernador Bucareli organizó y ejecutó las primeras medidas relativas a la expulsión, confiscación e inventario de los bienes de los colegios y residencias comprendidos en el territorio. Para “el seguro deposito y administración de los caudales y bienes suministrados”, el gobernador constituyó en Buenos Aires la Depositaria General de Temporalidades. En 1769 se instituyeron las Juntas de Temporalidades, creándose luego diez juntas superiores y otras subordinadas. La Junta Superior Provincial de Buenos Aires comprendía las cuatro provincias del Río de la Plata, Tucumán, Paraguay y Cuyo, las cuales tenían sus respectivas Juntas Municipales<sup>5</sup>. Si bien simultánea, la expulsión de los padres y la confiscación e inventario de los bienes de cada Colegio variaron en sus características, de acuerdo con las dinámicas previas de arraigo social e inserción productiva de la Compañía en cada caso y región. No obstante, las tasas y retasas (algunas de ellas incompletas) efectuadas

<sup>3</sup> Birocco, Carlos María, “La estancia de Areco. Un establecimiento jesuítico sobre el río Paraná”, *Revista de Historia bonaerense*, Año III N° 12, Morón, 1997, pp. 4-7.

<sup>4</sup> “Pragmática 2/IV/1767” y “Real Cédula 14/VIII/1768”. En *Colección General de las Providencias hasta aquí tomadas por el Gobierno sobre el extrañamiento y ocupación de temporalidades de los regulares de la Compañía que existían en los dominios de S. M. de España. Indias y Filipinas, a consecuencia del real decreto de 27 de febrero y pragmática sanción del 2 de abril de este año* (En adelante *CGP*), Parte Primera, pp. 28-34.

<sup>5</sup> Torres, Luis María, “La administración de Temporalidades en el Río de la Plata”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. XXXV, Bs. As., 1917, pp. 510-529. Desde 1683, los colegios y residencias cuyanos dependían de la Provincia Jesuítica de Chile, por ello las primeras disposiciones sobre sus temporalidades fueron tomadas por el gobierno chileno para luego pasar a la jurisdicción de Buenos Aires. La Depositaria fue suprimida en 1771.



entre 1767 y 1787 nos permiten una valoración estimativa de la cuantía de sus temporalidades y de la incidencia proporcional de la mano de obra forzada sobre el conjunto de las mismas.

De acuerdo con estos inventarios, el patrimonio total incautado por los representantes de la Corona superaba los cuatro millones de pesos, representando el rubro “esclavos” el 15% de ese caudal (595.540 pesos)<sup>6</sup>. Sin embargo, incluidos entre los bienes considerados enajenables por los administradores de Temporalidades, el valor de los esclavos se veía incrementado por su facilidad de venta (individual o en lotes) en relación con el resto de los bienes de los jesuitas expulsos. En 1767, los esclavos inventariados en los Colegios y Residencias de las cuatro provincias sumaban 4.593 individuos aproximadamente, número poco menor al de los esclavos secuestrados en las propiedades de Perú y mucho mayor al registrado en Chile (5.224 y 1.200 individuos aproximadamente)<sup>7</sup>. Desigualmente distribuidos, la mayor parte de ellos se concentraba en la Provincia de Tucumán y, particularmente, en los establecimientos productivos administrados por el Colegio Máximo de Córdoba (el Colegio y sus unidades agrarias aglutinaban el 45.2% del total de esclavos registrados en las cuatro provincias estudiadas)<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Las diferencias con los cálculos sobre el valor de las Temporalidades por provincias y Colegios realizadas por E. Maeder (3.854.262 pesos) responden a la inclusión de algunos de los bienes de la Residencia de Belén. De manera similar, el monto total registrado en esclavos varía en relación al elaborado por J. Troisi Melean para los colegios del actual territorio argentino (\$462.576 pesos, el 30% del capital sobre un total de algo más de tres millones), por la consideración en nuestros cómputos del patrimonio de los colegios y residencias de Asunción, Mendoza, San Juan, San Luis, Belén y Montevideo. Maeder, Ernesto, *Los bienes de los jesuitas. Destino y administración de sus temporalidades en el Río de la Plata, 1767-1813*, Resistencia, CONICET -Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 2001. Troisi Melean, Jorge, op. cit., 2012.

<sup>7</sup> Tardieu, Jean Pierre, “Los esclavos de los jesuitas del Perú en la época de la expulsión (1767)”, *Caravelle*, n° 81, Toulouse, 2003, pp. 61-109. Del mismo autor: *Los Esclavos de los Jesuitas del Río de la Plata (Paraguay), 1767: Historia de una dramática regresión*, USA, Editorial Académica Española, 2012, p. 41. Macera, Pablo, *Instrucciones para el manejo de las haciendas jesuitas del Perú (siglos XVII y XVIII)*, Vol. II., Fasc. 2°, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1966, p. 38. Bravo Acevedo, Guillermo, *Temporalidades jesuitas en el Reino de Chile (1593-1800)*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1985, p. 268. Y “La administración económica de la hacienda jesuita San Francisco de Borja Guanquehua”. En: Negro, Sandra y Manuel María Marzal (Comps.), *Esclavitud, economía y evangelización: las haciendas jesuitas en la América. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, pp. 377-393. Valdés Bunster, Gustavo, *El poder económico de los jesuitas en Chile (1593-1767)*, Santiago, [s.n.], 1985, p. 130.

<sup>8</sup> Mayo, Carlos (Comp.), op. cit., 1994.

El caudal patrimonial de cada Colegio, la orientación productiva dominante en cada espacio regional sumado a los años transcurridos desde el establecimiento de la empresa jesuita condicionaban en cada caso el monto invertido en la compra de mano de obra forzada. El capital en esclavos registrado en los Colegios y Residencias del Tucumán representaba el 9% del patrimonio total tasado y comprendía casi el 60% del valor total inventariado en ese rubro en las cuatro provincias administradas por la Junta Superior de Buenos Aires (352.732 pesos, 2.757 individuos). Como sabemos, el trabajo esclavo era basal en la lógica productiva de la Compañía y la clave de la rentabilidad de sus grandes haciendas en Córdoba y el noroeste<sup>9</sup>.

Cuadro I. Patrimonio total y fuerza de trabajo esclava. Colegios y residencias administrados por la Junta Superior Provincial de Buenos Aires, 1767-1787 (Expresado en pesos de ocho reales)

Colegio/ Residencia	Año/s tasación	Total patrimonio	Esclavos		% Provincia sobre total patrimonio en esclavos
			Valor	Nro	
Provincia del Río de la Plata Buenos Aires. Colegio y Residencia	1767	1.597.369,3	51.372	397	
Santa Fe. Colegio	1768-1772	176.187	25.608	171	
Corrientes. Colegio	1768	87.158	15.710	149	
Montevideo. Residencia	1767-1772	67.862	8.976	45	
Sub total		1.928.576,3	100.666	762	17

<sup>9</sup> Con la excepción de las estancias dependientes del Colegio de Salta, orientadas casi exclusivamente a la internada de mulas o la cría de ganado, con escaso recurso a la mano de obra esclava. Mata, S., "Mano de obra rural en las estancias jesuíticas del Colegio de Salta. 1768-1770". En Mayo, Carlos (Comp.), op. cit., 1994, pp. 79-101.

Provincia de Tucumán Córdoba. Colegio Máximo	1769	1.056.722	254.284	2.076	
Tucumán. Residencia	1767	225.884	18.765	134	
La Rioja. Residencia	1768	99.290	37.625	266	
Santiago del Estero. Colegio	1768	178.004	14.692	93	
Catamarca. Residencia	1774-1787	44.404	8.046	52	
Salta. Colegio	1768	109.766	16.575	118	
Jujuy. Residencia	1767	13.612	2.745	18	
Subtotal		1.727.682	352.732	2.757	59
Provincia de Cuyo Mendoza. Colegio	1767-1772	124.356	35.683	296	
San Juan. Residencia	1767-1772	43.423	15.416	115	
San Luis. Residencia	1767-1772- 1776-1787	13.201	6.707	42	
Sub total		180.980	57.806	453	10
Provincia de Paraguay Asunción. Colegio	1767	169.179	84.246	621	
Sub total				621	14
Total		4.006.417	595.450	4.593	100

Fuente: Buenos Aires, Archivo General de la Nación, Argentina (En adelante AGN), Colegio de San Ignacio. Buenos Aires, Temporalidades (1767-1773), Sala IX, 7-3-7. Sala IX, 21-6-4, 45-4-14. 21-6-1. Archivo Nacional Histórico, Chile (En adelante ANHCh), Jesuitas de América, Vol. 149, 158, 168, 169, 171, 172, 176. Montevideo: ANHCh, Jesuitas de América, Vol. 146. Provincias de Tucumán, Cuyo y Paraguay elaboración propia a partir de los datos de Maeder, Ernesto, op. cit., 2001. Telesca, Ignacio, "Esclavos, estancias y elite. Continuidades y rupturas en la administración de la estancia jesuítica de Paraguari tras la expulsión de los jesuitas, 1760-1780", *História: Debates e Tendências*, v. 7, n. 2, Passo Fundo, 2007, pp. 155-173. Andrés-Gallego, José, "Esclavos de Temporalidades (El Tucumán, 1768): posibilidades de una fuente documental", *Hispania sacra*, Vol. 48, N° 97, Madrid, 1996, pp. 231-260. Tucumán incluye la hacienda de Guazán. Santiago del Estero, Catamarca y Paraguay: tasaciones incompletas. Mendoza, San Juan y San Luis: retasas, tasaciones incompletas.

Si bien en las explotaciones agrarias jesuitas los esclavos constituían el rubro productivo de mayor incidencia sobre el patrimonio (alrededor del 30%), en Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja la fuerza de trabajo forzada rural conformaba por lo menos las dos terceras partes del capital de cada Colegio<sup>10</sup>. Los esclavos constituían el grueso de la mano de obra en las estancias, obrajes y manufacturas vitivinícola y de la caña. La utilización sistemática e integral de su trabajo fortalecía la diversificación productiva y la inserción mercantil de estos establecimientos, al tiempo que reducía los costos de su manutención y transfería parte del producto de su trabajo a la remuneración del trabajador libre rebajando sus salarios<sup>11</sup>.

Sobre los esclavos de los jesuitas del Colegio de Asunción tenemos referencias parciales que incluyen a la mano de obra forzada inventariada en las estancias y chacras que éstos poseían en Paraguairí y en San Lorenzo de Campo Grande (542 y 79 individuos). Sin embargo, según un estudio centrado en el colegio asunceno en 1767 fueron inventariados allí 388 esclavos, cifra que elevaría su número a más del millar<sup>12</sup>. Nuestros datos incompletos confirman, con todo, el peso de la mano de obra esclava en las actividades económicas del Colegio: ocupados principalmente en las actividades ganaderas y derivados, la agricultura de chacra y el cultivo de la caña dulce, su valor representaba el primer rubro productivo en la estancia más extensa y capitalizada del colegio (Paraguairí fue tasada en 154.994 pesos, los esclavos de la propiedad en 73.334 pesos —47.3% del valor total adjudicado—).

Mucho más modestas, las tres casas jesuíticas en Cuyo igualmente contaban con un grupo de casi 500 trabajadores forzados, concentrados principalmente en el Colegio de Mendoza y empleados en la producción de viñas, estancias y molinos. Pese a lo comparativamente menor de su patrimonio total, los esclavos constituyen algo más del 30% del valor de los bienes inventariados, ajustándose a la media registrada en otros establecimientos de la orden. Únicamente en

<sup>10</sup> Troisi Melean, Jorge, 2012, pp. 70 -71.

<sup>11</sup> Mayo, Carlos (Comp.), 1994, op. cit. Troisi Melan, Jorge, “Una residencia, dos sistemas: El hospicio jesuita de Catamarca bajo la administración religiosa y laica (1743-1769)”, *Andes* 9, Salta, 1998, pp. 115-142.

<sup>12</sup> De acuerdo con Telesca, el número total de esclavos registrados en 1767 es de 1.002 (388 en el Colegio de Asunción, 530 en Paraguairí y 84 en San Lorenzo). Estos datos coincidirían grosso modo con los indicados para el colegio por M. Mörner (975 esclavos). Telesca, Ignacio, “Más allá de las misiones: el Colegio jesuítico de Asunción en el siglo XVIII”, *Diálogos*, v. 13, n. 2, DHI/PPH/UEM, 2009, pp. 323-345. Y “Breve excursus sobre la esclavitud en la economía del Paraguay”. En Rojas Villagra, Luis (Comp.), *Proceso histórico de la economía paraguaya*, Asunción, Secretaría Nacional de Cultura, 2012, pp. 115-148.

los colegios y residencias de la Provincia del Río de la Plata la incidencia del rubro esclavos sobre el acervo patrimonial inventariado es significativamente menor a ese porcentaje. En estos casos, y pese a que la inversión destinada a la compra de trabajadores esclavos equivale a casi un tercio de la registrada en el Tucumán, el valor de la mano de obra forzada solo representa el 5.3% del caudal de bienes.

### *Los Colegios y Residencias del litoral rioplatense y la mano de obra esclava*

De la Junta Provincial del Río de la Plata dependían las juntas de Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe y Montevideo. El cuadro II resume con mayor detalle el patrimonio total de cada uno de los colegios y residencias bajo la administración porteña<sup>13</sup>. Nuevamente contamos con inventarios parciales (realizados entre 1767 y 1772) y con relevamientos que no siempre incluyen la tasación del conjunto de los bienes (como es el caso de los concernientes a la Residencia de Belén).

Los centros jesuitas estudiados articulan mercantilmente un vasto espacio regional en el que los Colegios de Santa Fe y Buenos Aires desempeñan un rol fundamental a través de los Oficios de Misiones o Procuraduría de estos pueblos. El primero, situado sobre el curso inferior del Paraná, operaba como escala obligada de las embarcaciones que bajaban de las reducciones guaraníes; el segundo, como núcleo de concentración y redistribución de las variadas mercancías que comprendían ese tráfico. Las lógicas y patrones de inversión particulares que se reflejan en el cuadro patrimonial de los colegios del litoral rioplatense se explican sobre todo por su inserción en esta trama de circuitos mercantiles que organizan espacialmente a la región.

Del cuadro patrimonial general, el primer aspecto a destacar es el peso proporcional del patrimonio confiscado a los jesuitas de la ciudad de Buenos Aires: aun con la omisión de los bienes correspondientes a la Residencia de Belén, las propiedades del Colegio de San Ignacio comprenden el 83% del valor total registrado<sup>14</sup>. Sin embargo, las diferencias de magnitud en los capitales

<sup>13</sup> En 1785 fue establecida una nueva Junta Superior conducida por la Audiencia, que dejó en suspenso la gestión de las Juntas Municipales remplazándolas por comisionados nombrados a propuesta de los respectivos Cabildos. Las Juntas locales fueron anuladas definitivamente en 1799. Maeder, Ernesto, op. cit., 2001, pp. 5-34. Zabala, Juan Pablo (Coord.), *Fondos Documentales del Departamento Documentos Escritos. Periodo Colonial*, Bs. As., AGN, 2011, pp. 197- 200.

<sup>14</sup> Trabajamos con un importante subregistro que afecta al conjunto de los Colegios y Residencias estudiados. A modo de ejemplo, los haberes de los Colegios contabilizados en 1767

inventariados, que atribuimos principalmente al momento de fundación de los colegios, su ubicación geográfica, el desarrollo de los pueblos y de las economías agrarias de cada espacio local, no parecen reflejar estrategias de consolidación patrimonial disímiles.

En efecto, siguiendo un esquema de inversión que reproduce las prácticas económicas de la orden en otras regiones de la América colonial, los bienes valuados en los diferentes colegios componen conjuntos patrimoniales que sostienen (y en este período amplían) las tareas devocionales y educativas de los ignacianos en las ciudades con el desarrollo de múltiples actividades productivas de índole suburbana y rural. El grueso de las propiedades de los distintos colegios considerados se concentra en los núcleos urbanos (68,3% del total inventariado, incluyendo el valor asignado a los esclavos allí censados), destacándose lo invertido en la construcción de los edificios de colegios e iglesias y en casas y sitios [lotes sin edificación] de alquiler (79% y 12,7%, respectivamente del acervo inventariado en la ciudad). Únicamente la Residencia de San Estanislao, fundada en Montevideo apenas veinte años antes de la expulsión de la Compañía, registra un patrimonio rural cuyo valor supera al justipreciado en la ciudad (compuesto este último por las comparativamente mucho más modestas Iglesia, Residencia y ranchería, además de ocho casas, tres tiendas y varios sitios baldíos).

Cuadro II. Patrimonio de los Colegios y Residencias administrados por la Junta de Buenos Aires, 1767-1772. (Expresado en pesos)

Patrimonio	Colegio / Residencia				Total
	Buenos Aires (Inventario 1767)	Corrientes (Inventarios 1768-1772)	Santa Fe (Inventarios 1768-1772)	Montevideo (Inventario 1768-1772)	
Urbano	1.119.258	57.322	114.295	27.906	1.318.781
Periurbano	51.483	300			51.783
Rural	187.606,1	22.822	61.892	39.956	312.276,1

detallan para el de San Ignacio 392.105 pesos y para la Residencia de Belén 199.126 pesos; Montevideo: 285.942 pesos; Santa Fe: 212.088 pesos y para Corrientes: 46.998 pesos (Total: 1.136.259 pesos). Sin embargo, las omisiones en los inventarios individuales no modifican lo señalado: en este caso, el haber registrado en los colegios porteños constituye más de la mitad del total valuado bajo ese concepto en toda la provincia (52%, 591.231 pesos). ANHCh, *Jesuitas de América*, Vol. 149 (Años 1767-1774), f. 90, "Total Haber Colegios".

Otros bienes*	239.022,2	6.714			245.736,2
Total	1.597.369,3	87.158	176.187	67.862	1.928.576,3

Fuente: Buenos Aires, AGN, Colegio de San Ignacio. Buenos Aires, Temporalidades (1767-1773), Sala IX, 7-3-7. Sala IX, 21-6-4, 45-4-14. 21-6-1. ANHCh, Jesuitas de América, Vol. 149, 158, 168, 169, 171, 172, 176. Montevideo: ANHCh, Jesuitas de América, Vol. 146. Santa Fe y Corrientes: elaboración propia a partir de los datos de Maeder, Ernesto, 2001, op. cit., pp. 65-106. Estancias incluye tierras, edificios, muebles, herramientas, ganados y esclavos (Excepto los esclavos registrados en las rancherías, que son incluidos en el patrimonio urbano). Chacras incluye tierras, edificios, muebles, herramientas y esclavos. Buenos Aires incluye solamente el patrimonio del Colegio de San Ignacio. Santa Fe: el Colegio incluye el Oficio o Procuraduría de Misiones de guaraníes del Paraná y sus almacenes. Chacras incluye terreno, galpones, hornos y esclavos. Montevideo: chacra de Jesús María sin tasar. \*Otros bienes incluye: Buenos Aires obligaciones a favor (203.011,3 pesos), plata, alhajas, libros y prendas 36.010,7 pesos. Corrientes: barcas (400 pesos), bienes no consignados (6.314 pesos).

Los establecimientos agrarios, obrajes, tahonas y terrenos situados en los entornos urbanos y en las jurisdicciones de campaña representan el 19% del patrimonio total inventariado en los tres colegios y la residencia (364.059,1 pesos). Orientadas, principal aunque no exclusivamente, a la explotación ganadera, las diez estancias y estanzuelas valuadas constituyen el 78,2% de los 311.549 pesos en que fueron tasados los establecimientos productivos (estancias, chacras y quintas)<sup>15</sup>. Estas explotaciones concentran el grueso de su capital en ganados, esclavos y tierras de pastoreo.

Sin embargo, esta mirada de conjunto debe ser matizada en virtud de la adaptación a las condiciones y oportunidades locales de inversión que encontraron los diversos colegios. En el caso de Buenos Aires, la cría de ganado se combina más marcadamente con una agricultura de corte mercantil frutihortícola y cerealera orientada al abasto de una ciudad-puerto en constante crecimiento. De este modo, la chacra y las quintas periurbanas del Colegio de San Ignacio se recortan, en cuanto a capital y envergadura productiva, del resto de las unidades de similares características propiedad de los otros colegios, aunque también en éstas esclavos y tierra constituyen los rubros de mayor valor en las tasaciones.

<sup>15</sup> Los totales remiten a las valuaciones generales de las estancias de: Areco, Las Conchas y La Calera (Buenos Aires, sin datos sobre las dependientes de la Residencia de Belén); San Miguel y Santo Tomé (Santa Fe, la estancia de San Antonio fue valuada bajo el rubro "Tierras"); del Rincón de Luna, del Sombrero y la estanzuela (Corrientes, sin incluir la estancia de las Garzas –asignada al pueblo de San Fernando de abipones) y las estancias de San Ignacio y de Nuestra Señora de los Desamparados en la Banda Oriental dependientes de la Residencia de Montevideo.

En Santa Fe y Entre Ríos (jurisdiccionalmente dependiente de la primera), en cambio, el patrimonio inventariado en “tierras” [campos desocupados y/o sin unidades en explotación] refleja el interés y las posibilidades de este colegio de instalarse en áreas dinámicas de frontera ganadera tanto como la inestabilidad derivada de asentamientos aún no consolidados y/o cuestionados<sup>16</sup>. La Residencia de Montevideo, la de más reciente fundación (1746), cuenta con un patrimonio menos diversificado que, de acuerdo a lo señalado, concentra sus mayores inversiones en tierras de estancias y equipamiento. La estancia de Nuestra Señora de los Desamparados componía, con su calera, chacras y ganado vacuno (alrededor de 50.000 cabezas), el establecimiento rural más importante de la Residencia.

En el contexto de una economía agraria expansiva, en un litoral volcado principalmente a la explotación pecuaria, que registra durante este período un sostenido crecimiento demográfico (tanto rural como urbano) y un incremento acelerado del tráfico de su complejo portuario, las estrategias se orientan a asegurar el sostenimiento de cada colegio mediante la adquisición de tierras para la cría de ganado vacuno y, en menor medida, para la agricultura en las cercanías del mercado. El arriendo de una parte de los terrenos garantizaba una renta fija que, en la mayor parte de los casos, complementaba la producción directa siempre basada en la fuerza de trabajo forzada. Sin embargo, las dotaciones de esclavos y sus modalidades de empleo difieren tanto entre los colegios del litoral como entre éstos y los de las restantes provincias.

El estudio global de la fuerza de trabajo forzada empleada en los complejos productivo-mercantiles jesuitas ha señalado que en el litoral la esclavitud era, en relación al interior, menos fundamental (siendo por ello su política esclavista menos rígida)<sup>17</sup>. Recordemos que en nuestras fuentes, el valor asignado a la población esclava registrada como propiedad de los ignacianos en los colegios del litoral rioplatense representaba solo el 5.3% del acervo inventariado en estas sedes (100.666 pesos). No obstante, este monto alcanza a representar el 17%

<sup>16</sup> El papel desempeñado por la Compañía de Jesús en el proceso de ocupación territorial de la región platina entre los siglos XVII y XVIII ha sido analizado por Barcelos, Arthur H. F., “Os Jesuítas e a ocupação do espaço platino nos séculos XVII e XVIII”, *Revista Complutense de Historia de América* 26, Madrid, 2000, pp. 93-116. Desde otra perspectiva, la política misional jesuita en el área guaraní de la frontera luso española y los cambios introducidos por el reformismo borbónico son analizados por Quarleri, Lía en: “Comunalización jesuita y desintegración reduccional. Política alternativas de colonización en la frontera luso-española”, *Histórica*, XXXVIII.2, Lima, 2014, pp. 111- 144.

<sup>17</sup> Remitimos a las conclusiones de la investigación de Troisi Melean, Jorge, op. cit., 2012, pp. 143-151.



de la inversión efectuada en la compra de esclavos por el conjunto de colegios y residencias estudiado (595.450 pesos).

Entre hombres, mujeres y párvulos, los esclavos tasados en la Provincia del Río de la Plata alcanzan el número de 762 (12 sin valor, por “inútiles”), concentrándose algo más de la mitad de los mismos en las rancherías y unidades dependientes de los jesuitas radicados en la ciudad Buenos Aires (52%). El valor de estos 397 individuos también comprende más de la mitad de lo valuado en “esclavatura”, aunque la mayor incidencia proporcional del rubro sobre el conjunto de los bienes justipreciados en los colegios del litoral se registra en Corrientes (18%).

El capital inventariado en esclavos constituye, en todos los colegios y residencias rioplatenses, el tercer rubro de inversión, ubicándose luego de los montos inventariados en propiedades urbanas (colegios, iglesias, rancherías y casas) y ganados de estancias. El precio promedio general de los individuos no libres es de 133.4 pesos, fluctuando sus valores entre los 105 y los 199 pesos según sexo, edad, estado de salud, y, sobre todo, en los casos en que el esclavo poseyera alguna habilidad ocupacional. Los esclavos con calificación ocupacional son, lógicamente, los mejor cotizados, los niños los de más bajo precio en virtud de los riesgos asociados a las altas tasas de mortalidad infantil.

Las tasaciones de las dotaciones de esclavos de los padres jesuitas del litoral no muestran variaciones significativas con las realizadas por los peritos convocados en las provincias de Tucumán, Paraguay y Cuyo, alcanzando en estos casos el precio promedio general los 129.1 pesos<sup>18</sup>. Si exceptuamos al Colegio Máximo de Córdoba, tampoco hallamos grandes diferencias en lo que respecta al número de esclavos en propiedad: los colegios y residencias de más antigua instalación cuentan siempre con entre 130 y 200 esclavos, mientras que las residencias nuevas y pobres –en los inicios del asentamiento de la orden en cada espacio local– disponen de entre 20 y 50 trabajadores forzados<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> También este promedio varía en función de las variables mencionadas, para el caso de los trabajadores forzados propiedad de los colegios y estancias jesuíticos de La Rioja, San Miguel de Tucumán y Santiago del Estero analizado por Andrés-Gallego el valor medio de los mismos es de 149.05 pesos. Aunque considerados únicamente los sin oficio ni enfermedad y con una edad comprendida entre los 20 y los 40, el promedio se eleva a 198.09 pesos (siendo los doscientos pesos la cantidad consignada con más frecuencia en los inventarios de 1767). Andrés- Gallego, José, op. cit., 1996.

<sup>19</sup> Nos referimos a las residencias de: San Luis, fundada en 1711; Jujuy establecida en 1734 y Catamarca creada en 1743. Recordemos que la Residencia de Montevideo fue abierta en 1746.

El perfil demográfico de estos esclavos tampoco difiere del que podemos detallar para los esclavos de los jesuitas del interior del virreinato al momento de la expulsión: de buen estado sanitario general, organizados en familias y con un marcado equilibrio sexual se trata de una población en crecimiento, con tasas de natalidad bastante elevadas y con ritmo sostenido a lo largo del siglo XVIII. En todas las propiedades, salvo en las de Buenos Aires, los esclavos eran muy jóvenes –en ningún caso superaban los 23 años promedio–, mostrando una gran capacidad productiva<sup>20</sup>.

Del total de esclavos valuados en los distintos inventarios, es difícil precisar el número exacto destinado exclusivamente al trabajo urbano y al rural. Los colegios y las “rancherías próximas” concentraban al momento de los inventarios 386 de los mismos. Algunos de ellos trabajando en las casas de las villas o en las propias residencias jesuitas. Sin embargo, para otros se trataba de estancias temporarias evidentes en el caso de la ranchería de Buenos Aires: allí el porcentaje de individuos no libres afectados por algún tipo de discapacidad, lesión o enfermedad alcanzaba el 18% (sobre los 192 registrados en el lugar). La provista botica del Colegio Grande seguramente atendía las necesidades médicas de la población esclava respondiendo a la gestión paternalista de los padres en relación a la mano de obra de su propiedad.

Los trabajadores forzados de residencia rural representaban, entonces, casi la mitad de los justipreciados en los inventarios de las Temporalidades. Los hombres eran ocupados mayoritariamente como capataces y peones ganaderos en las estancias mientras que las “mujeres de trabajo” atendían, junto a sus hijos, las chacras y quintas (frutihortícolas y cerealeras). Si restringimos el cálculo a los casos para los que contamos con la valuación individual de los esclavos registrados en las unidades ganaderas (Buenos Aires y Santa Fe), el capital en trabajadores negros comprende el 11.6% del valor total de estas explotaciones del Colegio porteño y el 31.5% del de las del santafesino (16.640 pesos y 14.231 pesos respectivamente). En las estancias de Corrientes, en cambio, la parte principal de los peones eran libres, muchos “indios de las misiones, cada uno de un pueblo distinto”<sup>21</sup>. Trabajando bajo las órdenes de capataces negros, estos peones que se desplazaban con sus familias constituyeron un reemplazo (más barato) de la mano de obra esclava.

De esta manera, la orientación prioritariamente ganadera de la mayoría de las unidades agrarias de los jesuitas del litoral rioplatense explica, en parte y con

<sup>20</sup> Troisi Melean, Jorge, *op. cit.*, 2012, pp. 93-121.

<sup>21</sup> Maeder, Ernesto, *op. cit.*, 2001, p. 88.

matices según el medio, el menor requerimiento (en relación con las haciendas jesuitas del noroeste) de trabajadores esclavos estables tanto como la estrategia de combinar su empleo con el de peones contratados de manera estacional (“conchabados”). De este modo, la Residencia de Montevideo, propietaria de solo 45 esclavos –14 de ellos residentes en la ranchería y el molino–, puso en producción la estancia de Los Desamparados y la de Pando (10 y 21 esclavos, respectivamente)<sup>22</sup>.

Por otra parte, el colegio que mayor número de esclavos posee en propiedad es el de la ciudad de Buenos Aires, el complejo productivo que más marcadamente complementa su economía ganadera con la producción agrícola y manufacturera (ladrillos y textiles). A escala reducida en comparación con el Colegio Máximo de Córdoba, los jesuitas porteños readaptan el esquema que garantizaba el aprovechamiento integral y eficiente del trabajador esclavo.

#### *La población esclava propiedad del Colegio Grande de San Ignacio: detalle de su composición y empleo*

De acuerdo con los inventarios de bienes de 1767, al momento de la expulsión, el Colegio Grande de San Ignacio era propietario de 397 esclavos, quienes se hallaban distribuidos entre la Ranchería de la ciudad y sus establecimientos rurales (valuados en 51.372 pesos, comprenden el 3.2% del total del patrimonio). En su conjunto presentan un perfil demográfico compartido con los restantes esclavos de la Compañía, aunque la dotación porteña registra promedios de edad levemente más elevados. Así que, pese al predominio de los hombres en los establecimientos ganaderos, en los números totales se mantiene el equilibrio entre los sexos (201 hombres, 196 mujeres) favoreciendo las formaciones familiares y la reproducción de la mano de obra (Cuadro III).

<sup>22</sup> AGN, IX, 22-9-3.

Cuadro III. Población esclava propiedad del Colegio de San Ignacio, Buenos Aires, 1767

## Características generales

Propiedad	Nro.		Edad promedio. Años	Nro. de familias	Nro. esclavos con impedimentos físicos	Precio Promedio. Pesos	Nro. esclavos con ocupación	% sobre el valor de la propiedad
	H	M						
Ranchería	94	98	26.2	48	40	136.9	24	100
La Chacarita	34	40	29	16	17	122.1	14	19.8
Alquizaleta	4		23.5			180		3.4
Las Conchas	9	2	38.6	1	4	130		11.6
Magdalena	7	1	32.7	1	3	115.4	2	30.2
Areco	53	55	26.3	32	20	136.5		11
Total	201	196	27.1	98	84	133.4	40	3.2

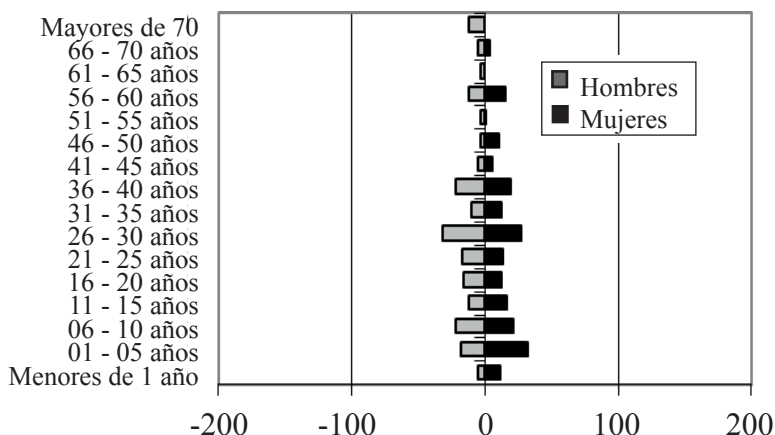
Fuente: Buenos Aires: AGN, Colegio de San Ignacio. Buenos Aires, Temporalidades (1767-1773), Sala IX, 7-3-7. Sala IX, 21-6-4, 45-4-14. 21-6-1. ANHCh, Jesuitas de América, Vol. 149, 158, 168, 169, 171, 172, 176.

La media de edad colectiva es, como advertíamos, alta, cercana a los 30 años, debido a la concentración de 19 esclavos masculinos con edades mayores a esa media en las estancias de Magdalena y de Las Conchas (promedio: 35.2 años). En las unidades de orientación agrícola o mixta (agrícologanadera), este indicador se sitúa entre los 23 y 26 años promedio. De hecho, poco más de un tercio de los trabajadores forzados con edad registrada poseen entre 26 y 40 años (31%), 122 personas que conforman el núcleo de la dotación de mano de obra en los establecimientos agrarios del Colegio<sup>23</sup>. Si consideramos las edades por cohortes de cinco años, encontramos que el 34.7% de la población

<sup>23</sup> Trabajamos en este caso con un subregistro menor: la edad calculada es un dato consignado para 394 de los 397 esclavos censados en las distintas propiedades del Colegio Grande (198 hombres y 196 mujeres).

esclava posee al momento de efectuarse el inventario en 1767 menos de 16 años, siendo casi la mitad de los mismos niños de menores de 6 años (66 de 137 individuos). La presencia junto a éstos de criaturas de meses (sumado a tasas de masculinidad elevadas únicamente en las edades superiores a los 60 años)<sup>24</sup> confirma la política jesuita de crecimiento vegetativo de la población esclava a través del matrimonio cristiano y no solo el recurso a la compra de bozales (no consignados en los inventarios estudiados) (Gráfico A).

Gráfico A. Población esclava propiedad del Colegio de San Ignacio, Buenos Aires, 1767  
Según sexo y edad



Fuente: Buenos Aires: AGN, Colegio de San Ignacio. Buenos Aires, Temporalidades (1767-1773), Sala IX, 7-3-7. Sala IX, 21-6-4, 45-4-14. 21-6-1. ANHCh, Jesuitas de América, Vol. 149, 158, 168, 169, 171, 172, 176. Sin datos: 3 hombres.

Los Memoriales de la Provincia del Paraguay redactados en el siglo XVIII revelan el interés de los jesuitas por controlar el desarrollo demográfico de la población esclava de su propiedad, procurando que existiera igual número de

<sup>24</sup> Hallamos también la ausencia de hombres en la cohorte que reúne a los esclavos de entre 46 y 50 años, falta que atribuimos a la venta de los mismos. Era práctica común de los padres enajenar a los esclavos rebeldes y con su producto comprar bozales. Para el caso de Buenos Aires lo comprobamos en el motín de 1732, cuando se procedió a la venta de los esclavos huidos y recuperados. Crouzeilles, Carlos, “Los esclavos de la Compañía de Jesús”. Ponencia presentada en las *Jornadas de Estudios Afrolatinonamericanos del GEALA*, Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Bs. As., 2010.

negras que negros para que “los solteros puedan tomar estado”<sup>25</sup>, evitando así que se casen con indias libres. De acuerdo con ello, los colegios y residencias combinaban la adquisición de trabajadores siguiendo un estricto equilibrio sexual con la organización familiar. El matrimonio entre esclavos no solo resguardaba los principios católicos de convivencia, asegurado la reproducción de la fuerza de trabajo, sino que también permitía a los ignacianos formar a sus esclavos desde el nacimiento (lo que convertía a los criollos en trabajadores mucho más confiables y leales que un bozal) y los arraigaba a la propiedad<sup>26</sup>.

Identificamos en las distintas propiedades del Colegio Grande 98 grupos familiares que comprendían a 280 personas, es decir, el 70.5% del total de esclavos formaba parte de una familia. En consonancia con el perfil demográfico de esta población, entre ellos hallamos 43 cónyuges censados junto a su prole pero también varios matrimonios solos (29 casos) y viudos con hijos de mayor promedio de edad (más mujeres que hombres, con un único hijo en 23 de los 26 registros). También entre los matrimonios con descendencia hallamos un número bajo de hijos (23 matrimonios con un hijo). Si bien los estudios sobre los esclavos jesuitas de distintas regiones del virreinato indican una edad temprana de primera concepción que estaría asegurando a cada esclava engendrar en promedio 4 niños<sup>27</sup>, en este caso el promedio de hijos por mujer es de 1.2, considerando tanto a las esclavas casadas como a las viudas (o censadas como tales). Las 83 mujeres en período de mayor fertilidad (entre 17 y 30 años) registradas en los inventarios alcanzan a representar el 42.3% del total de esclavas, de modo que la tasa de mortalidad infantil y el espacio intergeneracional entre hermanos parecen haber sido más amplios en el caso porteño.

Estos indicadores se asocian al promedio elevado de edad de la dotación de esclavos estudiada, a sus condiciones de vida y a su situación sanitaria general. Los inventarios de Temporalidades describen con diferentes criterios

<sup>25</sup> Macera, Pablo, op. cit., 1966, p. 58. Chevalier, François (Prólogo y notas), *Instrucciones a los hermanos jesuitas administradores de haciendas (manuscrito mexicano del siglo XVIII)*, México, UNAM, 1950.

<sup>26</sup> AGN, Sala IX, Compañía de Jesús. Económicamente convenía más comprar un esclavo en edad productiva que criarlo desde pequeño; las razones de esta política deben buscarse en una lógica que subordinaba y/o combinaba los intereses materiales con los espirituales. Troisi Melean, Jorge, “Los esclavos de los jesuitas en los Memoriales de la provincia del Paraguay (Siglo XVIII)”, *Anuario del CEH*, N° 4, Año 4, Córdoba, 2004, pp. 95-105.

<sup>27</sup> También Andrés-Gallego encuentra entre los esclavos de los jesuitas del Tucumán un promedio de hijos bajo, 1.51 por matrimonio. Indicador que el investigador atribuye a los límites de las fuentes documentales trabajadas (que no consignan junto a los cónyuges a los hijos ya casados) y a una mortalidad infantil significativa que deriva en un espacio intergenésico entre hermanos de 3.12 años. Andrés-Gallego, José, op. cit., 1996.

de minuciosidad los diversos problemas de salud e impedimentos físicos (temporales y/o definitivos) de los esclavos, en virtud del impacto que los mismos generaban en su valorización monetaria. La población esclava del conjunto de colegios y residencias del virreinato presentaba según estas tasaciones un estado sanitario bueno (en comparación con otras poblaciones esclavas de las regiones consideradas) en el momento de la expulsión. De acuerdo con las Temporalidades rioplatenses, la proporción de esclavos de entre 10 y 59 años incapacitados de trabajar (permanente o transitoriamente) no superaba nunca el 15% en la mayor parte de las propiedades de la Compañía. La excepción señalada la constituye la ranchería, las estancias y las chacras del Colegio Grande de San Ignacio.

El caso porteño se destaca dado que los esclavos imposibilitados de realizar actividades comprendían el 21% del total censado en los inventarios (84 personas). Entre ellos aparecen 7 hombres y 2 mujeres registrados como “inútiles” (dos de ellos por “perláticos” y uno por ciego) que no son justipreciados por su condición, mientras que los restantes son censados como “enfermos”/“achacosos”, “sentidos del pecho” (16 y 15 personas, respectivamente) o afectados por otras enfermedades habituales entre la población no libre del espacio rioplatense (“mal del corazón”, “enfermos del estómago”, entre otras)<sup>28</sup>.

Sin embargo, este alto porcentaje de trabajadores esclavos impedidos se relaciona más que nada con la presencia de un número considerable de hombres accidentados o lastimados durante el desarrollo de las actividades laborales, específicamente las tareas ganaderas preponderantes en las haciendas porteñas de la Compañía. Efectivamente, los “quebrados” y los “lastimados de los brazos y piernas” representan al 30% de los esclavos registrados con problemas de salud (25 personas). Por cuestiones vinculadas a la moral cristiana, pero también por la inversión económica que representaban, los jesuitas se ocuparon de la salud de sus esclavos destinando la Ranchería del Colegio Grande como residencia de los enfermos y/o lesionados. Encontramos allí a la mitad de los convalecientes mientras que el resto se reparte entre las dos propiedades de mayor extensión y producción de la campaña (la estancia de Areco y la hacienda de La Chacarita).

<sup>28</sup> Las enfermedades más citadas en los inventarios de Temporalidades de la provincia en 1767 son el “mal del corazón” (que refería a la epilepsia), la “perlesia” (parálisis total o parcial) y el “mal del estómago o barriga” (gastroenteritis). Asimismo hallamos a esclavos con enfermedades oftalmológicas (“nube en el ojo”), otra afección frecuente entre la población esclava del Buenos Aires de inicios del siglo XIX. Sobre el tema sanitario de los esclavos en general remitimos especialmente a: Goldberg, Marta; Silvia Mallo, “Enfermedades y epidemias de los esclavos”, *Todo es Historia* 393, Bs. As., 2000, pp. 60-69. Las enfermedades de esclavos han sido analizadas también como formas de resistencia pasiva.

Si atendemos al precio promedio general consignado en el cuadro III, las enfermedades o lesiones apuntadas disminuyen el valor medio del esclavo en alrededor de un 12%; aunque lógicamente esta depreciación se incrementa en caso de invalidez y cuando la edad del afectado supera los 50 años (o es menor de 10 años). Solo un tercio de los 84 no libres censados como impedidos por enfermedad es tasado por encima de los 160 pesos. El precio en que fue justipreciado cada individuo, registrado en 385 de los 397 casos estudiados, no muestra diferencias importantes en lo que respecta a la residencia urbana o rural de la mano de obra servil, reflejando la posible circulación de los trabajadores al interior del complejo productivo del Colegio. La distribución de frecuencia de los precios consignados en la ranchería y en los establecimientos agrarios otorga al 50% de los esclavos un valor superior a los 150 pesos, concentrando al 33% de los mismos en la franja de entre 180 y 229 pesos (124 personas). Se trata de valores acordes con los registrados en otros inventarios de Temporalidades jesuitas (Cuadro I) y, agreguemos, con tasaciones de bienes *post mortem* incluidas en trámites sucesorios de propietarios particulares del período<sup>29</sup>.

Tal como advertíamos, estos precios pueden variar según sexo, edad, estado físico y calificación laboral del esclavo. En promedios generales, una esclava valía solo poco más que un esclavo (133,7 pesos frente a 131,7), manteniéndose esta diferencia aún en el ámbito rural. De acuerdo con las bajas expectativas de vida al nacer, el valor de los esclavos de ambos sexos recién se incrementa superados los 5 años, registrando importes superiores a los 100 pesos hacia los 10 años cuando ya cumplen una función productiva. Los hombres aumentan su precio entre los 16 y 20 años, mantienen su valor hasta los 30 y verifican cotizaciones significativamente menores a partir de los 50 años. En cambio, las tasaciones de las esclavas comienzan a decaer desde los 35 años, cuando disminuye su capacidad reproductiva.

Los esclavos con ocupación consignada (39 hombres y 1 mujer, 10% del total) presentan en promedio un precio algo superior al resto (152 pesos), aunque la valoración de la mitad de los mismos supera los 179 pesos. Considerando que la utilización plena del esclavo se efectúa entre los 10 y 59 años, el porcentaje de esclavos con oficio declarado en los inventarios alcanza al 14.4% de esa

<sup>29</sup> A partir de tasaciones de inventarios *post mortem* efectuados entre 1754 y 1815, Garavaglia calcula un precio promedio de los esclavos de estancias de propietarios no institucionales de 189 pesos por unidad, mientras que el valor medio de la fuerza de trabajo no libre tasada en inventarios de chacras de particulares asciende a 215 pesos por unidad. Garavaglia, Juan Carlos, *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense 1700-1830*, Bs. As., Ed. de la Flor, 1999, p. 162.



población (277 personas en total). Los trabajadores no libres con ocupaciones vinculadas a algún tipo de actividad artesanal son los más numerosos y los de mayor valor. De residencia urbana, todos ellos fueron censados en la ranchería, estos albañiles, carpinteros, herreros, zapateros, sastres y músicos constituyen la mano de obra especializada del complejo productivo del Colegio y comprenden al 5.6 % del total de esclavos propiedad de San Ignacio (proporción significativa si tenemos en cuenta que únicamente el Colegio Máximo Córdoba posee un número mayor de esclavos con ocupaciones que podemos considerar artesanales: 39 individuos)<sup>30</sup>. A ellos se suman los 8 esclavos “semicalificados” que se desempeñaban como barberos, boticarios, cocineros e, incluso, una partera (una de las dos mujeres esclavas con ocupación registrada en el conjunto de los inventarios de Temporalidades rioplatenses). También esclavos urbanos, se destacan del resto por su juventud, entre ellos solo dos superan los 30 años.

Los trabajadores no libres con ocupación registrada que muestran un precio menor, incluso más bajo que el promedio general, son los empleados en tareas rurales. De los 205 esclavos registrados en las explotaciones agrícolas y ganaderas del Colegio<sup>31</sup> solo 10 figuran como “capataz” (2), “peón/peón de campo” (6) y “pastor” (2). En la campaña, la especialización laboral no aparece como un dato a apuntar: todos los esclavos realizaban todas las faenas rurales (excepto en La Chacarita donde hallamos a 5 de los peones y a los 2 pastores). Los esclavos con ocupación rural consignada muestran un perfil opuesto a los anteriores: valuaciones bajas (108 pesos), alto promedio de edad (45.6 años) y un comparativamente elevado porcentaje de impedidos por enfermedad o accidentes (3 casos).

En este caso, la política del Colegio en relación al empleo de la mano de obra esclava supuso la racionalización del trabajo en función de las características productivas de sus establecimientos agrarios y las de la población no libre disponible.

<sup>30</sup> Destacamos, sin embargo, que en este caso, los inventarios de Temporalidades de Córdoba no incluyen a Caroya y La Candelaria. Troisi Melean, Jorge, op. cit., 2012, p. 77, Cuadro 14. A efectos comparativos agrupamos las ocupaciones consignadas por los tasadores porteños de acuerdo a los criterios del autor. De este modo consideramos “artesanos” a: albañiles (7), carpinteros (3), herreros (3), zapateros (2), sastres (2), músicos/maestro de música (4), aprendiz de escultor (1). Trabajadores “semicalificados” a: barberos (2), boticario/oficial de botica (2), partera (1), farolero (1), cocinero/ayudante de cocina (2).

<sup>31</sup> Estos 205 esclavos representaban el 11% del capital inventariado en las propiedades agrarias, aumentando su incidencia proporcional sobre el patrimonio productivo –junto con su número– en las unidades de mayor extensión y/o escala productiva (la estancia de Areco y la hacienda de La Chacarita).

### *La administración de Temporalidades y la venta de la población esclava*

En 1767, el control de la población esclava propiedad de los colegios y residencias jesuitas rioplatenses constituyó un serio desafío para la administración laica de las Temporalidades. Piezas claves en el esquema de diversificación productiva de la Compañía, el aprovechamiento integral y eficiente del trabajador esclavo implicaba que buena parte del capital de las distintas unidades agrarias se orientara al consumo interno de la población no libre que mantenía y al pago de salarios de los libres<sup>32</sup>. Este sistema que suponía, además de la manutención, la sujeción y dirección de 4.593 personas, pronto se reveló insostenible para la gestión fragmentada de las juntas locales.

En este contexto, los numerosos conflictos y problemas de disciplina entre los esclavos de los Colegios de Córdoba y Asunción se sumaron a las urgencias económicas de las Juntas para acelerar las ventas. Entre 1772 y 1774, en toda la provincia se procede primero al traslado intrarregional y, luego, al remate masivo de los esclavos. En este corto lapso ingresaron fondos en cada administración local a través de operaciones de ventas al contado o en plazos poco extendidos, que involucraban lotes pequeños o “piezas” individuales. No obstante, esta oferta masiva de esclavos en buenas condiciones sanitarias y laborales se tradujo en una reducción del valor promedio de los esclavos (en relación tanto con sus tasaciones originales como con los precios de mercado). Ello permitió que una parte de la población esclava fuera adquirida en grupos y llevada a otras provincias para su reventa en plazas relativamente lejanas (como Perú, vía Chile), donde era factible obtener mejores cotizaciones y hacer buenos negocios<sup>33</sup>.

<sup>32</sup> Albores, Oscar; Carlos Mayo; Judith Sweeney, “Esclavos y conchabados en la estancia de Santa Catalina, Córdoba (1764-1771). Notas para su estudio”. En: Mayo, Carlos (Comp.), op. cit., 1994, pp. 17-36.

<sup>33</sup> Durante el último tercio del siglo XVIII, el incremento del movimiento terrestre de caravanas que atravesaban la pampa y la cordillera rumbo a Chile en razón de la creación del virreinato del Río de la Plata (1776), tanto como la implementación del Libre Comercio (1778) y la liberación de la trata negrera (1791) afianzaron el tráfico comercial chileno peruano. Buena parte del tráfico negrero hacia Chile central provino de Buenos Aires, pasando por Mendoza arribaba a Santiago, desde donde se distribuían en un movimiento continental que otorgó a Valparaíso un lugar central. Por otro lado, la historiografía sobre la esclavitud africana en Perú señala que durante el período estudiado el mercado limeño estuvo privado del tráfico a gran escala. Además de la coyuntura política adversa derivada de la creación del virreinato rioplatense, el problema era la lejanía de las nuevas rutas de la trata negrera del principal puerto peruano en el Pacífico sur. Contreras Segura, María Teresa, *Población africana en Chile del siglo XVIII. Esclavitud,*

Los esclavos de los colegios y residencias del litoral rioplatense, en cambio, fueron vendidos en su mayoría como parte integrante de los puestos de las estancias, junto a la tierra y a los ganados (muchas veces sin especificar su valor individual). De este modo, en Santa Fe los 101 esclavos de la estancia de San Miguel, tasados en 1767 en 15.327 pesos, fueron adquiridos por distintos compradores en 1774 en 13.072 pesos (depreciándose su valor en un 15%). Los 9 esclavos de la estancia de Santo Tomé fueron enajenados por 1.220 pesos, mientras que el remate de los 4 trabajadores de la chacharita de los Padres reportó 610 pesos. Veinte años después de la expulsión, la gestión local registraba la propiedad de solo 7 esclavos “viejos y enfermos”, tasados en apenas 220 pesos<sup>34</sup>.

El traspaso fue más rápido en el caso de Corrientes; para 1771 “quedaban por vender algunos esclavos por falta de comprador, por su edad, vicios o enfermedades”, el resto había sido enajenado en lotes pequeños, al contado y/o en pagos a plazo. El informe de la Junta Municipal de 1785 señala que de los esclavos inventariados al momento de la expulsión solo quedaban 4 varones “muy viejos e inútiles” y 4 negras viudas también de edad y físicamente impedidas. La falta de oferentes capitalizados, en cambio, demoró el proceso en Montevideo dónde luego de varios remates se registra la venta de 28 de los 45 esclavos inventariados en 1767. Valuados en su conjunto en 8.976 pesos, la transferencia del lote se efectúa por 6.140 pesos, obteniendo las Temporalidades un margen de ganancia<sup>35</sup>.

La Junta local de Buenos Aires por su parte concretó, entre 1768 y 1771, la subasta en almoneda pública de algo más de un tercio de los esclavos propiedad del Colegio de San Ignacio y de la Residencia de Belén (137 individuos). Los valores de venta de esclavos respetaron la mayor parte de las veces las tasaciones oficiales (recordemos que más de un tercio de los mismos había sido justipreciado en montos de entre 180 y 225 pesos). Varios factores se conjugaron para facilitar y acelerar estas subastas: las mejores condiciones físicas y la cualificación para el trabajo de los esclavos ignacianos derivadas de las modalidades de administración jesuita de la mano de obra y, además, las ventajosas formas de

---

*mestizaje y vida cotidiana. Valparaíso, 1750-1820.* Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Escuela de Postgrado, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2013. Y de Souza Gomes Neto, Álvaro, “De Buenos Aires a uotras praças: o traslado de escravos ao Chile e Perú no seculo XVIII”, *Revista Territórios e Fronteiras*, Vol. 3, No 1, (ene-jun), Brasil, 2010, pp. 223-238.

<sup>34</sup> AGN, IX, 27-2-1. Maeder, 2001, op. cit., p. 73.

<sup>35</sup> AGN IX, 22-6-6. *Ibidem*, p. 103.

pago. De hecho, verificamos que algunos de estas transacciones se realizaron a cuenta de los adelantos efectuados a las Temporalidades, a la Real Hacienda o de los auxilios prestados al ejército<sup>36</sup>.

En paralelo, la junta porteña delegó en el recaudador Don Benito Ruíz el cuidado y mantenimiento de un centenar de esclavos residentes en la ciudad, algunos de ellos artesanos que aportaban sus salarios de trabajadores calificados a las arcas del Ramo<sup>37</sup>. Por otro lado, un número muy disminuido de los esclavos inventariados como mano de obra en las propiedades rurales incautadas quedaron asignados a las tareas agrícolas ganaderas de los establecimientos aplicados al Colegio (arrendados y/o administrados directamente por la Junta La Chacarita y Las Conchas). El resto fue vendido como parte del capital productivo de las estancias al concretarse el traspaso de las mismas. Tal es el caso de la estancia de Areco, adquirida indivisa en 1785 por Otálora por 38.510 pesos, precio que incluía a los 128 “esclavos de los padres” que aún la habitaban y trabajaban. La estancia de La Calera, situada en el pago de Magdalena, fue vendida en 4.687 pesos 4 reales con sus aperos y esclavos en 1786<sup>38</sup>.

Posteriormente, los registros anuales de las Juntas porteñas contabilizan ventas aisladas y en número reducido de esclavos (nunca mayor a 2 “piezas”) realizadas a compradores individuales<sup>39</sup>. La única excepción la constituye la adquisición de un lote de 38 negros pertenecientes a las Temporalidades de la Residencia de Belén formalizada en 1770 por Don Domingo de las Caxiga, “vecino del Puerto de Valparayso Reyno de Chile”.

<sup>36</sup> ANHCh, Jesuitas, 156, Pieza 4, fs. 95-102. Un ejemplo son las “compras” de Don Pedro Joseph de la Quintana, quien recibe 8 negros pertenecientes al Colegio de San Ignacio tasados en 985 pesos como parte de pago de los 1.174 pesos 4 reales entregados en vacas como auxilio a las tropas en el sitio de Colonia en 1762.

<sup>37</sup> AGN, IX, 21-8-3 (cuentas de administración de Ruiz, 1771-1784) y AGN, IX, 21-6-2 (listas de artesanos).

<sup>38</sup> Fradkin, Raúl, “Producción y arrendamiento en Buenos Aires del siglo XVIII: la hacienda de La Chacarita (1779-84)”. En Raúl Fradkin (Comp.), *La historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos (II)*, Bs. As., CEAL, 1993, pp. 40-69. La venta de Areco en: ANHCH, Jesuitas 158, Pieza 4 Año 1785. La venta de las quintas de la Concepción (1787) y de Alquizaleta (1800) también incluyen los esclavos. Ciliberto, Valeria, “El patrimonio rural de la Compañía de Jesús en Buenos Aires: la gestión y venta de sus Temporalidades (fines del siglo XVIII-primer mitad del siglo XIX)”. En Cesar Yáñez Gallardo (Ed.), *Chile y América en su historia económica*, Valparaíso: Asociación Chilena de Historia Económica - Universidad de Valparaíso, 2013, pp. 15-32.

<sup>39</sup> AGN, Temporalidades, Sala IX, 23-1-5 (1777-1783). Entre 1774-1782 se registra un ingreso de 2.423 pesos por el rubro, sin detallar las ventas individualmente. Al precio promedio general registrado en los inventarios de 1767 el monto total comprendería a unos 18 esclavos. AGN, Temporalidades, Sala IX, 21-6-4.

De acuerdo con la orientación y la escala de sus negocios, a mediados del año 1770 de la Caxiga se presenta a la Junta de Temporalidades de Buenos Aires “determinado a comprar todos los Esclavos, que haia actualmente existentes de los sequestrados de los regulares de la Compania en esta ciudad, la de Santa fe, y Montevideo”, solicitando para ello una razón del número de los mismos que indique “sus clases, edades, y precios de tasación de cada uno”<sup>40</sup>. Las listas elevadas por los administradores de los establecimientos dependientes de la gestión porteña identifican aquellos esclavos “que se pueden vender, sin hacer falta para la conservación de las haciendas”, aún explotadas directamente por las Temporalidades. El número de esclavos “prescindibles” alcanza los 138 sobre un total de 329 relevados (en los Colegios de Montevideo, Santa Fe y Buenos Aires –incluida la Residencia) representando un capital de 17.525 pesos (con 20 piezas sin valor) disponible para su venta.

Los criterios variados de selección aplicados para delimitar los grupos de esclavos enajenables responden a consideraciones de corto plazo (estando las haciendas a la venta, también lo están sus esclavos, justifica el administrador del Colegio de Montevideo), a cuestiones productivas (ya en ese momento cuentan con “solo los precisos” en Santa Fe y no con “los suficientes” en la Banda Oriental) pero también a políticas de control de la mano de obra forzada (“lo que hace alas negritas pequeñas se pueden vender nunca será mui conveniente, si esta hacienda [Las Vacas], y hubiese de permanecer por cuenta a su Magestad, respecto aque se sujetaran, y servirán con maior gusto los negritos”). Sus informes revelan además tanto las diferentes modalidades de empleo de la fuerza de trabajo no libre (en Las Vacas “aún con ellos, es forzoso mantener peones para su trajín y conservación [de las haciendas]”) como la desintegración de una lógica productiva basada en su explotación integral (“los negros y párvulos sólo sirven de gasto”, si “se pueden vender algs es porque el tenerlos sirve de más perjuicio, que útil”).

<sup>40</sup> ANHCh, Jesuitas 156, Pieza 1, fs. 1-40 “Testimonio delos autos obrados pa la venta de 38 negros de las temporalidades dela residencia de Velen de Buenos aires que compré D. Domingo dela Caxiha en público remate, en cand de 6.488 pesos”. Las citas subsiguientes remiten a este legajo. De la Caxiga, originario de Santander y residente en Valparaíso, donde había contraído matrimonio con Doña Juana de Ulloa y García, se ocupaba, entre otras actividades mercantiles, del tráfico de esclavos uniendo el virreinato del Río de la Plata con las plazas chilenas y peruanas. Lo registramos vinculado a la introducción en Chile de 196 esclavos adquiridos por Antonio de la Quintana a las Temporalidades jesuitas de Córdoba. De acuerdo con O’Phelan, Godoy posteriormente se desempeñó como Corregidor en la provincia de Huamalíes, siendo asesinado en 1776 durante un motín. O’Phelan Godoy, Scarlett, “Las viudas de empresarios mineros en el Perú borbónico”, *Histórica*, Lima, XXVII.2, 2003, pp. 357-381.

Según estas relaciones, los esclavos disponibles para la venta conforman un grupo mayoritariamente femenino (93 mujeres), que incluye a los nacidos después de la expulsión (19 niños de entre meses y 2 años), pero que aún así registra una media de edad relativamente alta (26,3 años) y un precio promedio superior al valuado en 1767 (150 pesos). El ojo experto de de la Caxiga selecciona de entre éstos a 38 individuos, 24 mujeres (5 con sus hijos de meses) y 14 hombres esclavos confiscados al Colegio de Santa Fe y Belén (15 de ellos peones en la estancia de Las Vacas). Con un promedio de edad general que no supera los 15 años, sus precios oscilan entre 75 y 250 pesos (promedio 155 pesos) sumando un total de 5.895 pesos (valuando el comprador las 9 “piezas” sin tasar).

“En beneficio de el secuestro”, Domingo de la Caxiga ofrece comprar los esclavos según el precio de su tasación, con rebaja del 14% sobre el importe de las valuadas y sin rebaja las que él mismo justiprecia. El pago en plata corriente se efectuaría en ocho meses luego de la entrega. El interés principal del mercader es fijar las condiciones de entrega de los mismos (“sin enfermedad contagiosa o peligrosa, ny impedimento alguno de poder servir bien”) y, sobre todo, que se le otorgue la “internación para todo el Reyno de el Peru y Chile”. Por ello, su insistencia en cerrar la transacción a más tardar a inicios de noviembre: “porque de demorarse mas, no me sirven dichos esclavos, respecto aque seme imposibilita el transito de la cordillera de Chile”.

Luego de la intervención del Defensor de Temporalidades, de la Caxiga “estimulado del corto tiempo, que me queda para emprehender nueva negociación” acepta pagar los precios originales de las “piezas” ya tasadas y aquellos fijados por los peritos de la junta porteña para los no valuados, desiste de comprar los esclavos de Santa Fe (a quienes reemplaza por 18 del Colegio de Buenos Aires) y adquiere el lote de 38 en pública almoneda, siendo único postor con una oferta de 6.488 pesos (19/11/1770). Actuando como fiador Don Manuel de Basavilbazo, reconocido comerciante de la plaza porteña, el importe ingresa en las arcas reales de las Temporalidades en julio de 1771. Aún con tiempo de cruzar la cordillera, Domingo de la Caxiga termina comprando un grupo de esclavos jóvenes (23 años promedio), que comprende 7 familias con hijos menores y 5 parejas “para oviar la desunión de los matrimonios”, a un precio promedio de 170 pesos. Hacia fines de la década de 1760, los valores de los esclavos en edad productiva en la plaza chilena superaban los 250 pesos<sup>41</sup>.

<sup>41</sup> La ruta iniciaba en Buenos Aires o en la provincia del Paraguay, se internaba en Cuyo hasta llegar a Mendoza y de allí cruzaba el macizo andino, entre el mes de noviembre y mediados de abril. Amunategui Solar, Domingo, “La trata de negros en Chile”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile, Año XII, Tomo XLIV, 4º Trim., N° 48, 1922, pp. 25- 40. Los

### *Algunas consideraciones finales*

En el Río de la Plata el reformismo borbónico acentúa y consagra el proceso de reorientación de las economías del interior del virreinato hacia Buenos Aires y el litoral iniciado en el siglo XVII. En este lapso, la ciudad porteña se consolida como capital virreinal, centro del comercio imperial y eje articulador del complejo portuario rioplatense, mientras que el litoral acelera el crecimiento de su producción pecuaria en paulatina integración con el Atlántico<sup>42</sup>. En el contexto expansivo de la economía regional, la expulsión de la Compañía de Jesús, la confiscación y posterior venta de sus temporalidades genera (al igual que en toda Hispanoamérica) la transferencia a particulares (en usufructo y/o propiedad) de un enorme capital productivo compuesto, básicamente, por tierras de estancia, ganado y esclavos.

El acervo patrimonial incautado al Colegio de San Ignacio y a la Residencia de Belén de la ciudad de Buenos Aires define a los jesuitas porteños como los más grandes terratenientes ganaderos e, indudablemente, como los principales propietarios de esclavos en un paisaje rural dominado por hacendados, pastores y labradores, dueños, en promedio, de no más de 9 trabajadores forzados. Pese a ello, la incidencia del valor adjudicado a los mismos sobre el patrimonio total incautado se revela como mucho menor a la registrada en los restantes colegios y residencias jesuitas del virreinato al momento de la expulsión.

No obstante, de acuerdo con las prácticas de la orden, en la campaña bonaerense la puesta en producción de los establecimientos agrarios se basa principalmente en la mano de obra forzada (complementada, en ciertos casos, con peones contratados estacionalmente). La estancia constituye la unidad productiva matriz que garantiza al Colegio y a la Residencia el sostenimiento de sus actividades religiosas y educativas tanto como la consolidación y

---

precios de esclavos en Chile corresponden al año 1768. Para ese mismo año, Bravo Acevedo registra la venta en remate público de 397 esclavos de las Temporalidades por 78.295 pesos. Bravo Acevedo, Guillermo, "Las consecuencias económicas de la expulsión de los jesuitas de Chile y Perú". En Eduardo Cavieres F., (Dir.), *El impacto de la expulsión de los jesuitas en Chile*, España, Fundación MAPFRE-TAVERA, 205, pp. 48-80. El análisis del comercio esclavista tomando como fuente las Escribanías Públicas del puerto de Valparaíso realizado por Contreras registra para el período 1769-1778 un precio promedio de \$234 y \$275 (hombres y mujeres respectivamente). Contreras Segura, María Teresa, op. cit., 2013, p. 75 (Cuadro 18).

<sup>42</sup> Halperín Dongui, Tulio, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985. Una revisión actualizada de las posturas historiográficas al respecto en: Santilli, Daniel, "¿Perjudiciales o beneficiosas? La discusión sobre el impacto económico de las reformas borbónicas en Buenos Aires y su entorno", *Fronteras de la Historia*, Bogotá, Vol. 18-2, 2013, pp. 247-283.



diversificación de sus inversiones rurales. Y el trabajo esclavo fue una de las claves de su funcionamiento. Los jesuitas porteños adaptaron las políticas generales de compra y empleo de esclavos de la Compañía a las condiciones de producción extensiva de las estancias, delineando un esquema que les permitía rentabilizar a los trabajadores esclavos igual que en los colegios del interior, aunque a partir de una inversión proporcionalmente menor (3.2% del patrimonio total). El núcleo urbano retroalimentaba esa estrategia albergando esclavos en tránsito y otorgando residencia solo a aquellos necesarios para el servicio en el Colegio y la elaboración manufacturera/artesanal. De allí las características demográficas diferenciales relevadas para esta población y su particular localización geográfica.

La gestión de las Juntas de Temporalidades desarticula esta lógica económica de empleo “eficiente” de la mano de obra forzada, al descentralizar la administración productiva de las estancias y propiciar la venta individual de los esclavos, considerándolos “valores vendibles”. Las subastas públicas de esclavos por “pieza” o “lotes” no resultaron, sin embargo, fuente de ingresos significativos. En Buenos Aires, el mantenimiento de las tasaciones originales (pese al incremento de la oferta) desestimularon las compras masivas efectivizadas por esta modalidad. Sí en cambio animaron el negocio de la reventa negrera, con agentes como de la Caxiga vinculados a los mercados del interior. Es otro el mecanismo que posibilita el acaparamiento; la élite local adquiere la propiedad del grueso de los trabajadores forzados de la orden a través de la compra de sus establecimientos productivos. La venta de las estancias indivisas transfiere a un grupo reducido de comerciantes hacendados también el capital en esclavos que reforzaba su rentabilidad. Será entonces otra la racionalidad económica que guiará de allí en más el empleo de la mano de obra esclava en estos establecimientos.



# CUADERNOS DE HISTORIA 44

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2016: 57-79

---



## REFLEXIONES SOBRE EL VÍNCULO ENTRE MOVIMIENTO OBRERO E IZQUIERDA EN ARGENTINA. EL CASO METALÚRGICO ENTRE 1916 Y 1943

*Hernán Camarero\**  
*Diego Ceruso\*\**

**RESUMEN:** El gremio metalúrgico en Argentina ha sido abordado historiográficamente, aunque por lo general el foco estuvo en su desempeño en la segunda mitad del siglo XX. Pero la historia de la organización de los obreros metalúrgicos es de larga data y conforma una experiencia vasta y compleja. Nuestro objetivo es estudiar este gremio entre 1916 y 1943, en Buenos Aires y sus alrededores, considerando las características del proceso de trabajo, su organización sindical, sus luchas y la dinámica interna. Asimismo, examinamos la intervención de las tendencias ideológicas del movimiento obrero (anarquistas, socialistas, *sindicalistas* y comunistas), procurando mensurar la influencia de cada una de ellas y conceptualizando sus prácticas políticas y organizativas.

**PALABRAS CLAVE:** Argentina, industria metalúrgica, período de entreguerras, movimiento obrero, izquierda.

\* Doctor de la Universidad de Buenos Aires. UBA/Conicet. Correo electrónico: hercamarero@gmail.com

\*\* Doctor de la Universidad de Buenos Aires. UBA/Conicet. Correo electrónico: diegoceruso@gmail.com

*REFLECTIONS ON THE LINK BETWEEN LABOR MOVEMENT  
AND LEFT IN ARGENTINA. THE METALLURGICAL CASE  
BETWEEN 1916 AND 1943*

*ABSTRACT: The metallurgical union in Argentina has been addressed historiographically but usually the focus was on their performance in the second half of the twentieth century. But the history of the organization of metalworkers is longstanding and forms a rich and vast experience. That is why our goal is to focus the behavior of the union between 1916 and 1943 in Buenos Aires and its surroundings in many aspects: the characteristics of the work process, their union, their struggles and internal dynamics. Also we address the involvement of ideological tendencies of the labor movement (anarchists, socialists, sindicalistas and communists), trying to measure the influence of each and conceptualizing their policies and organizational practices.*

*KEY WORDS: Argentina, metallurgical industry, interwar period, labor movement, left.*

Recibido: julio 2015

Aceptado: enero 2016

### *Introducción*

El objetivo de este trabajo es examinar las formas de organización sindical y de representación política existentes entre los trabajadores de la rama metalúrgica en la ciudad de Buenos Aires durante una etapa de la primera mitad del siglo XX. Nos referimos al período que se abre en 1916, con el ciclo huelguístico ocurrido en los primeros años del gobierno de Hipólito Yrigoyen. Nuestra exploración la extendemos hasta 1943, el año del golpe militar y de la emergencia de la figura del coronel Juan Domingo Perón en la escena política, cuando sobreviene un importante viraje en el derrotero del movimiento obrero argentino. El recorte espacial del examen, centrado en la urbe porteña, se explica por el destacado peso que adquirió esta rama industrial en la zona y porque circunscribir la indagación a ella nos permite ganar especificidad en el análisis.

Queda pendiente aún un estudio completo de las diferentes ramas de la industria argentina durante el pasado siglo. Enfocándonos en su primera mitad, es cierto que contamos con varios estudios globales, que señalaron los rasgos generales de la estructura y dinámica de la producción manufacturera e industrial. Sin embargo, las indagaciones particularizadas en cada uno de los sectores, a pesar de no ser despreciables, no alcanzan a cubrir todo el escenario. En este contexto,

solo señalemos de modo general el peso creciente que desde principios de siglo adquirió la rama de fundición y elaboración de metales, maquinarias, vehículos y anexos en el conjunto de la economía del país. Ya lo registraba con claridad el censo de 1913 que contaba 3.275 establecimientos y 29.327 trabajadores en todo el país, bajo el rubro metalurgia y anexos. En la Capital Federal había 1.321 y 16.243, respectivamente, lo que evidenciaba el peso concreto de la ciudad con alrededor del 50% del total de trabajadores<sup>1</sup>. Pero fue el de 1935 el que permitió mostrar esa expansión de manera espectacular, ubicándola como la segunda industria en cantidad de empresas y trabajadores ocupados. Para 1935, bajo el ítem metales, sin incluir maquinaria, se contabilizaron 3.742 establecimientos y 46.848 trabajadores en todo el país<sup>2</sup>. Al final de nuestro recorrido, el avance del sector era evidente con 8.971 y 103.755, respectivamente, en todo el país y 3.690 y 55.794 para la Capital Federal<sup>3</sup>.

A lo largo de este trabajo se irán señalando algunas de las transformaciones en cantidad y calidad respecto a esta actividad. Lo haremos solo con el objetivo de contextualizar o brindar algunas pistas para comprender la representación gremial y la inserción de las diferentes corrientes políticas, de modo de arribar a una visión global sobre las características de la organización laboral metalúrgica durante esas décadas<sup>4</sup>.

### *Del inicio del ciclo huelguístico a la crisis de 1929*

Entre finales de 1916 y comienzos de 1917, los años más acuciantes por el aumento récord del número de desocupados y el deterioro del salario real, se dispuso un escenario en donde la protesta se incrementó entre quienes conformaban la viga estructural del movimiento obrero como los ferroviarios y marítimos. De todos modos, aunque estos sectores ligados al transporte fueron quienes marcaron el pulso, en el inicio de este nuevo ciclo de conflictividad

<sup>1</sup> *Tercer Censo de Población. Levantado el 1° de junio de 1914*, tomo VII, Censo de las industrias, Buenos Aires, 1916, p. 320.

<sup>2</sup> *Cuarto Censo General de la Nación, Separata Censo Industrial*, Buenos Aires, 1947, p. 28.

<sup>3</sup> Ídem, p. 66. El censo de 1946 aclara que se deja de lado del ítem el área de maquinarias y vehículos.

<sup>4</sup> Hemos realizado avances en esta dirección en: Camarero, Hernán, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, 2007; y Ceruso, Diego, *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*, Colección Archivos, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

sobrevino una novedad cualitativa con respecto a los precedentes: el dinamismo en el proceso de organización y confrontación de los gremios industriales<sup>5</sup>. En este sector se sucedieron una serie de huelgas de gran repercusión, aunque de modo indudable sobresalió la huelga metalúrgica de 1919 iniciada en los talleres Vasena.

La empresa Talleres Metalúrgicos Pedro Vasena e Hijos Ltda. con más de 2.000 obreros se encontraba entre las más importantes de la industria. La fábrica estaba ubicada en el cuadrante compuesto por las calles Barcala, Rioja, Cochabamba y Urquiza, mientras que los depósitos se encontraban en la manzana contigua, ambos ubicados en torno al proletario barrio porteño de Nueva Pompeya. Algunas de las malas condiciones de trabajo habían quedado plasmadas en un reglamento interno que, incluso, se cumplía a medias<sup>6</sup>. Desde mediados de 1917 los reclamos se incentivaron y los ceses de actividades en la fábrica fueron acompañados de enfrentamientos entre piquetes obreros y rompeshuelgas al servicio de la patronal. Un año antes de los eventos en cuestión, en diciembre de 1917, podemos registrar los primeros movimientos en torno al pedido de aumento salarial y las condiciones de trabajo. Para iniciar las primeras gestiones del pliego de condiciones, los obreros designaron una comisión de 28 miembros que mantenía una representación de dos delegados por cada una de las secciones internas<sup>7</sup>. Pero, al parecer, se formó para la negociación específica y no registramos su permanencia en el tiempo, al igual que en la metalúrgica Merlini, aunque era evidente el rechazo patronal a la comisión<sup>8</sup>. Estos movimientos en la fábrica, en general, eran auspiciados por la Federación de Obreros Metalúrgicos que estaba adherida a la FORA IX Congreso y su órgano de prensa era *El Obrero Metalúrgico*. Pero a mediados de 1918, y tras una nueva huelga derrotada en Vasena, los anarquistas descontentos con la inactividad de socialistas y *sindicalistas* provocaron una fractura y crearon la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos<sup>9</sup>.

Finalmente, en diciembre de 1918 se presentó el pliego de condiciones que estipulaba un pedido de aumento salarial, la reducción de la jornada laboral y la abolición del trabajo a destajo, entre los principales reclamos. Luego de la

<sup>5</sup> Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo, *Crónica del Departamento Nacional del Trabajo 1918*, p. 35.

<sup>6</sup> “Reglamento Interno de los Talleres aprobado por el Departamento Nacional del Trabajo”, *Archivo General de la Nación*.

<sup>7</sup> “Vasena”, *La Protesta*, XXI, 3201, 23/10/1917, p. 4.

<sup>8</sup> “Vasena”, *La Protesta*, XXI, 3202, 24/10/1917, p. 3.

<sup>9</sup> Riera Díaz, Laureano, *Memorias de un luchador social (1921-1925)*, tomo 1, Buenos Aires, Edición del autor, 1980.

declaración de la huelga, los enfrentamientos armados entre los obreros y los matones al servicio de la patronal se desarrollaron fundamentalmente a partir del 7 de enero y se replicaron con ocasión del cortejo fúnebre de los trabajadores asesinados<sup>10</sup>. Los sucesos son conocidos: solidaridad de clase, enfrentamientos, piquetes, rompehuelgas, obreros asesinados y represión estatal y privada. La respuesta de huelga general con movilización disparó la ocupación de gran parte de la ciudad y un despliegue en las calles de Buenos Aires con la violencia a la orden del día. Las explicaciones oficiales sobre la infiltración maximalista pretendían legitimar la respuesta y acallar las críticas al interior del partido gobernante<sup>11</sup>.

Como es sabido, la responsabilidad de la represión recayó sobre los bomberos armados, la policía bajo el mando primero de Miguel Luis Denovi y luego de Elpidio González, y también del Ejército con el general Luis J. Dellepiane a la cabeza. Además, no faltaron las guardias blancas integradas por grupos cívico-estatales con diversos nombres, aglutinados inicialmente en torno al Centro Naval pero que luego confluyeron en la Liga Patriótica Argentina (LPA), cuyo presidente fue el contralmirante Manuel Domecq García y luego, para abril de 1919, Manuel Carlés<sup>12</sup>. A esta persecución se sumó la organización empresarial conocida como Asociación del Trabajo, patrocinada por Joaquín S. de Anchorena.

El acuerdo, en torno al día 11 de enero, entre el gobierno, la empresa y la FORA IX Congreso fijó muchos de los pedidos esgrimidos: aumento de salario, jornada laboral de 8 horas, suspensión del trabajo a destajo, reincorporaciones de despedidos, entre otros puntos. Esto sirvió de argumento a esta central para decretar el levantamiento de la huelga, pero los anarquistas y los obreros de Vasena, desconocieron estas tratativas y continuaron con el cese de actividades, aunque para el día 20 las labores en la fábrica eran prácticamente normales, poniendo fin a 43 días de conflicto. Dos semanas después, los trabajadores iniciaron nuevamente protestas por el cumplimiento e interpretación del pliego

<sup>10</sup> Para un relato pormenorizado y, a la vez, dar cuenta del debate sobre estos hechos consultamos: Godio, Julio, *La Semana Trágica de enero de 1919* (1972), Buenos Aires, Hyspamérica, 1985; Bilsky, Edgardo, *La semana trágica* (1984), Buenos Aires, Ediciones RyR, 2011; Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003; Silva, Horacio, *Días rojos, verano negro. Enero de 1919, la semana trágica de Buenos Aires*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2011.

<sup>11</sup> *La Época*, quincena del 7 al 15 de enero. Además en estas páginas puede verse la negativa a los rumores de la incorporación al gabinete de Leopoldo Melo, quien cumplía la doble actuación de ser uno de los cabecillas del grupo disidente a Yrigoyen y el abogado de la empresa Vasena.

<sup>12</sup> McGee Deutsch, Sandra, *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

pero el movimiento no tuvo el mismo ahínco. El golpe fue duro para la Sociedad de Metalúrgicos Unidos que mantuvo su influencia en la fábrica y en el gremio en lo inmediato en un marco de escasa organización y una tendencia a perder peso. El otro sindicato, la Federación, intentaba también afrontar la coyuntura propugnando una presencia de delegados en los sitios de producción con la intención de fiscalizar las condiciones de trabajo firmadas en el gremio<sup>13</sup>. El cálculo sobre el balance de víctimas de estas jornadas desarrolladas entre el 7 y el 17 de enero de 1919, y que tuvieron su punto más violento entre el 9 y el 11, osciló entre los 60 muertos hasta los 1.356 y 5.000 heridos informados por la embajada norteamericana<sup>14</sup>. Además, las detenciones se contaron por miles en aquellos días, tanto en la Capital Federal como en el resto del país en donde existieron repercusiones.

Las posiciones institucionales no pasaron desapercibidas. La FORA IX Congreso, de mayoría *sindicalista* y dirigida por Sebastián Marotta, inicialmente apoyó la huelga y el sostenimiento logístico de las acciones, pero luego mantuvo reuniones con el presidente Yrigoyen para petitionar por los detenidos y el cese de la represión<sup>15</sup>. El Partido Socialista (PS) también colocó el énfasis en la posibilidad de iniciar diálogos entre las partes, aunque adhirió a la huelga a partir del día 9 y condenó la acción estatal, pero sin dejar de advertir cierta ‘desnaturalización’ del movimiento<sup>16</sup>. El Partido Socialista Internacional (PSI), con poco peso en las direcciones de las organizaciones gremiales, se limitó a dar apoyo a los trabajadores y denunciar la represión, pero sin conformar una política nítida de distanciamiento de las expresiones socialistas y *sindicalistas*. Los comunistas apoyaron la moción de la FORA IX Congreso de retornar a las actividades y dar por terminada la huelga. La FORA anarquista, que había visto menguada su influencia, buscó generalizar la protesta e ir al enfrentamiento directo con las fuerzas estatales y patronales al tiempo que denunciaba el proceder de *sindicalistas* y socialistas como pávido y timorato. En consecuencia, claro está, el ataque y persecución del Estado y las organizaciones paraestatales recayeron, principalmente, sobre ellos.

Aquel 1919 representó el punto más álgido pues, además de la Semana Trágica, los más de 300.000 huelguistas representan un mojón de referencia para la clase obrera argentina. Pero también constituyó un punto de quiebre de la

<sup>13</sup> “Fed. O. de la Industria Metalúrgica”, *La Protesta*, XXV, 3976, 1/1/1922, p. 4.

<sup>14</sup> Bilsky, 2011, op. cit., p. 196.

<sup>15</sup> del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable* (1983), Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005, p. 40.

<sup>16</sup> Bilsky, 2011, op. cit., p. 139.

tendencia alcista. El trienio siguiente presentó numerosos conflictos y eventos de importancia como la huelga impulsada por la FOM a partir de febrero de 1920, los centenares de trabajadores rurales muertos en la Patagonia, los sucesos en el Chaco con la violencia y persecución impartida en y por La Forestal, entre los más renombrados. En 1922, se sucedieron paros en las ramas del vestido y la confección, la madera y la metalurgia, principalmente. El movimiento obrero acusó el golpe recibido y al ciclo de huelgas le sobrevino un período de menor conflictividad y de repliegue.

Tras la huelga en Vasena, la anarquista Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos no logró expandirse y su presencia giraba en torno al centenar de afiliados. Además, los anarquistas entre los metalúrgicos seguían proponiendo los métodos de la acción directa como táctica en el taller y no parecían trascender hacia otras formas de lucha en el plano sindical<sup>17</sup>. Fue en ese contexto que adquirió importancia la presencia de los comunistas. Ellos venían actuando en la rama desde la década de 1910; primero, cuando constituyeron el ala izquierda disidente del socialismo (mientras ponían en marcha la experiencia del Comité de Propaganda Gremial); en segundo lugar, cuando ya actuaban como integrantes del antes mencionado PSI (1918-1920); y, a partir de fines de 1920, cuando constituyeron el Partido Comunista (PC). A fines de 1922, los comunistas impulsaron la fundación del Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM) que se desempeñó al interior de la Unión Sindical Argentina (USA), recientemente creada. Aunque era el de mayor presencia en la rama, los índices de afiliación rondaban para mediados de los veinte menos del 5% del total de trabajadores en Capital Federal y alrededores<sup>18</sup>. La tendencia al aumento del sector industrial en la economía de la década de 1920 ciertamente generó un lento pero sostenido surgimiento de una clase obrera industrial, al tiempo que propiciaba condiciones objetivas para la estructuración de una organización sindical por rama en detrimento de la de oficios. El avance de las características de la manufactura en los procesos de trabajo, su consecuente regimentación y la descalificación de la tarea del obrero constituyen la base objetiva de ello. En otras palabras, y siguiendo la evolución, la aparición y consolidación de la gran industria, además de lograr el pasaje de la subsunción formal a la real, sentó las bases para la generalización de una forma organizativa con eje en el sindicato industrial.

<sup>17</sup> “Tácticas”, *El Metalúrgico* (“Periódico de orientación y de combate, de la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos”), II, 6, noviembre de 1925, p. 2.

<sup>18</sup> “El secretario sindical metalúrgico ha resuelto...”, *Bandera Proletaria* (“Órgano de Unión Sindical Argentina”), VII, 381, 13/10/1928, p. 3.



Quienes advirtieron este escenario rápidamente fueron los comunistas, pues a partir de mediados de la década de 1920 impulsaron el ‘repertorio’ celular con la intención de obtener presencia firme y duradera entre los metalúrgicos<sup>19</sup>. La célula, principalmente fabril, aunque también las había ‘de bloqueo’ y ‘de calle’, era una estructura exclusivamente partidaria integrada por entre tres a veinte militantes, formaba parte orgánica del PC y, generalmente, permanecía en la clandestinidad<sup>20</sup>. Su trabajo constituyó un paso adelante por lo metódico y tenaz de su implementación que, aunque fue gradual, resultó exitosa. Entre los metalúrgicos, las células se desempeñaron en las fábricas TAMET (Sociedad Anónima Talleres Metalúrgicos San Martín), SIAM (Sociedad Industrial Americana de Maquinarias), el Taller de Cromo Hojalatería de Ernesto A. Bunge y Jorge Born, y Establecimientos Klöckner, todas ellas empresas de las más grandes del rubro que, junto a otros talleres de menor dimensión, estructuraban un sólido trabajo.

A esta situación se sumó la división de los comunistas y las novedades fueron inmediatas, pues Rafael Greco, fundador del Partido Comunista Obrero (PCO), era secretario general del SOIM<sup>21</sup>. Allí también estaban otros cuadros importantes como Luis Miranda y Romeo Gentile. En la práctica, los ‘chispistas’, así se denominaba a los militantes del PCO, dirigieron el sindicato con ayuda de socialistas, anarquistas y *sindicalistas* hasta 1930. Como fracción interna minoritaria, el PC conformó la Agrupación Comunista Metalúrgica a fines de 1926, el Comité Metalúrgico de Defensa Sindical durante 1927 y editó el periódico *El Metalúrgico Rojo*<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> Camarero, 2007, op. cit., pp. 347-348.

<sup>20</sup> “Carta orgánica de las células de fábrica”, en PC de la Argentina: “Informe del Comité Ejecutivo al VII Congreso a realizarse los días 26, 27 y 28 de diciembre de 1925, en Buenos Aires”, pp. 14-17, Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI).

<sup>21</sup> Entre los raleados luego del VII Congreso del PC a fines de 1925, denominados ‘izquierdistas’, estaban importantes cuadros que habían participado de la creación del PSI junto a otros que habían encabezado numerosas luchas: Angélica Mendoza, Cayetano Oriolo, Miguel Contreras, Mateo Fossa, Rafael Greco, Romeo Gentile y Teófilo González, entre otros. A ellos se sumaron un grupo organizado en torno a la revista universitaria *Insurrexit*, como Héctor Raurich, Luis Etchebéhère y Micaela Feldman. Juntos formaron el PCO en enero de 1926, designaron a Oriolo como secretario general y editaron *La Chispa*. La IC rápidamente desconoció esta escisión y volcó su apoyo al PC. En la decisión no solo influyeron los lazos personales que Penelón y Codovilla habían construido en Moscú, sino también que en ese período se consolidó la burocratización del Estado soviético, el partido y la IC.

<sup>22</sup> *Comité Local del PC de la Capital Federal. Circular N° 24*, Buenos Aires, 8/10/1926. Camarero, 2007, op. cit., pp. 74 y ss.



Observemos el modo en que el sindicato pensaba su estructura interna:

con este sistema de organización vertical de la base, dado que se inicia en la sección de las fábricas o talleres, recorriendo la trayectoria de la Comisión Interna, futuros Comités de Usina, al Comité Local, siguiendo por las conferencias locales y generales; aporta para la organización, un valioso contingente de elementos activos que intervienen así en la vida directa de la organización, y que son imprescindibles a nuestro sindicato<sup>23</sup>.

También alertaban acerca de la necesidad de conquistar la organización en las grandes fábricas en que, aunque no abundaban en este período, su presencia era cada vez más importante. Puede verse que la construcción de las células era la política impulsada desde el PC, pero para el SOIM la intención era la difusión de estructuras de base como las comisiones internas. Incluso el PC reconocía la labor del sindicato, por ejemplo de los comités locales, en la llegada a ciertas fábricas como Giacobone<sup>24</sup>. En rigor, la mención de las comisiones internas sirve más como una comprobación de su existencia que como la certeza del funcionamiento efectivo, pues, aunque existente, éste pareciera por el momento distar de ser extendido, concreto y, mucho menos, masivo. El SOIM, ya en manos de los ‘chispistas’, no abandonó la política de organización en los lugares de trabajo. En una de las principales fábricas, La Cantábrica (en el barrio porteño de Barracas), organizaron el cuerpo de delegados y lo defendieron frente a los despedidos de la empresa<sup>25</sup>. Y lograron constituir células de empresa en La Italo Americana y en SIAM y organizar la comisión interna en la metalúrgica Tofanari, al igual que en la fábrica Canale. El sindicato pretendía aceitar la comunicación: “se aprobó la creación del secretariado, con la edición de un boletín semanal a cargo de éste, para relacionarse con la base inmediata de la organización, como son los delegados de talleres y comisiones internas. Se ha resuelto remover a todos los delegados de talleres y crear los comités locales necesarios a juicio de C. A.”<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> “Informe general de la Comisión Administrativa a la Asamblea General Ordinaria del 28 de febrero de 1926”, *El Obrero Metalúrgico* (“Órgano del Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica”), IV, 36, enero y febrero de 1926, p. 1.

<sup>24</sup> “Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica”, *La Internacional* (“Órgano del Partido Comunista de la Argentina”), VIII, 1177, 17/12/1925, p. 2.

<sup>25</sup> “Correspondencia de fábricas y talleres”, *La Chispa* (“Órgano del Partido Comunista Obrero”), II, 26, 26/2/1927, p. 3.

<sup>26</sup> “El Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica puso fin a los debates prolongados”, *La Chispa* (“Órgano del Partido Comunista Obrero”), III, 57, 28/4/1928, p. 4.

Esto permite observar la existencia de estructuras sindicales colectivas en paralelo a las células partidarias, pero también la capacidad de la dirigencia de desplazar a los delegados. En una de las fábricas más importantes del gremio, Klöckner, situada en la intersección de las calles Empedrado y General Artigas del barrio de Villa del Parque, la disputa entre el PC y el PCO se desarrolló en torno al funcionamiento del comité de fábrica<sup>27</sup>. El PC tenía presencia allí casi desde la creación de la empresa con una célula partidaria que publicaba un periódico<sup>28</sup>. Asimismo, en algunas empresas, como Tofanari y Canale, para los años 1928 y 1929 puede verse la continuación del trabajo de las comisiones internas<sup>29</sup>. Las luchas internas en el SOIM dieron un giro definitivo hacia 1930 cuando los comunistas lograron la conducción del sindicato y lo afiliaron al Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC). En tanto, los anarquistas de la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos, enrolada en la FORA, tenían cada vez más un limitado influjo y sus éxitos eran más bien puntuales, como la aceptación del delegado por sección en la fábrica Hudson<sup>30</sup>.

El escenario argentino mostraba un crecimiento de la producción manufacturera para fines de la década de 1920 en paralelo a una mayor inversión en el sector industrial y un incremento de la fuerza de trabajo ocupada por sobre el índice de nuevos establecimientos<sup>31</sup>. Esta situación marcaba un aumento de las dimensiones de las unidades productivas entre los que sobresalían el rubro textil, el metalúrgico, la industria química y las alimenticias. Pero el paisaje global se modificó en lo inmediato como veremos en el próximo apartado.

<sup>27</sup> El PCO siguió priorizando el trabajo en aquellos gremios manufactureros e industriales en los que existían peores condiciones laborales y en donde las otras corrientes políticas tenían posiciones menos sólidas: metalúrgicos, textiles, el gremio del calzado, etc. Allí dirigieron sus esfuerzos, y su presencia no pasó desapercibida pues laceró la experiencia que había construido el PC, al disminuir su influencia, en el corto plazo, en dos gremios importantes como los metalúrgicos y el calzado.

<sup>28</sup> Correa, Jorge, *Carlos Ons, un dirigente metalúrgico clasista*, Buenos Aires, Anteo, 1975, pp. 18 y ss.

<sup>29</sup> “Debemos orientarnos hacia la organización completa del personal de la casa Canale”, *La Chispa* (“Órgano del Partido Comunista Obrero”), III, 62, 7/7/1928, p. 2.

<sup>30</sup> “Una amplia victoria en la casa Hudson”, *El Metalúrgico* (“Periódico de orientación y de combate, de la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos”), época IV, I, 1, marzo de 1930, p. 4.

<sup>31</sup> Irigoien, Alfredo, “La evolución industrial en Argentina (1870-1940)”, *Revista Libertas*, núm. 1, 1984.

### *El sindicato en la década infame*

La crisis de fines de 1929, en la cual se produjo el crac de la Bolsa de Nueva York, dio inicio a un cambio de paradigma económico mundial. La dimensión de los eventos perturbó los cimientos de un capitalismo que pregona, más allá de vaivenes coyunturales, la existencia de un crecimiento constante y un progreso inevitable. Las consecuencias inmediatas fueron la caída de los precios internacionales, la ruptura de los lazos comerciales, la elaboración por parte de los países de medidas proteccionistas, el abandono del patrón oro, las devaluaciones de las monedas y la construcción de acuerdos bilaterales entre naciones que reemplazaron la multilateralidad previa<sup>32</sup>. La Argentina no quedó indemne. La recesión no se hizo esperar y la economía en su conjunto mostró índices de retracción hasta 1932 con la evidente consecuencia del aumento del desempleo que alcanzó su punto más alto justamente ese mismo año<sup>33</sup>.

El sector manufacturero no escapó a esta crisis de magnitud, pero sus valores mostraron una caída menor a los más castigados sectores de la agricultura y la ganadería, que impactaron en la obtención de divisas. Aunque las industrias mostraron un descenso en la cantidad de ocupación casi unánime, pues si tomamos el año 1929 como base 100, los índices en 1932 eran del siguiente modo: alimentación 91,09; construcción 91,09; madera 73,17; metales 78,39; química 86,05; textil 117,51; confección mostraba 108,82 en taller y 78,83 en el sector a domicilio<sup>34</sup>. La dictadura iniciada en septiembre de 1930 esbozó una política económica de tinte ortodoxo con la disminución del gasto público con despidos de empleados públicos y paralización de obras principalmente.

Desde finales de 1927, con la definitiva supremacía de Stalin en las estructuras del comunismo soviético y de la Internacional Comunista (IC) se propició la caracterización sobre un cambio de etapa de la situación mundial. Superado el período de estabilidad se iniciaba, según la IC, un ‘tercer período’, de crisis final del capitalismo. En este marco, la colaboración del comunismo con las fuerzas socialdemócratas era inviable y se impuso la estrategia de ‘clase contra clase’ que repudiaba todo acuerdo con las fuerzas políticas ‘burguesas’ y ‘reformistas’. Esta orientación que inhibió el trabajo con otras corrientes de izquierda, y de

<sup>32</sup> Gerchunoff, Pablo; Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión al desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998, pp. 107-153.

<sup>33</sup> Ministerio del Interior, Departamento Nacional del Trabajo, División de Estadística, *Investigaciones sociales*, Buenos Aires, 1940, p. 35.

<sup>34</sup> Datos tomados de Dorfman, Adolfo, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 380.

allí su sectarismo<sup>35</sup>. En consecuencia, la única posibilidad de construir el frente único era por la base y con los obreros que desconocieran a sus dirigencias ajenas a los preceptos revolucionarios. El PC argentino realizó su VIII Congreso en noviembre de 1928 y allí abrazó obedientemente la nueva estrategia. En paralelo, el PC solidificó su estructura pretendiendo clausurar el ciclo de rupturas que habían constituido las escisiones de los ‘chispistas’ y luego la encarnada por José Fernando Penelón. Estos eventos, además de cristalizar el tándem Codovilla-Ghioldi en la conducción partidaria real, motivaron modificaciones en los peldaños directivos en los cuales se incorporaron numerosos cuadros obreros, entre ellos Miguel Contreras, Pedro Chiarante, José Peter, Gerónimo Arnedo Álvarez y Guido Fioravanti.

Desde su fundación, la Internacional Sindical Roja (ISR) incentivaba el trabajo sindical desde la base, pero las recomendaciones se acrecentaron a partir de su V Congreso en 1930, en donde se señaló que la táctica en el movimiento obrero debía ser trasladar el centro de operaciones al lugar de trabajo y desde allí construir instancias organizativas<sup>36</sup>. Con el objetivo de construir una organización que articulara las políticas de las estructuras sindicales dominadas por los comunistas en los diferentes países, se convocó en mayo de 1929 a un congreso constituyente en Montevideo (Uruguay), en el cual se conformó la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA). Asimismo, se buscó que la CSLA encauzara la línea de acción impartida por la ISR. En esta dirección, los diversos sindicatos argentinos dirigidos por comunistas se agruparon en el denominado CUSC que pretendía funcionar más como un comité sindical, que vagamente pregonaba la unidad, que como una central obrera nacional. Las resoluciones de la CSLA se dirigieron a abogar por un sindicalismo que desechara la constitución por oficios y construyera sindicatos industriales con asiento en los grandes centros productivos. Esto significó reafirmar el trabajo con la base, pero dotarlo de una nueva dinámica organizativa con un impulso a los comités de fábricas<sup>37</sup>. Éstos debían desarrollarse en las grandes empresas

<sup>35</sup> Camarero, Hernán, “El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino”, *A contracorriente, una revista de historia social y literatura de América Latina*, núm. 3, spring 2011, p. 207.

<sup>36</sup> “Problemas de organización del movimiento sindical revolucionario”, *El Trabajador Latino Americano* (“Órgano oficial del Comité pro Confederación Sindical Latino Americana”), III, 36-37, diciembre de 1930, p. 26.

<sup>37</sup> En rigor, la creación de los comités de fábrica había sido planteada como un elemento decisivo en la estrategia sindical por la IC desde su II Congreso en 1920, pero en la Argentina su implementación se impulsó a partir de 1928.

aunque aclaraba que en los pequeños talleres podía mantenerse “en pie el viejo sistema, es decir, el delegado de taller, quien es, en última instancia, el embrión de los Comités de Fábrica”. Estaba claro el concepto que el delegado, como elemento individual, debía dejar espacio para formas grupales. Además, la relación institucional era con el sindicato y los integrantes, entre siete y once, debían ser elegidos por la asamblea de todos los obreros y dotarse de una representación proporcional de las secciones internas. Existía una división de tareas para priorizar áreas como propaganda, actividad cultural, publicación del periódico, organización de la biblioteca, etc. Otro de los consejos era que “los sindicatos deben luchar por el reconocimiento de los Comités de Fábrica por parte de los patrones”, aunque no era indispensable y podían funcionar ilegalmente. Por último, establecía: “y para tener una mayor ligazón con la masa obrera, el Comité de Fábrica podrá crear un órgano accesorio denominado ‘cuerpo de delegados’, que estará constituido por los delegados de las secciones de la fábrica, elegidos en asambleas seccionales”<sup>38</sup>.

En referencia a las políticas sindicales empleadas en lo sucesivo por el PC, nos inclinamos a considerar que más nítidamente a partir de los últimos años de la década del veinte capitalizaron el éxito de la implantación celular y ejercitaron la construcción del frente único por la base, consecuencia de la línea estratégica de ‘clase contra clase’, impulsando estructuras de trabajo en las fábricas y empresas que incluyeron la apertura a la participación al conjunto de los trabajadores. Entendemos que los comités de fábrica pudieron funcionar como el relevo organizativo de las células y abrir un paradójico surco hacia el trabajo con obreros de otras corrientes políticas o independientes. Estas instancias de representación comenzaron a debilitar su vinculación directa con el PC para establecer lazos dentro de la estructura sindical prioritariamente. Denominadas de diversas maneras (comités de fábricas, comités de empresas, grupos sindicales, secciones sindicales, entre otros), la mayoría de ellas cumplían la misma función y tenían similares características: eran estructuras en el lugar de trabajo que incluían a todos los obreros, ligadas orgánicamente al sindicato de industria, elegidas por los trabajadores, afinadas en las secciones internas de las fábricas, con énfasis en el control de las condiciones laborales (pero no solamente), por mencionar algunas<sup>39</sup>. Aunque esto no implicó el abandono total del trabajo en células. En un período estratégico signado por el sectarismo, allí

<sup>38</sup> Todas las citas de este párrafo: “Sobre los comités de fábrica y los sindicatos de industria”, *El Trabajador Latinoamericano* (Órgano oficial de la Confederación Sindical Latino Americana), I, 8, 31/12/1928, pp. 19-24.

<sup>39</sup> “Al CC del PC de la Argentina”, Moscú, 4/10/1933, RGASPI.

su aspecto paradójico, entendemos que el PC priorizó gradualmente el trabajo de base en estructuras que incluyeron al conjunto de los obreros de la fábrica y con vinculación dentro del sindicato. El desarrollo más extendido de esta experiencia se produjo en el sector de la construcción, pero también en textiles, metalúrgicos, frigoríficos, madera e industria del vestido<sup>40</sup>.

Los casos son muchos, pero examinemos el ejemplo de una gran empresa del rubro metalúrgico como la fábrica Klöckner. Aquí podemos verificar el esfuerzo de las células por transformar las estructuras de base: “los obreros de la Klöckner se organizaron por obra de la célula comunista que había formado un comité de Fábrica”<sup>41</sup>. Unos años más tarde explicaban este cambio estratégico de organización de la base obrera de modo más nítido:

[E]ste número del periódico a diferencia de los anteriores que han sido publicados por la Célula Comunista, aparece a nombre de la organización sindical de la fábrica. Este hecho marca un nuevo rumbo dentro de la lucha por la unidad del personal y por la organización que se está llevando a cabo. Los que firmamos este artículo, nos complacemos en haber logrado esto, considerándolo un verdadero éxito para el desarrollo de la organización en la fábrica. Y en este caso nos toca decir lo siguiente: que a pesar de la labor que viene desarrollando la Célula Comunista por la organización del personal, el hecho que el periódico apareciera publicado por dicha célula, era mal visto por varios compañeros de la fábrica. Esos compañeros creían que ingresar en la organización sindical significaba hacerse comunista, y como en la fábrica hay obreros de distintas ideologías, era lógico que muchos de ellos al considerarlo así, no participasen en la organización, por lo que el desarrollo de los grupos sindicales se haya visto seriamente trabado<sup>42</sup>.

Entre los metalúrgicos, el SOIM seguía actuando con presencia de varias corrientes políticas y con preeminencia comunista. La presencia de un aceitado trabajo de base podía constatarse en estos años en las fábricas Houplain, Campi y Novara, Puloil, las pertenecientes a Bunge y Born denominadas Herrera

<sup>40</sup> Por ejemplo: *El obrero del mueble* (“Órgano del grupo rojo de la madera”), I, 5, noviembre de 1929.

<sup>41</sup> “Los ‘chispistas’ hacen el juego a los patrones”, *La Internacional* (“Órgano del Partido Comunista de la Argentina”), XI, 3315, 19/10/1929, p. 3.

<sup>42</sup> “Aclaración”, *Klöckner* (“Órgano de los obreros del establecimiento metalúrgico Klöckner S.A.”), 9, abril de 1934, p. 3. La existencia de este grupo puede verse también en “Hoy se reunirá el personal de la casa Klöckner”, *La Vanguardia*, XLI, 9724, 23/4/1934, p. 4.

y Alcorta, Vázquez Italia, National Lead y en la más importante Compañía Argentina de Talleres Industriales del Transporte y Afines (CATITA)<sup>43</sup>.

El crecimiento económico se consolidó durante estos años al tiempo que las condiciones de trabajo de la clase obrera distaban de mostrar mejoras sustanciosas. La instalación de grandes plantas fabriles se extendió hacia mediados de la década, aunque seguían siendo importantes las medianas y pequeñas industrias y empresas. La concentración de la clase obrera en los grandes establecimientos constituyó un terreno propicio que incentivó la organización colectiva en el lugar de trabajo. La aparición y el crecimiento de un moderno proletariado industrial, concentrado, generalmente de baja calificación y con creciente demanda de organización, conformaron el escenario objetivo. Entre los sectores de mayor crecimiento industrial de la época debemos destacar la expansión de los textiles y los metalúrgicos. La sustitución de importaciones y el aumento del consumo repercutieron en altas tasas de desarrollo para las industrias de esos rubros. Ambos sectores lograron posicionarse desde los inicios del ciclo económico entre los de mayor crecimiento y dinamismo, posibilitando un gran aumento en la cantidad de obreros ocupados. Pero también la industria de la construcción creció a tasas significativas en aquellos años. Entre las industrias de mayor crecimiento estaban la textil, que lo hacía a una tasa del 10,8% y la producción de metales al 5,1%<sup>44</sup>. Pero el Censo Industrial de 1935 también arrojaba otros datos de importancia. Allí se relevaban 43.207 plantas industriales en el país que ocupaban 544.000, sumados obreros y empleados. Si tomamos como referencia el Censo de 1914, la suba en la cantidad de establecimientos fue del 10,3%, pero el incremento en la cantidad de fuerza de trabajo había sido del 42%, lo que evidencia el aumento de dimensiones de las fábricas<sup>45</sup>. En la Capital Federal existían 13.440 establecimientos en los que trabajaban 244.231 obreros que representaban alrededor del 30% del total del país y estos números rondaban el 50% con la inclusión de los partidos bonaerenses colindantes<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> “Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica”, *La Vanguardia*, XXXVIII, 8546, 25/2/1931, p. 5; “Un triunfo de los obreros metalúrgicos”, *La Vanguardia*, XL, 9577, 26/11/1933, p. 4. Las menciones se replican en las ediciones de los días siguientes; “De los obreros de CATITA”, *La Internacional* (“Órgano del Partido Comunista de la Argentina”), XV, 3408, 31/5/1933, p. 2.

<sup>44</sup> Díaz Alejandro, Carlos F., *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, p. 220.

<sup>45</sup> Ministerio de Hacienda, Comisión Nacional del Censo Industrial, *Censo Industrial de 1935*, DGEN-Casa Jacobo Peuser, 1938.

<sup>46</sup> Los datos para la Capital Federal corresponden al Cuarto Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, Censo de Población, 1936.



El crecimiento de la industria metalúrgica en el país fue impulsado por el proceso de industrialización por sustitución de importaciones ocurrido durante la década de 1930. Este crecimiento provocó que el sector se convirtiera en una de las ramas más dinámicas y florecientes a partir de 1935, sin que esto repercutiera en una mejora en las condiciones laborales de los obreros de las distintas fábricas. El crecimiento industrial en la metalurgia fue acompañado por un aumento en el número de empresas y fábricas instaladas y en la cantidad de fuerza de trabajo ocupada que se evidenció fundamentalmente en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. En particular, durante esta época se produjo en la industria metalúrgica un cambio que modificó el proceso de producción en la fábrica. La incorporación de maquinaria y las consecuencias que la misma tuvo modificaron el proceso afectando a los trabajadores<sup>47</sup>. Sin duda, la introducción de máquinas y tecnología, permitió a los empresarios suplantar la fuerza de trabajo por una de menor calificación y, de este modo, reducir los costos laborales<sup>48</sup>.

En diciembre de 1935, el SOIM se incorporó definitivamente a la Confederación General del Trabajo (CGT) quedando, luego de la división de la central sindical el 12 de diciembre de 1935, enrolado en la denominada CGT Independencia, al igual que el resto de los sindicatos de extracción comunista. Su organización interna incluía: bronceros, herreros de obra, hojalateros, mecánicos y mecánicos de automóviles<sup>49</sup>. En el gremio, la coyuntura abierta por la huelga de la construcción de fines de 1935 y la huelga general de enero de 1936 implicaron un intento de evaluar las condiciones del sector y del sindicato para estructurar nuevas estrategias y prácticas que habilitaran una mayor presencia entre los obreros. La búsqueda de mayor afiliación, la organización en las grandes empresas, la obtención de beneficios laborales, el mejoramiento de las condiciones de trabajo, la respuesta a los avances tecnológicos, el trabajo de las mujeres y los menores, el sostenimiento de los logros obtenidos, entre otros, fueron los principales temas alrededor de los cuales se desarrolló la problemática sindical metalúrgica.

<sup>47</sup> Schvarzer, Jorge, *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 174 y ss.

<sup>48</sup> Un caso emblemático en este sentido fue el de los Talleres Metalúrgicos San Martín S.A. (TAMET). Grande Cobián, Leonardo, "TAMET: crónica de una guerra. Concentración y centralización capitalista en la siderurgia argentina, 1870-1935", *Razón y Revolución*, núm. 10, 2002.

<sup>49</sup> Di Tella, Torcuato, *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires, Ariel, 2003, pp. 300 y ss; Elisalde, Roberto, "Sindicatos en la etapa preperonista. De la huelga metalúrgica de 1942 a la creación de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)", *Realidad Económica*, núm. 135, octubre-noviembre 1995, pp. 76-102.



A pesar del crecimiento de la industria, el SOIM, que tenía su sede central en Independencia 2417, tuvo pocos progresos en lo que respecta a su organización. El reconocimiento por parte de la CGT como único gremio metalúrgico favoreció la actividad del sindicato, pero no logró avances significativos en cuanto al número de afiliados o cotizantes. Hacia finales de la década de 1930, la industria metalúrgica ocupaba a cerca de 50.000 trabajadores, de los cuales el SOIM tenía 3.000 afiliados y 1.500 cotizantes, aproximadamente. En lo concerniente a los aspectos cualitativos en la actividad sindical, los esfuerzos se dirigieron a organizar las grandes fábricas y talleres. La presencia sindical en las empresas de mayor tamaño constituía un punto débil y el sindicato advertía la dificultad que implicaba esta situación para el gremio en general. Además de incentivar la creación de comisiones internas, se buscaba el reconocimiento sobre las vacaciones pagas<sup>50</sup>.

Luego de incorporarse a la CGT, el SOIM inició su búsqueda por obtener mayor presencia entre los metalúrgicos, aunque su progreso fue más lento que el visto para las experiencias textiles y de la construcción. La presencia comunista era mayoritaria aunque el sindicato siempre conservó, incluso hasta 1943, en su seno a *sindicalistas*, socialistas, anarquistas y militantes, más testimoniales, que se referenciaban en Penelón y su ahora Partido Concentración Obrera. El secretario general entre 1936 y 1938 fue J. Kaminetzky, del PC<sup>51</sup>. Los principales cuadros comunistas al interior del gremio metalúrgico eran Marcos Maguidovi, que desde 1938 ocupó la dirección del sindicato, Juan Pavignano, Manuel Zambrana, Alba Tamargo y Muzio Girardi. Este último se desempeñó, desde 1941, en el cargo de secretario general y bajo su conducción el SOIM evidenció los avances cuantitativos y cualitativos más relevantes a nivel de organización. Para 1938, el sindicato contaba con 1.749 cotizantes declarados frente a la CGT, aunque el número de afiliados pasaba los 3.000<sup>52</sup>. Observamos anteriormente la organización de base de la fábrica Klöckner y se destaca en este período la constitución y el desempeño de la comisión interna de la importante metalúrgica CATITA<sup>53</sup>. Las dificultades que enfrentaban los obreros metalúrgicos en los grandes establecimientos se manifestaban constantemente. El control patronal sobre la sindicalización y el apoyo estatal convergían para obturar

<sup>50</sup> “Señalan tareas de carácter insalubre los O. metalúrgicos”, *La Vanguardia*, XLIII, 10989, 19/10/37, p. 5.

<sup>51</sup> Di Tella, 2003, op. cit., pp. 302 y ss.

<sup>52</sup> Matsushita, Hiroshi, *Movimiento Obrero Argentino 1930-1945: Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 162.

<sup>53</sup> Este proceso de organización en la base puede encontrarse de modo más detallado en Ceruso, 2015, op. cit.

la militancia sindical en las fábricas. Como venimos observando, el sindicato metalúrgico había logrado avances, particularmente luego de haberse sumado a la CGT y ser reconocido como única entidad del gremio. Para comienzos de la década de 1940, con cerca de 4.000 afiliados, el SOIM había logrado duplicar su fuerza si tomamos como referencia el año 1936 y los comunistas lo habían convertido en uno de sus baluartes dentro de la acción gremial. Pero el sindicato todavía seguía siendo una organización de corto alcance, a la cual se le dificultaba notablemente avanzar en su extensión nacional y replicar en magnitud los logros del resto de los sindicatos industriales, particularmente construcción, textiles y carne<sup>54</sup>.

A comienzos de 1941 finalizó el período de Marcos Maguidovi como secretario general del SOIM y fue reemplazado por otro cuadro comunista, Muzio Girardi. Bajo su conducción el sindicato evidenció los avances cuantitativos y cualitativos más relevantes a nivel de organización. A los pocos meses de haber asumido la conducción, y refiriéndose a los logros obtenidos hasta entonces, Girardi planteaba la necesidad de reorganizar el SOIM y apuntalarlo desde la base mediante la obtención de instancias sindicales colectivas en las unidades productivas. Girardi reconocía la escasa presencia gremial en los grandes establecimientos fabriles y emprendió la tarea de organizar a la base metalúrgica en la fábrica misma<sup>55</sup>. La necesidad de organizar los grandes talleres metalúrgicos y sindicalizar a los obreros aparecía como la gran tarea planteada por Girardi. Esta reestructuración interna del sindicato trajo sus consecuencias, pues a partir de 1941 el gremio encaró las principales luchas por mejorar su cuadro de situación general. Además, el paisaje que delineaba el sindicato no olvidaba denunciar los constantes intentos empresariales por profundizar los tiempos de producción e intensificar los ritmos de trabajo, al tiempo que buscaban imponer las pautas disciplinarias que les permitieran realizarlo con la menor cantidad de resistencia obrera.

Luego de asumir Girardi como secretario general, el SOIM se dedicó de lleno a ganar posiciones en las grandes fábricas del gremio y modelar su estructura con la intención de ramificarse prioritariamente en las unidades productivas. Los esfuerzos se plasmaron con rapidez e inmediatamente podemos dar cuenta

<sup>54</sup> Camarero, Hernán, *Comunismo y movimiento obrero en la Argentina, 1914-1943*, tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, 2008; Di Tella, 2003, op. cit., pp. 302 y ss.

<sup>55</sup> “La organización obrera en las grandes empresas metalúrgicas”, *Orientación*, IV, 193, 6/3/41, p. 4.

de la presencia y el funcionamiento de entidades de base en fábricas que hasta allí no contaban con esta característica<sup>56</sup>.

El SOIM encaró desde mediados de 1942 una dura lucha para mejorar las condiciones de los trabajadores y emprendió los pedidos de mejoras a través de un pliego de condiciones. La patronal rechazó el petitorio porque desconocía al SOIM como representante de los trabajadores y consideró improcedente el aumento salarial y la aplicación de ley 11.729 de vacaciones anuales pagas<sup>57</sup>. Durante el mes de mayo, la Asamblea General del gremio metalúrgico, denominada Asamblea de Delegados y Miembros de Comisiones Internas de Empresas, decretó un paro e instruyó a las diferentes comisiones internas de fábricas y empresas sobre los pasos a seguir durante la huelga<sup>58</sup>. El petitorio elevado por los obreros se circunscribía puntualmente a un aumento salarial, mejoras en las condiciones de trabajo en las fábricas y la aplicación efectiva de la ley 11.729 de vacaciones en todos los establecimientos de la industria.

El conflicto en cuestión se concentró particularmente durante los meses de junio y julio, en los cuales se desarrolló la huelga metalúrgica<sup>59</sup>. La finalización del paro llegó luego de la intervención del Estado, que realizó un arbitraje y expidió un laudo ministerial que otorgaba beneficios por debajo de los solicitados por los obreros. Con posterioridad a la huelga, el secretario general del gremio Girardi señalaba: “el laudo significa, también, un paso adelante en el robustecimiento y consolidación de nuestro gremio, y ahora más que nunca es necesario formar comisiones internas para que no sea violado”<sup>60</sup>. Esta afirmación de la conducción del SOIM pone de manifiesto la importancia que el gremio

<sup>56</sup> “El personal de la casa Klökner paralizó sus tareas por falta de cumplimiento de la ley 11.729”, *La Vanguardia*, XLVI, 11853, 5/3/40, p. 6; “Piden más salario en CAPEA”, *La Hora* (“Diario de los trabajadores”), II, 701, 15/12/41, p. 5; “La industria del alambre en la Argentina. Fábrica José Ferrarini”, *Argentina Fabril* (“Publicación semanal del órgano de publicidad de la Unión Industrial Argentina”), LII, 845, mayo de 1939, p. 12.

<sup>57</sup> “Presentación de los industriales metalúrgicos al Departamento Nacional del Trabajo, con motivo de una petición del sindicato obrero de la misma industria”, *Argentina Fabril* (“Publicación semanal del órgano de publicidad de la Unión Industrial Argentina”), LV, 880, abril de 1942, p. 12.

<sup>58</sup> “El 28 pararán los obreros metalúrgicos”, *La Hora* (“Diario de los trabajadores”), III, 846, 19/5/42, p. 3.

<sup>59</sup> Para un relato específico de este conflicto: Elisalde, 1995, op. cit.; Gurbanov, Andrés; Sebastián Rodríguez, “La huelga metalúrgica de 1942 y la crisis de la dirigencia comunista en los orígenes del peronismo”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, núm. 4, septiembre-octubre 2007, pp. 61-82.

<sup>60</sup> “El laudo: triunfo del gremio, afirma Girardi”, *La Hora* (“Diario de los trabajadores”), III, 921, 22/8/42, p. 3.

le otorgaba a la organización sindical en las fábricas. Al mismo tiempo, la cita deja entrever el trabajo de consolidación de estructuras que debía emprender el sindicato. La huelga también pareció dar cierto impulso, porque a los meses se puede registrar el logro de la designación de las comisiones internas de las fábricas TAMET y Berlingieri, entre otros<sup>61</sup>.

Pero no todos los sectores en el gremio se encontraban conformes con los resultados obtenidos, pues el aumento otorgado por la patronal era menor al solicitado y en el laudo no se hacía mención alguna acerca de las vacaciones anuales pagas, que originalmente se encontraba en el petitorio<sup>62</sup>. Algunos integrantes de la Federación Anarco Comunista Argentina hicieron eje en las críticas a los logros, pero también se cuestionaba el pedido de intervención que los comunistas formularon a Monseñor de Andrea<sup>63</sup>. El forismo tampoco se privó de hacer oír sus críticas<sup>64</sup>. Aunque los cuestionamientos más relevantes provinieron de un conjunto de trabajadores, encabezados por Ángel Perelman, que argumentaban que las reivindicaciones no habían sido satisfechas por el laudo ministerial. Es sintomático mencionar que en el medio del conflicto, Girardi destacó la labor de la derechista Alianza de la Juventud Nacionalista que recorría las fábricas para debilitar la huelga y de la oposición de militantes foristas, pero recaló especialmente en el desempeño de un grupo de trotskistas de la fábrica CATITA que cuestionan la conducción del SOIM y su proceder en la huelga. Además, el propio secretario general le otorgó importancia, pues destacó que los trabajadores de esta empresa se sumaron a medias al paro<sup>65</sup>. Para cerrar nuestro análisis, no podemos soslayar que Ángel Perelman trabajaba en la empresa CATITA y desde allí aunó fuerzas para expresar su disidencia y, junto a su hermano Adolfo y otros militantes como Nicolás Giuliani, fomentaron la ruptura con el SOIM. Ello derivó en abril de 1943 en la creación de la Unión

<sup>61</sup> “Queremos que en TAMET fijen categorías de acuerdo a capacidad y labor del obrero”, *La Hora* (“Diario de los trabajadores”), III, 949, 19/9/1942, p. 3.

<sup>62</sup> Elisalde, 1995, op. cit., p. 94; Gurbanov et al., 2007, op. cit., pp. 71 y ss; Lida, Miranda, *Monseñor Miguel de Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, p. 174.

<sup>63</sup> “Culminara con un fracaso el conflicto metalúrgico”, *Solidaridad Obrera* (“Una voz obrera y campesina de orientación y de lucha”), II, 16, agosto de 1942, p. 2; “La huelga de los metalúrgicos fue sofocada”, *Acción Libertaria* (“Federación Anarco Comunista Argentina”), VII, 57, julio de 1942, p. 2.

<sup>64</sup> “El gremio de metalúrgicos bajo la dictadura bolchevique”, *Organización Obrera* (“Órgano de la Federación Obrera Regional Argentina”), VIII, 81, junio de 1942, p. 2.

<sup>65</sup> “La fuerza del gremio metalúrgico”, *Orientación*, VI, 264, 6/8/1942, p. 5.

Obrera Metalúrgica<sup>66</sup>. Este nuevo sindicato estuvo alentado por el sector cegetista de Domenech e, incluso, tuvo su sede en la avenida Independencia 2880, sitio en el que se encontraba la Unión Ferroviaria<sup>67</sup>.

El año 1943 fue testigo del inicio de la pérdida de influencia del SOIM entre los obreros metalúrgicos. Los motivos de este proceso exceden el marco y la propuesta de estas páginas. Las consecuencias de la huelga de mediados de 1942, la creación de la Unión Obrera Metalúrgica, el golpe de Estado de junio de 1943, las disputas en el SOIM, la represión a las actividades comunistas dentro del movimiento obrero y diversos factores más podrían señalarse como las causas de la declinación del SOIM.

### *Reflexiones finales*

Durante los años examinados, la rama metalúrgica fue una de las que mayor expansión experimentó dentro del cuadro general de aumento de la producción manufacturera e industrial en la Argentina. La ampliación del sector ya comenzó a verificarse desde inicios del siglo XX, y alcanzó un vigor más considerable durante la década del 20. Pero fue tras la salida de la crisis y recesión de los años 1929-1933 cuando adquirió dimensiones más vastas, en el contexto del salto en el proceso de la industrialización por sustitución de importaciones. Ello se expresó tanto en la multiplicación del número de talleres y fábricas (cuyo mayor tamaño y complejidad productiva expresó los avances de la gran industria y de la radicación de capital extranjero) como en la cantidad de obreros y empleados en esas empresas. Dicho fenómeno tuvo centralidad en el área de la Capital Federal y en algunas de las regiones del Gran Buenos Aires (en especial, del partido de Avellaneda). Indudablemente, el desafío del movimiento obrero fue organizar a esa creciente masa laboral, que se configuraba en un escenario definido por la dispersión geográfica, la diversidad en la escala de los sitios de trabajo, la heterogeneidad productiva y la disparidad de oficios.

Luego de algunos intentos débiles durante los primeros años del nuevo siglo (sobre todo, los signados por la expansión de la FORA V Congreso), fue en la década de 1910 cuando se produjo un mayor avance de la agremiación

<sup>66</sup> Perelman, Ángel, *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961. Puede verse el apoyo que recibieron los obreros de CATITA en su actitud del periódico trotskista *Frente Obrero* ("Órgano quincenal del Partido Obrero de la Revolución Socialista. Adherido a la IV Internacional"). Inicialmente, los hermanos Perelman formaron parte del Partido Obrero de la Revolución Socialista. Con posterioridad, adscribieron a la denominada 'izquierda nacional'.

<sup>67</sup> Di Tella, 2003, op. cit., pp. 306 y ss.

de los trabajadores del sector, aunque aún muy limitado a ciertos círculos militantes. La creación de la Federación de Obreros Metalúrgicos, impulsada por *sindicalistas* y socialistas, y adherida a la FORA IX Congreso, fue expresión de ese proceso. Pero la combatividad y mayor nivel de intervención en las luchas por establecimientos (como en el caso de los talleres Vasena) se canalizó en otra entidad, la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos, constituida por los anarquistas y referenciada en la vieja FORA quintista. No obstante, esta última fue un organismo de alcance muy limitado, no superando el centenar de miembros, los cuales aún continuaron muy anclados en los viejos modelos de la organización federalista, basada en los oficios y casi nulamente centralizada. Fue la creciente penetración de los comunistas en la rama lo que se convirtió en el elemento más novedoso y dinámico. Los cuadros de esta corriente tuvieron sus primeras experiencias de inserción entre los metalúrgicos hacia la década de 1910, mientras aún constituían el ala izquierda disidente del socialismo (animando el Comité de Propaganda Gremial) y, luego, cuando actuaban como integrantes del PSI. Desde fines de 1920, ya como expresión del PC, iniciaron un proceso de organización más orgánico, extendido y duradero, comenzando a disputar seriamente la hasta ese entonces vigente hegemonía anarquista en la rama. La constitución del Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica, en 1922, fue la evidencia de un cambio en la relación de fuerza entre las tendencias del movimiento obrero que actuaban en el ámbito industrial. Desde ese momento y por casi veinte años, la conducción mayoritaria de los trabajadores sindicalizados en la rama metalúrgica fueron los comunistas, quienes operaron bajo el imperativo de la sindicalización única por rama y con aspiraciones centralistas.

Como hemos visto, ese ejercicio de dirección no fue apacible ni completamente regular. En la segunda mitad de los años veinte, el SOIM fue escenario privilegiado de una de las luchas fraccionales que afectó al PC. En efecto, la mayoría de los cuadros dirigentes del sindicato fueron parte de los “chispitas”, expulsados de las filas partidarias a fines de 1925. En alianza con militantes de otras fuerzas, los “chispistas” lograron que el PC perdiera el control efectivo del gremio durante un breve período. Los comunistas recién lograron recuperar el dominio hacia 1929-1930. Durante esos años, en el terreno de las disputas entre las distintas centrales obreras, el SOIM alternó su ubicación entre la USA (en oposición a su conducción *sindicalista*) y el CUSC, creado bajo las políticas del “tercer período” cominterniano. La primera mitad de los años 30 encontraron al SOIM orientado hacia una línea extremadamente combativa y sectaria, protagonizando violentos conflictos laborales y aislado de la principal confederación obrera del país, la flamante CGT. El ingreso en el seno de esta última, en 1935, debido al cambio de estrategia de la IC, la que impuso el “frente popular”, fue coincidente con el inicio de un ciclo de gran crecimiento del sindicato, cuyo número de

afiliados superaba el de 4.000 a comienzos de la década del 40. En esa etapa, se combinaron prácticas combativas en los sitios de trabajo y en las huelgas del sector, con la moderación y el reformismo político que el PC iba exhibiendo a partir de la aplicación de su nueva línea general (en la que había lugar para un acuerdo con alas “progresistas” y “antifascistas” de la propia burguesía).

Si hacemos una evaluación de conjunto acerca de los modestos avances que pueden reconocerse en el proceso de agrupamiento de los obreros metalúrgicos para la lucha contra el capital desde mediados de los años veinte a principios de los cuarenta, la atención debería fijarse en la relativa eficacia en las tareas de organización “hacia abajo” y “hacia arriba”. En el primer caso, fue vital la lenta y dificultosa extensión de los tentáculos del sindicato (y las corrientes que lo dirigían, especialmente el PC), a través de la implantación en los sitios de trabajo, primero con las células comunistas, y luego con los Comités de Fábricas, las comisiones internas y los cuerpos de delegados por empresas. En una segunda dimensión, cobran relevancia los mayores niveles de extensión, complejidad y pragmatismo que adquirió la propia estructura de dirección sindical de la rama. Incluso comenzaron a cuestionarse ciertos procesos de “burocratización” y excesiva moderación en las apuestas del gremio, que tuvieron un canal en la propia huelga de 1942. Pero el SOIM no conoció la experiencia de superación de los nuevos dilemas que se le planteaban, de manera bastante lógica y previsible (dado el contexto de un nuevo sindicalismo industrial, de masas y “moderno”), por la vía de una resolución exclusivamente interna. Fue la aparición del Estado en la arena gremial y política, con la irrupción de Perón y su nueva estrategia, basada en la exclusión de los comunistas y en la atracción de otra camada de cuadros sindicales que lograron conquistar muchas de las viejas demandas laborales, la que de un solo golpe inauguró un nuevo ciclo en la historia del gremio y de todo el movimiento obrero. A partir de 1943, la historia conoció la virtual disolución del SOIM y el surgimiento y gran desarrollo de otra organización, la UOM. Será esa entidad la que acabó ganando definitivamente la partida.





# CUADERNOS DE HISTORIA 44

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2016: 81-100

---



## POLÍTICA INTERNACIONAL Y POLÍTICA DOMÉSTICA EN GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA, 1946-1952. LA SOMBRA DE LA GUERRA FRÍA \*

*Cristián Garay Vera*\*\*

*Ángel Soto*\*\*\*

*Valeska Troncoso*\*\*\*\*

**RESUMEN:** En este artículo, acudiendo al archivo personal del presidente Gabriel González Videla (1946-1952) se discute la relación entre su idea de política internacional y la política doméstica especialmente en su crisis interna con el movimiento sindical procomunista. Para los autores, sus ideas de política internacional eran anteriores a su gestión presidencial, y se encuadraba dentro de un marco que podríamos denominar pensamiento “progresista” en la época. Sus posturas “anti” –antifascista primero y anticomunista después– pudieron ser articuladas en distintas y sucesivas épocas en función de otros tópicos más permanentes en su visión, como la inequidad de las relaciones internacionales, su idea de una comunidad democrática internacional con capacidad coactiva y la tesis que democracia tenía dos dimensiones, democracia política y democracia

\* Este trabajo es parte del Proyecto Fondecyt 1120372 Radicales y militares en los comienzos de la Guerra Fría.

\*\* Profesor de la Universidad de Santiago (USACH). Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago (USACH). Licenciado y Magíster en Historia por la Universidad de Chile.

\*\*\* Profesor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de los Andes (Chile) y de la Universidad Francisco Marroquín (Guatemala).

\*\*\*\* Profesora de la Universidad Santo Tomás (Chile). Magíster en Estudios Internacionales por la USACH y Licenciada en Historia por la Universidad del Desarrollo.

económica (también en lo internacional). Para los investigadores esto permite desplazar su mirada desde lo internacional a lo nacional y viceversa, concibiendo el escenario doméstico como esencialmente interrelacionado y aprovechando el escenario y las oportunidades para la política exterior de Chile en los inicios de la Guerra Fría.

PALABRAS CLAVE: Chile, política exterior, enfrentamiento ideológico, Guerra Fría.

*DOMESTIC POLITICS AND INTERNATIONAL POLITICS  
IN GABRIEL GONZÁLEZ VIDELA, 1946-1952. THE SHADOW  
OF COLD WAR*

*Abstract: In this article, going to the personnel file of President Gabriel González Videla (1946-1952) the relationship between his idea of foreign policy and domestic policy especially in its internal crisis with the pro-communist trade union movement is discussed. For authors ideas of international politics predated his administration, and framed within a framework that could be called “progressive” thinking at the time. His “anti” positions –first anti-fascist and anti– could then be articulated in different and successive times for other more permanent role in his vision as the s inequality international relations topics, the idea of an international democratic community with coercive capacity, and the thesis that democracy had two dimensions, political democracy and economic democracy (also international). This allows researchers to shift their gaze from the international to the national and vice versa, conceiving the domestic as essentially interrelated stage and taking the stage and opportunities for Chilean foreign policy in the beginning Cold War.*

*KEY WORDS: Chile, foreign policy, ideological confrontation, Cold War.*

Recibido: julio 2015

Aceptado: marzo 2016

### *Introducción*

La Historia de la Guerra Fría se ha actualizado, colocando la vigencia de las percepciones y la lógica de los actores subalternos como parte del análisis antes solo reservado a las superpotencias y líderes mundiales. Para los estudios recientes hay varias fases de aspiraciones intermedias que velaban por las creencias e intereses de los subgrupos y otros países en el enfrentamiento ideológico mundial, guerra encubierta, sangrienta y que

pasaba de las ideas a la práctica con suma facilidad<sup>1</sup>. Algo que se posibilitó porque, como dice Westad, había un “sistema internacional basado en dos versiones opuestas del pensamiento europeo moderno”<sup>2</sup>.

El enfrentamiento ideológico, caracterizado por Ernst Nolte como una reacción amplia al comunismo<sup>3</sup>, permite visualizar las conductas de los actores más allá del estereotipo de bandos digitados por las respectivas capitales de la URSS y EE.UU. Una perspectiva que como dice Joaquín Fernandois analizó tradicionalmente “a las sociedades pequeñas y/o subdesarrolladas como meros peones de las grandes potencias. En cambio, un estudio desde otra perspectiva muestra cómo han sido sujetos [participantes y autónomos] de una política mundial desde su origen republicano, con las falencias que los caracteriza”<sup>4</sup>.

El objeto de este artículo es proponer una hipótesis alternativa a la tan difundida que explica a la presidencia de Gabriel González Videla por un tranco errático en lo político nacional e internacional, marcado por las reales o supuestas inestabilidades del carácter del Presidente. Problema que se ha agudizado al tratar su proyecto de Ley de Defensa de la Democracia y su anterior alianza con los comunistas. Ya que, como se sabe, accede al poder en alianza con los comunistas –y otros–. A poco andar se separa de ellos, expulsándolos de su gabinete, y luego los declara ilegales. Sin negar el peso de los aspectos íntimos del presidente González Videla, postulamos que el alineamiento con Estados Unidos y su decisión de marginar a sus socios del gabinete primero, del gobierno después, y finalmente de la legalidad, tiene otra explicación posible. Esta sería que la determinación fue tomada a la luz de la evolución de la situación internacional y de una valoración de la situación de Chile en una posible confrontación Este-Oeste. Pero esto supone, como condición previa de esta hipótesis negativa, demostrar que González Videla tenía un proyecto

<sup>1</sup> Como guía de esta tendencia citamos los textos del profesor Westad, Odd Arne, *Reviewing the Cold War: Approaches, Interpretations, Theory*, Frank Cass Publishers, Londres, 2000; y *The global Cold War. Third world interventions and the making of our times*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005; Gaddis, John Lewis, *La Guerra Fría*, RBA, Barcelona, 2005, y un amplio debate en Joseph, Gilbert M. & Spenser, Daniela (editores), *In from the Cold. Latin America's New Encounter with the Cold War*, Duke University Press Durham, London, 2008, pp. 3-46.

<sup>2</sup> Westad, Odd Arne, *The Global Cold War*, p. 4. Véase también Smith, Joseph, *The Cold War*, Blackwell Publishers, 1998, cap. 1 “Beginning of the Cold War”, pp. 1-26 y cap. 2 “Stalemate in Europe”, pp. 27-49.

<sup>3</sup> Nolte, Ernst, *La Guerra Civil Europea, 1917-1945*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001 (Traducción de la versión alemana de 1997).

<sup>4</sup> Fernandois, Joaquín, “La internacionalización de la Historia Internacional”. En Purcell, Fernando y Alfredo Riquelme (Eds.), *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*, RIL Editores, Santiago de Chile, 2009, p. 39.

internacional, que este era distinto del comunista, y que persistió antes, durante y después de su alianza con los comunistas.

Para abordar el tema hemos usado parte del fondo documental Gabriel González Videla contenido en el Archivo Nacional, diversos volúmenes del Archivo de Relaciones Exteriores de Chile, prensa, y las *Memorias* del protagonista publicadas en 1975, tomando las reservas en cuanto a qué parte podrían ser consideradas reescrituras del pasado en función de su apoyo al Gobierno de Augusto Pinochet y al proceso iniciado en 1973.

### *El observador*

Gabriel González Videla tuvo por la realidad internacional una alta consideración, se trataba para él de una forma de “política experimental”, donde podía establecer lineamientos para el futuro. Así, muchos años antes de acceder a la presidencia informaba el 23 de marzo de 1941 al presidente Pedro Aguirre Cerda que no quería regresar a Chile por estar siguiendo la dirección de la política mundial, “a pesar de todos los riesgos, peligros y privaciones con que se vive en Francia, he disciplinado mi vida, consagrándola al estudio, a la observación y a la participación directa o indirecta de esta verdadera “revolución” en que chocan dos culturas, dos sensibilidades distintas, dos sistemas de vida antagónicos”.

Y agregó:

Mi ambición, como usted ve, don Pedro, es seguir este proceso que a través de la guerra es, sin embargo –le repito–, una revolución mundial, que tarde o temprano, por una u otra vía, tendrá repercusión en Chile y en América, y yo quiero estar preparado para serle útil a usted, a mi país, a mi partido, siguiendo con imparcialidad y entusiasmo el pulso que late en este momento histórico en la civilización occidental<sup>5</sup>.

Por ello podemos afirmar que su interés por la política internacional fue tan importante como su pasión por la vida partidista local. Así es como lo recuerda el Embajador de Estados Unidos durante esa época, Claude Bowers, para quien éste “tenía una visión en los asuntos internacionales y comprendía el profundo significado de lo que ocurría en el mundo”, destacando además, su profunda familiarización “con los problemas comerciales, económicos y técnicos de su

<sup>5</sup> González Videla, Gabriel, *Memorias*, I, Editorial Gabriel Mistral, Santiago de Chile, 1975, pp. 346-347.

país”<sup>6</sup>. Lo particular es que Gonzalez Videla veía la política internacional en subsidio de esta última, como una especie de “política experimental” para aplicarla en Chile. Esto explica lo que algunos han considerado, quizás exageradamente, un pobre reporte de actividad parlamentaria, porque su actividad partidista estaba supeditada a la observación exterior. Para alguno autores, esto no es muy significativo porque dados sus puestos en el exterior, “González Videla tenía un limitado conocimiento de las complejidades del Poder Ejecutivo, pues no había sido ministro...”, y “sus labores como embajador no lo ayudaron en su formación para ocupar la presidencia de la República, es más, le impidieron un conocimiento directo de las complejidades de la gestión de gobierno y de las tensiones y conflictos que se producían al interior del Ejecutivo, sobre todo en las relaciones con el Poder Legislativo”<sup>7</sup>. Pero el hecho que fuera destinado al exterior es importante, pues desde que mira la realidad de Francia y Brasil, tiene un marcado interés por razonar cómo será el mundo y cómo es la política mundial. Su estadía en ambos países le dio una experiencia que lo acompañará toda su vida. Fermandois, en perspectiva antagónica a la de Hunneus escribe: “A Gabriel González Videla, la experiencia que había ganado como embajador en Francia primero, y en Río de Janeiro después, le había estimulado el gusto por las relaciones internacionales, y dirigió de manera directa la política exterior”<sup>8</sup>.

Esta perspectiva que la realidad internacional era una base de la política interna era un sentimiento tradicional para la europeizada élite chilena, que tradicionalmente había considerado que el rumbo de la política nacional se escribía al calor de los acontecimientos exteriores, y que durante el siglo XIX y parte del XX pensó sus propias categorías según la política francesa.

Por tanto, lo primero que debemos considerar es que tenemos un observador que toma la política internacional como modelo. Un hombre que tiene los ojos puestos en el mundo. ¿Pero hubo proyecto exterior de González Videla?

La primera respuesta es que su visión internacional estaba en relación con las necesidades partidarias de la proyección de su colectividad: el Partido Radical. Era una cuestión táctica, con algunas variables estables. Para González Videla,

<sup>6</sup> Bowers, Claude, *Misión en Chile, 1939-1953*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1958, pp. 352-353.

<sup>7</sup> Hunneus, Carlos, *La Guerra Fría chilena. Gabriel González Videla y la ley maldita*, Debate, Santiago de Chile, 2009, p. 51.

<sup>8</sup> Fermandois, Joaquín, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004, p. 249. Véase también, Soto, Ángel, Núñez, Rogelio y Garay, Cristián, *Las relaciones chileno-brasileñas. De la amistad sin límites al pragmatismo del gigante (1945-1964)*, Ril, Santiago, 2012.

como para otros, era un axioma que el radicalismo debía gobernar y era el eje de cualquier mayoría. Esto significaba una extrema elasticidad al momento de aceptar aliados y también de deshacerse de ellos en función de su arrastre electoral. ¿Puro pragmatismo o realpolitik?

En 1939, durante la Convención Radical de La Serena, González Videla sostuvo su ideal del rol del Partido Radical en la vida nacional. A su juicio, “el radicalismo, en la vida política, se confunde con la idea de la democracia y de la libertad”. Alejado de “infantilismos revolucionarios de algunos de nuestros aliados, debe [el radicalismo] imponer en gradual desarrollo las reformas y realizaciones pragmáticas”<sup>9</sup>. Conjugando posibilidad y necesidad, había que exigir la “ecuación que logre una fórmula de armonía dentro de la heterogeneidad de las fuerzas de avanzada que luchan por imponer sus rígidas concepciones económicas y sociales”<sup>10</sup>. Sin el Partido Radical, “...no hay mayoría, es decir, no hay combinación de Gobierno”. Y profundizó, dirigiéndose a los asistentes: “El Destino ha colocado al Partido Radical en estratégica alternativa: o gobierna y funciona la democracia, o se va la oposición y surge la crisis presidencial o la dictadura”<sup>11</sup>. Es decir, un rol de partido que jugará al centro posicional, moderado, como equidistante de los extremos<sup>12</sup>.

Este razonamiento es claro para sustentar la idea de que para él, cualquiera fuera la combinación el resultado era el mismo: el liderazgo radical del proceso. Si otras fuerzas de izquierda iban con ellos, esto tenía que ver con el respaldo y gobernabilidad, no con la adopción de otras ideas. Resumiendo, podríamos afirmar que para Gabriel González Videla su militancia partidaria tiene un valor más allá del meramente circunstancial, pues traza una línea divisoria entre lo que considera accesorio y lo sustantivo.

En su perspectiva, esta visión acerca del progreso del hombre y de su militancia es transversal a los diversos acontecimientos personales y colectivos, nacionales o foráneos, que González Videla, como disciplinado adherente radical, vería como impulsos para consolidar su propia visión política y económica. Dicho de otra manera, los acontecimientos y procesos externos actúan para González Videla como modeladores de las próximas experiencias internas en el país. De modo que la contemplación de la política internacional tiene un *cuasi* carácter experimental, en tanto proporciona antecedentes para cambios y reformas, y

<sup>9</sup> González Videla, ob. cit., I, pp. 213-214.

<sup>10</sup> González Videla, ob. cit., I, p. 214.

<sup>11</sup> González Videla, ob. cit., I, p. 214.

<sup>12</sup> Scully, Timothy R., *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, CIEPLAN, Santiago de Chile, 1992.

no se contienen en un marco erudito o humanista de simple contemplación. La política internacional, esa es su idea, es un laboratorio de la política doméstica futura.

### *El proyecto internacional*

Para el observador externo, su primera fase, quizás la más notoria para algunos, se debate entre el dilema democracia y fascismo. De la primera época subsistió a todo trance en época posterior el antifranquismo. La segunda fase se centra en la idea de saber cómo iba a ser el mundo de posguerra cuando ya se prevé la derrota de Hitler y se decanta por la democracia frente al comunismo.

Respecto de su primera época, la idea fuerza era que la democracia estaba en peligro y que enfrentaba un asalto terminal de las fuerzas del totalitarismo. Identifica al totalitarismo con el fascismo, y promueve la gran alianza con el concurso necesario de la URSS de Stalin. Pero la cuestión es algo más compleja. Primero, la idea de una democracia amenazada condicionó su razonamiento político. Para él, la lucha política internacional era de carácter binario, entre bueno y malo, que identificó como la democracia representativa y los regímenes antidemocráticos. Esta idea le dio a su visión de la política internacional un carácter dramático, y permite comprender la aceptación de alianzas políticas incluso en el momento en que los comunistas pactan con Hitler. Con amargura comentó décadas después que la traición del comunismo permitió el desfonde de la democracia francesa y de los radicales en el gobierno, y que sin embargo ello no frenó las alianzas con ese sector para detener al fascismo con posterioridad.

El segundo concepto fundamental es la interdependencia. Se trata de las interrelaciones entre los *pueblos* y de su influencia mutua. Era un concepto que usaban los radicales, y que ya en 1942, al crearse la Comisión Nacional de Estudios de la Post Guerra, ya figuraba exactamente igual en su decreto fundacional. En sus párrafos finales este documento decía: “Esa misma interdependencia de los pueblos impone la consideración colectiva de problemas de índole internacional, pero cuyos efectos trascienden las fronteras políticas de los Estados”<sup>13</sup>. Para González Videla la interdependencia no era solo interestatal, sino que más compleja en sus dimensiones, pues abarcaba a las *poblaciones* interrelacionadas por los efectos de los cambios de la Guerra Mundial.

<sup>13</sup> Comisión Nacional de Estudios de la Post-Guerra, Santiago de Chile, 1943. Informe de la Comisión, p. 19.

Este concepto era parte del pensamiento progresista del radicalismo y se convirtió en un concepto central en el pensamiento de González Videla. Era diferente del concepto de imperialismo que los marxistas promovían y ciertamente, dado que, como recalca Fermandois, era un tópico anterior a su asunción al mando, reflejaba además la conciencia de la marcha del mundo a la mundialización. Pero no se detenía ahí: implicaba que la política exterior y la interior estaban en la misma sintonía y estrechamente interrelacionadas, y en la época respaldaba la causa democrática contra el Eje. El 21 de enero de 1946, González Videla decía que las realidades mundiales, “se proyectan, con toda su actualidad y su intensidad en el panorama político y social de nuestro país. Primeramente, porque en esta época –cada vez más acelerada– los acontecimientos mundiales determinan los fenómenos internos, en cada uno de los países de la tierra; y, en seguida, porque orgullosamente podemos afirmar que Chile ha alcanzado una madurez política que nos destaca en toda América Latina y nuestro pueblo –como ninguno otro de esta parte del continente– posee una sensibilidad extraordinaria para captar las mutaciones sociales del resto del mundo”<sup>14</sup>.

Otro concepto es el de la asimetría. Es evidente que el concepto de asimetría pervive en su concepción para crear, a posteriori, la CEPAL, y en ese momento el informe enfatiza el carácter societal de estos cambios. Esto explica a su juicio el carácter desigual del sistema internacional y los perjuicios que provoca.

De modo que era natural que González Videla sostuviera que la II Guerra Mundial provocó que los problemas propios estuvieran relacionados con la realidad internacional. No eran propios sino mundiales y debilitaban la soberanía nacional. Los procesos que antes eran particulares de cada país, mutan con la interdependencia de exclusivos a comunes. En tal sentido, el mundo en plena revolución imponía:

El deber de afirmar nuestra sensibilidad, en forma de ser capaces de interpretar los anhelos colectivos y de responder a las responsabilidades que pesan sobre nosotros. Esto nos obliga, también, y de manera imperiosa, a aceptar plantearse y como una realidad, los grandes acontecimientos mundiales, los palpables hechos históricos, a examinar con criterio universal y no lugareño, sus profundos alcances y significado; y a ajustar nuestra posición en lo que se refiere a lo nacional, a estos hechos y acontecimientos<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Archivo Nacional. Fondo Gabriel González Videla (en adelante FGG), Vol. 97. Discursos, 21 de enero 1946, foja 8.

<sup>15</sup> FGG, Vol. 97. Discursos, 21 de enero 1946, foja 4.



Una visión que se refleja en su participación en la Conferencia de San Francisco desde donde la lucha contra el fascismo tuvo un carácter terminal. Para él, en 1945 se vivía un instante donde "... un viejo mundo cede el paso a otro, en que una nueva organización mundial procura alcanzar el reajuste jurídico, social y económico del mundo, y en que está en juego nada menos que la paz futura y la seguridad de las naciones"<sup>16</sup>.

González Videla afirma que la realidad nacional es ahora internacional simultáneamente y no hay problemas propios o locales, sino que son mundiales. Para él, la interdependencia alteraba las condiciones de la antigua soberanía y pone en marcha procesos que antes estaban aislados y los interconecta. Para su visión, ello se cristaliza durante la Conferencia de San Francisco a la cual asiste. En este contexto las ideas subyacentes fueron madurando, y conforman el sustrato de su idea que la inserción internacional de Chile era un fenómeno que requería sintonía con los cambios.

El año 1949 pronuncia un discurso en donde hizo una sentida reflexión sobre Chile y su situación con el exterior, sosteniendo:

Chile no es una isla perdida en el océano. Chile es una porción reducida de un mundo interdependiente que está experimentando una profunda transformación económica y social. Todo lo que sucede en este mundo repercute en nuestro país. Y repercute con fuerza singular, porque somos una población extraordinariamente sensible al curso de los acontecimientos y las ideas universales y porque nuestra vida económica está fundamentalmente determinada por fenómenos externos que escapan a nuestro control<sup>17</sup>.

El equipo de González Videla estaba en sintonía con estos conceptos. Por ejemplo, en la memoria del embajador Osvaldo Vial sobre su misión en Rio de Janeiro este indicaba que se hablaba de una época caracterizada por la internacionalización y que había que ir más allá de los conceptos de interdependencia, solidaridad y cooperación. Este proceso estaba atacado por el nacionalismo y las tendencias aislacionistas o de autosuficiencia que son ajenas a la realidad. "Por razones de progreso técnico y material, vivimos en una extraña comunidad que da a

<sup>16</sup> González Videla, op. cit., p. 446. Se ha usado esta cita porque refleja su estado de ánimo respecto de ese momento, pero es preciso advertir que las *Memorias* están muy contaminadas por su anticomunismo y su apoyo en 1975 al general Augusto Pinochet. En su interpretación, estas memorias son una suerte de profecía cumplida de su propia gestión.

<sup>17</sup> FGG, Discursos, 1949, foja 63.

cualquier problema, si no un carácter mundial, por lo menos de intensamente ligado a fenómenos de alcance internacional”<sup>18</sup>.

La otra parte es su énfasis en las obligaciones de la nueva comunidad internacional. Esa imagen está expresada con anterioridad, pues Enrique Berstein sostuvo que como simple

delegado de Chile, Gabriel González Videla sostuvo que para ingresar a dicha Organización, era necesario el compromiso previo de los Estados de garantizar al individuo la entera y completa protección de su derecho a la vida y de su derecho a la libertad y al trabajo, sin distinción alguna de nacionalidad, raza, sexo o religión; y también el compromiso de reconocer al individuo el derecho al libre ejercicio, tanto público como privado, de su religión y de su profesión, ciencia o arte, con tal que estas prácticas no fueran incompatibles con la moral pública. No tuvo éxito esta moción chilena, especialmente por la oposición interesada de la Unión Soviética<sup>19</sup>.

De modo que la imagen de una sociedad internacional se proyecta desde lo político a lo económico. Este paso se trasluce en una carta que escribe a Hernán Santa Cruz para destinarlo como representante chileno al Consejo Económico y Social de Naciones Unidas. Allí manifestó que la creación de Naciones Unidas indicaba que el mundo de posguerra marchaba a la *interdependencia* y que en ese contexto los Estados debían tener una dimensión exacta de los compromisos en su proyecto de sociedad internacional. Para González Videla, ella debía compartir el modelo de democracia liberal, pero también contenía elementos económicos dirigistas, según una concepción acorde al ideario radical y en sintonía al modelo del *New Deal* demócrata en Estados Unidos. Está claro que la mención a la economía socializada es simplemente la economía estatista, con participación relevante del Estado, pero no socialista, ni menos marxista, y en ese sentido no hay pábulo para creer que el modelo económico de González Videla sería el de la convergencia con el modelo económico planteado por los socialistas y menos todavía con los comunistas, sino un modelo económico intermedio,

<sup>18</sup> Archivo MRREE (en adelante AMRE), Embajada de Chile en Brasil, 1949, Vol. 2799. “Memoria de la Embajada de Chile en el Brasil correspondiente a los años 1948/49”. Oficio Confidencial N°773/79. Del Embajador chileno Osvaldo Vial al Ministro de RREE. Río de Janeiro, 14.12.1949. En esa visión prospectiva que entrega el embajador sobre la dimensión internacional de los sucesos que ocurren, es decir, sobre la Guerra Fría, sostiene que se prevé que un posible nuevo conflicto comenzara en China: “Se dice que la guerra pasada empezó en España; no sería extraño que de la próxima pudiera decirse que empezó en China...”

<sup>19</sup> *Memoria del MRREE*, Santiago de Chile, 1948, p. 32. La proposición no la hemos encontrado en su original, sino solamente descrita por el propio González Videla.

dominado por los intereses estatales, pero con libertades económicas, es decir, el estatismo radical y primitivamente denominado socialismo de Estado o alemán.

El modelo proteccionista fue el suyo, constituyendo una idea que se lleva bien con la tesis de que el mundo debía cambiar para hacer transformaciones a las grandes masas. En 1942, en una entrevista realizada en Brasil, González Videla declaró que la

[d]emocracia debe realizar su propia revolución, ampliándose, prolongándose, de política en económica. La Revolución Francesa realizó la primera etapa; la post-guerra hará la segunda. Después de la bancarrota universal de la economía liberal, todos los pueblos se orientarán por la vía de una economía socializada. La estabilidad de los precios, de los salarios y de la moneda, unida al control de la producción y a una justa repartición de estas entre los Estados, serán medios de combatir la pobreza universal provocada por la crisis mundial que seguirá a la post-guerra<sup>20</sup>.

En lo político-social sostenía la necesidad de un organismo internacional dotado de poderes amplios, con una especie de ciudadanía democrática, y que en el futuro debía disponer de medios coactivos, esto es, una fuerza armada, a su servicio. Tesis que planteó en 1947, durante una visita a Brasil, en plena euforia anticomunista, cuando explicó una idea que repitió otras veces –por ejemplo en su visita a Estados Unidos posteriormente– de la necesidad de un ejército internacional democrático para la región. Como se dijo, sostuvo “la necesidad de “planear” una Internacional Democrática para oponerla a las internacionales totalitarias” y exhortó a “el estudio de la formación de un solo Ejército Continental para la defensa común del Hemisferio”<sup>21</sup>.

En lo económico, sostenía la tesis de que el sistema económico internacional era desigual, y por tanto, para lograr una rectificación debían corregirse los desequilibrios del intercambio. Aludió a América Latina como una región especialmente necesitada de un cambio de reglas, aunque no había sufrido los avatares de la II Guerra Mundial. En un discurso con membrete de la Embajada de Chile había señalado la necesidad de suscribir “... acuerdos de orden

<sup>20</sup> González Videla, *Habla el Embajador González Videla. Democracia, fascismo, guerra*, Instituto Brasileiro Chileno de Cultura, 1942, p. 30. Este documento crucial está reproducido digitalmente en el sitio *Memoria Chilena*, [www.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl)

<sup>21</sup> *Ercilla*, 01.07.1947, p. 5. El desarrollo de esta iniciativa está contenida en dos noticias de *El Mercurio*: “Considero que la paz continental está suficientemente protegida con el sistema interamericano, declara Excmo. señor González Videla...” *El Mercurio*, 25.06.1947; y “Chile se mantendrá intransigente en la defensa de la verdadera democracia, expresa el Sr. González Videla”, *El Mercurio*, 28.06.1947.

internacional para detener el “ciclo infernal” (del subdesarrollo) en América y reemplazarlo por una coordinación económica que tenga como base la estabilidad continental de los precios de las materias primas; el aumento y racionalización de la producción en el continente, y la ubicación estratégica de la industria pesada para ir al desarrollo industrial del continente latinoamericano”<sup>22</sup>.

De ese modo, podemos afirmar que las características del proyecto internacional de González Videla, no obstante algunas alusiones al antiimperialismo, estaban formadas antes de su candidatura y de su gobierno. Eran tesis internacionales representativas de las ideas del Partido Radical, de las tesis de la masonería, a las cuáles el propio González Videla reseña sus dilemas políticos<sup>23</sup>, y del estilo de los demócratas estadounidenses, del reformismo y del dirigismo económico estilo *New Deal*.

### *La Guerra Fría*

La primera gran preocupación de Gabriel González Videla fue tributaria de una discusión y un mito que tenía directa relación con el papel de Chile en la II Guerra Mundial. Contra la evidencia, y desde que Salvador Allende lo enunció, se extendió una interpretación fantástica acerca del rol desempeñado por Chile en la lucha contra el fascismo. Esta tesis sostenía que Chile había hecho un sacrificio ingente, económico, al aceptar un precio para el cobre y que este esfuerzo económico había sido decisivo para la victoria. Ello obviaba

<sup>22</sup> FGG, Vol. 109. Informes políticos y económicos 1941-1950 “III. La economía americana de la Post Guerra” (apuntes), s/fecha, fojas 282. Dado el lugar que tiene en el ordenamiento del volumen se desprende que es un documento de 1945 y fechado poco antes del fin de la guerra, porque dice “Podría ocurrir que al término de la guerra actual...”, foja 279. Aunque es para el período posterior, interesante resulta el libro de Brands, Hal, *Latin America's Cold War*, Harvard University Press, USA, 2010. Especialmente el capítulo “The Latin American Diplomatic Challenge”, pp. 129 y ss.

<sup>23</sup> Esto requiere de una explicación adicional. Jaime García Covarrubias, en su estudio sociológico *El Partido Radical y la clase media en Chile. La relación de intereses entre 1888 y 1938*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1990, postuló la tesis de que las ideas del Partido Radical se nutrían de una identidad de intereses con grupos medios y sus medios de relación, el más relevante para la colectividad fue la masonería, ya que los católicos estaban representados en el Partido Conservador y más tarde en la Falange Nacional. Véase para ilustrar la relación entre González Videla, la masonería y el Partido Radical el documento reproducido en Memoria Chilena de Gran Secretaría de la Logia Masónica. *Defensa de la Democracia. Cartas cambiadas entre el serenísimo Gran Maestro y S.E el Presidente de la República, Don Gabriel González Videla*, Santiago, 1948. En ese mismo sentido, interesante nos resulta la relación con Harry Truman quien también está conectado a la masonería. Véase McCulloough, David, *Truman Fires MacArthur*, Simon & Shuster, New York, Ebook edition, 2010.

el hecho de que la neutralidad había sido la norma incluso bajo los gobiernos radicales, y que la declaración de guerra contra el Imperio del Japón fue un acto de oportunismo y cuando ya no tenía aporte militar que dar. Claro que era una forma de exigir compensaciones económicas que quedaban bien para los chilenos frente a los estadounidenses y que siguió su propia singladura con personajes tan variopintos como Ibáñez, Alessandri y Frei, hasta coronarse con el propio Allende<sup>24</sup>.

Para Chile, la situación era compleja. La neutralidad chilena en el conflicto mundial constituía una espina en la mirada de las potencias vencedoras, y más específicamente en la de Estados Unidos. Chile no había hecho, objetivamente hablando, ese ingente y doloroso sacrificio que fue participar de verdad en la lucha contra Hitler y sus aliados. Costó sacarle una declaración de guerra al Imperio del Japón, el 13 de abril de 1945, un acto protocolar, sin consecuencias en el campo de batalla y en pleno crepúsculo de la guerra<sup>25</sup>. Necesariamente este impasse fue crucial en su visión de qué lado debía estar Chile en el nuevo conflicto que se avecinaba. Si Chile no había sido diligente o astuto para confraternizar desde un principio con los aliados, ahora ese papel se dirimiría desde un comienzo en la coyuntura de los años 1947 y 1948. La primitiva concordia de los aliados se deshacía y los Estados comenzaban a tomar definiciones. Una de esas primeras conmociones fue la caída de Europa Central. La caída de Checoslovaquia y de la democracia de Benes tuvo un gran impacto, mucho más que los gobiernos de coalición sobre Hungría o Polonia que también cayeron. Mal que mal, Checoslovaquia tenía una tradición democrática y Benes era un personaje prestigioso. Ya en marzo de 1946, Churchill describía la situación producida en la Europa Central y del Este como una Cortina de Hierro.

1947 sacralizó la expresión Guerra Fría y se explicita en la Doctrina Truman el 12 de marzo de ese año ante el Congreso de Estados Unidos<sup>26</sup>. Ese año, el

<sup>24</sup> Ver en este aspecto a Joaquín Fernando, Jimena Bustos y María José Schneuer, *Historia política del cobre, 1945-2008*, Editorial Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2005.

<sup>25</sup> Para esto el contundente artículo de Raffaele Nocera (y luego su libro), “Ruptura con el Eje y alineamiento con Estados Unidos: Chile durante la Segunda Guerra Mundial”, revista *Historia*, Santiago, v. 38, n. 2, dic. 2005. Disponible en <[http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0717-71942005000200006&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-71942005000200006&lng=es&nrm=iso)>. Accedido en 18 marzo 2013. doi: 10.4067/S0717-71942005000200006.

<sup>26</sup> Truman sostuvo, en el contexto de la guerra civil griega (1946-49) y la incapacidad británica para apoyar a los monárquicos frente a los comunistas, que los Estados Unidos podían dar apoyo a “personas libres que están resistiendo los intentos de dominio por minorías armadas o por presiones exteriores”. La primera fase fue un préstamo de 400 millones de dólares en ayuda económica y militar para Turquía y Grecia para impedir la caída en bloque de esa área del mundo.

analista Walter Lippmann escribió su obra *La guerra fría: un estudio de la política exterior de los Estados Unidos*, allí ilustra la nueva relación entre las superpotencias una vez verificada la partición del mundo en dos esferas. Gabriel González Videla, a poco emplearse este término también lo empieza a usar de modo sistemático en 1948, de modo que la cuestión de cómo se iba a insertar Chile en esta relación fue un asunto internacional a la vez que doméstico, ya que los comunistas pasaban a ser aliados incómodos de una campaña presidencial ya resuelta a su favor el 4 de septiembre de 1946.

El segundo aspecto es que paralelo a la influencia que pudo o no pudo tener Estados Unidos para obtener una resolución a su favor, había que observar cómo se movía el modelo político que siempre había mirado González Videla. Y ese era Europa. Ese panorama internacional se enrareció con los problemas de gobernabilidad de Francia e Italia. En ambos países, los gabinetes con comunistas terminaron con su expulsión de los dos gobiernos. No se trataba de referencias más lejanas en tiempo y sensibilidad como la actitud del gobierno colaboracionista de Vichy o el gobierno brasileño anticomunista, experiencia en la que algunos han visto una fuente para la actitud de González Videla para promover la proscripción chilena.

En 1948 explicó cuáles eran sus fuentes de inspiración. En efecto, tomando distancia respecto de los acontecimientos que rompieron con el Partido Comunista, aludió a los sucesos producidos en Francia<sup>27</sup> e Italia<sup>28</sup> entre 1947 y 1948, paralelos a los sucesos sindicales y políticos chilenos. González Videla sostuvo que “hoy los hechos no permiten a nadie dudar de la razón y del patriotismo que inspiró esa política”. “En ese tiempo estábamos comprobando la “guerra fría” que Rusia soviética había desencadenado en todas partes del mundo, a través de la acción disolvente y anti-nacional de los partidos comunistas. Presenciábamos el espectáculo de sus ejércitos invisibles movilizados en forma

---

El texto original en “The Truman Doctrine. President Harry Truman”, en O’Tuathail, Georóid et al., *The Geopolitics Reader*, Routledge, London & New York, 2ª edición, 2008 (1ª edición, 1998).

<sup>27</sup> FGG, *Discurso*, foja 171 (27.), 1948. Se refiere a las huelgas de policía, gas, ferroviarios, electricidad y mineros del otoño europeo de 1947 y de 1948, que el gobierno francés calificó de insurreccionales. Ver Paul Durand, “El Derecho a Huelga en Francia después de la Liberación”, *Revista del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales*, Madrid, p. 13.

<sup>28</sup> Como sostiene Javier Castro, la crisis italiana es “una “lección” que toma en cuenta el gobierno chileno tras los sucesos ocurridos en Italia y al efervescente clima político “anticomunista” del periodo, que no dejó exento a Chile”, “La expulsión del Partido Comunista Italiano. Lecciones y comparaciones con el caso chileno y el rol de la Embajada de Chile en Roma”, *Bicentenario*, Vol. 10, Nº 1, 2011, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, p. 69.

de perturbar profundamente la economía de los pueblos que el imperialismo soviético proyectaba avasallar”. El mismo describió esa situación como “esa *guerra fría* en la cual los partidos comunistas locales actúan de vanguardia, es la que en estos momentos tiene a Francia, cuna de la libertad y de la Democracia, al borde del abismo y en un instante decisivo de su historia”<sup>29</sup>. Tomando los sucesos franceses, González Videla veía el paralelo con los hechos locales:

La huelga del carbón y de los obreros portuarios de Francia tiende a un fin claro y evidente: paralizar totalmente la economía de esa gran nación europea. Lo mismo pretendieron hacer en Chile con la huelga de Lota y de Schwager y que el Gobierno debió conjurar con todos los medios legales de que disponía...<sup>30</sup>

Para situar a Chile en esa tesitura hay entonces que añadir otro elemento: la no adecuación de los comunistas a esta nueva redistribución del poder mundial. Una señal relevante para su sensibilidad fue la defenestración de los comunistas de los gobiernos democráticos en Italia y Francia. Para González Videla fue la muestra de que los hechos chilenos estaban preescritos en esos países y ejercieron clara influencia en sus actitudes de alejar primero a los comunistas del gabinete, luego del gobierno, y finalmente de la ley. Para González Videla esto refrendó que su posterior decisión no era antidemocrática.

Ciertamente esta idea de la democracia como legitimación aparece una y otra vez en González Videla y su época. Para Fernandois, la idea de que Chile era un país democrático era básica en la relación entre González Videla y las autoridades estadounidenses<sup>31</sup>; implicaba una suerte de distinción, pero también una idea de la necesidad de ayuda frente a las cuestiones económicas y políticas internas, “muestran el paralelismo de ambos procesos, el de la polarización política en Chile, y de la política de alineamiento anticomunista que Washington imponía a América Latina”<sup>32</sup>. De hecho, la idea de que Chile era una *isla democrática* fue tanto clave en la viabilidad de su alianza –así se veía– con Estados Unidos como en la promoción de ciertas ideas acerca de la

<sup>29</sup> FGG, *Discurso*, foja 170 (26).

<sup>30</sup> FGG, *Discurso*, foja 172 (28).

<sup>31</sup> También había actores externos que pensaban así, si no, de otra manera no se explica el fastuoso recibimiento de Truman a González Videla. A nivel más modesto, el embajador Bowers decía en junio de 1947, “Chile es un país clave en el combate contra el comunismo”, citado por Fernandois, Joaquín, *Mundo y fin de mundo*, p. 242. Bowers fue un activo participante de la vida política chilena, dejó un interesante libro de memorias y su relevancia en Estados Unidos ha sido estudiada por Sehlinger, Peter, y Hamilton, Holman, *Spokesman for Democracy; Claude G. Bowers, 1878-1958*, Indiana Historical Society, 2000.

<sup>32</sup> Fernandois, Joaquín, *Mundo y fin de mundo*, p. 242.



futura sociedad internacional<sup>33</sup>. De paso permitió que el liderazgo de González Videla en lo internacional estuviera estrechamente ligado a la condición de líder de un país democrático en América Latina.

La unidad entre las medidas internas y la previsión internacional se evidencia en un discurso que transcribió *El Diario Ilustrado* en 1948. La extensa crónica titulada “S. E. denunció traición comunista y el peligro cierto de nueva guerra mundial”<sup>34</sup> reproducía una idea significativa del Presidente de la República: “Chile iba a ser lanzado a una huelga general de orden revolucionario. Sus industrias iban a ser paralizadas y el Gobierno se hallaba ante un dilema, de desafiar el peligro o entregarse”. Más adelante decía: “Ya no queda un gobernante en Europa que no dude que esta paz, conquistada con el sacrificio de 50 millones de seres humanos, pueda mantenerse ante el avance del fascismo rojo, que al igual que el de Hitler y Mussolini, pone a los pueblos ante el dilema de formar filas junto a las Democracias, o hundirse ante la avalancha que viene del Oriente”. En consecuencias: “¿En qué condiciones habría sorprendido la posible agresión mundial de Rusia, si hubiésemos tenido quinta columna comunista, fuerte y sólida en nuestro país?”.

Como hemos dicho en otra parte<sup>35</sup>, en enero de 1948, el Ministro de Relaciones Exteriores expuso más o menos la misma tesis. En su opinión, las huelgas eran expresión de la agresión soviética a Occidente. La transcripción de lo dicho colocaba los acontecimientos *internos* chilenos en sintonía con problemas internacionales dados en el mismo momento en Italia, Francia, Grecia y Rumania. Especial énfasis se ponía en el significado de la guerra civil en desarrollo en Grecia, con el general Markus y el apoyo del KOMINTERN a su causa, que finalmente terminó en sonora derrota para Moscú<sup>36</sup>. En esta lógica, el Ejecutivo planteaba que las huelgas buscaban más que plantear cuestiones salariales o de régimen de trabajo debilitar al Estado chileno y apoyar el colapso de materias primas a Estados Unidos en un momento muy complejo.

<sup>33</sup> Fernando acota que “Santiago aprovechó el desarrollo de la “sociedad internacional” como un parachoques externo que a la vez era funcional a los intereses de América del Sur”, *Mundo y fin de mundo*, p. 253.

<sup>34</sup> *El Diario Ilustrado*, 1948, fecha ilegible, probablemente abril o marzo, guardado en archivo histórico paraguayo, Vol. 379. Tiene el mismo sentido que otra crónica del mismo medio: “El Gobierno denuncia amplio plan de sabotaje comunista”, miércoles 31 de marzo de 1948. La posición del gobierno en *La Nación*, editorial “Ninguna dictadura, ningún totalitarismo”, martes 30 de marzo de 1948.

<sup>35</sup> Garay, Cristián y Soto, Ángel, *Gabriel González Videla. “Ni totalitarismos pardos, rojos o amarillos”*, Bicentenario, Santiago de Chile, pp. 161-162.

<sup>36</sup> Garay y Soto, ob. cit., p. 162.



Aquí tenemos en la época y en la mirada del propio González Videla y de su Gobierno dos referencias contemporáneas a los avatares por ellos denunciados. En lo sucesivo, González Videla ve en la política internacional el anuncio y confirmación de sus propias profecías, teniendo claro que los comunistas ya no solo son aliados incómodos, sino que son una quintacolumna de un mundo *oriental* que rechaza, no obstante haya sido compañero de ruta en la lucha contra el fascismo. Aunque la idea de proscribir a los comunistas no fue de él, sino de los liberales, la adoptó como propia y por ello lo recuerda la posteridad.

La fase final de la confirmación del carácter internacional de la conspiración comunista fue la caída de la democracia checoslovaca. En el Mensaje Presidencial de 1948, el Presidente afirmó que *[l]os últimos meses (...) han marcado una etapa decisiva en la historia de las naciones democráticas. El trágico episodio vivido por Checoslovaquia fue una voz de alerta para los pueblos de Europa*<sup>37</sup>.

Este carácter especial era compartido por sus cercanos; Hernán Santa Cruz, quien fue representante ante Naciones Unidas, expuso sus puntos de vista en la réplica chilena en Naciones Unidas acerca del porqué de los rompimientos con Rusia y Checoslovaquia. Santa Cruz expuso que el fin de la democracia en Checoslovaquia fue debido a “la intervención directa de la Unión Soviética, a través de toda clase de amenazas al Gobierno constitucional de aquella nación, y gracias a la ayuda a ciertas facciones y de actos directos de los jefes comunistas”. Afirmó que “la minoría comunista había asaltado el Poder, y había violentado todos los resortes de su Constitución democrática. Para hacerse cargo y por la fuerza del mando del Estado”. Agregó Santa Cruz que en Chile “se habían empleado los mismos procedimientos de que hiciera uso la acción soviética en Francia, Checoslovaquia y otros países” agregando que, si el Gobierno chileno no hubiera actuado con rapidez... —palabras textuales— “se habría producido un anticipo de la tragedia ocurrida en Checoslovaquia”<sup>38</sup>.

En 1948, el Ministro de Relaciones Exteriores expuso más o menos la misma tesis. En su opinión, las huelgas eran expresión de la agresión soviética a Occidente. El documento colocaba los acontecimientos *internos* chilenos en sintonía con problemas internacionales dados en el mismo momento en Italia, Francia, Grecia y Rumania. Especial énfasis se ponía en el significado de la guerra civil en desarrollo en Grecia, con el general Markus y el apoyo del KOMINTERN a su causa, que finalmente terminó en sonada derrota para Moscú. Para el Gobierno

<sup>37</sup> FGG, Vol. 100. Discursos, 1948-enero-mayo. *Mensaje Presidencial del 21 de mayo de 1948*, fojas 208.

<sup>38</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, viernes 2 de abril de 1948. Editorial “Defensa de la Democracia”.

chileno las huelgas buscaban más que plantear cuestiones salariales o de régimen de trabajo. Se trataban de una verdadera obra de demolición y acaso de poder germinal para tomar el poder. Para el Ministro, la serie de infundios sobre la determinación del Gobierno de poner fuera de la ley al Partido Comunista era paralela a la intención –no solo en Chile– de “paralizar, trastornar o mermar la producción industrial de algunos países, especialmente la de aquellos que tienen la mayor responsabilidad en el mantenimiento y conservación del espíritu de la civilización occidental”<sup>39</sup>. Ejemplo de esta estrategia, se afirmaba, era la serie de grandes huelgas en Estados Unidos, la misma que se había ensayado entre 1940 y los primeros cinco meses de 1941 por instigación soviética en ese país para impedir el aprovisionamiento de las democracias. Agregaba que esta acción sabotadora, realizada a veces por extranjeros:

Se inició allí en víspera de la guerra que, por una cruel ironía del destino había de encontrar a la Unión Soviética luchando en contra de su aliado de la víspera y al lado del país al cual sabotaba en su producción industrial y en su programa de legítima defensa una ofensiva en contra de la secta internacional que hoy, nuevamente, pone en inminente peligro la estabilidad de los regímenes democráticos y de la paz mundial<sup>40</sup>.

Bajo esta idea, las huelgas eran no un reflejo de protestas de los trabajadores, sino una acción concertada de los enemigos del régimen democrático. Y hábilmente, uniendo la política interior con la internacional, el Gobierno de González Videla aprovechaba de legitimar su acción para estabilizar su gobierno, con la proscripción del comunismo en la vida pública chilena. De modo que la situación interna como la externa van a dar la ventana de oportunidad para sumarse al liderazgo de EEUU y de su propuesta de seguridad hemisférica.

Para entonces, el ciclo estaba perfectamente cerrado, esa quintacolumna no era sino la expresión del alma antagónica de la democracia y la libertad. Para él, Oriente no solo era la URSS sino una genealogía que empezaba con Gengis Khan. Por geografía e historia, Chile estaba más cerca de esa visión que la del bloque soviético. En 1947 habló de los “primeros combates”, en los que estaba envuelto Chile, en el mundo entre la democracia y el totalitarismo, con “países de contexturas raciales, políticas y espirituales incompatibles con las nuestras”<sup>41</sup>. En suma, eran dos razas, dos ideologías, dos almas en combate por el mundo. Y él había tomado su puesto en esta lucha.

<sup>39</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, miércoles 14.01.1948.

<sup>40</sup> *El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, miércoles 14.01.1948.

<sup>41</sup> Hunneus, ob. cit., pp. 153-154.

## Conclusiones

Al principio de este artículo postulábamos que el pensamiento de González Videla era binario en su construcción del escenario internacional. Eso suponía un maniqueísmo fuerte, y los cambios del escenario internacional iban a ayudar a afianzar que los grandes tópicos de su pensamiento: interdependencia, democracia económica y democracia política en lo internacional, podían tener una circulación rotatoria del proceso.

En este sentido confirmamos esta afirmación: la democracia para González Videla era representativa liberal, y debía defenderse contra sus enemigos. Dado que no era un intelectual, sino un político astuto que leía la realidad internacional en relación con la política doméstica, siempre pensó en la política internacional como anticipatoria de la doméstica y no al revés. Ello nos sugiere que más que “impensado”, “impulsivo”, o “traicionero”, González Videla impuso a la realpolitik de Chile el imperio de su militante visión democrática.

En este sentido, el acercamiento al Partido Comunista tenía que ver con una oportunidad política electoral que era flexible en sus predicamentos, pero a la vez superficial, porque González Videla no asimila los conceptos ni el lenguaje marxista, sino que hace y piensa la política internacional en términos progresistas, cercanos a la socialdemocracia y el estatismo, pero no al socialismo. Por otro parte, su antifascismo era de sensibilidad mundial en la época, cuando en función de sus creencias democráticas planteó, como millones de otros seres humanos en el planeta, que el apoyo soviético era necesario para ganar la guerra y salvar la civilización<sup>42</sup>.

Pero luego de la guerra y las convulsiones internas vino una violenta ruptura, anticipada por su lectura de la realidad internacional. Los sucesos de Europa central y occidental fueron para él anuncio de la nueva guerra de la democracia. Si primero cree que la unidad internacional se daría en torno a valores democráticos representativos, con una fuerza radicada en Naciones Unidas, hacia 1950 se convence de que el único líder es Estados Unidos. Con todo, González Videla pese a su anticomunismo fue siempre un hombre de centroizquierda moderada, con ideas económicas estatistas, afín a tesis reformistas tipo estructuralistas, relativas a la asimetría de la relación económica. De modo que conviven en González Videla la privilegiada relación con Estados Unidos, con una posición económica reformista y discrepante de la relación económica con ese mismo país.

<sup>42</sup> Murray, Williamson, y Millet, Allan, *La Guerra que había que ganar*, Memoria Crítica, Madrid, 2004.

En suma, González Videla se formó en la afinidad de la política europea, especialmente en Francia e Italia, pero también supo reconocer la inminencia de alinearse con Estados Unidos. González Videla fue definiéndose en torno a la inconveniencia de su anterior alianza con los comunistas en el contexto de una guerra entre las dos superpotencias que requería definiciones claras. Y esa llegó consecuentemente: si Chile no había participado de la lucha por la democracia en 1939 (Polonia) o 1941 (Pearl Harbor), en ese momento decisivo sí debía hacerlo. Pero ese alineamiento no significa un oscurecimiento de sus ideales progresistas, los que se plasman en lo internacional en el apoyo de la CEPAL.

Aparte del peso de Estados Unidos, una interrogante abierta, que esperamos resolver con la revisión de los registros de NARA, podemos afirmar que González Videla tenía un mapa mental. En este pasó de la colaboración con los comunistas a su persecución. Parte de su razonamiento era que Chile iba a entrar en guerra, que las huelgas eran un fragmento de esa guerra mundial y que había que tomar decisiones y rápidas. Si era una excusa de su pragmatismo o el resultado de una evaluación confirmada por hechos es otra cosa. Lo que hemos descrito es el camino de su razonamiento, que aparece teñido de la realpolitik y no de meros cambios de temperamento, pero también del lugar que debía tener Chile en el escenario internacional, que en sus palabras

... de acuerdo con su tradición, con sus principios, con sus vínculos de sangre y con su situación geográfica, elige su sitio junto a los países hermanos de América y a las potencias que representan la civilización occidental y democrática<sup>43</sup>.

<sup>43</sup> FGG, vol. 100. Discursos 1948 enero-mayo. Mensaje presidencial del 21 de mayo de 1948 (borrador), foja 197.

# CUADERNOS DE HISTORIA 44

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2016: 101-137

---



## HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA DEL ANARQUISMO EN CHILE (1980-2015)

*Eduardo A. Godoy Sepúlveda\**

**RESUMEN:** En el siguiente artículo se aborda, a modo de balance bibliográfico, la producción historiográfica desarrollada entre los años 1980 y 2015 sobre el anarquismo chileno. Se sostiene que la renovación de la historia política y cultural, así como la crisis epistemológica que significó el golpe de Estado de 1973, permitieron la ampliación del abanico de investigaciones relacionadas con el anarquismo, producto de la incorporación de nuevas metodologías y enfoques analíticos.

**PALABRAS CLAVE:** historia, historiografía, anarquismo, anarcosindicalismo.

### *HISTORY AND HISTORIOGRAPHY OF ANARCHISM IN CHILE (1980-2015)*

*ABSTRACT: The following article is addressed, as a balance bibliographic, historiographical developed between 1980 and 2015 on the Chilean anarchism. It is argued that the renewal of the political and cultural history as well as the epistemological crisis that resulted in the coup of 1973 led to the wider range of research related to the product of the incorporation of new methodologies and analytical approaches anarchism.*

\* Académico de la Universidad de Santiago de Chile. Estudiante del Programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Becario CONICYT. Se agradecen los comentarios críticos del historiador Hernán Venegas Valdebenito y la ayuda en el proceso de edición y corrección de la historiadora argentina Ivanna Margarucci. Correo electrónico: e\_godoy\_sepulveda@hotmail.com

*KEY WORDS: History, Historiography, Anarchism, Anarchist syndicalism.*

Recibido: diciembre 2015

Aceptado: marzo 2016

## *Introducción*

Los nudos de la comprensión historiográfica del anarquismo no pueden por eso ser buscados en el análisis estático de algunos de sus momentos que de vez en vez se presentan distintos y contradictorios, o sea signados más por la dimensión táctica que por la estratégica, sino en la visión abarcativa de su desarrollo.

Giampietro Berti, “Sobre historiografía del anarquismo”, en *Reconstruir*, n° 99, noviembre-diciembre 1975, pp. 47-56.

El 11 de septiembre de 1973 constituye un punto de inflexión dramático en Chile, no solo desde el punto de vista histórico sino también político, historiográfico, epistemológico y afectivo<sup>1</sup>. La derrota del proyecto de la Unidad Popular desarticuló a los partidos de izquierda tradicionales y extraparlamentarios, y al mismo tiempo, al movimiento sindical y popular. La izquierda política en general fue proscrita y sus militantes perseguidos, encarcelados, torturados, desaparecidos y exiliados. Los anarquistas, en particular, que vivían desde 1957<sup>2</sup> su propia diáspora al interior del movimiento obrero y popular chileno, igualmente sufrieron –en menor intensidad– la represión de los militares golpistas<sup>3</sup>. Si bien, entre 1957 y 1973 su presencia habría sido poco significativa en el movimiento de trabajadores local salvo por algunas limitadas iniciativas de las que han quedado exiguos registros históricos, en la década de los ochenta en plena dictadura pinochetista, comienza a verificarse un proceso de reconfiguración y recomposición que permitirá posteriormente su visibilización pública

<sup>1</sup> Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho*, n°32, Santiago, 1992, p. 127.

<sup>2</sup> En 1957, los anarcosindicalistas abandonaron la Central Única de Trabajadores (CUT). Véase Antonio Lagos, “El anarcosindicalismo en la década de los 50”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2001. Véase, asimismo, Eduardo Godoy, “Las luchas internas de la Central Única de Trabajadores (CUT) y el paro del 7 de julio de 1955: Dos tradiciones obreras en pugna”, *Yuyaykusun 7*, Revista del Departamento Académico de Humanidades de la Universidad Ricardo Palma, Lima, pp. 143-153.

<sup>3</sup> Víctor Muñoz, *Sin Dios Ni patrones. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*, Valparaíso, Mar y Tierra Ediciones, 2013, pp. 82-86. Véase, asimismo, Pamela Quiroga, “La diversidad anarquista: Santiago, 1990-2005”, Informe de seminario para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2005, pp. 296-303.

en el período transicional. Dicha presencia se enmarca en la resistencia antidictatorial a través de la cual sus dispersos militantes trataron de influir en los movimientos sociales de protesta desde una perspectiva antiautoritaria.

En este contexto de recomposición política y social del campo popular, la historiografía sobre el anarquismo<sup>4</sup> en Chile se ha nutrido de dos vertientes. La primera ligada al mundo académico, se relaciona con el cultivo de la historia social chilena durante la década de los ochenta y de los noventa, y más importante aún, con el “renacer” de la (“nueva”) historia política (y cultural) en Chile desde los años noventa. La segunda vertiente tiene directa vinculación con el mundo militante, es decir, con sus protagonistas contemporáneos (individuales y colectivos), que comenzaron a rescatar su propia historia desde fuera de la academia y de los espacios institucionales, en vinculación con organizaciones sociales, colectivos, bibliotecas y grupos de propaganda, con una finalidad eminentemente política más que intelectual.

En el siguiente artículo se analiza en un primer momento el “renacer” de la historia política en América Latina y Chile, para posteriormente abordar la emergencia de la historiografía sobre el anarquismo entre los años 1980 y 2015. Para tal efecto se vinculará la transición a la democracia en Chile con la irrupción del anarquismo como movimiento social larvario, pero al mismo tiempo, con la producción historiográfica desde el punto de vista académico y, en menor medida, militante. Se considerarán, a los efectos de la revisión y el balance bibliográfico, los libros y los artículos publicados en el país y en el extranjero que de una u otra forma han sido importantes en la historiografía del

<sup>4</sup> Como señala el historiador catalán Xavier Díez, es difícil de definir el concepto de anarquismo, ya que a diferencia de otras corrientes políticas y filosóficas, fundamentadas en unos preceptos teóricos y contribuciones limitadas, el anarquismo resulta un conjunto de ideas, prácticas y conceptos extremadamente flexibles y proclives a interpretaciones subjetivas. En consecuencia, para efectos de este artículo, entendemos por anarquismo, siguiendo a Víctor Muñoz, un “movimiento político surgido en Europa a mediados del siglo XIX, profundizado teóricamente por su desarrollo global, y que propone la construcción de individuos y sociedades ajenas a toda dominación, sea ésta cultural, política o económica (...) Un movimiento heterogéneo, un horizonte de múltiples iniciativas más o menos enlazadas, cruzado por distintas cosmovisiones, disputas y tendencias, muchas de ellas en contradicción y pugna. De esta realidad, se deduce que los problemas que afectan a un sector, o a un determinado espectro de grupos, no necesariamente perturban a la totalidad. Distinciones temáticas, geográficas, temporales, divisiones políticas, alternativas programáticas, también confirman la inexistencia de un conjunto monolítico”. Para mayores antecedentes, véase Xavier Díez, “Pensamiento político del anarquismo decimonónico”. En Antonio Robles Egea y Manuel Menéndez Alzamora, *Pensamiento político en la España contemporánea*, Madrid, Trotta, 2013. p. 199; Víctor Muñoz Cortés, *Sin Dios Ni patronos...*, op. cit., p. 6.

anarquismo local, sin pretender una revisión exhaustiva, aunque sí representativa. Asimismo, se comentarán aquellas investigaciones que si bien no son tan conocidas –y que en algunos casos ni siquiera provienen de la historiografía– han sido pioneras en el rescate del anarquismo o de alguno de sus tópicos. Nos interesa, en particular, reflexionar en torno a la producción historiográfica sobre el anarquismo en Chile de los últimos 35 años, identificando diversos hitos y momentos de investigación y publicación, vinculando los reajustes internos de la disciplina histórica a los cambios políticos y epistemológicos suscitados en el período.

### *El renacer de la historia política en Chile y América Latina*

En Chile y Latinoamérica, la emergencia de la “nueva” historia política se relacionó con el inicio de los procesos de transición democrática en los años ochenta y noventa. Así lo señalan Carlos Altamirano y Guillermo Palacios, para el contexto general, y José Ponce y Aníbal Pérez, para el caso chileno. De hecho, la particular síntesis crítica, revisionista y renovada que emergió en Chile en los siglos XX y XXI para abordar el devenir histórico político “reciente” se relacionó con los procesos de redemocratización y con la imposición del modelo neoliberal. En consecuencia, varios historiadores desde distintos enfoques comenzaron a preguntarse por los “fenómenos acaecidos bajo el gobierno de la Unidad Popular, la dictadura militar y los gobiernos concertacionistas”<sup>5</sup>.

Cabe preguntarse ¿existe un solo modelo en el cultivo de esta “nueva” historia política? En el caso chileno –apoyándonos en José Ponce y Aníbal Pérez– podemos señalar que no hay una versión monolítica y única sino más bien diversos enfoques analíticos donde es posible distinguir dos generaciones pioneras. La primera generación de historiadores políticos que, desde el materialismo histórico, han intentado mantener un “horizonte” de totalidad, explicando fenómenos globales y estructurales, estrechando al mismo tiempo, los lazos con otras disciplinas sociales especialmente con la Ciencia Política. Un ejemplo “paradigmático”, en este sentido, es Juan Carlos Gómez quien apuesta por la creación de una “Ciencia Política Histórica”. Otro lo sería el historiador Luis Corvalán. Mientras que una segunda generación ha profundizado en estudios particulares que revalorizan a los sujetos y la subjetividad, sin una teoría específica que los guíe, es decir, a través de una perspectiva ecléctica. Dentro de esta se destacan la historiadora Cristina Moyano y Rolando Álvarez, entre

<sup>5</sup> José Ponce y Aníbal Pérez, “La revitalización de la historiografía política chilena”, *Polis. Revista Latinoamericana*, Vol. 12, n°36, 2013, p. 455.



otros<sup>6</sup>. Como señalan Ponce y Pérez: “en la mayoría de los casos han abierto sus análisis a las reflexiones provenientes desde la Nueva Historia Política, la Historia Conceptual de los Políticos y la Historia del Tiempo Presente”<sup>7</sup>. Podemos sintetizar que la “nueva” historia política chilena es un “mosaico” compuesto de diversas concepciones teóricas y epistemológicas, caracterizado por un afán crítico y revisionista, heredado en muchos casos de los cultores de la nueva historia social. Muchos de los representantes de estas tendencias historiográficas comenzaron a preocuparse no solo por la historia de la “clase obrera” –como había sido lo habitual antes de 1973– sino también por los campesinos, pobladores, estudiantes, indígenas, profesionales, etc. Como señala Eduardo Devés, producto del quiebre epistemológico que significó el Golpe de Estado de 1973, el “obrerismo y el clasismo cedieron paso a una historia de los grupos que podían constituirse en alternativa al autoritarismo. Ese fue un cambio decisivo”<sup>8</sup>. El anarquismo fue uno de ellos.

En el caso latinoamericano, el panorama es mucho más amplio y diverso. Guillermo Palacios asocia el “resurgimiento” del interés por la historia política en América Latina, al resultado de los avances realizados por otros historiadores en el campo de la historia cultural. La fusión entre la “vieja” historia de las ideas, la historia de las mentalidades y la historia cultural, habría posibilitado la invasión al campo de la historia política, ampliándolo al estudio de la “cultura política” tanto popular como de las élites<sup>9</sup>, donde es posible destacar el estudio del pensamiento radical-rupturista ampliamente concebido, y del anarquismo en particular. Lo anterior generó una “nueva” mirada historiográfica en la medida en que se integraron elementos del mundo de la cultura y lo social, distantes en los enfoques precedentes, revalorizando los estudios de: las prácticas de lectura, los círculos de lectores, la clandestinidad literaria, la formación de la “opinión pública, etc.; pero también aquellos relacionados con las prácticas derivadas de los nuevos conceptos de la modernidad liberal (ciudadanía, soberanía, nación, democracia, etc.), la observación de la historia decimonónica (en especial el concepto de “revolución”) y, finalmente, de las corrientes políticas revolucionarias: socialismo y anarquismo.

<sup>6</sup> Véase a modo de ejemplo: Olga Ulianova (Ed.), *Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta*, Santiago, Ariadna-Universidad de Santiago de Chile, s/a.

<sup>7</sup> José Ponce y Aníbal Pérez, “La revitalización de la historiografía...”, p. 469.

<sup>8</sup> Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada chilena...”, op. cit., p. 128.

<sup>9</sup> Guillermo Palacios, “Entre una “nueva historia” y una “nueva historiografía” para la historia política de América Latina en el siglo XIX”. En Guillermo Palacios (Coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina. s. XIX*, México, El Colegio de México, 2007.

Carlos Altamirano sostiene, por otra parte, que la historia política en América Latina no es “novedosa” sino que data del siglo XIX, y niega, al igual que Guillermo Palacios, la existencia de un modelo historiográfico “único”, aunque reconoce el “surgimiento de una nueva historia política” a nivel continental<sup>10</sup>. En este sentido, distingue una renovación en los enfoques y en sus preocupaciones y no el auge de un “paradigma”. Así, sin renunciar a una perspectiva globalizadora, concibe la historia política como un “punto de vista” entre otros, desprovista de una ambición de “historia total”. Destaca, asimismo, la atención que esta “nueva” historia le presta a los “lenguajes políticos” y sus diversas nociones (desde los actores sociales o “personajes históricos”, “notorios”, “oscuros” o “anónimos”). Se verifica de este modo, según Altamirano, una “rehabilitación de la palabra del actor histórico no “porque suponga que éste se halla en posesión de la verdad o del sentido de su acción; sino porque esa verdad o sentido no puede ser aprehendida sin referencia a esa palabra”. Este “giro hermenéutico” pondría a la historia política en contacto con la historia de las significaciones (o del pensamiento) y, por lo tanto, al historiador en atención no solo en el discurso sino también sobre los rituales, símbolos y alegorías.

### *El anarquismo como nueva temática de investigación historiográfica*

En las últimas tres décadas, la historia del anarquismo y su desarrollo organizativo en Chile ha concitado el interés de numerosos científicos sociales, especialmente de los historiadores, asociado al “renacer” tanto de la historia política como cultural. La crisis epistemológica que significó la derrota política de 1973 para la izquierda y la *intelligentzia* chilena, conllevó a que la historiografía local influenciada por la *nueva historia social* centrara su atención en aquellos actores sociales y corrientes ideológicas y políticas –tales como el mutualismo, anarquismo, marxismo heterodoxo, etc.– que habían sido “despreciadas” e invisibilizadas por la historia tradicional “estado-céntrica” o “estatalista” (parafraseando a R. Guha).

En este contexto historiográfico, especialmente desde fines de los años ochenta y comienzos de los noventa, hasta el día de hoy, connotados historiadores nacionales y extranjeros han realizado un sinnúmero de investigaciones en formato de libros, artículos en libros y en revistas especializadas de historia y ciencias sociales, así como tesis de grado y seminarios de título, relevando el rol de los anarquistas en la constitución y consolidación del movimiento obrero moderno

<sup>10</sup> Carlos Altamirano, “De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n°9, 2005.

en Chile y en los movimientos sociales posdictatoriales. Los aportes políticos, ideológicos y culturales del anarquismo en las luchas sociales y populares del siglo XIX y XX son innegables, y han sido corroborados desde el punto de vista historiográfico por esa ingente producción de los últimos 35 años, en la cual es posible distinguir tres momentos. El primero, enmarcado durante los años ochenta y vinculado con la reemergencia del anarquismo criollo en el contexto de la lucha antidictatorial (1981-1989); el segundo, desde la finalización de la dictadura de Augusto Pinochet y el inicio de la “transición democrática” hasta la visibilización pública del anarquismo a propósito de la represión contra las corrientes insurreccionalistas y antiautoritarias (1990-2009<sup>11</sup>); y, finalmente, el tercero, relacionado con el rebrote del anarquismo en el seno del movimiento estudiantil y, en menor medida, en algunos gremios de trabajadores como los portuarios (2010-2015).

Como se desprende de lo señalado anteriormente, es necesario precisar que la revalorización histórica del anarquismo no es –ni ha sido– casual. Al contrario, se relaciona de forma directa con la reemergencia que ha tenido desde fines de los años ochenta hasta el día de hoy no solo en Chile sino también en América Latina<sup>12</sup>. Dicha situación ha conllevado a que diversas organizaciones e individualidades anarquistas intenten dotar de identidad y tradición su accionar y pensamiento, rastreando la historia del anarquismo en Chile, identificándose con ella y alejándose simbólicamente y culturalmente de la potente e innegable influencia marxista que durante gran parte del siglo XX ejerció a nivel de organizaciones revolucionarias y populares<sup>13</sup>. La búsqueda identitaria del anarquismo criollo ha nutrido el rescate de la historia del movimiento obrero y popular en Chile y han surgido, en este sentido, nuevos objetos de estudios producto de nuevas interrogantes e hipótesis, así como nuevas preocupaciones históricas, donde el anarquismo –como temática– ha tenido un protagonismo inusitado.

<sup>11</sup> Tania Tamayo, *Caso Bombas. La explosión en la fiscalía sur*, Santiago, LOM Ediciones, 2012.

<sup>12</sup> Nelson Méndez, “Anarquismo en América Latina: Consideraciones en torno a su historia, rasgos y perspectivas”, *Estudios. Revista de Pensamiento Libertario*, n°2, Madrid, 2012. Véase, asimismo, Nelson Méndez y Alfredo Vallota, *Bitácora de la utopía: Anarquismo para el siglo XXI*, Córdoba, Enciende Ediciones, 2004.

<sup>13</sup> Respecto de las organizaciones marxistas en Chile y América Latina, véase Claudio Pérez y Pablo Pozzi (Eds.), *Por el camino del Che. Las guerrillas latinoamericanas, 1959-1990*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Universidad Academia de Humanismo Cristiano-Red Latinoamericana de Historia Oral-Imago Mundo, 2012. Sobre el Mapu-Lautaro, en particular, véase el recientemente publicado libro de Nicolás Acevedo, *MAPU-LAUTARO*, Santiago, Ediciones Escaparate, 2014.

En esa dirección se advierte, ya no desde la academia, sino a partir del impulso de sus protagonistas actuales, numerosos intentos de conformar bibliotecas populares y archivos históricos en espacios ocupados y centros sociales; recopilar de documentación ligada a la historia del anarquismo (folletos, periódicos, fotografías, fanzines, panfletos, afiches, etc.); editar y reeditar libros y folletos históricos del horizonte libertario criollo y de otras latitudes; organizar grupos de estudios anarquistas (Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas, Grupo de Investigación e Historia Anarquista Julio Rebosio<sup>14</sup>, entre otros) y publicar artículos de historia del anarquismo en fanzines, revistas<sup>15</sup> y periódicos ácratas<sup>16</sup>.

### *Preámbulo. La reseña pionera y el libro que nunca fue*

Desde el momento mismo del Golpe de Estado en 1973, pequeños grupos e individualidades anarquistas intentaron hacerle frente a la represión militar a través de diversas y modestas formas de solidaridad tanto al interior de Chile como en el extranjero<sup>17</sup>, especialmente en Noruega, París, Italia, Holanda, Suiza y Argentina<sup>18</sup>. Asimismo, realizaron prontamente “balances críticos” respecto de la derrota del proyecto político de la Unidad Popular en la prensa libertaria internacional<sup>19</sup>.

<sup>14</sup> El Grupo de Investigación e Historia Anarquista Julio Rebosio fue fundado el año 2009 y una de sus iniciativas fue la conformación del Archivo Histórico “La Revuelta” y la recopilación de fuentes relacionadas con la historia del anarquismo en Chile. Respecto de este último, véase “Archivo Histórico ‘La Revuelta’. Una nueva iniciativa de documentación anarquista en la región chilena”, *El Surco*, Santiago, agosto 2009, p. 4.

<sup>15</sup> Véase a modo de ejemplo, *Hombre y Sociedad* (Santiago, 1985/1997-2008), *Acción Directa* (2006-2010), *Germen* (Santiago, 2009-2010), *Vendaval* (2009), *Erosión* (2012-2015) y *La Brecha* (2015), entre otras.

<sup>16</sup> Véase a modo de ejemplo, *Ideácrata* (Santiago, 2003-2006), *Opción Libertaria* (Temuco, 2005-2007), *Agitación* (Santiago, 2007-2009), *El Surco* (Santiago, 2009-2013), *Solidaridad* (Santiago, 2010-2015) y *El Anárquico* (Santiago, 2015), entre muchos otros.

<sup>17</sup> Véase Felipe del Solar y Andrés Pérez, *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*, Santiago, RIL Editores, 2008.

<sup>18</sup> Véase a modo de ejemplo, la declaración del 17 de septiembre de 1973 de la Federación Libertaria Argentina (FLA) titulada “Frente al golpe militar en Chile”, *Reconstruir*, n° 86, Buenos Aires, septiembre-octubre 1973, p. 9. En ella se señalaba: “Es un deber de todos los hombres de espíritu libre –aún por encima de las más respetables diferencias de enfoques del proceso chileno– prestar la mayor solidaridad y aliento al valiente y digno pueblo hermano en la defensa de sus legítimos derechos y en las luchas que habrá de sostener cada vez más para asegurarse un destino de justicia y libertad frente a toda represión y toda dictadura”.

<sup>19</sup> Véase a modo de ejemplo, M. Chelles, “A propósito de Chile y la revolución”, *Presencia. Tribuna Libertaria*, Toulouse, 1974, 1er trimestre, pp. 7-9.

Después de casi dos años de inactividad política producto de la arremetida militar, en 1975 resurgió en la ciudad de Santiago el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales (CODEHS) –creado en 1970<sup>20</sup>– y bajo el alero del viejo dirigente sindical Clotario Blest, el historiador Óscar Ortiz y el otrora líder anarcosindicalista Ernesto Miranda Rivas<sup>21</sup>, entre otros miembros del CODEHS, fueron ayudados a exiliarse militantes de la izquierda revolucionaria perseguidos por la dictadura de Pinochet. Para ello la central anarcosindicalista noruega *Norsk Syndikalistisk Forbund* (NSF), adherida a la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), colaboró con el CODEHS para sacar del país a 8 miembros de la *Vanguardia Organizada del Pueblo* (VOP), aislados por la izquierda partidista tras el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic en 1971, responsable político de la masacre de pobladores de Puerto Montt durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1969). Posteriormente, en marzo de 1978 se creó en Europa la Coordinadora Libertaria Latinoamericana (CLLA)<sup>22</sup>. La ciudad de París se constituyó como el centro neurálgico de operaciones de los anarquistas chilenos en el exilio, desde donde se articularon variadas iniciativas de difusión, información, solidaridad y apoyo a Latinoamérica dominada por gobiernos autoritarios fuertemente represivos. La CLLA estuvo integrada principalmente por chilenos, argentinos y españoles, y articuló además una red de cooperación con activistas de Austria, Italia, Suecia, Suiza, Holanda, Alemania, Grecia, Canadá, Estados Unidos, México, Uruguay, Perú, Bolivia, Brasil, Venezuela, Chile y del Movimiento Libertario de Cubanos en el Exilio<sup>23</sup>. Una de las destacadas labores de la CLLA tuvo que ver con la realización de un ciclo de charlas y giras de propaganda que se desarrollaron entre los años 1978 y 1979, principalmente en Francia y España, este último país librado del *yugo franquista*. Entre el 20 y el 21 de octubre de 1979 se llevó a cabo en París el seminario “Historia del movimiento sindical chileno”, auspiciado por el *Comité Solidaridad con el Pueblo Chileno*. En dicha oportunidad, el

<sup>20</sup> Véase Manuel Acuña, *Prolegómenos a las grandes protestas del '83*, Estocolmo, Editorial Senda/Förlag, 2012.

<sup>21</sup> Ernesto Miranda Rivas nació en la ciudad de San Carlos en 1915. Fue un activo dirigente del calzado desde los años treinta. Entre 1941 y 1942 fue Secretario General de la Confederación General de Trabajadores (CGT) y uno de los fundadores de la CUT en 1953. Murió en Santiago de Chile en 1978. En su velorio oficiaron de oradores Clotario Blest Riffo y el anarcosindicalista y naturista libertario Juan Segundo Montoya.

<sup>22</sup> Véase el relato del anarquista Roberto Torres, en Pamela Quiroga, “La diversidad anarquista: Santiago, 1990-2005”, Informe de seminario para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2005, p. 298.

<sup>23</sup> Boletín del 5° Congreso de la CNT, diciembre de 1979, “Dossier Chile”, p. 8. Citado en Felipe del Solar y Andrés Pérez, *Anarquistas. Presencia Libertaria en Chile...* op. cit., p. 103.

octogenario anarcosindicalista Juan Segundo Montoya<sup>24</sup>, envió desde Chile una ponencia titulada “Rezeñas (sic) Históricas del Movimiento Obrero en Chile”, la cual fue leída y discutida. La misma a nuestro entender, constituye uno de los principales esfuerzos de un militante anarcosindicalista criollo y autodidacta por escribir un relato en donde se realza, desde el punto de vista histórico, la labor del anarquismo en el movimiento de trabajadores local<sup>25</sup>. La breve síntesis de Juan Segundo Montoya fue publicada posteriormente en el *Boletín América Latina Libertaria*, en donde se establecía “después de las catástrofes en cadena sufridas por los pueblos de América Latina en los últimos años, se ha hecho sentir la necesidad de un análisis crítico sobre las causas de la derrota de las fuerzas populares”<sup>26</sup>.

*Primer momento (1981-1989): el lento renacer del movimiento libertario y de la historiografía sobre el anarquismo en Chile*

El período que se prolonga desde 1981 a 1989 está caracterizado por los inicios de la recomposición del campo popular en Chile<sup>27</sup> y, en menor escala y de forma subrepticia, por la reorganización del anarquismo criollo. No obstante, es preciso señalar, que el renacimiento del movimiento ácrata de aquellos años está directamente vinculado con la lucha antidictatorial, en un primer momento, y con la no inscripción electoral o la anulación del voto, posteriormente, a propósito del plebiscito de 1988 y la “salida pactada” del régimen militar<sup>28</sup>. Las ciudades de Santiago, Concepción, Temuco y Osorno se constituyeron en el escenario

<sup>24</sup> Para el detalle de los antecedentes, véase Eduardo Godoy, *Juan Segundo Montoya (1899-1988). La consecuencia de un anarcosindicalista y naturista libertario en Chile*, Santiago, Editorial USACH, 2014.

<sup>25</sup> En el Boletín se señalaba: “La C.L.L.A., anuncia la pronta aparición del libro “Rezeñas (sic) históricas del movimiento obrero-sindical en Chile”, cuyo autor es el compañero Juan 2° Montoya” (pág. 5). Es preciso señalar que dicho libro nunca llegó a publicarse.

<sup>26</sup> *Boletín América Latina Libertaria. Boletín de Informaciones y Contactos*. Se agradece al historiador Felipe del Solar por proporcionarnos una copia digital de dicho documento el año 2013.

<sup>27</sup> Mario Garcés y Gonzalo de la Maza, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*, Santiago, ECO, 1985.

<sup>28</sup> Respecto de las motivaciones a nivel global del resurgir del anarquismo, véase Pamela Quiroga, “La diversidad anarquista: Santiago, 1990-2005”, Informe de seminario para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2005, pp. 298-303.

del proceso de *reemergencia* del anarquismo, en las cuales surgieron diversos grupos y colectivos de propaganda que azuzaron la movilización popular<sup>29</sup>.

Con ese contexto social y político como telón de fondo, se publicaron dos importantes libros, uno de carácter testimonial y el otro académico que relevaron los aportes del anarquismo en el movimiento de trabajadores chilenos, así como algunos pioneros artículos en revistas historiográficas y políticas.

En 1981, Luis Heredia republicó en México *El anarquismo en Chile (1897-1931)*<sup>30</sup> y, posteriormente en 1983, el historiador norteamericano Peter DeShazo su libro *Urban Workers and Labour Unions in Chile, 1902-1927*, por las prensas de la Universidad de Wisconsin en Madison (EE.UU.)<sup>31</sup>.

En su pequeño libro, Heredia, quien había sido un destacado dirigente anarcosindicalista durante gran parte del siglo XX<sup>32</sup>, describió el accionar ácrata en el seno del movimiento de trabajadores desde fines del siglo XIX hasta el término de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo en 1931, relevando a las tres grandes organizaciones anarcosindicales: la Federación Obrera Regional Chilena (FORCH), fundada en 1913<sup>33</sup> y refundada posteriormente en 1926, la *Industrial Workers of the World (IWW)*<sup>34</sup>, en 1919 y, finalmente, la Confederación General de Trabajadores (CGT) en 1931<sup>35</sup>. Por su parte, el historiador Peter DeShazo, a diferencia de lo que había sostenido la historiografía marxista clásica, propuso que los trabajadores urbanos de las ciudades de Santiago y Valparaíso

<sup>29</sup> Héctor Pavelic, “L’anarquisme Xilè (1980-1995): Resistència y reorganització”, pp. 115-119. En Héctor Pavelic, *Pisagua i altres escrits*, Mallorca, Ateneu Llibertari Estel Negre, 2001. Agradecemos al autor por regalarnos un ejemplar de su libro el año 2010 en la ciudad de Iquique.

<sup>30</sup> Su breve ensayo había sido publicado en 1936. Su publicación posterior en 1981 responde a un proyecto mayor coordinado por Chantal López y Omar Cortés, miembros de Ediciones Antorcha del D.F. de México. Su tiraje fue de 1.000 ejemplares.

<sup>31</sup> Peter DeShazo, *Urban Workers and Labour Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, Wisconsin University Press, 1983. Véase, asimismo, la edición en español: Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM, 2008.

<sup>32</sup> En 1936, Luis Heredia publicó su folleto titulado: *Cómo se construirá el socialismo* (Ediciones CGT, Valparaíso). En la década del cincuenta se reconvierte al mutualismo y le da su apoyo al presidente derechista Jorge Alessandri Rodríguez.

<sup>33</sup> Eduardo Godoy, *La “Huelga del Mono”: Los anarquistas y las movilizaciones contra el retrato obligatorio (Valparaíso, 1913)*, Santiago, Editorial Quimantú, 2014.

<sup>34</sup> El único estudio monográfico que existe de la IWW en Chile es el de Mario Araya, “Los wobblies criollos. Fundación e ideología en la región chilena de la *Industrial Workers of the World-IWW (1919-1927)*”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS, 2008. Aún sin publicar.

<sup>35</sup> Luis Heredia, *El anarquismo en Chile (1897-1931)*, México, Ediciones Antorcha, 1981.



habían sido la “fuerza motriz” del movimiento de trabajadores en Chile y el anarcosindicalismo la “principal” tendencia ideológica que había mantenido vivo el espíritu antiautoritario, anticomunista y revolucionario hasta los inicios de la dictadura de Ibáñez del Campo en 1927<sup>36</sup>. Desde el punto de vista metodológico complementó su minuciosa revisión de fuentes y bibliografía con entrevistas a viejos dirigentes sindicales, anarquistas y anarcosindicalistas, tales como Luis Heredia, Clotario Blest, Félix López, Luis Miranda y Daniel Schweitzer y el español-argentino Diego Abad de Santillán. No obstante, es muy probable que su principal falencia metodológica se manifieste como señala el historiador Jorge Rojas Flores cuando pone en pie de igualdad al anarcosindicalismo con ciertos gremios “sindicalistas”, lo que amplifica la importancia del anarquismo para su período de estudio en desmedro de otras corrientes revolucionarias como el comunismo<sup>37</sup>.

Dos años más tarde, el historiador Claudio Rolle presentó su tesis “Anarquismo en Chile 1897-1907” en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, investigación pionera en la disciplina histórica, cuyo profesor guía fue Ricardo Krebs. La fortaleza de su investigación es el énfasis puesto en el ideario ácrata, especialmente en el pacifismo tolstoyano, antes que en la vinculación orgánica con el movimiento obrero, constituyéndose en una interesante investigación sobre la historia de las ideas revolucionarias en Chile.

Las tres investigaciones antes mencionadas fundan el punto de partida de una producción historiográfica en torno al anarquismo que irá *in crescendo*, lentamente, a medida de que avance la década. La obra de Heredia, en tanto, es conocida por las nuevas generaciones de activistas e historiadores en el Chile dictatorial; y las investigaciones de Peter DeShazo y Rolle, en cuanto se constituyen en referencias obligadas en el mundo académico, para los interesados en el anarquismo como corriente ideológica<sup>38</sup>.

El libro de DeShazo así como la investigación pionera en Chile de Rolle, promovieron la publicación de artículos en revistas académicas, principalmente en el extranjero, como es el caso de las investigaciones de los franceses Jean Andreu (1985) y Maurice Fraysse (1986), quienes por lo demás editarán en 1990 junto a Eva Golluscio de Montoya, el libro *Anarkos. Literaturas libertarias*

<sup>36</sup> Tesis discutida –con matices– por historiadores como Julio Pinto, Sergio Grez y Jorge Rojas Flores.

<sup>37</sup> Jorge Rojas Flores, “Los trabajadores en la historiografía chilena. Balances y proyecciones”, *Revista de Economía & Trabajo*, n°10, Santiago, 2000, p. 72.

<sup>38</sup> Vale señalar que en 1946 la historiadora Fanny Simon publicó “Anarchism and Anarcho-Syndicalism in Latin America”, *Hispanic American Review*, Vol. XXVI, Feb. 1946.



de América del Sur, 1900<sup>39</sup>. Andreu y Fraysse indagaron indistintamente sobre tópicos desconocidos y no abordados en el incipiente estudio del anarquismo en Chile. Por una parte, el primero se centró en la *contracultura libertaria* del Río de la Plata y de Chile<sup>40</sup> y, por otra, el segundo abordó algunos aspectos en torno a la violencia al interior de la prensa ácrata chilena hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX<sup>41</sup>. Cabe señalar que ambos artículos fueron precursores en el estudio del anarquismo chileno en temáticas específicas que no tienen relación directa con la configuración y composición del movimiento obrero (y sindical), sino más bien con su amplio proyecto político-cultural de emancipación social, entroncado con el auge de la historia cultural.

En 1987, Álvaro Vivanco y Eduardo Míguez publicaron en la revista *Andes* un artículo titulado “El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile, 1881-1916”<sup>42</sup> —una versión resumida de su memoria para optar al título de profesor de Estado en Historia y Geografía por la Universidad Católica de Valparaíso<sup>43</sup>— claramente influenciado por DeShazo<sup>44</sup>. La revista *Andes* había sido creada en 1984 por el historiador Patricio Quiroga y era el órgano de difusión del Instituto de Estudios Contemporáneos (IEC). El Consejo de Redacción de la misma estaba compuesto, además de Quiroga, por Juan Carlos Gómez, Jorge Núñez, José Pablo Lagos y Robinson Pérez. En su primer número se señalaba respecto de la creación del IEC: “[es una] iniciativa de científicos sociales impelidos por las actuales condiciones que atraviesa Chile, que buscan una renovación del pensamiento teórico”. Vale señalar que el politólogo Juan

<sup>39</sup> Jean Andreu et al., *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur, 1900* (Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay), Buenos Aires, Corregidor, 1990.

<sup>40</sup> Jean Andreu, “Contracultura libertaria en el Río de la Plata y Chile”, *Hacia una historia social de la literatura*, Giessen, Losada-Bremer Editores, 1985.

<sup>41</sup> Maurice Fraysse, “Aspects de la violence dans la presse anarchiste du Chili (1898-1914)”, *Caravelle* n°46, Toulouse, 1986.

<sup>42</sup> Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco, “El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile, 1881-1916”, *Andes*, n°6, IEC, 1987.

<sup>43</sup> Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco, “El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile. 1881-1916”, Memoria para optar al Título de profesor de Estado en Historia y Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, 1987. Existe una edición en papel del año 2007, parte de la Colección Ego Aguirre, editado por Fermín Nawel.

<sup>44</sup> Aunque sostenían en su nota n°2: “No obstante Peter DeShazo en su trabajo sobre el movimiento obrero urbano realiza un valioso aporte de la historia del movimiento anarquista, su investigación por su perspectiva y marco teórico no cabe en los límites de la historiografía popular”, p. 132.

Carlos Gómez, a decir de Aníbal Pérez y José Ponce, fue uno de los referentes de la renovación de la historia política-chilena<sup>45</sup>.

En dicho artículo, Míguez y Vivanco (1987) analizaron la trayectoria histórica del anarquismo en relación con el movimiento obrero chileno entre los años 1881 y 1916, es decir, en su etapa de constitución y configuración. La introducción de su estudio comienza señalando que “la comprensión del rol cumplido por el anarquismo al interior del Movimiento Obrero Chileno (MOCH) constituye uno de los problemas menos estudiados, y a la vez más confuso, que en mayor o menor medida atraviesa al conjunto de la historiografía popular chilena”<sup>46</sup>. De este modo, revalorizaban desde el punto de vista historiográfico –aunque de forma crítica– los aportes del anarquismo en la conformación y configuración del movimiento obrero criollo, en tanto una de sus matrices fundantes<sup>47</sup>.

Desde otro registro, en las ediciones de fines de 1986 y de comienzos de 1987 de la revista *APSI*, el periodista Marcelo Mendoza publicó su artículo “El anarquismo en Chile”<sup>48</sup>. En la primera parte titulada “De los ácratas intuitivos a la huelga portuaria”, el autor enfatizaba “poco o nada se ha escrito de sus cien años en Chile. Y eso que durante un vasto período controlaron los sindicatos más grandes del país”. Desde el punto de vista bibliográfico, Mendoza se apoyaba en la tesis de Rolle (1985)<sup>49</sup>, en la investigación de DeShazo y en el libro “Génesis y evolución del movimiento obrero chileno hasta el Frente Popular” (Caracas, 1979) del historiador marxista Luis Vitale. La segunda parte de su artículo llevaba por título “Miranda vio que no quedaba nadie”, dedicando en él un apartado especial a la figura de Ernesto Miranda Rivas, el “anarcosindicalista más importante” de Chile según el autor, uno de los fundadores de la Central Única de Trabajadores (CUT) en 1953 y, posteriormente, uno de los anarcosindicalistas que en 1965 dio vida al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)<sup>50</sup> y al Movimiento Libertario 7 de Julio (ML7J).

<sup>45</sup> José Ponce y Aníbal Pérez, “La revitalización de la historiografía política chilena”, *Polis. Revista Latinoamericana*, Vol. 12, n° 36, 2013.

<sup>46</sup> Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco, “El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile, 1881-1916”. En *Andes*, n°6, IEC, 1987, p. 93.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 93-95.

<sup>48</sup> Marcelo Mendoza, “El anarquismo en Chile”. En *APSI*, Santiago, edición del 29 de diciembre de 1986 al 1° de enero de 1987 y edición del 12 de enero al 25 de enero de 1987.

<sup>49</sup> Claudio Rolle, *Anarquismo en Chile. 1897-1907*, Memoria para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1985.

<sup>50</sup> Véase Igor Goicovic, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Santiago, Ediciones Escaparate, 2012, p. 17. Para la fundación del MIR, véase además, Carlos Sandoval, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1965-1970. Coyunturas, documentos y vivencias*, Tomo I, Santiago, Editorial Quimantú, 2014.

Durante esos años se publicaron, además, el artículo (anónimo) “The re-emergence of anarchism in Chile” contenido en la revista *No Middle Ground. Anti-Authoritarian Perspective on Latin America and the Caribbean* (1983)<sup>51</sup> editada en Estados Unidos y *La narrativa anarquista de Manuel Rojas* (1986), de Darío Cortés. El último, un libro prácticamente desconocido en Chile, que no corresponde precisamente a una obra historiográfica, pero que no por eso deja de ser menos importante en la exigua visibilización académica del anarquismo en la década de los ochenta<sup>52</sup>.

### *Segundo momento (1990-2009): la irrupción de la historia del anarquismo en Chile*

Luego de la salida de la dictadura militar –y a la par de una incipiente producción historiográfica preocupada por el pasado ácrata– se advierte un “resurgir” modesto aunque orgánico del movimiento libertario en Chile. En los noventa fueron creadas organizaciones y colectivos ácratas en diversas ciudades del territorio nacional: Santiago, Concepción, Temuco y Osorno<sup>53</sup>. Asimismo, comenzaron a ser publicados una serie de periódicos y fanzines cuyo principal objetivo era la difusión de las ideas libertarias y su reposicionamiento público, logrando sin embargo escasa visibilidad. Durante esos años vieron la luz las siguientes publicaciones: *Acción Directa* (1990-1991), *Rebelión* (1993-1995), *El Duende Negro* (1993), *El Irreverente* (1993-1994), *Yunta* (1994), *El Estopín* (1994), *Ni Dios Ni Amo* (1995), *MiliKK* (1995), *El Ácrata* (1996), *Intoxicación* (1991-1995), entre otras, que tuvieron un carácter más esporádico. A la par de la labor editorial, los anarquistas criollos comenzaron nuevamente a tener presencia en las manifestaciones públicas. De hecho, en la marcha del 12 de octubre de 1992 en repudio al V Centenario de la llegada de los europeos a América Latina, las banderas negras “volvieron a flamear”<sup>54</sup>, constante que se repetiría en las marchas del 1° de mayo de cada año entre 1994 y 2015.

<sup>51</sup> “The re-emergence of anarchism in Chile”, *No Middle Ground. Anti-Authoritarian Perspective on Latin America and the Caribbean* n°2, Fall 1983. Agradecemos el acceso a este artículo al historiador Raymond Craib, quien nos lo envió digitalizado desde Ithaca, New York, Estados Unidos.

<sup>52</sup> Darío Cortés, *La narrativa anarquista de Manuel Rojas*, Madrid, Pliegos de Bibliofilia, 1986.

<sup>53</sup> Felipe del Solar y Andrés Pérez, *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*, Santiago, RIL Editores, 2008; Pamela Quiroga, “La diversidad anarquista: Santiago, 1990-2005”, Informe de seminario para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2005.

<sup>54</sup> Víctor Muñoz, op. cit., y Felipe del Solar y Andrés Pérez, op. cit.

De este modo, podemos señalar que el contexto socio-histórico permitió la reemergencia del anarquismo, al tiempo que un aumento del interés por su historia. Interés que como vimos es tanto académico –relacionado de forma directa con los acomodados internos de la disciplina histórica acaecidos desde el golpe de Estado de 1973 y asociados con el surgimiento de la nueva historia social y posteriormente de la nueva historia política y cultural– cuanto militante –al ser una inquietud también de sus nóveles activistas–.

Desde el punto de vista de la academia, durante la década de los noventa y la primera de los años 2000, se publicaron algunos estudios en donde se relevaban los aportes del anarquismo tanto en la literatura de América del Sur –incluida la chilena– como en la politización popular en el seno del movimiento obrero local y su incidencia en las manifestaciones huelguísticas.

En la primera categoría destaca la pionera obra colectiva coordinada por Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, autores mencionados anteriormente, en la cual se recopilan poemas y escritos literarios contenidos en la prensa ácrata de comienzos de siglo XX, chilena y también de la Argentina, Uruguay y Paraguay.

En la segunda categoría destacan las primeras obras de estudiosos como Jorge Rojas Flores (1993)<sup>55</sup>, Luis Vitale (1995)<sup>56</sup>, Héctor Pavelic (1996)<sup>57</sup> y Larry Gambone (1997)<sup>58</sup>, así como el artículo de Jaime Sanhueza Tohá (1997) publicado en la revista *Historia* de la Pontificia Universidad Católica de Chile<sup>59</sup> y el del historiador Julio Pinto Vallejos titulado “El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿apóstoles o líderes?” (1998), a propósito de la conmemoración en 1997 de los 90 años de la masacre de la Escuela Santa María de Iquique y del rol jugado por los anarquistas en el conflicto obrero<sup>60</sup>.

En el caso particular del historiador Luis Vitale, es preciso señalar que su “sensibilidad” respecto de la historia del anarquismo responde a dos motivos.

<sup>55</sup> Jorge Rojas, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos*, Santiago, DIBAM, 1993.

<sup>56</sup> Luis Vitale, *De Martí a Chiapas, Balance de un Siglo*, Santiago, Editorial Síntesis-CELA, 1995. Capítulo V: “La influencia del movimiento anarquista”, pp. 137-144.

<sup>57</sup> Héctor Pavelic, *Caliche Rostro de Pampino. Cronología histórica del movimiento obrero y los anarquistas en las luchas sociales de Chile*, Iquique, Editorial Flora Sanhueza, 1996.

<sup>58</sup> Larry Gambone, *The Movement Libertarian in Chile. Mutualism and Anarchosyndicalism from 1840 to the present*, Montreal, Red Lion Press, 1997.

<sup>59</sup> Jaime Sanhueza, “La Confederación General de Trabajadores y el anarquismo chileno de los años 30”, *Historia* 30, Santiago 1997.

<sup>60</sup> Julio Pinto, “El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿apóstoles o líderes?”. En Pablo Artaza et al., *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, Ediciones de la DIBAM-LOM Ediciones-Universidad Arturo Prat, 1998.

El primero, relacionado con su militancia juvenil en el anarquismo argentino –pasado sobre el cual hace mención en más de una oportunidad<sup>61</sup>–. Y el segundo, vinculado a su posterior militancia marxista heterodoxa (trotskista) en Chile, que lo lleva a identificarse con las “minorías” políticas. En el apartado dedicado al anarquismo chileno de su libro *De Martí a Chiapas. Balance de un siglo* (1995), Vitale advertía que “los ideólogos de los partidos de izquierda han tratado de ignorar su papel o simplemente han descalificado el accionar del anarquismo por razones políticas. Pero es sabido que la ideologización no es buena consejera para analizar la realidad histórica”<sup>62</sup>. Asimismo, sostenía taxativamente que el anarquismo chileno encontró muchos más obstáculos para desarrollarse que el de otros países latinoamericanos, ya que tuvo que enfrentar una “fuerte tendencia de inspiración marxista desde principios de siglo. Esta corriente dirigida por Luis Emilio Recabarren fue capaz de disputar a los anarquistas la dirección del movimiento obrero, sobre todo después de la fundación del Partido Obrero Socialista en 1912”<sup>63</sup>. Probablemente esta tesis deba ser problematizada y matizada, a la luz de las nuevas investigaciones referidas al desarrollo del anarquismo y del comunismo en Chile<sup>64</sup>.

Al igual que Vitale, el “historiador autodidacta” Héctor (Tito) Pavelic Sanhueza<sup>65</sup> rescata la historia de algunos pasajes de la lucha anarquista en Chile debido a su vinculación familiar y personal con el ideario ácrata. Su madre, Flora Sanhueza, de ascendencia vasca, fue una activa militante del anarquismo en el norte de Chile. Participó en la Guerra Civil española que tuvo lugar entre 1936 y 1939 y tras la derrota del bando republicano retornó y fundó en 1947 en la ciudad de Iquique el “Ateneo Luisa Michel” –el mismo que en 1953 se transformó en la “Escuela Libertaria Luisa Michel” y que brindó educación a trabajadores y trabajadoras locales hasta 1957–. Por su pasado revolucionario, en 1973, Flora Sanhueza fue arrestada y torturada en presencia del propio Héctor Pavelic, falleciendo el 18 de septiembre del año siguiente. Pavelic, militante

<sup>61</sup> Luis Vitale, *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*, Santiago, Ediciones Espíritu Libertario, 2002, p. 148. Véase, asimismo, Luis Vitale, *Contribución a una teoría de la historia específica para América Latina*, Santiago, 2008, pp. 139-140.

<sup>62</sup> Luis Vitale, *De Martí a Chiapas. Balance de un siglo*, Santiago, Síntesis-CELA, 1995, pp. 140-41.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>64</sup> Véase solo a modo de ejemplo, Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*, Santiago, LOM Ediciones, 2011; y Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (Eds.), *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, IDEA-USACH, 2012.

<sup>65</sup> Respecto de su historia militante, véase el texto en catalán, Héctor Pavelic, *Pisagua i altres escrits*, Mallorca, Ateneu Llibertari Estel Negre, 2001.

del MIR, también sufrió la represión política y el exilio. Fue en Europa donde, a través de anarquistas chilenos, también exiliados, tomó contacto con algunos grupos libertarios.

Mención aparte merecen dos trabajos. En primer lugar, el libro de Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos* (1993), basado en la tesis “Las organizaciones de trabajadores y el gobierno de Ibáñez (1927-1931)”, presentada en 1991 para la obtención del grado de Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica. La investigación de Rojas Flores, que ese mismo año obtuvo el Premio Miguel Cruchaga Tocornal de la Academia Chilena de la Historia, incluye un abordaje del anarcosindicalismo en la transición del sindicalismo “libre” al sindicalismo legal. Este proceso que se verifica en la dictadura de Ibáñez, habría sido según el autor el causante del declive de la influencia libertaria en el movimiento obrero. De este modo, la obra de Rojas representa una suerte de “puente” entre los autores que finalizan sus estudios en 1927 y aquellos que los comienzan en 1931. Este es el caso de Jaime Sanhueza Tohá, autor del segundo artículo a destacar. El mismo fue publicado por esos años en la revista *Historia* de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a modo de versión resumida de su tesis defendida en 1994 para optar el grado académico de Licenciado en Historia<sup>66</sup>. La sólida investigación de Sanhueza constituye el primer esfuerzo historiográfico, con un marcado carácter monográfico, que apunta a indagar en la trayectoria política de la Confederación General del Trabajo (CGT), una de las centrales anarcosindicales más importantes de Chile del siglo XX, cuya presencia se extendió desde la ciudad de Iquique hasta Puerto Montt. A modo de hipótesis, el autor señala que fue durante la década del treinta cuando se manifestó la crisis del anarquismo chileno, relacionada esta con la integración de los sectores populares al sistema político y con la debacle económica y social que se produjo al finalizar la dictadura de Ibáñez<sup>67</sup>. Dicho planteamiento, al tiempo que novedoso, también ha generado miradas contrapuestas, las cuales oportunamente desarrollaremos.

Otra investigación que merece ser comentada individualmente es la tesis inédita de Denis M. Karning titulada: *Félix López and the Chilean Labor Movement, Portrait of an Anarchist in 20th century Latin America an oral testimony* del año 1996. La novedad de la investigación de Karning radica en la utilización de metodologías vinculadas con la historia oral. A tal efecto, el autor entrevistó al

<sup>66</sup> Jaime Sanhueza, “Anarcosindicalismo y anarquismo en Chile. La Confederación General de Trabajadores (1931-1938)”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 29.

chileno Félix López, militante anarcosindicalista, reconstruyendo su historia de vida durante gran parte del siglo XX<sup>68</sup>, la cual tiene varios puntos de inflexión que se relacionan con el desarrollo del anarquismo y anarcosindicalismo local e internacional. López fue miembro del Departamento de la Construcción de la IWW en la ciudad de Santiago desde 1922 hasta 1927, año en que Carlos Ibáñez del Campo llegó al poder mediante un Golpe de Estado. Producto de la represión desatada contra los militantes revolucionarios, Félix López huye a la Argentina. Concluida la dictadura ibañista, regresa a Chile y acaba siendo líder de la Sección de la CGT, fundada en 1931. En su calidad de dirigente cegetista fue enviado a España durante la Guerra Civil española, en donde combatió en 1937 bajo la dirección del anarquista Cipriano Mera<sup>69</sup>.

Durante los primeros diez años del nuevo siglo, las investigaciones relativas al anarquismo chileno comenzaron a crecer exponencialmente, diversificándose las temáticas abordadas por los historiadores y otros científicos sociales. En consecuencia, se publicaron artículos y libros sobre variados tópicos, tales como la violencia, el feminismo, la prensa escrita, la educación libertaria, el teatro<sup>70</sup>, la lucha contra el consumo de alcohol<sup>71</sup>, así como sus discrepancias con otras corrientes ideológicas dentro del espectro revolucionario y los embates que sufrió desde el Estado y las clases dominantes<sup>72</sup>, entre otros.

En el año 2000, Antonio Godoy publicó su artículo “El caso de la prensa anarquista en la prensa obrera”. En él, analiza la prensa ácrata de los años

<sup>68</sup> Denis Karning, “Felix Lopez and the Chilean labor movement portrait of an anarchist in 20th century Latin America an oral testimony”, Thesis Master of Arts, Universidad de Miami, Florida, 1996.

<sup>69</sup> Respecto de la figura de Cipriano Mera, véase Luis Ledesma, “20 personajes claves de la historia del anarquismo español”. En Julián Casanova (Coord.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España*, Barcelona, Crítica, pp. 553-256.

<sup>70</sup> Respecto del teatro véase ácrata: Sara Rojo, “Teatro chileno y anarquismo (desde comienzos de siglo XX hasta el periodo dictatorial)”, *Aisthesis*, Vol. 44, 2008; y Sergio Pereira, “La dramaturgia anarquista en Chile. Un discurso de resistencia cultural”, *Estudios Filológicos*, n° 44, 2009.

<sup>71</sup> Eduardo Godoy, “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo XX”, pp. 121-144. En Juan Carlos Yáñez (Ed.), *Alcohol y Trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales en Chile, Siglos XIX y XX*, Osorno, Editorial Universidad de Los Lagos, PEDCH, 2008.

<sup>72</sup> Mario Araya, “El proceso a los subversivos: persecución, montaje y encierro contra el proletariado anarquista de los años veinte”, *Acción Directa*, n°3, Santiago, primer trimestre de 2007; Mario Araya, “El miedo a los anarcos: Bomba en el convento de los carmelitas descalzos ¿Montaje o terrorismo? (1911-1912)”, *Acción Directa*, n°5, Santiago, segundo semestre de 2007; y Eduardo Godoy, “Voltaire Argandoña: La fragmentaria vida de un luchador”, *Vendaval*, n°1, Santiago, 2009.



1898 y 1930 destacando sus *componentes clasistas*, para lo cual se apoya en la caracterización realizada por Osvaldo Arias en su precursor y clásico trabajo de la década de 1970<sup>73</sup> sobre la prensa obrera. Asimismo se nutre de los planteamientos hechos por Guillermo Sunkel en torno a la noción de lo “popular”, a propósito de la discusión suscitada entre Luis Emilio Recabarren y Alejandro Escobar y Carvallo a comienzos del siglo XX<sup>74</sup>.

Durante el año 2001, la historiadora norteamericana Elizabeth Q. Hutchison publicó otro interesante aporte, el artículo que tituló “From “La mujer esclava” to “La mujer Limón”: Anarchism and politics of sexuality in early-twentieth-century Chile”, en la *Hispanic American Historical Review*<sup>75</sup>. Aunque breve y poco profundo, este trabajo merece ser destacado por ser una de las pocas investigaciones que vincula anarquismo chileno, sexualidad y género. Dichas variables no habían sido aún consideradas en la historiografía chilena, a pesar de la temprana insistencia de la ideología y militancia anarquista—tanto en Chile como en otros países de América Latina— sobre la cuestión de la igualdad de género. Posteriormente, en 2006, la Editorial Espíritu Libertario<sup>76</sup> publicó el libro compilatorio *Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931)*, a cargo de Adriana Palomera y Alejandra Pinto. En la introducción titulada “Rescatando voces de mujeres” las compiladoras señalaban justamente que “la invisibilidad de los sectores populares, por sobre todo de las mujeres a lo largo de la historia, ha sido la motivación principal para dar cuerpo a esta recopilación de escritos de mujeres en prensa anarquista chilena entre los años 1890 y 1930”<sup>77</sup>. En la

<sup>73</sup> El año 2009 fue publicada una segunda edición; véase Osvaldo Arias, *La prensa obrera en Chile 1900-1930*, Santiago, Ariadna, 2009.

<sup>74</sup> Antonio Godoy, “El caso de la prensa anarquista en la prensa obrera”, *Investigación y Crítica* 4, CLACSO, Buenos Aires, 2000.

<sup>75</sup> Dado el escaso acceso a dicho artículo, el año 2004 fue publicado nuevamente. Véase Elizabeth Hutchison, “From “La mujer esclava” to “La mujer Limón”: Anarchism and politics of sexuality in early-twentieth-century Chile”, *Pensamiento Crítico*, n°4. *Revista Electrónica de Pensamiento*, noviembre 2004.

<sup>76</sup> La Editorial Espíritu Libertario existió entre los años 2001 y 2011 y su “comité fundacional” estaba compuesto por: Marcela Araya, Ricardo Sepúlveda, Óscar Ortiz y Juan Rivas. Publicó 10 libros: *La ideología anarquista* de Ángel Cappelletti; *Textos anarquistas* de Mijaíl Bakunin y Luigi Fabbri; *Crónicas anarquistas de la subversión olvidada* de Óscar Ortiz; *Contribución a la historia del anarquismo en América Latina* de Luis Vitale; *Ni víctimas ni verdugos* de Albert Camus; *Apuntes sobre el viaje de Albert Camus a Chile* de Juan Rivas y Nibaldo Mosciatti; *Anarquismo* de Noam Chomsky; *El anarquismo en la globalización* de Osvaldo Escribano; *Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931)* de Adriana Palomera y Alejandra Pinto; y, finalmente, *Nietzsche, Marx y Freud* de Michel Foucault.

<sup>77</sup> Adriana Palomera y Alejandra Pinto (Comp.), *Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931)*, Santiago, Ediciones Espíritu Libertario, 2006, p. 16. El libro contó además con la colaboración de Jacqueline Peña.



misma senda, sostenían que su compilación pretendía “rescatar las voces de un grupo de mujeres de esta época, no por una toma de posición de género en términos de “discriminación positiva”, sino porque este ha sido uno de los grandes aspectos que no han sido tratados por la historiografía tradicional, dejando de lado la participación de la mujer en tanto actor político, más aún dentro de un discurso rupturista como lo fue y es el anarquismo”<sup>78</sup>. La riqueza del libro radica en la recopilación de diversos y valiosos documentos escritos por mujeres ácratas chilenas, durante los primeros treinta años del siglo XX: Valentina Franco, Elena Cárdenas, Luis Rojas, Violeta Martínez, Isolina Bórquez, Olimpia Vivencia, entre muchas otras.

Por otra parte, el historiador Igor Goicovic publicó en 2003 en la *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, un artículo que lleva por título “El discurso de la violencia en el movimiento anarquista chileno (1890-1910)”. La particularidad del mismo tiene que ver con que fue el único trabajo sobre anarquismo contenido en la colección completa de la revista hasta 2015. En él, Goicovic, al igual que Fraysse algunos años antes, analiza el discurso ácrata en torno a la violencia al despuntar el siglo XX, destacando que las manifestaciones específicas de violencia adoptadas por el movimiento anarquista internacional fueron de dos tipos: la “huelga insurreccional” y el “terrorismo individual” (o la propaganda por los hechos). Goicovic distingue entre acciones violentas (huelgas, boicot, sabotajes, etc.) y el discurso legitimador de la violencia, el cual es analizado a través de la prensa ácrata chilena de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX<sup>79</sup>, sin establecer un contrapunto con la praxis, es decir, con las acciones violentas concretas en sí.

Adoptando un punto de vista metodológico diferente, el historiador Alberto Harambour presenta durante este período dos importantes investigaciones. Una, acerca del atentado homicida perpetrado durante el invierno de 1912 por el anarquista Efraín Plaza Olmedo en la Plaza de Armas de Santiago (2004)<sup>80</sup> y la otra, en relación con el proceso iniciado desde diciembre de 1911 hasta marzo de 1912, contra la Sociedad en Resistencia de Oficios Varios (SROV)

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>79</sup> Igor Goicovic, “El discurso de la violencia en el movimiento anarquista chileno (1890-1910)”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, n°7, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, Primavera 2003.

<sup>80</sup> Alberto Harambour, “‘Jesto y Palabra, Idea y Acción’. La Historia de Efraín Plaza Olmedo”, VV.AA., *Arriba Quemado el Sol, Estudios de Historia Social Chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1839-1940)*, Santiago, LOM, 2004.

(2005)<sup>81</sup>. En ambos casos el autor, a partir de un “acontecimiento” (un atentado homicida y el allanamiento policial) reconstruye los discursos y discusiones ácratas ligadas al uso de la violencia revolucionaria, así como el entorno socio-cultural en el que se inscriben, por una parte, el sujeto (Efraín Plaza Olmedo) y por otra, la organización gremial (la SROV). Los procesos judiciales que se abren, en ambos casos, permiten que los sujetos hablen (se “expresen”) por sí mismos. Efraín Plaza Olmedo, quien niega ser defendido por un abogado, esgrime en primera persona las motivaciones profundamente racionales de su accionar, cuestionadas por algunos individuos y organizaciones ácratas no partidarias del uso de la violencia (como el caso del periódico santiaguino *La Protesta*). Mientras que el proceso judicial instruido en contra de la SROV le permite al autor analizar la visión oligárquica e historiográfica en torno al anarquismo, así como las posibilidades de “diversidad” y “unidad del horizonte anarquista” a comienzos del siglo XX.

En un registro similar se inscribe nuestra propia investigación titulada “‘Sepan que la tiranía de los de arriba, engendra la rebelión de los de abajo’. Represión contra los anarquistas: La historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)” publicada el año 2007 en la revista *Cuadernos de Historia* de la Universidad de Chile<sup>82</sup>. En ella, analizamos la represión ejercida contra los anarquistas a partir del allanamiento de 1913 a la “Peluquería del Pueblo” ubicada en el barrio Brasil. A tal efecto, reconstruimos al grupo humano y político que orbita en torno a dicho espacio-social (la peluquería), para posteriormente analizar la represión ejercida contra Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio, conocidos agitadores ácratas santiaguinos de comienzos del siglo XX. En nuestro artículo, no nos limitamos solo a registrar los resultados de la violencia estatal sobre el movimiento anarquista. Lo anterior nos permitió analizar los discursos legitimantes de la represión que allanaron el camino para la promulgación de la Ley de Residencia en Chile en 1918. Asimismo, utilizamos la escasa documentación disponible, para destacar las “huellas” fragmentarias de la cultura política ácrata.

<sup>81</sup> Alberto Harambour, “La Sociedad en Resistencia de Oficios Varios y el Horizonte Anarquista, 1911-1912”. En Lucía Stetcher y Natalia Cisternas (Ed.), *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*, Santiago, Centro de Estudios Culturales de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, 2005.

<sup>82</sup> Eduardo Godoy, “‘Sepan que la tiranía de los de arriba, engendra la rebelión de los de abajo’. Represión contra los anarquistas: La historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)”, *Cuadernos de Historia* 21, Santiago, septiembre de 2007.

La investigación más importante, que constituye un punto de inflexión en la producción historiográfica local en torno al anarquismo, es sin duda el libro del historiador Sergio Grez titulado *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*, publicado por la Editorial LOM durante el año 2007<sup>83</sup>. El libro de Grez coincide con la emergencia del movimiento estudiantil chileno que desde el año 2001 –con el denominado “mochilazo”– comienza a radicalizar sus demandas en contra de la educación de mercado y el lucro que genera, crispando en un primer momento entre los años 2006 y 2008 y posteriormente durante el ciclo 2011-2013<sup>84</sup>. Los estudiantes, secundarios y universitarios recogen el legado anarquista y se organizan a través de asambleas, incentivando la acción directa y la autoeducación.

En su libro, Grez aborda el origen y el desarrollo de la corriente ácrata en Chile desde las primeras tentativas organizativas por implantar la “Idea” hasta la conformación de la primera Federación Obrera Regional Chilena (FORCH) entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX (1893-1915), período en que el anarquismo alcanzó –según el autor– un grado de desarrollo y maduración que lo convirtió en uno de los principales movimientos de *redención social*. A través de un exhaustivo trabajo de fuentes documentales, el historiador realiza un análisis del anarquismo chileno desde la óptica que él mismo ha denominado –en abierta polémica con Gabriel Salazar– “historia social con la política incluida”<sup>85</sup>. Dicha perspectiva plantea un análisis de los movimientos populares, no solo desde el punto de vista estructural, sino también esbozando sus relaciones con otras clases y sectores sociales, a fin de desentrañar la difícil relación entre lo social y lo político. Para ello es además importante para esta mirada, centrarse en la praxis asociativa y en la lucha reivindicativa y política de los sectores obreros y populares. Según el autor, los anarquistas se prestan admirablemente para un enfoque de este tipo, ya que “su proyecto no era (o no es) sólo el de una sociedad futura emancipada y reencontrada consigo misma, sino principalmente, el de una vida presente en el que el ideal se realiza a partir de la construcción de una política y una cultura libertarias

<sup>83</sup> Sergio Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*, Santiago, LOM Ediciones, 2007. Este mismo año se publica también, el libro del periodista Andrés Brignardello, *Valparaíso Anarquista. Notas para una historia social de la ciudad*, Valparaíso, FONDART, 2007.

<sup>84</sup> A propósito de las manifestaciones estudiantiles, véase VV.AA., *De actores secundarios a estudiantes protagonistas. Versión 2.0*, Santiago, OPECH-Editorial Quimantú, 2010.

<sup>85</sup> Véase Sergio Grez, “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)”, *Política*, n°44, Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile, Santiago, 2005, pp. 17-31.

enraizadas en los movimientos sociales populares”<sup>86</sup>. A partir de esta impronta analítica, el libro de Sergio Grez, además de describir la variada gama de posiciones ácratas existentes en el mundo libertario chileno, se enfoca en la relación entre anarquismo y movimiento obrero, en su génesis y fundamentos teóricos en correlato con su práctica social, y por último, en las relaciones que estableció con otras corrientes políticas e ideológicas –como el socialismo y la “Democracia”, pero también con el Estado y las clases dominantes–. De esta forma, el libro de Grez es un aporte sustancial en el rescate de la historia de los anarquistas chilenos, ya que como el mismo autor señaló en una entrevista en el marco de su lanzamiento, con él pretendía situar históricamente el fenómeno del anarquismo, tratando de ver los aciertos y desaciertos de un movimiento revolucionario que aspiraba a la transformación radical de la sociedad, a través de una mirada “lo más verídica posible”<sup>87</sup>.

Al año siguiente, en 2008, el historiador libertario Óscar Ortiz, quien fuera secretario personal del sindicalista revolucionario Clotario Blest entre 1968 y 1990, publicó un nuevo libro llamado *Nuevas crónicas anarquistas de la subversión olvidada*<sup>88</sup>, con el que venía a ampliar aquel del año 2002<sup>89</sup>. Como señala Ortiz, con el mismo proseguía “dos propósitos claros: resguardar la memoria histórica y polemizar entre la elite dirigencial e intelectual”. Para ello

hemos acudido al género literario más arcaico en la historia de la civilización universal, pero a la vez el que mayor acopio de información y registro ha realizado como es la crónica histórica. Al ser de escritura simple, con visión descriptiva, redactado desde la cercanía permite averiguar crudos fragmentos emocionales, y que dentro de la gran historia, pasarían desapercibido. Al ser los protagonistas de carne y hueso, lleva a que el propio lector santifique o demonice, los roles históricos que a cada uno le corresponde<sup>90</sup>.

Por tales motivos, a pesar de que la obra no se caracteriza por un excesivo rigor documental, aporta una serie de datos y testimonios relativos a los anarquistas chilenos –principalmente de la segunda mitad del siglo XX– que fueron transmitidos de forma oral.

<sup>86</sup> Véase <http://www.elciudadano.cl/2007/10/02/899/sergio-grez-historiador-no-hay-un-tipo-unico-de-anarquista-ni-ahora-ni-hace-cien-anos/>

<sup>87</sup> *Ibíd.*

<sup>88</sup> Óscar Ortiz, *Nuevas crónicas anarquistas de la subversión olvidada*, Santiago, Editorial La Siente, 2008.

<sup>89</sup> Óscar Ortiz, *Crónica anarquista de la subversión olvidada*, Santiago, Ediciones Espíritu Libertario, 2002.

<sup>90</sup> Óscar Ortiz, *Nuevas crónicas anarquistas...*, op. cit., p. 7.

Ese mismo año, el 2008, se publicó el libro *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile* del historiador Felipe del Solar y del cientista político Andrés Pérez<sup>91</sup>, el cual, a diferencia de los estudios precedentes sobre el anarquismo chileno, aborda el período comprendido entre los años 1973 y 1990, aportando numerosos y desconocidos antecedentes del “resurgir” de la corriente ácrata durante el período dictatorial, para lo que los autores se apoyan en material inédito, disponible en Chile y en el extranjero (Francia, Italia, España y Holanda). Un sugerente trabajo que, sin duda, hoy en día debe ser ampliado.

Durante 2009, la Editorial Quimantú publicó el libro de Víctor Muñoz titulado *Armando Triviño: Wobblie. Hombres, ideas y problemas del anarquismo en los años veinte. Vida y escritos de un libertario criollo*<sup>92</sup>, que se divide en tres partes. La primera constituye un “estudio preliminar” sobre el anarquismo de los años 20, en el cual Muñoz reconstruye los antecedentes biográficos de Triviño con la finalidad de “trascender su individualidad e introducirse en los problemas que afectaron al movimiento obrero de tendencia anarquista” en Chile. Pero además, intenta “dar cuenta de los principales desafíos de los libertarios en el mundo sindical, de sus vicisitudes esenciales y de las luchas que se dieron en su interior”<sup>93</sup>. En la segunda parte, el historiador anexa el folleto *Arengas* escrito por Luis Armando Triviño y publicado originalmente en 1923 por la editorial Lux. Finalmente, en la tercera sección, incorpora una selección de escritos de Luis Armando Triviño de comienzos del siglo XX contenidos en la prensa ácrata de Chile y del extranjero (EE.UU. y Argentina).

En un registro diferente se encuentran las investigaciones relacionadas con la figura del médico libertario Juan Gandulfo (dirigente de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en los años 20) y el Policlínico de la *Industrial Workers of the World*, que funcionó en Santiago entre los años 1923 y 1942. Destacan en este sentido el artículo de Ricardo Zalaquett titulado “¡Siembra, juventud! La tierra es propicia, el momento es único. No es NERUDA sino GANDULFO, el cirujano”, publicado en la *Revista Médica de Chile* el año 2005<sup>94</sup>, así como la investigación de Fabián Pavez, “Experiencias autogestionarias en salud: El legado de Gandulfo en La Hoja Sanitaria y el Policlínico de la

<sup>91</sup> Felipe del Solar y Andrés Pérez, op. cit., 2008.

<sup>92</sup> Víctor Muñoz, *Armando Triviño: Wobblie. Hombres, ideas y problemas del anarquismo en los años veinte. Vida y escritos de un libertario criollo*, Santiago, Editorial Quimantú, 2009.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>94</sup> Ricardo Zalaquett: “¡Siembra, juventud! la tierra es propicia, el momento es único. No es NERUDA sino GANDULFO, el cirujano”, *Revista Médica de Chile*, Santiago, vol.133, n°3, Mar. 2005.

Organización Sindical *Industrial Workers of the World* (1923-1942)”, publicado en el año 2009 en la misma revista<sup>95</sup>. Ambos artículos relevan las prácticas “médicas” y “sanitarias” desarrolladas por el anarquismo orientadas a mejorar la *salud popular*, inscribiéndose dentro de la que se conoce como “Historia de la Medicina”, un campo desconocido y aún inexplorado en la historiografía nacional<sup>96</sup>.

### *Tercer momento (2010-2015): la diversificación de las investigaciones referidas al anarquismo*

Desde el punto de vista historiográfico, el período 2010-2015 está caracterizado por la publicación de investigaciones relacionadas con el devenir del anarquismo que traspasan desde el punto de vista temporal la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), por una parte, así como por investigaciones específicas relacionadas con militantes “destacados”, movimientos huelguísticos en donde los elementos ácratas tuvieron un protagonismo considerable y, finalmente, aquellas referidas a sus prácticas culturales, morales<sup>97</sup> y educativas –dentro de las que se incluyen, por ejemplo, el teatro<sup>98</sup> y la prensa escrita<sup>99</sup>–, antagónicas a las dominantes. Es decir, las investigaciones desarrolladas durante este período amplían las miradas, planteándose nuevos y novedosos objetos de estudio relativos al anarquismo criollo.

En la primera categoría destacan las investigaciones de Víctor Muñoz Cortés (2013), Sebastián Allende (2013) y Víctor Venegas (s/f), los cuales abordan indistintamente períodos no muy trabajados hasta ese entonces por la historiografía sobre el anarquismo.

<sup>95</sup> Fabián Pavez, “Experiencias autogestionarias en salud: El legado de Gandulfo en La Hoja Sanitaria y el Policlínico de la Organización Sindical *Industrial Workers of the World* (1923-1942)”, *Revista Médica de Chile*, Santiago, vol.137, Mar. 2009.

<sup>96</sup> Nicolás Fuster y Pedro Moscoso han abierto una interesante línea de investigación al respecto. Véase Nicolás Fuster y Pedro Moscoso, *La Hoja Sanitaria. Archivo del Policlínico Obrero de la IWW. Chile 1924-1927*, Santiago, CEIBO Ediciones, 2015.

<sup>97</sup> Véase Eduardo Godoy, “Lucha temperante y “amor libre”. Entre lo prometeico y lo dionisiaco: El discurso moral de los anarquistas chilenos al despuntar el siglo XX”, *Cuadernos de Historia*, n° 34, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, junio 2011, pp. 127-154.

<sup>98</sup> Véase Sergio Grez, “Resistencia cultural anarquista: poesía, canto y dramaturgia en Chile”. En Clara E. Lida y Pablo Yankelevich, *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, México DF, El Colegio de México, 2012.

<sup>99</sup> Véase Víctor Muñoz, *Cuando las bombas son de papel. El Estado y la propaganda anarquista impresa (Región chilena 1915-1927)*, Talca, Ediciones Acéfalo, 2012.

El libro de Víctor Muñoz *Sin Dios Ni Patronos. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*, publicado por la Editorial Mar y Tierra el año 2013, es el primer intento historiográfico por llevar a cabo un balance del desarrollo histórico global del anarquismo en Chile en el largo plazo, es decir, desde su proceso de configuración hacia fines del siglo XIX (1890) hasta su proceso de “resurgimiento” tras la finalización de la dictadura de Augusto Pinochet (1990), entroncándose con las investigaciones precedentes de Peter DeShazo, Sergio Grez, Felipe del Solar y Andrés Pérez y de Pamela Quiroga.

En la propia, Víctor Muñoz muestra la riqueza y variedad de la actividad política del anarquismo chileno desarrollada durante todo ese amplio arco temporal, así como sus heterogéneas manifestaciones culturales que nutrieron al movimiento obrero y popular en su proceso de conformación y configuración. El libro se estructura en tres secciones. En la primera parte titulada “Un hilo negro en la historia de Chile (1890-1990)”, aborda un siglo de historia ácrata que lo lleva inexorablemente a la necesidad de plantear una periodización. En cada uno de los ciclos propuestos se verifica la expansión y/o retroceso de las ideas libertarias en el seno del movimiento de trabajadores en Chile, relevando, asimismo, el impacto del anarquismo en diversos movimientos sociales. Abarca desde los orígenes y auge del anarquismo en Chile, coincidente con la denominada *cuestión social* (1880-1925), hasta el retorno de la democracia en 1990. Es en este apartado en donde plantea la sugerente hipótesis acerca de la supuesta debacle de anarquismo chileno durante la década de 1930, debatiendo principalmente con Jaime Sanhueza Tohá (1994) y sus seguidores –para quienes la defunción del anarquismo chileno se habría producido luego de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931)–. Según Muñoz, durante esa época habría tenido lugar un fenómeno complejo, que puede ser catalogado como de “auge hacia adentro y crisis hacia afuera”<sup>100</sup>. Así, según esta mirada, entre 1931 y 1943 el anarquismo se desarrolló internamente como nunca antes en el país, siendo paradójicamente su influencia hacia el resto de la sociedad menor que en períodos anteriores. “Este apogeo del campo libertario se verificó en la consolidación del anarcosindicalismo, en la multiplicación de iniciativas culturales, en la diversificación de luchas, y en la irradiación de actividad en toda la región chilena”<sup>101</sup>. Para sostener dicha hipótesis, propone una serie de interesantes datos estadísticos.

<sup>100</sup> *Ibíd.*, p. 58.

<sup>101</sup> *Ibíd.*, p. 58.



En la segunda parte, denominada “De los oficios y de las ideas”, el autor aborda, por una parte, el desarrollo orgánico del anarcosindicalismo durante el siglo XX remitiendo a las organizaciones anarquistas o más amplias en las que éstos eventualmente participaron, y por otra, los diversos “oficios libertarios”, en tanto fue el mundo del trabajo –según el autor– el principal medio de socialización de las ideas anarquistas en Chile. En la tercera sección titulada “El árbol de la anarquía. Diversidad de intereses al interior del mundo ácrata”, se describen y analizan aquellos aspectos relacionados con el proyecto cultural del anarquismo criollo, centrándose en la pedagogía libertaria y sus experiencias educativas en Chile; la relación entre el anarquismo local y las letras; la relación entre el anarquismo y el movimiento campesino, cuyo mayor auge se verificó entre 1930-1950, especialmente en el sur austral, en Osorno; la acción libertaria en torno a la problemática de la vivienda popular; el naturismo libertario y la vida sana, eje fundamental de su amplio proyecto de regeneración social; el desarrollo del teatro ácrata, relevando su configuración como un espacio de relaciones sociales bastante particular; la lucha antifascista, plasmada en la solidaridad de los anarquistas chilenos con sus congéneres españoles; y, finalmente, el movimiento anarquista específico, a través de un balance general de su accionar.

Víctor Venegas en su artículo denominado “Organización política anarquista en el Chile de los 50”<sup>102</sup>, compilado en el libro por Pedro Rozas *Del suplicio a la rebeldía en el mundo popular. Genealogías de un pasado que no pasa* (Santiago, Editorial Ayún, s/a), aborda las diversas tendencias y agrupaciones existentes al interior del campo ácrata durante una temporalidad también bastante particular: la década de 1950<sup>103</sup>. En su breve artículo, Venegas señala explícitamente que “el movimiento libertario de principios de siglo XX, al igual que el de los años 50 de dicha centuria y el de la actualidad no es un movimiento homogéneo. Está compuesto por una serie de grupos que se diferencian unos de otros, principalmente en sus estrategias y tácticas. De modo general, esos grupos se pueden clasificar en dos vertientes principales, que con grandes

<sup>102</sup> Es preciso señalar que su artículo es una síntesis de su tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales por la Universidad ARCIS, en conjunto con Cristian Bustamante. Véase Víctor Venegas y Cristian Bustamante, “Anarquistas en el Chile de los 50. Política libertaria en busca de la unidad revolucionaria”, Tesis para optar al grado académico de Licenciatura en Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS, 2008.

<sup>103</sup> Víctor Venegas, “Organización política anarquista en el Chile de los 50”. En Pedro Rozas (Comp.), *Del suplicio a la rebeldía en el mundo popular. Genealogías de un pasado que no pasa*, Santiago, Editorial Ayún, s/a.



puntos de divergencia conservan posiciones en común. Estas dos corrientes son el anarquismo de raíz individualista y el anarquismo societario o social”<sup>104</sup>.

El historiador Sebastián Allende<sup>105</sup>, ligado al Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas, publicó su libro *Entre zapatos, libros y serruchos. Anarquismo y anarcosindicalismo en Chile (1920-1955)* en el año 2013, en el que analiza el desarrollo político y cultural del anarquismo y del anarcosindicalismo criollo entre los años 1920 y 1955<sup>106</sup>. Para ello, aborda desde la llegada al poder de Arturo Alessandri Palma (1920) hasta los albores de la creación de la CUT, central fundada en 1953 y en la que tuvieron una activa participación los sectores anarcosindicalistas –junto a militantes de otras identidades políticas (comunistas, socialistas, trotskistas, etc.)–<sup>107</sup>. Allende divide su investigación en tres períodos, desde el punto de vista cronológico, luego de presentar, brevemente, los antecedentes históricos de la irrupción del anarquismo en Europa y América Latina durante el siglo XIX. En el primero, que abarca desde 1920 a 1930, aborda sus principales características en el contexto de la crisis del régimen y proyecto oligárquico en Chile, dedicando un breve apartado a la relación entre la Federación de Estudiantes de Chile (FECh) y la corriente ácrata. En el segundo, que se extiende desde 1931 y 1947, es decir, desde la finalización de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo hasta la promulgación de la Ley Maldita bajo la magistratura de Gabriel González Videla (la cual también golpea a los anarquistas), el autor aborda los principales lineamientos políticos de la CGT, evaluando su accionar en el seno del movimiento de trabajadores y en el campesinado, relación que no siempre ha sido trabajada por la historiografía popular. Finalmente, su último apartado lo dedica al desarrollo del anarcosindicalismo entre los años 1947 y 1955, en el cual recopila, apoyándose en investigaciones previas, algunos antecedentes sobre su influencia y accionar en la URE (Unión en Resistencia de Estucadores), la FONACC (Federación Obrera Nacional del Cuero y del Calzado) y la CUT, así como el rol de esta última organización y de los anarcosindicalistas en la paralización del 7 de julio

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>105</sup> Véase Sebastián Allende, “Gabriela Mistral y el anarquismo”, Folleto, Ediciones Tercer Mundo, Antofagasta, 2009; y Sebastián Allende, “Juan Gandulfo: Un Médico Ácrata”, *El Surco* n°3, mayo 2009.

<sup>106</sup> Sebastián Allende, *Entre zapatos, libros y serruchos. Anarquismo y anarcosindicalismo en Chile (1920-1955)*, Santiago, Editorial Eleuterio, 2013.

<sup>107</sup> La participación de los anarquistas en esta experiencia se detuvo en 1957, año en que se celebró la Segunda Convención Nacional de la CUT en la que una gran mayoría de sus miembros decidió apoyar electoralmente a los partidos populares, determinando esto la automarginación de los anarcosindicalistas de la central obrera y el comienzo de su diáspora.

de 1955, hito “emblemático” en la historia del movimiento popular chileno. Si bien el autor no profundiza en muchos de los temas que propone en su libro, teniendo así un carácter eminentemente descriptivo, el mismo constituye una lectura obligada para todos aquellos interesados en la historia del anarquismo local de las décadas del 20 al 50, especialmente cuando la historiografía tradicional condenó a esta al “basurero de la historia” con la irrupción del “Estado de Compromiso” y el surgimiento y auge del reformismo y nacional-populismo en el seno del movimiento obrero y popular.

Respecto de las biografías sobre figuras libertarias que han tenido protagonismo en las luchas sociales y políticas del siglo XX –el segundo tópico recurrente en la historiografía del anarquismo en este período– es posible destacar las investigaciones de Sergio Grez a propósito de la vida de Magno Espinoza (2010), la de Víctor Muñoz Cortés sobre Julio Rebosio (2011) y nuestra propia investigación, que aborda el desenvolvimiento político del anarcosindicalista y naturista libertario Juan Segundo Montoya (2014). Los tres libros son parte de la colección “Grandes de Chile”, publicada por el Sello Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, y grafican a partir de propagandistas *canónicos* y *paradigmáticos* diferentes momentos en la historia del anarquismo vernáculo. Magno Espinoza, en calidad de uno de los “padres” fundadores de la corriente ácrata en Chile al despuntar el siglo XX; Julio Rebosio, como activista durante el período de mayor auge del anarquismo nacional –la década del veinte– y Juan Segundo Montoya, en tanto miembro de diversas organizaciones de trabajadores desde la década del veinte en adelante (la IWW, CGT, CUT, ML7J y FACH) y por su insistencia en la “regeneración integral” de los individuos como propagador del naturismo libertario.

Como ya mencionamos, Sergio Grez analiza la vida del anarquista Magno Espinoza. Su libro se destaca por su rigurosidad en el trabajo de fuentes que le permite reconstruir la historia pública de este agitador en particular, así como el perfil humano de los anarquistas chilenos de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX<sup>108</sup>. Así, la historia de vida de Magno Espinoza sirve a Grez para analizar el período de la llamada cuestión social en Chile, la tímida y progresiva politización popular y su contracara, la represión patronal y estatal en el contexto de la huelga marítima de 1903 en Valparaíso. La importancia de la obra tiene que ver con el eje que en ella se hace acerca de uno de los protagonistas de las luchas sociales durante el cambio de siglo, cuando aún el movimiento obrero y popular chileno se transformaba, transitando –como ha señalado el mismo

<sup>108</sup> Sergio Grez, *Magno Espinoza. Pasión por el comunismo libertario*, Santiago, Editorial Universidad de Santiago, 2010.

Grez— desde el liberalismo popular, democrático y republicano hacia ideologías clasistas y combativas —de “redención social”—, críticas del capitalismo y el *statu quo*, cuyo fin era nada más y nada menos que la emancipación de los trabajadores.

El historiador Víctor Muñoz, por su parte, desarrolla una *biografía social* que permite adentrarnos en el apasionante mundo de la historia ácrata en lo que sería su *etapa esplendorosa*. Persiguiendo ese norte, el autor se centra en la trayectoria del anarquista Julio Rebosio, el propagandista libertario y organizador obrero, al que destaca como *caso modal*. En sus palabras, “el de Rebosio fue un caso como otros, aunque a nuestro juicio uno trágicamente didáctico respecto al rol del nacionalismo en la represión del movimiento obrero y popular”. De este modo, el personaje adquiere relevancia historiográfica como sujeto político en sí mismo y permite analizar, por una parte, los alcances y aciertos del anarquismo chileno de comienzos del siglo XX y, por otra, reflexionar acerca de la utilización política del nacionalismo y la xenofobia por parte de las clases dominantes chilenas en el conflictivo contexto de desavenencias diplomáticas entre Perú y Chile durante los años 1917-1920<sup>109</sup>. El autor, a su vez, reflexiona en torno al concepto de *agitador extranjero*, figura estereotipada utilizada recurrentemente por las oligarquías latinoamericanas para deslegitimar a sus adversarios políticos de procedencia obrera. Anarquistas y socialistas fueron de hecho los más difamados bajo este epíteto, siendo un caso paradigmático el del anarquista Julio Rebosio. Tal excusa permitió en 1918 la implementación de la Ley de Residencia, que puso al margen de la legalidad a todos los “extranjeros indeseables” y legitimó su expulsión de los límites territoriales del Estado chileno.

El año 2014 fue publicada, también por la Editorial Quimantú, nuestra investigación que titulamos *La “Huelga del Mono”: Los anarquistas y las movilizaciones contra el retrato obligatorio (Valparaíso, 1913)*<sup>110</sup>. En ella, intentamos reconstruir el detalle de la huelga general desatada durante los meses de octubre y noviembre de 1913, en la cual los obreros ferrocarrileros de Valparaíso plantearon su oposición y rechazo a la aplicación de un decreto ministerial según el cual se establecía fotografiarlos para identificar y así reprimir a los denominados “agitadores profesionales”. Al considerar dicha medida vejatoria, en tanto atentaba contra la integridad y dignidad humana de los trabajadores, rebajándolos a la condición de “reos”, “policías” y “delincuentes”, los gremios obreros aglutinados en la Federación Obrera Regional Chilena (FORCH), dieron

<sup>109</sup> Víctor Muñoz, *Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Rebosio (1915-1920)*, Santiago, Editorial Universidad de Santiago, 2011.

<sup>110</sup> Eduardo Godoy, *La “Huelga del Mono”: Los anarquistas y las movilizaciones contra el retrato obligatorio (Valparaíso, 1913)*, Santiago, Editorial Quimantú, 2014.

muestra de un vasto despliegue organizativo. Enormes comicios públicos se manifestaron y concitaron la solidaridad desde diversos puntos del país así como del exterior (de la Federación Obrera Regional Peruana, por ejemplo), emergiendo así otra característica de las luchas obreras de comienzos de siglo XX: el internacionalismo. Lo particular y novedosos de estas jornadas fue que “a diferencia de los movimientos de protesta social de comienzos del siglo XX, que estallaron principalmente por reivindicaciones económicas, la huelga (...) en Valparaíso, trascendió dichas barreras y puso el acento en aspectos socioculturales y mentales”<sup>111</sup>.

Mención aparte merece el trabajo historiográfico de Manuel Lagos Mieres desarrollado al margen de la academia, acerca del proyecto político y cultural del anarquismo chileno entre los años 1890 y 1927. Su libro, *Experiencias educativas y prácticas culturales anarquistas en Chile (1890-1927)*, fue publicado en el año 2013 por el Centro de Estudios Sociales Inocencio Pellegrini Lombardozi<sup>112</sup>, una instancia societaria propiciada por el mismo autor –al igual que el Taller de Historia Social y Cultural del Anarquismo en Chile, desarrollado en el Centro Social y Contracultural *Libereco* (que significa Libertad en esperanto), durante abril de 2013 en la ciudad de Santiago–. El libro de Lagos Mieres tiene como principal objetivo analizar aquellas propuestas pedagógicas anarquistas alternativas al sistema educativo formal, desentrañando sus ventajas y desventajas, a propósito de las discusiones actuales respecto de la Escuela y de la educación, carente en muchos casos –como señala el autor– de prácticas y de experiencias organizativas antagónicas al *statu quo*. Su estudio se acota específicamente a las ciudades de Santiago y Valparaíso, considerando el ingente desarrollo organizativo del anarquismo criollo, además del progreso urbano e industrial que se verificaba en dichas ciudades hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Lo anterior es fundamental, ya que a criterio del historiador, las características de esas dos urbes, ciudades-ejes de la economía nacional al despuntar el siglo XX, determinaron las prácticas culturales, organizativas y políticas del anarquismo capitalino y porteño, dotándolo de una identidad similar, que en algunos casos se entremezclaron y potenciaron mancomunadamente. Apoyándose en estudios referidos al anarquismo español, Lagos señala que la cultura o la “dimensión cultural” fue para el movimiento local, un elemento medular en su desarrollo político e ideológico, que deriva precisamente de la propia ideología libertaria clásica, a favor de acabar con todas las “irracionalidades” propias de la sociedad capitalista-burguesa: la autoridad política, la religión, los ejércitos, etc. Por

<sup>111</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>112</sup> Manuel Lagos, *Experiencias educativas y prácticas culturales anarquistas en Chile (1890-1927)*, Santiago, CES Inocencio Pellegrini Lombardozi, 2013.

tanto, la diversidad de prácticas culturales presentes entre los anarquistas, lejos de tener una importancia secundaria, resultaba clave para la formación de sus militantes. Lo que a su vez, en la actualidad, se torna imprescindible para su análisis historiográfico.

El texto se compone de dos partes, divididas a su vez, en dos y tres capítulos, respectivamente. En la primera, que se titula “Experiencias de educación anarquista”, el autor aborda dos tipos de “experiencias”: las de las escuelas libertarias previas a 1920, desarrolladas por los ácratas criollos en el seno de las sociedades en resistencia, en las sociedades mutuales, en las mancomunales y en la colonia tolstoyana capitalina de 1903, y aquellas desarrolladas por anarquistas y fochistas (militantes de la FOCh) durante los años 20 y la asimilación que estos hicieron de las ideas del pedagogo español Francisco Ferrer, asesinado en 1909. En este último punto, Lagos Mieres, complementa los estudios predecesores de la historiadora Leonora Reyes acerca del movimiento educacional de las “Escuelas Racionalistas” de la FOCh desarrollado entre 1921 y 1926. Si bien este tuvo un alcance limitado, en torno a él se fue entretejiendo un verdadero proyecto alternativo basado en valores antagónicos a los hegemónicos –como ser el internacionalismo, el clasismo, el anticlericalismo, el antimilitarismo, el racionalismo, etc.–, que permitieron a la postre, la generación de individuos “emancipados” o, al menos, críticos del sistema de dominación oligárquico. En la segunda parte, que lleva por nombre “Autodidactismo y prácticas culturales: Experiencias más allá de la Escuela”, se abordan las instancias promovidas por los anarquistas tendientes a un “cambio de mentalidad”, a su vez, un cambio ético y moral, trascendentales en el discurso y praxis libertaria para la constitución de sujetos regenerados. Cabe aclarar que si bien la idea de “regeneración social o popular” no fue patrimonio exclusivo de los anarquistas criollos, como sostiene el historiador Sergio Grez Toso, sus militantes la han pregonado insistentemente desde la irrupción de “la Idea” en Chile a fines del siglo XIX. En este apartado, el autor aborda la acción cultural y educativa de los espacios culturales autónomos, destacando la importancia de las conferencias, de la lectura y de las veladas y los paseos campestres, tópico que posteriormente complementará con la edición de su libro *Paseos campestres, velas y teatro. Alternativas anarquistas para la ocupación del tiempo libre a comienzos del siglo XX (Santiago-Valparaíso, 1890-1930)*, publicado recientemente por la Editorial Indómita<sup>113</sup>.

<sup>113</sup> Véase Manuel Lagos, *Paseos campestres, velas y teatro. Alternativas anarquistas para la ocupación del tiempo libre a comienzos del siglo XX (Santiago-Valparaíso, 1890-1930)*, Santiago, Editorial Indómita, 2015.

Durante el año 2014, la editorial Witrän Propagaciones publicó su monumental obra de 824 páginas, *¡Viva la anarquía! Sociabilidad, vida y prácticas culturales anarquistas, Santiago y Valparaíso, 1890-1927*. En ella, el autor analiza el proyecto cultural de los anarquistas chilenos entre 1890 y 1927, es decir, desde el estallido de la conflictividad social en Chile hasta los inicios de la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo, es decir, la que sería su *edad de oro*. En este minucioso estudio, Lagos logra desentrañar la *base societaria* sobre la cual germinaron muchas de estas prácticas culturales, las organizaciones específicas del anarquismo, tales como las organizaciones de resistencia, abordando sus características, sus formas de funcionamiento y la evolución del propio entramado asociativo identificado con el anarquismo<sup>114</sup>.

### *A modo de conclusión*

Durante mucho tiempo, la historia de las organizaciones anarquistas chilenas fue cubierta por el manto del olvido historiográfico. Hoy en día, gracias a la publicación y difusión de nuevas investigaciones historiográficas –fruto del quiebre de viejos paradigmas y la emergencia de nuevos tras la derrota política y epistemológica de 1973– se ha demostrado que el anarquismo constituyó una de las vertientes ideológicas que nutrió al movimiento de trabajadores en su proceso de constitución como tal, hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. De este modo, contribuyó ampliamente al desarrollo de la conciencia colectiva y la organización social popular revolucionaria. Algunos pocos historiadores “marxistas” –Jorge Barría y Julio César Jobet– de hecho han reconocido esta cuestión con prontitud, entendiendo la importancia del anarquismo para el desarrollo y auge del socialismo en Chile. Mientras tanto, otros, como Hernán Ramírez Necochea, le han atribuido un carácter netamente divisionista, llegando a la conclusión de que tales “elementos anarquistas” eran insuficientes para realizar cambios políticos de magnitud. No bastaban así el idealismo, la entrega absoluta, ni la urgencia revolucionaria aportada por los libertarios para llevar a cabo la tan anhelada transformación social. Dentro del rígido y evolucionista esquema marxista, dichos elementos debían ser superados, en tanto minaban con su prédica antiestatal y antipartidista la capacidad real del movimiento obrero organizado. Es más, para los marxistas “ortodoxos”, el anarquismo en cuanto doctrina social poseía un escaso bagaje teórico, que le otorgaba un carácter irreflexivo y arcaico y mucho más emotivo que racional.

<sup>114</sup> Manuel Lagos, *¡Viva la anarquía! Sociabilidad, vida y prácticas culturales anarquistas, Santiago y Valparaíso, 1890-1927*, Valdivia, Witrän Propagaciones, 2014.

El propio Lenin ya había calificado al anarquismo de “concepción del mundo burguesa vuelta al revés”, señalando que era antes que nada una ideología “fruto de la desesperación”. Según él, sus “desorientados” militantes estaban dispuestos a “destruirlo todo” en tanto dejaban de lado las “leyes del desarrollo socio-económico”, sin ser capaces de hacer el menor análisis de la “realidad objetiva”<sup>115</sup>. Desde el punto de vista de la disciplina histórica, el artículo de Eric Hobsbawm titulado “Reflexiones sobre el anarquismo” (1969)<sup>116</sup> plantea una perspectiva similar, según la cual la ideología libertaria estaría desprovista de cualquier clase de mérito político, cultural e historiográfico.

La actual revalorización historiográfica del anarquismo ha tenido profundas consecuencias, ya que ha permitido ampliar el objeto de estudio por una parte y enriquecer los enfoques y las metodologías por otra<sup>117</sup>. Los principales aportes de este “nuevo” resurgir de la historia política han potenciado la historia del anarquismo en Chile, ya que no se puede disociar del análisis histórico la dimensión política de aquellos individuos o colectivos que proponen formas divergentes de organización social, económica y política y que con ellas buscan alterar el *statu quo*. Asimismo, los nuevos enfoques que han “revalorizado” la historia política, han ampliado la propia categoría de lo que se entiende por “político”, incorporando en sus análisis a sujetos que habían sido invisibilizados tanto por la historiografía tradicional, como por aquella marxista. El retorno de la conciencia, de la subjetividad y la “revalorización” de la significación de los acontecimientos, han permitido la “reintepretación” de aquellas situaciones generadoras de rupturas y continuidades en el desarrollo histórico. Relacionado con el anarquismo, en particular, el enfoque culturalista ha sido tan pertinente como útil y ha abierto nuevas vetas de investigación, superando aquellos viejos enfoques “estructuralistas” según los cuales la dimensión material era lo determinante a la hora de analizar la adscripción ideológica de los sectores populares en desmedro de la dimensión subjetiva: sus intereses y su cultura. Esas interpretaciones plantearon asimismo una relación mecánica entre lo

<sup>115</sup> Esta reflexión es parte de las “palabras preliminares” de nuestro artículo: “‘Sepan que la Tiranía de Arriba, enjendra la Rebelión de Abajo’. Represión contra los anarquistas: La Historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)”, *Cuadernos de Historia*, n° 27, Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, Santiago, Septiembre 2007, pp. 75-124.

<sup>116</sup> Véase Eric Hobsbawm, “Reflexiones sobre el anarquismo”, *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Crítica, 2010 [1973], pp. 121-133.

<sup>117</sup> Respecto de los acomodos de la historiografía occidental, véase Georges Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Santiago, FCE, 2012.



que entendían como los sectores sociales “atrasados”, los artesanos urbanos y los campesinos, y la que sería indefectiblemente su ideología, el anarquismo. Vinculación que hoy en día ha sido puesta en cuestión y superada por muchos investigadores que tienen por objeto de estudio el anarquismo y anarcosindicalismo inserto en un medio social tan particular como lo es el latinoamericano: Ricardo Melgar Bao, Sergio Grez, Clara Lida, Juan Suriano, Ivanna Margarucci, Manuel Lagos, Víctor Muñoz, etc.

La interpretación estructuralista simplificó la vinculación clases sociales e ideología sin prestar atención a situaciones específicas, ya que la adhesión a una u otra tendencia ideológica por parte de los trabajadores y de los sectores populares respondió (y aún responde en la actualidad) en ciertos contextos, como el de América Latina, a la clase de propuestas formuladas, más que a determinismos socio-económicos. La “conciencia de clase” no es automática, es decir, no surge de forma espontánea, sino que al contrario requiere de una reflexión especial por parte de los individuos potencialmente “portadores” de ella. Esta idea es crucial a la hora de analizar al movimiento de trabajadores en particular y al de los sectores populares en general, ya que pone en entredicho las bases mismas del dominante estructuralismo, al reivindicar el rol de los sujetos en la historia y la dimensión cultural. En el desarrollo histórico –y por ende en la transformación social– no existen grupos sociales con consciencias predeterminadas “mesiánicamente”, sino que éstas son condicionadas precisamente por el mismo desarrollo histórico y, en algunos casos, consecuencia de estructuras de diverso tipo. De esta forma, la “conciencia de clase” se modifica a partir del contexto histórico y las tradiciones culturales, las que a su vez influyen en la organización política de los individuos para hacer frente a sus problemáticas cotidianas y al dominio de quienes los oprimen, las clases dominantes.

Al “superar” el análisis estructural del movimiento obrero, el anarquismo cobró un protagonismo historiográfico, en tanto corriente ideológica que junto a otras –el socialismo marxista, el mutualismo, el social-cristianismo– ha viabilizado, ha hecho posible la politización popular. Este planteamiento es precisamente la base de las nuevas investigaciones sobre el anarquismo desarrolladas desde fines de 1980 hasta el día de hoy. Asimismo, el enfoque culturalista permitió poner la atención no solo en las dirigencias y en las instituciones políticas y gremiales, sino también en las bases, relevando las biografías y las trayectorias individuales y militantes de los sujetos anarquistas. Vale la advertencia: dichos textos biográficos presentan una serie de limitaciones en tanto relatos historiográficos, especialmente cuando versan sobre figuras tan cautivantes y



apasionantes como únicas en su rechazo radical hacia el sistema de dominación y el *status quo*. Una de ellas es, por ejemplo, la tentación hagiográfica<sup>118</sup>.

En suma, la historia del anarquismo ha sido y está siendo sometida a renovadas críticas: historiográficas, pero también políticas e ideológicas. Discusiones vigentes y necesarias, considerando el aumento cuantitativo y cualitativo de su presencia en organizaciones sociales, especialmente estudiantiles –secundarias y universitarias– y, en menor medida, en el ámbito sindical<sup>119</sup>. El presente que cuando sea pasado sobrevendrá como un nuevo relato histórico, esperemos, apoyado sobre la base de todo el esfuerzo teórico e historiográfico que aquí hemos reseñado.

<sup>118</sup> Véase nuestra reseña del libro de Sergio Grez, *Magno Espinoza. La pasión por el comunismo libertario*, Sello Editorial USACH, Colección Grandes de Chile, Santiago, 2011, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, Volumen 15, n°2, diciembre de 2011, pp. 261-266.

<sup>119</sup> Patricio Pino, “Anarquistas ganan terreno en sindicatos e incluso asesoran en negociaciones”, *La Segunda*, Santiago, 16 de agosto del 2014, pp. 10-11.



# CUADERNOS DE HISTORIA 44

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE - JUNIO 2016: 139-181

---



## LA CRÍTICA DE HENRI MARROU AL *POSITIVISMO HISTÓRICO*. EL RETORNO DEL *SUJETO* EN LA ELABORACIÓN DEL SABER HISTÓRICO

*Rodrigo Ahumada Durán\**

A Françoise Flamant, hija de Henri Marrou  
En testimonio de amistad y gratitud

**RESUMEN:** En el presente estudio, nos interesa abordar la crítica de Henri Marrou a lo que él llama positivismo histórico. Recordemos que la epistemología de la historia del historiador y filósofo francés se construye sobre dos ejes temáticos en torno a los cuales se articula toda su reflexión. Por un lado, la crítica al positivismo histórico. Por el otro, la filiación teórica a la filosofía crítica de la historia heredada del pensamiento alemán de la Modernidad tardía, la que se encuentra desarrollada de un modo especial en la obra de Wilhelm Dilthey y que Marrou recibirá a través de Raymond Aron.

**PALABRAS CLAVE:** filosofía crítica de la historia, positivismo histórico, historia metódica, comprensión, explicación, ciencias del espíritu, ciencias de la naturaleza, epistemología.

\* Programa de Doctorado en Historia. Universidad de Chile. Correo electrónico: rahumada.duran@gmail.com

*HENRI MARROU CRITICISM TO HISTORICAL POSITIVISM. THE  
RETURN OF THE SUBJECT IN THE DEVELOPMENT  
OF HISTORICAL KNOWLEDGE*

*ABSTRACT: The present study intends to approach Henri Marrou's critique to what he calls historical positivism. Let us remember that the French historian and philosopher's epistemology of history is built up on two thematic axis around which his reflection revolves. On the one hand, his critique to historical positivism. On the other hand, his theoretical affiliation to the critical philosophy of history inherited from the German current of thought of the late Modernity, developed in a special way in Wilhelm Dilthey's work, and which Marrou would receive from Raymond Aron.*

*KEY WORDS: Critical philosophy of history, historical positivism, methodical history, comprehension, explanation, spiritual sciences, natural sciences, Dilthey, Aron, Husserl, epistemology.*

Recibido: agosto 2015

Aceptado: marzo 2016

### *Introducción*

La epistemología de la historia de Henri-Irénée Marrou se construye sobre dos ejes temáticos en torno a los cuales se articula toda su reflexión. Por un lado, la crítica al *positivismo histórico*. Por el otro, la filiación teórica a la *filosofía crítica de la historia* heredada del pensamiento alemán de la Modernidad tardía<sup>1</sup>, la que se encuentra desarrollada de un modo especial en la obra de Wilhelm Dilthey y que Marrou recibirá a través de Raymond Aron<sup>2</sup>. En Marrou ambos ejes temáticos son indisociables,

<sup>1</sup> La *genealogía* intelectual de la *filosofía crítica de la historia*, Henri-Marrou la desarrolla con claridad, a modo de *prolegómenos*, en la Introducción a su clásico, *De la connaissance historique*, pp. 9-27. Cf. Marrou, Henri, *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, "Collections Esprit", Première édition, 1954, pp. 9-27. En español, véase H.-I. Marrou, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Editorial Labor, 1968, pp. 11-23. Es interesante también consultar las breves reflexiones desarrolladas por el autor en el *VI Congreso de las sociedades de filosofía de lengua francesa*, realizadas en Estrasburgo en 1952: "Philosophie critique de l'histoire et 'sens de l'histoire'", publicadas en *L'homme et l'histoire*, Paris, Presses Universitaires de France, pp. 3-10, 1952. En este Congreso participaron destacados pensadores como Paul Ricoeur, René Le Senne y Henri Gouhier, entre otros.

<sup>2</sup> En la adhesión intelectual de Henri Irénée Marrou a la *filosofía crítica* alemana es clave la figura de Raymond Aron como el mismo autor lo reconoce. Marrou ya conocía a Aron en la

la crítica al positivismo solo se comprende a la luz de las premisas de la filosofía crítica de la historia.

En el presente estudio, nos interesa abordar la crítica de Henri Marrou a lo que él llama *positivismo histórico*, corriente historiográfica que el autor asocia fundamentalmente a historiadores como Charles Langlois y Charles Seignobos y que se cristaliza en su texto emblemático, *Introduction aux Études Historiques*<sup>3</sup>. Esto nos parece de un interés particular si se tiene en cuenta la crisis de *identidad epistemológica* por la cual ha atravesado la historia y las ciencias sociales a partir de la década de los 80, como corolario del derrumbe de los *metarrelatos* (funcionalismo, estructuralismo y marxismo), y el *retorno* al individuo (Marcel Gauchet)<sup>4</sup>, al *actor* o al *sujeto* (Alain Touraine)<sup>5</sup>, en desmedro de las *estructuras e ideologías* (Georges Cottier o. p.)<sup>6</sup>. Este proceso suele asociarse a la crisis de la *Modernidad Iluminista* y al surgimiento de una nueva época histórica que algunos autores denominan *Post-Modernidad*<sup>7</sup>. En el campo de la historia, este fenómeno ha estado directamente asociado, al menos en Francia, al declive de la hegemonía de la *Escuela de los Annales* y

---

*Escuela normal*, sin embargo será la publicación del gran libro de este último, *Introduction à la philosophie de l'histoire* (Paris, Éditions Gallimard, 1938), la que ejercerá un influjo decisivo en el pensamiento del pensador agustiniano. Henri Marrou hará la presentación del libro para la revista *Esprit* (1939) señalando desde el inicio su gran admiración: “un gran libro, *L'Introduction à la Philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*. Un libro que de ahora en adelante debería servir de base a la formación de todo joven historiador francés en lugar del viejo *Introduction Aux Études historiques* (1897!) de Langlois y Seignobos donde vuestros predecesores (y ustedes mismos quizás) han buscado en vano un alimento algo sólido”, citado por Pierre Riché, *Henri Irénée Marrou, Historien Engagé*, Préface par René Remond, Paris, Éditions du Cerf, 2003, p. 176.

<sup>3</sup> Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, *Introduction aux Études Historiques* (1898). Reimpresión con un extenso prefacio de Madeleine Rebérioux, Éditions Kimé, Paris, 1992.

<sup>4</sup> Cf. Gauchet, Marcel, “Changement de paradigme en sciences sociales”, Paris, *Le Débat*, n° 50, 1988.

<sup>5</sup> Touraine, Alain, *Le retour de l'acteur. Essai de sociologie*, Paris, Fayard, 1984.

<sup>6</sup> Cottier G., M. M., *La mort des idéologies et l'espérance*, Paris, Les Éditions du Cerf, 1970.

<sup>7</sup> Cf. La bibliografía sobre el tema es extensísima; nos contentamos con citar algunos autores y obras de referencia: Lyotard, Jean-François, *La condition postmoderne*, Paris, Les éditions de minuit, 1979. Reale, Giovanni, *La Sabiduría Antigua. Terapia para los males del hombre contemporáneo*, Barcelona, Herder, Segunda edición revisada y corregida, 2000. Touraine, Alain, *Critique de la Modernité*, Paris, Librairie Fayard, 1992. Vattimo, Gianni, *El fin de la Modernidad. Nihilismo y Hermenéutica en la Cultura Posmoderna*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1986.

al ocaso de la *estructura de la larga duración* como categoría de elaboración y explicación histórica (Fernand Braudel)<sup>8</sup>.

Con respeto al *positivismo histórico*, la crítica del historiador de *l'Antiquité tardive*<sup>9</sup>, no solo se circunscribe al *territorio del historiador* o al *oficio de historiador*, sino más profundamente a su “ontología” de la historia, en cuanto ésta asume la lógica racionalista del *progreso necesario e indefinido*, simbióticamente ligada al proyecto cultural e intelectual del *Iluminismo* —que se patentiza en la *ley de los tres estadios* formulada por Augusto Comte en su *Curso de Filosofía Positiva*<sup>10</sup>—, a su teoría del conocimiento y a su concepción *unívoca* de la ciencia y su proyección en las ciencias sociales y la ciencia histórica.

En este sentido, la intención del pensador francés de colocar una “lápida” a la *historiografía* que se desarrolla en Francia entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX es propiamente una crítica *filosófica* y no solamente *historiográfica*. En esto difiere radicalmente de las tesis de los padres fundadores de los *Annales*, Marc Bloch y Lucien Febvre, cuyas críticas al *positivismo histórico* proceden más bien de la dialéctica con las ciencias sociales, la crítica a la historia de *eventos* (*histoire historisante*) cuya columna vertebral era la historia política<sup>11</sup>, la apertura de la historia a ámbitos de inteligibilidad histórica

<sup>8</sup> Cf. el célebre artículo de Fernand Braudel aparecido en 1958 en la *Revue Annales E. S. C.*, “Histoire et Sciences Sociales. La longue durée”. Retomado en *Écrits sur l'histoire*, Paris, Flammarion, 1969, pp. 41-83. Véanse también las interesantes reflexiones de Michel Vovelle, “L'histoire et la longue durée”. En Jacques Le Goff, *La Nouvelle Histoire*, Bruxelles, Éditions Complexe, 1988, p. 77-108.

<sup>9</sup> Usamos esta expresión para caracterizar la obra de Henri-Irénée Marrou, por cuanto el mismo autor ha considerado esta tesis como *el testamento de toda su obra*, como lo ha destacado uno de sus más importantes discípulos: Pierre Riché, *Henri-Irénée Marrou. Historien Engagé*, o. c., p. 147.

<sup>10</sup> Comte, Auguste, *Cours de Philosophie Positive*, Paris, Troisième édition, augmentée d' une Préface par É. Littré, Tome Premier, J. B. Baillièrre et Fils, Libraires de l' Académie Impériale de Médecine, Première Leçon, pp. 8-46.

<sup>11</sup> Cf. Burke, Peter, *La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Madrid, Editorial Gedisa, 1999. Sobre este tópico señala el autor: “Las ideas rectoras de Annales podrían resumirse brevemente del modo siguiente. En primer lugar, la sustitución de la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema. En segundo lugar, se propicia la historia de toda la gama de las actividades humanas en lugar de una historia primordialmente política. En tercer lugar —a fin de alcanzar los primeros dos objetivos— la colaboración con otras disciplinas, con la geografía, la sociología, la psicología, la economía, la lingüística, la antropología social, etc. Como lo expresó Febvre con su característico empleo del modo imperativo ‘Historiadores, sed geógrafos. Sed juristas también, y sociólogos y psicólogos (*abattez les cloisons*)’ y se empeñaba en combatir la estrecha especialización, ‘l' esprit de spécialité’. De manera análoga, Braudel compuso su Mediterráneo de la manera en que lo

hasta ese momento no explorados o considerados marginales, la primacía de los procesos y las estructuras sobre los *sujetos individuales* y los factores *económicos* como los factores explicativos del devenir histórico. Todo esto plantea finalmente como exigencia ineludible una redefinición de la historia como saber y del oficio (*métier*) de historiador.

Con respecto a la *filosofía crítica*, Marrou busca *rehabilitar* –a contracorriente del *positivismo*–, el rol fundamental del *sujeto* tanto en la *actividad del conocer* (gnoseología) como del *conocer histórico* (epistemología). El problema de la historia no se puede reducir a una mera relación entre un *sujeto* y un *objeto*, como ocurre en la lógica experimental inaugurada por la ciencia moderna, lógica en la que prima la *explicación* causal. Menos aún, ella consiste en *registrar* y explicar cualidades observables –al menos indirectamente– de un *objeto* del pasado humano (*positivismo histórico*). Para Marrou, el tema central es el de la conexión entre dos *planos de humanidad*. Se trata de una *dialéctica* (en sentido griego) entre dos *sujetos* situados en dimensiones *temporales* distintas. Entre el hombre del presente y el hombre del pasado. Esto es lo que el autor llamará, a la luz de Dilthey, la *compreensión*, las condiciones y medios para la *compreensión*: “el historiador... es el hombre que, mediante la *epoché* (ἐποχή), debe salir de sí mismo para ir al encuentro del otro... Esta virtud tiene un nombre: simpatía”<sup>12</sup>.

En este sentido, la *subjetividad* del cognoscente está enteramente comprometida en la elaboración de dicho saber, lo que plantea una compleja noción de *verdad* en el campo de estas disciplinas. En el caso específico de la historia, la *realidad* a estudiar o historiar se encuentra contenida en los documentos bajo una *inteligibilidad potencial*. Es la obra *activa* del historiador la que les conferirá significado y sentido al elaborar o construir un *relato histórico* desde su peculiar *subjetividad*. A este respecto ha escrito el destacado exégeta bíblico Pierre Grelot inspirándose en la epistemología de Marrou:

Cualquiera sea la abundancia o la escasez de la documentación de que se dispone, el relato histórico, en cuanto relato, es siempre una construcción del historiador. La idea de un relato ‘fotográfico’ en forma de secuencia filmada de la realidad es una ilusión. Desgraciadamente, esta ilusión se da de manera especial en quienes pretenden determinar por este medio la ‘verdad’ de la historia (evangélica): desembocan en el ‘objetivismo’ defendido por Langlois y Seignobos. De hecho, el estudio de la documentación, su selección e interpretación correcta

---

hizo para ‘demostrar que la historia puede hacer algo más que estudiar jardines cercados’”, pp. 11 y 12.

<sup>12</sup> Marrou, Henri, *De la connaissance historique*, 1954, p. 97.



forman parte de un proceso de búsqueda científica en que está comprometida la subjetividad del historiador desde el momento mismo de la ‘valoración’ de los datos: no existe el investigador neutral<sup>13</sup>.

En las próximas páginas, nuestra reflexión apuntará esencialmente a realizar un análisis crítico del *positivismo histórico*, en la perspectiva de la *epistemología* o *filosofía crítica de la historia* de Henri Marrou.

### *Crisis de identidad y retorno a la epistemología de la historia*

Henri Marrou y el desafío epistemológico contemporáneo

Como ya señalamos en las páginas precedentes, la década de los 80 marca para muchos pensadores e historiadores –en esto pareciera existir un cierto consenso por parte de académicos e intelectuales– el fin de una época y el inicio de otra. En efecto, tanto la historia como las ciencias sociales y la misma filosofía son interpeladas a pensar la realidad desde una lógica distinta a la lógica de las *estructuras* o si se prefiere, la *racionalidad de la estructuras* que era dominante hasta ese momento es claramente cuestionada o puesta en revisión. La irrupción del *sujeto* individual y la *libertad en el tiempo* se impone rápidamente sobre el gran tema de las *estructuras* y la *necesidad* propia de un “tiempo inmóvil”.

¿Cómo caracterizar esta *coyuntura historiográfica* particularmente en Francia? Distintas son las denominaciones que suelen usarse para referirse al periodo que sigue al ocaso de los *Annales*: “crisis de identidad”, “tiempo de dudas”, “anarquía epistemológica”, “crisis de inteligibilidad histórica”, “giro historiográfico”, “historia en migas”. Todas estas afirmaciones y otras tantas se podrían sintetizar en la idea de una *crisis del saber histórico* ¿En qué consiste esencialmente esta crisis? ¿A qué ejercicio de la razón ella interpela? Es aquí donde la epistemología –el pecado capital de todo historiador al decir de Febvre–, emerge desde las cenizas donde los falsos maestros y una inteligencia excluyente la habían colocado, para aportar las luces necesarias para esclarecer la gran cuestión de la *identidad* de la *historia* en un *tiempo de dudas*<sup>14</sup>.

Esto último es particularmente relevante si se tiene en cuenta el resurgimiento de la *mentalidad positivista* en todos los campos del saber humano, siendo la historia una de las disciplinas más afectadas por una suerte de “nostalgia” por

<sup>13</sup> Grelot, Pierre, *Los Evangelios y la historia*, Barcelona, Editorial Herder, 1987, p. 103.

<sup>14</sup> Cf. Ahumada, Durán Rodrigo, *La historia en un tiempo de dudas*, Santiago, Ediciones Universidad San Sebastián, 2011.

lo “fáctico” como único criterio de *cientificidad* al margen de toda intervención activa del sujeto cognoscente. El retorno a las *fuentes* –como si alguna vez los historiadores se hubiesen apartado de ellas–, que muchos proclaman y pontifican desde sus “púlpitos” como alternativa al ocaso de los *Annales* se ha traducido finalmente en una anulación sistemática del historiador como sujeto *hermenéutico*.

Es al interior de este contexto cultural e intelectual que es preciso comprender y valorar la contribución de Henri-Irénée Marrou al debate en torno a los *fundamentos* del conocimiento histórico que tanto inquieta a la historiografía francesa post-*Annales*. El historiador de *l'Antiquité tardive*, a contracorriente de la historiografía francesa, tanto *positivista* como de los *Annales*, desarrolla una notable reflexión epistemológica en la posteridad intelectual de la *crítica del conocimiento histórico* o *filosofía crítica de la historia* procedente del pensamiento alemán, particularmente de la obra de Wilhelm Dilthey.

En este sentido, el destacado historiador francés pertenece a un pequeño y selecto grupo de autores, entre los cuales cabe mencionar a Etienne Gilson, Michel de Certeau, Michel Foucault, Paul Veyne y, más recientemente, François Dosse y François Hartog que no solo han promovido el diálogo entre historia y filosofía, sino que también han dirigido su atención y reflexión hacia el *estatuto* epistemológico del saber histórico. Sin embargo, es en Henri-Irénée Marrou donde es posible encontrar una reflexión epistemológica elaborada *per se* y no ocasional. He aquí su grandeza pero al mismo tiempo su *tragedia*.

¿Por qué *tragedia*? Porque su obra aparece demasiado temprano para las tendencias historiográficas dominantes en su época. La reflexión filosófica, y especialmente la filosofía de la historia, no forma parte de las preocupaciones intelectuales de los historiadores que tendrán durante décadas la hegemonía del pensamiento histórico en Francia (*historiografía positivista, Annales* y *Nouvelle Histoire*). La reflexión epistemológica de Henri Marrou es tan solo un islote en el inmenso océano histórico abierto por los *Annales*. Como lo ha destacado Marie-Paule Caire-Jabinet, *con sus obras de reflexión teórica sobre la disciplina*<sup>15</sup>, Marrou representa la *figura de pionero aislado*<sup>16</sup>, en la reflexión epistemológica francesa.

En efecto, como lo recuerda Patrick Garcia, no obstante la *ruptura epistemológica* que se produce con la corriente *metódica* o *positivista*, la

<sup>15</sup> Caire-Jabinet, Marie-Paule, *L'histoire en France du Moyen Âge à nos jours. Introduction à l'historiographie*, Paris, 2002, Flammarion, collection Champs-Université.

<sup>16</sup> Caire-Jabinet, o. c., pp. VII-VIII.

discusión de los “nuevos” historiadores –*Annales*– está centrada más bien en el tema de los métodos y las nuevas fuentes. Por otro lado, el apoyo sobre datos cuantitativos (historia económica, historia social, demografía histórica), permitió a los historiadores de los *Annales* contar con la seguridad necesaria en la validez y el carácter científico de la disciplina histórica. De ahí que la epistemología nunca haya sido considerada como una urgencia o preocupación temática<sup>17</sup>. Las décadas de los 50, 60 y 70, bajo el influjo de las figuras eminentes de Fernand Braudel y Ernest Labrousse, *son aquellas de la construcción de una ‘ciencia normal’, fuertemente unificada en torno al paradigma de la explicación económica y social*<sup>18</sup>.

En este contexto, las tesis de Marrou contrastan con el *cientismo* y el dominio de las *certezas* subyacentes a la mentalidad historiadora de la época. Habrá que esperar hasta los inicios de la década de los 70, cuando la obra de historiadores como Paul Veyne (cercano a Marrou)<sup>19</sup> y Michel de Certeau (más próximo a la *Nouvelle Histoire*)<sup>20</sup>, y filósofos como Paul Ricoeur empiecen a remover las bases de este edificio intelectual y conceptual.

Sin embargo, a pesar de que la obra de Marrou va a contracorriente de las tendencias hegemónicas de los *Annales*, no deja de sorprender el gran suceso editorial que tuvo la publicación en 1954 de su obra capital en epistemología,

<sup>17</sup> A este respecto resulta particularmente ilustrativo lo que Pierre Chaunu escribía hacia los años 60, “l’*épistémologie* est une tentation qu’ il faut résolument savoir écarter. L’ expérience de ces dernières années ne semble-t-elle pas prouver qu’ elle peut être solution de paresse chez ceux qui vont s’ y perdre avec délice –une ou deux brillantes exceptions ne font que confirmer la règle–, signe d’ une recherche qui piétine et se stérilise? Tout au plus est-il opportun que quelques chefs de file s’ y consacrent –se qu’ en aucun cas nous ne sommes ni prétendons être –à fin de mieux préserver les robustes artisans d’ une connaissance en construction– le seul titre auquel nous prétendions –des tentations dangereuses de cette morbide Capoue”, *Histoire quantitative, Histoire sérielle*, Paris, Armand Colin, 1978, p. 10. Este libro de Chaunu recoge 20 estudios publicados entre 1960 y 1975. En general véase nuestro estudio, Rodrigo Ahumada Durán, *Problemi e Sfide Storiografiche all’ epistemologia della historia*, Napoli, Liguori Editore, 2009, pp. 29-45.

<sup>18</sup> Delacroix, Christian, Dosse, François, Garcia, Patrick, *Histoire et Historiens en France depuis 1945*, Paris, adpf (association pour la diffusion de la pensée française), octubre 2003, p. 40. No compartimos la tesis de Patrick Garcia en el sentido de que el pensamiento de Marrou es *próximo filosóficamente de la corriente fenomenológica* (p. 40). La primera y fundamental filiación filosófica (en epistemología) del autor agustiniano es con la *filosofía crítica* de Wilhelm Dilthey, y solo secundariamente con Edmund Husserl.

<sup>19</sup> De Paul Veyne su gran obra epistemológica, *Comment on écrit l’ histoire. Essai de épistémologie*, Paris, Éditions du Seuil, Collection “L’ Univers Historique”, 1971.

<sup>20</sup> De Michel de Certeau, véase su libro, *L’ écriture de l’ histoire*, Paris, Éditions Gallimard, 1993.

*De la connaissance historique*, suceso que acompañará las ediciones sucesivas incluida la de 1975. Hablamos de cerca de 85 mil ejemplares, como lo ha señalado en un estudio reciente Benoît Pellistrandi, transformando rápidamente a este libro en un ejemplo de reflexión epistemológica en el cruce de la filosofía y de la epistemología<sup>21</sup>. Esto explica que Charles Samaran encargado por Raymond Queneau –director de la prestigiosa *Encyclopédie de la Pléiade*–, de dirigir el volumen dedicado a la *Histoire et ses méthodes*, solicite a Marrou que inicie el libro enciclopédico con un estudio que responda a la cuestión: *¿Qué es la historia?*<sup>22</sup>. Se trata ciertamente, de una consagración académica y universitaria que transforma a Marrou en un *historiador oficial*<sup>23</sup>.

Pierre Riché tiene razón al plantear que si bien para algunos historiadores el libro de Henri Marrou –*De la connaissance historique*–, pareciera estar hoy día *demodé*, esto se debe en gran medida a que se trata de una obra que ejerció una amplia influencia, siendo las tesis epistemológicas del autor profundamente asimiladas<sup>24</sup>. Esto explica que el libro de Marrou se haya transformado en una obra reconocida como un clásico<sup>25</sup>, y casi siempre esté presente en las bibliografías de cursos o textos de *Introducción a la historia* o de *historia de la historiografía*. Algunos ejemplos significativos, entre muchos otros, los encontramos en las obras de destacados historiadores como Paul Veyne, Charles-Olivier Carbonell, Guy Bourdè, Hervé Martin, Patrick Garcia, François Dosse, Antoine Prost o Nicolas Offenstadt.

Es el historiador agustiniano quien *inaugura* la epistemología de la historia en la tradición historiográfica francesa contemporánea (siglo XX), es decir, una epistemología hecha o realizada por un historiador de profesión, desde el mismo *taller* o *atelier* de la historia. Por eso nos parecen justas y oportunas las

<sup>21</sup> Pellistrandi, Benoît, “De la connaissance historique. Réception et influence en France”, *Cahiers Marrou*, n° 6, 2013, p. 48. Hemos sacado gran provecho de este notable estudio de Pellistrandi. Agradecemos al profesor Pellistrandi, Presidente de la *Société des Amis d’Henri Irénée Marrou (Davenson)* y Director de los *Cahiers Marrou*, los valiosos comentarios que ha realizado a nuestro libro, *La historia en un tiempo de dudas*, aparecida en el último número de los *Cahiers Marrou*, n° 7, 2014, pp. 60-65. En dicho libro hemos desarrollado algunas reflexiones sobre la *epistemología de la historia* de Henri Marrou.

<sup>22</sup> Samaran, Charles, Belgique, *Encyclopédie de la Pléiade, L’Histoire et ses Méthodes*, Éditions Gallimard, 1961 (1967). Henri Marrou en este volumen publica dos notables estudios. El primero que es una suerte de obertura: “Qu’ est-ce que l’ Histoire?”, pp. 3-31. El segundo es una exposición de las tesis fundamentales de la filosofía crítica de la historia: “Comment Comprendre le Métier d’ Historien”, pp. 1467-1539.

<sup>23</sup> Riché, Pierre, *Henri-Irénée Marrou. Historien engagé*, Paris, Le Cerf, 2003, p. 185.

<sup>24</sup> Riché, Pierre, o. c., p. 188.

<sup>25</sup> Pellistrandi, a. c., p. 67.

palabras del importante epistemólogo e historiador contemporáneo, François Dosse: “Durante mucho tiempo, los historiadores de profesión en Francia se han interrogado sobre su método, pero no han vacilado en dar la espalda a cualquier reflexión de orden epistemológico y no han dejado de mostrar las mayores reticencias con respecto a la filosofía de la historia”<sup>26</sup>.

Esto explicaría, según Ricoeur, por qué “no es posible encontrar en las obras más cuidadosas de metodología, una reflexión comparable a la de la escuela alemana de comienzos de siglo y a la del actual positivismo lógico o de sus adversarios de lengua inglesa sobre la estructura epistemológica de la explicación en historia. Su fortaleza se encuentra en otro lado; en la estricta adhesión a la profesión de historiador”<sup>27</sup>. Es claro que la referencia y la crítica de Ricoeur apuntan directamente a la escuela de los *Annales*.

Por lo demás –insiste el filósofo francés– la llamada *filosofía crítica de la historia*, heredada de Wilhelm Dilthey (1833-1911), Georg Simmel (1858-1918), Heinrich Rickert (1863-1936) y Max Weber (1864-1920), y continuada por Raymond Aron (1905-1983) y Henri-Irénée Marrou, no ha sido nunca verdaderamente integrada a la corriente principal de la historiografía francesa del siglo XX. En esta lógica es fácil comprender que aquello que la escuela histórica francesa ofrece como su mayor contribución a la discusión en torno al *estatuto* del saber histórico es una *metodología de hombres de terreno*<sup>28</sup>. En este sentido ella proporciona sobre todo un valioso “material” para la reflexión del filósofo más que una reflexión propiamente filosófica o epistemológica. A nuestro entender, aquí Ricoeur establece una distinción capital y fecunda entre la cuestión del *método* en historia y lo que es formalmente una reflexión *epistemológica*<sup>29</sup>.

En estas reflexiones de Ricoeur, la obra de Marrou aparece claramente destacada en relación con la historiografía que había tenido la hegemonía en el pensamiento histórico francés hasta la misma década de los 80: los *Annales*. En efecto, lo que prima en Marrou no es la cuestión de las *metodologías de los hombres de terreno* de las cuales nos habla Ricoeur, tampoco la problemática de la historia y las *ciencias sociales*, menos aún la *estructura de la larga duración*

<sup>26</sup> Dosse, François, *L'histoire*, Paris, Armand Colin, 2000, p. 5.

<sup>27</sup> *Ibíd.*

<sup>28</sup> *Ibíd.*

<sup>29</sup> Hemos destacado esta distinción y su importancia para la elaboración de una genuina epistemología de la historia en nuestro estudio: *¿Qué es la historia? De la metodología histórica a la epistemología de la historia*, Santiago, Ediciones Universidad Gabriela Mistral, Colección Temas Humanidades y Ciencias Sociales, 1998.

histórica. Para Marrou, lo central es la cuestión del *estatuto epistemológico* de la historia, y el esfuerzo por “exorcizar” de una vez para siempre la tentación positivista del campo de la ciencia y de la ciencia histórica.

Es en este mismo horizonte intelectual que deben ser comprendidos los ácidos comentarios dirigidos por Marrou a los historiadores que reniegan de la reflexión filosófica, crítica de la cual no se escapa ni el mismo Lucien Febvre<sup>30</sup>:

Hay que poner fin a estos antiguos reflejos y librarse del entumecimiento en que el positivismo ha tenido maniatados durante tanto tiempo a los historiadores... Nuestra tarea es pesada, agobiada de servidumbres técnicas; ella tiende a la larga a desarrollar en quien la practica una mentalidad de insecto especializado. En lugar de ayudarle a reaccionar contra esta deformación profesional, el positivismo le aliviaba la conciencia al estudioso (‘yo no soy más que un historiador, no un filósofo; cultivo mi pequeña parcela, hago honradamente mi labor, sin meterme en lo que me rebasa: *ne sutor ultra crepidam... Altiora ne quaesieris!*’): esto equivalía a dejarle que se degradara hasta el nivel de un peón. El estudioso que aplica un método cuya estructura lógica desconoce, y unas reglas cuya eficacia no está capacitado para medir, viene a ser como uno de esos obreros que han de cuidar de una máquina y controlan su funcionamiento, pero que serían incapaces de repararla y mucho menos de construirla<sup>31</sup>.

A partir de aquí, el historiador de la *Antiquité tardive* establece lo que podríamos considerar una de sus *tesis* clave en defensa de la epistemología de la historia como una reflexión esencialmente filosófica, tesis que lo coloca en las antípodas del positivismo y positivismo histórico:

Parodiando la máxima platónica, inscribiremos en el frontis de nuestros Propileos: ‘Que nadie entre aquí si no es filósofo–, si no ha meditado antes que nada en la naturaleza de la historia y en la condición del historiador: la salud de una disciplina científica exige, de parte del investigador, una cierta inquietud metodológica, la preocupación por tomar conciencia del mecanismo de su comportamiento, cierto esfuerzo de reflexión sobre los problemas que supone una ‘teoría del conocimiento’ y que se hallan implicados en él<sup>32</sup>.

<sup>30</sup> La referencia a uno de los jefes de fila de los *Annales* está tomada de la lección inaugural del *Collège de France* en 1933, donde Lucien Febvre señalaba: *he oído decir con frecuencia que los historiadores no tienen grandes necesidades filosóficas*. Reproducido en *Combates por la Historia*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1970, p. 16. Cf. Francois Dosse, *L’histoire*, o. c., pp. 5-7. También, las excelentes reflexiones de Antoine Prost, *Douze leçons sur l’histoire*, France, Éditions du Seuil, 1996, pp. 7-11.

<sup>31</sup> *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, Points/Histoire, 1975.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 9.

Otro aspecto fundamental y de plena actualidad, se encuentra en la importancia concedida por el historiador francés al problema de la *verdad histórica*. En esta cuestión, como en tantas otras, la reflexión de Marrou es notable, al desplazar el foco de la discusión del lado del *objeto* histórico –*ex parte objecti*–, al lado del *sujeto* cognoscente –*ex parte subjecti*–. Para Henri Marrou, el tipo de verdad –*optimum de vérité*–, que es capaz de establecer la historia, a diferencia de lo que ocurre en otras disciplinas, como es el caso de las matemáticas, es que esta verdad es directamente proporcional a las cualidades intelectuales y personales del historiador<sup>33</sup>. Este planteamiento coloca al historiador francés inmediatamente en las antípodas de las tesis mayores de lo que el mismo llamará *positivismo histórico*, corriente para la cual el historiador es tan solo un *receptor pasivo* de “*hechos*” históricos que existen *per se* sin participación alguna del historiador en su elaboración. En esta lógica epistemológica y metodológica, el historiador no solo no participa sino que debe abstenerse de participar en la elaboración o “construcción” de la verdad histórica, porque en el fondo no hay o no existe una elaboración o “construcción” de la verdad.

Demás está decir que la cuestión de la *verdad histórica* se ha transformado hoy día en un tema clave, sobre todo después de la irrupción de las tesis de los partidarios de la reducción del saber histórico a un mero *relato* y a una *escritura de la historia*, a partir de la influencia ejercida por la *linguistic turn*<sup>34</sup>, llegando en sus posiciones más radicales a afirmar, como es el caso de Hayden White, que la historia no es más que un *relato ficcional* o un *artefacto literario*<sup>35</sup>, y que en cuanto tal no tiene diferencias de fondo con el relato literario. A este respecto conviene recordar las palabras de Marrou a finales de los años 50:

<sup>33</sup> Esta tesis será retomada por el filósofo Jacques Maritain en su meditación sobre la historia: “Henri Marrou tiene perfecta razón al insistir en que la verdad histórica es completamente distinta de la verdad científica, y en que no tiene la misma clase de objetividad. Es verdad, o conformidad con lo que es, pero la demostración de lo cual nunca puede terminarse (implica un infinito); posee objetividad, pero una clase peculiar de objetividad, para alcanzar la cual todo el sujeto pensante, como agente intelectual, se haya comprometido”, *Filosofía de la historia*, Buenos Aires, Editorial Troquel, 1960, pp. 21 y 22.

<sup>34</sup> Sobre la *linguistic turn*, expresión popularizada por el filósofo Richard Rorty, y las discusiones que ha planteado en el campo de la historiografía, véase el reciente estudio de Christian Delacroix. En *Historiographies. Concepts et débats*. Sous la direction de C. Delacroix, F. Dosse, P. Garcia & N. Offenstadt, France, Éditions Gallimard, Collection folio/histoire, 2010, pp. 477-490.

<sup>35</sup> White Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, España, Paidós Ibérica Ediciones, 2010. White Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. White, Hayden, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010.



Esta pequeña obra se presenta como una introducción filosófica al estudio de la historia; en ella se buscará una respuesta a las cuestiones fundamentales: ¿Cuál es la verdad de la historia? ¿Cuáles son los grados y los límites de esta verdad (pues todo conocimiento humano tiene unos límites y el mismo esfuerzo que fija su validez determina el ámbito útil en el que se ejerce)? ¿Cuáles son sus condiciones de elaboración? En una palabra, ¿cuál es el comportamiento correcto de la razón en su uso histórico?<sup>36</sup>.

Los principios y tesis desarrollados por el historiador francés en sus diversos trabajos consagrados a lo que él llama *la filosofía crítica de la historia* son una valiosa contribución para el esclarecimiento de la *identidad cognitiva* de *Clio*, identidad que, como hemos visto, es indisoluble de la idea de *verdad histórica*. Esto último es particularmente urgente y necesario si se tienen en cuenta las amenazas permanentes de los paradigmas ideológico-historiográficos, el *absolutismo* de las ciencias sociales, y sobre todo el incesante *retorno* del *positivismo* historiográfico. En este sentido escribe el gran historiador agustiniano, en unas breves reflexiones que sorprenden por la vigencia que tienen para nuestro tiempo:

El problema de la verdad histórica y de su elaboración –nos dice Marrou– no sólo incumbe al saneamiento interno de nuestra disciplina; más allá del restringido círculo de los técnicos, le concierne también al hombre razonable, el hombre cultivado, porque lo que aquí se pone en tela de juicio no es más ni menos que el derecho que le corresponde a la historia para ocupar un lugar en su cultura, lugar que actualmente le es discutido cada vez más. Mientras nuestra ciencia no deja de desarrollarse en el sentido de un tecnicismo cada vez más creciente, aplicando sus métodos cada vez más rigurosos a investigaciones más y más amplias, se ha empezado a caer en un ‘descorazonamiento ante los resultados demasiado menguados y quizás ilusorios que aquella contiene’<sup>37</sup>.

En este sentido, no deja de llamar la atención que André Mandrouze en sus breves e interesantes reflexiones sobre el pensamiento del destacado historiador del cristianismo, escritas para la nueva edición de la prestigiosa *Encyclopedia Universalis*, no haga mención alguna a la filosofía crítica de la historia de Henri Marrou<sup>38</sup>. Esto no es menor, sobre todo si se tiene en cuenta, como lo ha recordado recientemente uno de sus grandes discípulos, Jacques Prevotat,

<sup>36</sup> *De la connaissance historique* (1975), o. c., p. 9.

<sup>37</sup> *De la connaissance historique*, o. c., p. 9.

<sup>38</sup> Mandrouze, André, *Encyclopaedia Universalis la nouvelle édition* (DVD), “Henri Irénée Marrou 1904-1977”, 2009.

que dicha visión ha estado siempre presente en la obra viva del historiador agustiniano:

Pregúntele a quienes han tenido el privilegio de ser los auditores de los cursos de Marrou, ustedes verán los rostros iluminarse y las sonrisas aflorar. Ustedes comprenderán que ellos estaban felices y tienen la necesidad de hacerlo saber. Es que él transmitía en esta enseñanza algo más que la transmisión de un saber o de una pedagogía: un despertar, un encuentro, digamos más: el descubrimiento de un testigo, que asociaba la cultura a la vida, la historia más rigurosa a las cuestiones que nosotros nos planteábamos. El pasado más lejano tomaba la forma de una interrogación —a veces penetrante— sobre nuestra actualidad. ¿Cómo permanecer indiferentes? Descubriríamos más tarde, después de haber leído *De la connaissance historique*, que Marrou ponía en práctica su concepción de la historia: a saber, que no existe objeto histórico sin la simpatía y la intervención activa del historiador<sup>39</sup>.

La epistemología de la historia elaborada por Henri Irénée Marrou se sitúa entre dos polos opuestos: por un lado, lo que podríamos llamar el *realismo ingenuo* que caracteriza al *positivismo histórico*. Por el otro, el *subjetivismo idealista* que hace del relato histórico tan solo una construcción del historiador sin ninguna posibilidad de elaborar un *saber* y un *relato verídico*. A nuestro entender, lo que Marrou establece son los principios y las bases conceptuales de lo que podríamos llamar un *realismo crítico sobre el saber histórico*<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> Prevotat, Jacques, Liminaire, *Cahiers Marrou*, n° 1, 2008, p. 2.

<sup>40</sup> La noción de *realismo crítico* la tomamos de la obra filosófica de Jacques Maritain, particularmente de su *Metafísica del Conocimiento*. Somos conscientes de los problemas que dicha noción plantea por cierta “connotación” kantiana que la palabra “crítica” evoca en la mente de muchos, sobre todo para autores que adhieren al pensamiento de Tomás de Aquino. A este respecto basta recordar la apasionante polémica entre Jacques Maritain y Etienne Gilson, quien siempre reprochó “amicalmente” al filósofo de Meudon el uso de esta noción para referirse a la *filosofía del ser*, proponiendo en su lugar la expresión de *realismo metódico* para caracterizar la doctrina filosófica sobre el conocimiento elaborada por el Aquino. De Jacques Maritain, véase su obra capital, *Distinguer pour Unir ou les Degrés du Savoir*, Édition revue et augmentée, Desclée, Paris, 1946. Este texto de Maritain corresponde al volumen 3 de las Obras Completas. Cf. Jacques et Raïssa Maritain, *OEuvres Complètes*, Volume III, (1924-1929), Éditions Universitaires Fribourg, Suisse, Éditions Saint-Paul Paris. Para el estudio de la posición intelectual de Étienne Gilson, *El realismo metódico*, edición bilingüe español/francés, Introducción de Eudaldo Forment, Madrid, Ediciones Encuentro, 1997; también, *Realisme thomiste et critique de la connaissance*, Paris, Vrin, 2002.

### ¿Positivismo histórico o historiografía metódica? Una controversia

La epistemología de la historia de Henri Marrou se construye sobre la crítica al *positivismo histórico* y a la idea de ciencia de la cual éste es portador. Esta idea –que sigue el modelo de las ciencias naturales– ha tenido un profundo impacto en la historiografía francesa de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Lo que nos interesa mostrar es cómo el pensamiento histórico de Marrou se encuentra en las antípodas epistemológicas del *positivismo* y del *positivismo histórico*.

También nos ha parecido importante proponer algunas indicaciones sobre el estado actual de la discusión sobre el *positivismo histórico*, teniendo en cuenta el proceso de *revisión* al cual ha sido sometida esta corriente de pensamiento en los últimos años, revisión que en algunos casos ha llegado al extremo de sostener que nunca habría existido en Francia una *historiografía positivista* (Charles-Olivier Carbonell)<sup>41</sup>.

Por otro lado, algunos estudios recientes dedicados a la historia de la historiografía manifiestan un desconocimiento profundo de los principios epistemológicos y las bases conceptuales sobre los cuales surgió y se desarrolló esta tendencia historiográfica tanto en Europa como en otros países que forman parte del ámbito de la cultura de Occidente. Esto no hace más que mostrar la actualidad del pensamiento de Henri Marrou y la profundidad y validez de su

<sup>41</sup> Entre los estudios recientes no puedo dejar de mencionar el texto de Jaume Aurell, *Tendencias historiográficas del siglo XX*, Santiago, Globo Editores, 2008. Lo primero que sorprende es que al inicio de la obra, el autor señala a Charles O. Carbonell junto a Georg G. Iggers como los fundadores de la *historiografía como subdisciplina de la historia* (p. 1). Sin embargo, cuando aborda el gran tema del *positivismo histórico* no hace ninguna mención a las tesis de Carbonell, en circunstancia que estas tesis han sido decisivas en la forma de entender esta corriente de pensamiento al menos estos últimos decenios. Solo se contenta con afirmar lo siguiente: “el positivismo posibilitó a la historia el acceso a las leyes generales, con lo que se reafirmaba el carácter científico de la historia, ya propiciado un tiempo atrás por el historicismo” (p. 10). Nada más ajeno a la realidad. El profesor de la Universidad de Navarra confunde el positivismo como *filosofía u ontología de la historia* con la *historiografía positivista*. Este error el autor lo habría evitado si hubiese leído con atención no solo las obras de Carbonell a quien cita, sino también de Henri Marrou –al cual también hace referencia bibliográfica–, quien se sitúa juntamente desde el *historicismo* para criticar al *positivismo*. Además, el *historicismo* o si se prefiere la *filosofía crítica de la historia* no busca en modo alguno establecer leyes de validez universal en historia. Lo que busca es un tipo de científicidad que se encuentra en las antípodas del pensamiento positivista, y esto es posible gracias a la noción de *comprensión* en cuanto esta última se distingue y a veces se opone a la idea de *explicación*. Aún más, para el historicismo lo más propio de la historia como *ciencia del espíritu* tiene que ver con la *singularidad*, de ahí que Rickert la considere como una *ciencia de lo individual*.

crítica a esta casi obsesiva compulsión de algunos investigadores por colocar la historia tras las rejas del *positivismo*.

### *¿Qué se entiende por historiografía positivista?*

Lo que suele entenderse como visión o paradigma *positivista*, hace referencia a una corriente historiográfica que aparece en el contexto cultural e intelectual de la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en Alemania y en Francia. Como lo han mostrado claramente los especialistas en *historia de la historiografía*, en el caso de Alemania, ella se encuentra estrechamente ligada al pensamiento del historiador Leopold von Ranke (1795-1886), profesor de la Universidad de Berlín. Su vasta obra, en la cual se combinan *metódicamente*, de manera impecable, erudición y escritura, narración y explicación, tendrá una influencia decisiva en la formación intelectual de al menos tres generaciones de historiadores, primero en Alemania, y posteriormente en Francia.

Charles Olivier Carbonell, destacado historiador de la historiografía, ha comentado de manera lúcida y sintética el proyecto intelectual de von Ranke:

No decir nada que no sea comprobable, he aquí lo que funda la historia como una ciencia positiva (que no es lo mismo que positivista)... el objeto del historiador no es ni deducir leyes ni enunciar la causa general; es más simplemente –y esto es más difícil– mostrar ‘cómo se ha producido esto exactamente’ (*‘Wie es eigentlich gewesen’*). Por los años en que Comte creaba el positivismo, Hegel el historicismo idealista absoluto, y Marx el materialismo histórico, Ranke afirmaba la única virtud de hecho, la única inteligibilidad de la relación causal en el tiempo corto, el suficiente placer de conocer. Anunciaba que el oficio de historiador al mismo tiempo que devenía profesión, se daba las reglas de su ejercicio<sup>42</sup>.

En el caso específico de Francia, es preciso remitirse a dos textos fundamentales como lo han recordado Guy Bourdú y Hervé Martin (1983)<sup>43</sup>, y más recientemente Pierre Vayssière y Jean Maurice Bizière (1995)<sup>44</sup>, el “Manifiesto” de la *Revue historique* de Gabriel Monod (1893) y la *Introduction aux études historiques*

<sup>42</sup> Carbonell, Charles-Olivier, *La Historiografía*, España, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1993, pp. 118-119.

<sup>43</sup> Bourdú, Guy et Martin Hervé, *Les écoles historiques*, France, Seuil (format Poche), 1983.

<sup>44</sup> Bizière, Jean Maurice et Vayssière, Pierre, *Histoire et historiens. Antiquité, Moyen Âge, France moderne et contemporaine*, Paris, Hachette, 1995.

de Langlois et Seignobos (1898), considerado durante mucho tiempo como el manual del perfecto positivista.

A nuestro entender, las premisas epistemológicas de la corriente historiográfica positivista según Henri Marrou se pueden sintetizar en cinco principios fundamentales, que se encadenan sucesivamente:

1. Al historiador no le corresponde *juzgar* el pasado ni instruir a sus contemporáneos, sino simplemente rendir cuentas de lo que pasó realmente.
2. No existe ninguna interdependencia entre el sujeto cognoscente (el historiador) y el objeto histórico (pasado humano). Por hipótesis, el historiador escapa a cualquier condicionamiento social, lo que le permite ser imparcial en su percepción de los acontecimientos. El historiador es *separable* de la historia que él elabora.
3. La historia –conjunto de *res gestae*– existe en sí misma, objetivamente; incluso tiene una forma dada, una estructura definida, que es directamente accesible al conocimiento del historiador y que éste debe respetar en nombre de la objetividad científica.
4. La relación cognoscitiva se adapta a un modelo *mecanicista*. El historiador registra el hecho histórico, de manera pasiva, como el espejo refleja la imagen de un objeto, como el aparato fotográfico fija el aspecto de una escena o de un paisaje.
5. La tarea del historiador consiste en reunir un número suficiente de hechos, apoyados en documentos seguros; a partir de estos hechos, el propio relato histórico se organiza y se deja interpretar. Toda reflexión teórica es inútil, incluso perjudicial, porque introduce un elemento de especulación<sup>45</sup>.

Estas tesis que venimos de enunciar se pueden observar con claridad al revisar los *principios* científicos que deben animar a cualquier historiador que aspire a colaborar con la publicación de un estudio o monografía en la reciente publicación fundada por Gabriel Monod y la *Revue historique*, que fue el órgano de expresión por excelencia de la llamada *historiografía positivista*:

Pretendemos mantenernos independientes de cualquier opinión política y religiosa, y la lista de hombres eminentes que han querido otorgar su patronazgo

<sup>45</sup> Véase, *Les écoles historiques*, o. c., pp. 163-168.

a la Revista demuestra que ellos creen que este programa es realizable... Están todos lejos de profesar las mismas doctrinas en política y en religión, pero creen, con nosotros, que la historia puede ser estudiada en sí misma, y sin preocuparse de las conclusiones que se pueden sacar a favor o en contra de tal o cual creencia. Sin duda, las opiniones particulares siempre influyen en cierta medida sobre la manera con que se estudian, se ven y se juzgan los hechos y los hombres. Pero debemos esforzarnos por separar estas causas de prevención y de error, para no juzgar los acontecimientos y los personajes más que en sí mismos. Admitiremos no obstante opiniones y apreciaciones divergentes, a condición de que se apoyen sobre pruebas seriamente discutidas y sobre hechos, no sobre meras afirmaciones. Nuestra Revista será una publicación de ciencia positiva y libre discusión, pero se encerrará en el dominio de los hechos y se mantendrá cerrada a las teorías políticas o filosóficas<sup>46</sup>.

¿Dónde está el *sujeto*? ¿Cuál es su importancia en la elaboración de la ciencia histórica? Sencillamente el sujeto no está o no existe. El modelo de ciencia al que se adscribe es el de las *ciencias naturales* según el esquema *positivista*, teniendo como arquetipo a la *física experimental*, una ciencia de *hechos*<sup>47</sup>. Como es sabido, ese modelo tiene sus raíces en los orígenes de la ciencia moderna en lo que suele conocerse como la revolución galileo-cartesiana, alcanzando su plena consolidación en el pensamiento de Kant y en la obra de Newton, encontrando su mayor expresión filosófica en el célebre *Segundo Prefacio* de la *Crítica de la Razón Pura* del filósofo de Königsberg. Acá no solo se formula la primacía del *fenómeno* sobre la *esencia* sino la imposibilidad para la razón de conocer la *cosa en sí*, lo que Kant llama *noumeno*. El mundo empírico ha derrotado al universo de lo metaempírico, es el fin de la metafísica como ciencia y sabiduría. Es en este marco histórico-filosófico que surge el pensamiento de Augusto Comte. No es de extrañar entonces que se busque establecer una ciencia exacta de las cosas del espíritu.

<sup>46</sup> Citado en *Les écoles historiques*, o. c., p. 168.

<sup>47</sup> Sobre esta idea de ciencia dominante a fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, véanse los notables estudios de dos grandes filósofos que pertenecen a horizontes filosóficos bastante disímiles, nos referimos a Jacques Maritain discípulo de Tomás de Aquino y Edmund Husserl padre de la *Fenomenología*. De Jacques Maritain, *La philosophie de la nature. Essai critique sur ses frontières et son objet*, Paris, Pierre Tequi éditeur, 1996. Especialmente, Chapitre Deuxième: “La conception positiviste de la science et ses difficultés”, pp. 41-67. Este libro corresponde al Tomo 5 de las Obras Completas. *OEuvres Complètes*, Jacques et Raïssa Maritain, Volume V (1932-1935), Éditions Universitaires Fribourg Suisse, Éditions Saint-Paul Paris. De Edmund Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008. Especialmente el Capítulo Primero: “La crisis de las ciencias como expresión de la radical crisis de vida de la humanidad europea”, pp. 47-62.

El filósofo alemán Edmund Husserl, padre de la *fenomenología* como corriente filosófica, ha denunciado los límites de esta visión de la ciencia con una claridad inigualable:

Tomamos nuestro punto de partida en el ingreso de un cambio en la valoración general respecto de las ciencias, a fines del último siglo. No concierne a su carácter científico sino a lo que la ciencia en general había significado y puede significar para la existencia humana. La exclusividad con que en la segunda mitad del siglo XIX, la total visión del mundo de los seres humanos modernos se deja determinar y cegar por las ciencias positivas y por la ‘prosperity’ de que son deudores, significó un alejamiento indiferente de las preguntas que son decisivas para una auténtica humanidad. *Meras ciencias de hechos hacen meros seres humanos de hechos*<sup>48</sup>.

Es en este *nuevo* espíritu que es preciso comprender la crítica de Henri Marrou al positivismo en todos los ámbitos del saber y del conocimiento humano. La reducción positivista que ya denunciara con lucidez y profundidad Henri Bergson en sus cursos en el *Collège de France* contra los maestros que dominaban sin contrapeso en *La Sorbonne* a fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Ciertamente, Henri Marrou pertenece a una generación muy distinta a la de los estudiantes de Bergson entre los que destacaban, Jacques y Raïssa Maritain, Charles Péguy, Ernest Psichari o Georges Sorel<sup>49</sup>. Sin embargo, el espíritu antipositivista sigue siendo el mismo. Al igual que Husserl y tantos otros, Marrou desespera de aquella sabiduría que el positivismo considera caduca, y que a pesar de ellos, es el único que le da significado y sentido a la existencia humana: *la filosofía*.

Nuevamente Edmund Husserl nos aporta reflexiones luminosas para comprender el *nuevo* espíritu que surge de las cenizas de la *Gran Guerra* (1914-1918):

El cambio de la valoración pública fue inevitable, en particular después de la guerra, y ella, tal como lo sabemos, en la generación joven se transformó en un sentimiento hostil. Para nuestra indigencia vital –oímos decir– esta ciencia no tiene nada que decirnos. Justamente ella excluye por principio las preguntas que, en nuestros desdichados tiempos, son candentes para los seres humanos abandonados a perturbaciones fatales: las preguntas por el sentido o el sinsentido

<sup>48</sup> Husserl, Edmund, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, pp. 49 y 50.

<sup>49</sup> Cf. Maritain, Raïssa, *Les Grandes Amitiés. Vol. 1 Souvenirs*. Paris, Desclée de Brouwer, Éditions de la Maison Française, 1941, chapitre IV: “Henri Bergson”, pp. 116-149. Recordemos que Jacques Maritain descubrió la metafísica gracias a las clases y al influjo decisivo de Bergson.



de toda esta existencia humana ¿no exigen, en su generalidad y necesidad, de parte de todos los seres humanos también reflexiones generales y su respuesta a partir de intelecciones racionales? Estas preguntas conciernen finalmente a los seres humanos en sus comportamientos respecto del mundo circundante humano y extrahumano, decidirse libremente, configurarse racionalmente ellos mismos y el mundo circundante, como libres en sus posibilidades. ¿Qué tiene para decir la ciencia acerca de la razón y la sin-razón, qué tiene para decir sobre nosotros, los seres humanos como sujetos de esa libertad? La mera ciencia de los cuerpos no tiene, manifiestamente, nada que decir; ella se abstrae de todo lo *subjetivo*<sup>50</sup>.

Henri Marrou se hará eco de estas grandes inquietudes de su tiempo, plenamente consciente de que la historia tiene mucho que decir sobre el *drama* de la *existencia humana* a condición de que abandone la *lógica* del *positivismo histórico*. La *lógica* del *positivismo histórico* es la *lógica* de los *objetos*, de la mera explicación causal de los *cuerpos*, una suerte de transposición de la identidad y modo de las ciencias fenoménicas de la naturaleza (*Naturwissenschaften*) al mundo de lo humano. Paradojalmente, una *lógica* que se aleja inexorablemente en su perspectiva cientificista del misterio de la subjetividad. El positivismo histórico abandona e ignora al sujeto cuando este más requiere de la historia y de la verdad que ella es capaz de establecer como fundamento de la libertad en el tiempo. Marrou nos narra el espíritu que domina aún en la Sorbona a mediados de la década del 30:

Al llegar yo a la Sorbona, en noviembre de 1925, fui acogido por la voz, debilitada pero aún llena de convicción del viejo Seignobos (Lucien Febvre y Marc Bloch estaban todavía exiliados en Estrasburgo); el positivismo seguía siendo la filosofía oficial de los historiadores y no teníamos aún para oponernos a él más que una repugnancia instintiva casi visceral, si bien ya empezaba a formularse a la luz de Bergson. Se permanecía en las posiciones que había llegado Péguy, ¡ay! No había vuelto a su tienda y no pudo escribir aquella Véronique que hubiese debido ser una contrapartida positiva a su amargo Clío... Hubo que esperar hasta 1938 para que, merced a las dos relevantes tesis de Raymond Aron, la filosofía crítica de la historia se incorporase por fin a la cultura francesa. Por personal que sea su posición, Aron viene a prolongar la línea Dilthey-Rickert-Weber<sup>51</sup>.

Es en esta perspectiva filosófica que Marrou hará la crítica a lo que él llama *positivismo histórico*, tesis que compartimos en lo fundamental, a pesar de la revisión historiográfica que se ha hecho sobre esta escuela histórica en las

<sup>50</sup> Husserl, Edmund, o. c., p. 50.

<sup>51</sup> Marrou, *El conocimiento histórico*, o. c., p. 20.

últimas décadas, tendientes a probar, como veremos a continuación, que nunca habría existido en Francia una historiografía positivista.

*¿Existe un positivismo histórico? La tesis de Charles-Olivier Carbonell*

En los últimos decenios, en gran medida como consecuencia de la crisis de los *Annales*, se ha producido en Francia una suerte de “relectura” de la contribución histórica de la llamada corriente *positivista*, tratando de apartarse lo más posible de las tesis críticas –para algunos “caricaturescas”– de Lucien Febvre, buscando una mejor comprensión y rehabilitación del pensamiento historiográfico de los últimos decenios del siglo XIX.

En esta relectura de los historiadores *positivistas*, Charles-Olivier Carbonell –un gran especialista en historia de la historiografía–, ha jugado un rol de primer orden. En 1976, Carbonell publica en la editorial *Privat*, su destacada tesis de *Doctorado de Estado, Histoire et Historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*<sup>52</sup>. En ella, el autor emprende una severa crítica a la tesis comúnmente aceptada de la existencia en Francia desde fines del siglo XIX de una corriente histórica de raigambre positivista. Para Carbonell, esta idea dominante y bastante difundida es un lugar común o una ficción que el *verbo corrosivo* de Lucien Febvre y las acusaciones más moderadas de Henri Marrou transformaron en una *evidencia*<sup>53</sup>.

Para Carbonell, lo que habitualmente se ha llamado erróneamente *positivismo histórico* corresponde más bien a una corriente histórica *antipositivista*. Ciertamente nadie pone en duda que Gabriel Monod, Charles Langlois, Charles Seignobos y Ernest Lavisse formaron una verdadera *escuela coherente y estructurada*, pero dicha escuela en ningún caso fue *positivista*. Aún más, las *obras históricas* de los autores antes mencionados y de muchos otros agrupados en torno a la *Revue historique* se encuentran en las antípodas del pensamiento o *filosofía positivista*.

En este punto central, Carbonell tiene razón, la historiografía llamada *positivista* y que él prefiere llamar *metódica* no se inspira en ningún modo en la *filosofía de la historia* de Augusto Comte. Como lo ha destacado Guy Bourdè, quien asume la perspectiva de Carbonell, “es un error que se haya calificado y que todavía se califique a la escuela histórica que se impuso en Francia entre 1880 y 1930, como corriente ‘positivista’. En efecto, la verdadera historia

<sup>52</sup> Carbonell, Charles-Olivier, Toulouse, *Histoire et Historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Privat Editeur, 1976.

<sup>53</sup> Carbonell, o. c., p. 401.

positivista fue definida por L. Bourdeau en *L'histoire et les Historiens: essai critique sur l'histoire considérée como science positive*, publicado en 1888<sup>54</sup>.

Es importante tener claro que, la “deconstrucción” operada por Carbonell, tendiente a negar la existencia de una *historiografía positivista* en Francia, se sitúa en el estricto plano de la *filosofía de la historia* de Augusto Comte y la concepción del *devenir histórico* que procede de ella. Como ya hemos señalado, creemos que su tesis así considerada es válida y verdadera. Este es el rumbo entonces que tomará Charles-Olivier Carbonell en su tesis doctoral y en sus obras consagradas al tema<sup>55</sup>.

Como lo recuerda el destacado historiador de la historiografía, el verdadero “padre” de la historiografía positivista en Francia es Louis Bourdeau y no Gabriel Monod. Bourdeau piensa que la ciencia histórica no puede ser concebida al margen de una perspectiva filosófica, lo que los alemanes llaman una *Weltanschauung*, en este caso *lineal* de la razón y su objeto comprende *la universalidad de los hechos que la razón dirige o de los cuales ella sufre la influencia*<sup>56</sup>.

En este sentido, la historia para acceder al rango de ciencia debiera ser capaz de establecer *leyes*. Estas leyes, según Bourdeau, son de tres tipos: las leyes de *orden* que muestran la similitud de las cosas; las leyes de *relación* que explican cómo las mismas causas conducen a los mismos efectos, finalmente, la *ley suprema* que *regula el curso de la historia*<sup>57</sup>. Una vez realizado este trabajo, la historia podrá constituirse como una ciencia *positiva* y el historiador podrá al mismo tiempo reconstituir el pasado y prever el futuro. Este es –nos dice Carbonell–, el programa de renovación historiográfica trazado en 1888 por un discípulo fiel y coherente de Augusto Comte, a saber, Louis Bourdeau<sup>58</sup>. Y este programa, ortodoxo en su espíritu y en su letra, no coincide en modo alguno con lo que se ha llamado a partir de Lucien Febvre, Marc Bloch y Henri Marrou, es decir, tanto en la escuela de los *Annales* como en la *filosofía crítica de la historia*, la *historiografía positivista*.

<sup>54</sup> Bourd , Guy, Martin, Hervé, o. c., p. 161.

<sup>55</sup> Además de la obra ya citada, *Histoire et Historiens...*, conviene mencionar: Carbonell, Charles-Olivier, *L'historiographie*, France, Presses Universitaires de France, Deuxième  dition corrig  (1981) 1986. También su interesante reflexión en: Vázquez de Prada V., Olabarrı I., Floristan Imizcoz A., *La historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1985. La presentación de Carbonell se titula: “Evolución general de la historiografía en el mundo, principalmente en Francia”, pp. 3-17.

<sup>56</sup> Citado por Carbonell, o. c., p. 403.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 405.

<sup>58</sup> Bourdeau, Louis, *L'histoire et les historiens essai critique sur l'histoire considérée comme science positive*, Paris, Alcan, 1885.

En efecto, tanto Gabriel Monod como Charles Langlois o Ernest Lavisse rechazan de plano cualquier tipo de vinculación entre el trabajo histórico y la reflexión filosófica, su aspiración es a deshacerse de cualquier referencia a la filosofía en el campo del saber histórico<sup>59</sup>. También rechazan, como lo ha destacado Georges Lefebvre, la idea de que la historia deba *consagrarse a la búsqueda de leyes*<sup>60</sup>, al contrario su interés está puesto en los *hechos* o *eventos* de carácter esencialmente políticos (dinásticos, militares, diplomáticos, parlamentarios). En síntesis, no hay ningún interés en que el historiador proponga una interpretación global sobre la historia de la humanidad. Los historiadores de la corriente *metódica* criticarán tanto a Hegel como Comte, tanto a Marx como a Engels, porque en ellos finalmente lo que se tiene es una *filosofía de la historia*.

¿Cuál será entonces el proyecto historiográfico de la escuela *metódica* mal llamada *positivista*? Fundamentalmente la construcción de una historia *científica*, como lo señalan Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, en su clásica y controvertida *Introduction aux Études Historiques*<sup>61</sup>. De hecho, esta obra, que se constituirá en el verdadero *discurso del método* de la profesión de historiador en Francia, comienza con una crítica explícita a los filósofos de la historia:

Pensadores que, en gran parte, no son historiadores de profesión, han hecho de la historia el sujeto de sus meditaciones; han buscado las ‘similitudes’ y las ‘leyes’; algunos han creído descubrir ‘las leyes que han presidido el desarrollo de la humanidad’, y ‘constituir’ así ‘la historia en ciencia positiva’<sup>62</sup>.

Para continuar con una descripción de la forma como debe ser entendida la ciencia histórica y el oficio de historiador:

Nos proponemos examinar aquí las condiciones y los procedimientos, e indicar el carácter y los límites del conocimiento en historia. ¿Cómo se llega a saber sobre el pasado, aquello que es posible y lo que importa saber? ¿Qué es un documento? ¿Cómo considerar un documento en vistas de la obra histórica?... ¿Qué son los hechos históricos? ¿Cómo agruparlos para construir la obra histórica?... Así, la presente ‘Introducción a los Estudios Históricos’ es concebida, no como

<sup>59</sup> Cf. Ehrard, Jean, Palmade, Guy, *L’Histoire*, Paris, Librairie Armand Colin, Collection U, Troisième Édition revue et corrigée, 1971, pp. 77-80.

<sup>60</sup> Lefebvre, Georges, *Naissance de l’historiographie moderne*, Paris, Flammarion, 1971, p. 298.

<sup>61</sup> Langlois, Charles-Victor, Seignobos, Charles, *Introduction aux Études Historiques*, Preface de Madeleine Rebérioux, Paris, Éditions Kimé, 1992.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 17.

un resumen de los hechos adquiridos o como un sistema de ideas generales a propósito de la historia universal, sino como un ensayo sobre el método de las ciencias históricas<sup>63</sup>.

En lo fundamental, como lo recuerda Carbonell, V. Langlois et Ch. Seignobos definen con precisión las cuatro operaciones teórico-metodológicas que todo historiador profesional debe respetar para realizar un trabajo riguroso, según las exigencias de la ciencia histórica: En primer lugar, la *recolección de documentos* (heurística), la tarea prioritaria es establecer el inventario de materiales disponibles para el trabajo propiamente histórico –*no hay historia sin documentos*–. En segundo lugar, con el *documento* ya a salvo, registrado y clasificado, conviene someterlo a una serie de operaciones *analíticas*. Entre ellas el primer paso lo constituye la *crítica externa* o erudita. El segundo paso es la *crítica interna* o hermenéutica. Cuando se han finalizado las operaciones *analíticas* queda abierta la vía para las operaciones *sintéticas*.

Las operaciones analíticas conducen al investigador, mediante la crítica de los documentos *escritos*, al establecimiento de los *hechos históricos*. Sin embargo, estos hechos se encuentran aislados entre sí. Por esta razón, para organizar dichos hechos en un *cuero de ciencia* es preciso realizar una serie de *operaciones sintéticas*<sup>64</sup>. ¿En qué consisten las *operaciones sintéticas*? En esta fase de *reconstrucción* intelectual es aconsejable proceder o actuar por etapas. La primera etapa consiste en *comparar* diversos documentos para establecer un *hecho* particular. La segunda etapa apunta a *reagrupar* los *hechos* aislados en los marcos generales, por ejemplo, clasificar los *hechos históricos* según: 1. Condiciones materiales; 2. Hábitos intelectuales; 3. Costumbres económicas; 4. Instituciones sociales; 5. Instituciones públicas<sup>65</sup>. La tercera etapa busca manejar el razonamiento, sea por deducción, sea por analogía, para relacionar los hechos entre sí y para colmar las lagunas de la documentación. La cuarta etapa obliga a realizar una elección entre la masa de acontecimientos o *hechos*. Finalmente, el historiador debe proceder a un intento de generalización o de interpretación general de los *hechos*.

Como se ve, el método histórico consiste en esta doble operación intelectual *análisis y síntesis*, pero en un sentido puramente fáctico y causal. Este es el *discurso del método histórico* desarrollado por los historiadores agrupados en torno a la *Revue historique*, y que Langlois y Seignobos tematizaran en su *metodología*, tanto en la *Introduction aux Études Historiques* como en la

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>64</sup> Langlois, Ch., Seignobos Ch., o. c., p. 175.

<sup>65</sup> Langlois, Seignobos, o. c., pp. 192 y 193.

*Méthode Historique Appliquée aux Sciences Sociales*<sup>66</sup>. Según Carbonell, esto está lejos de establecer algún tipo de vínculo con el pensamiento positivista, de ahí que sea necesario proceder a la erradicación de la idea de historiografía *positivista* por otra que se ajuste mejor a la realidad, y en este caso lo que el autor propone es la denominación de *escuela metódica*, por la importancia concedida al *método histórico* en la constitución de la ciencia histórica.

### *Nuevos enfoques sobre el positivismo histórico*

La obra de Carbonell será decisiva en la renovación de los estudios sobre la corriente historiográfica llamada *positivista* en Francia. Si se revisan rápidamente algunas obras posteriores a la publicación de su tesis doctoral, se verá que expresiones como “historiografía positivista”, “escuela positivista”, “corriente positivista”, desaparecen de los libros y artículos dedicados al análisis de las escuelas históricas francesas<sup>67</sup>.

Por ejemplo, en la obra de Guy Bourdè y Hervé Martín publicada en 1983 –que ya hemos citado–, *Las Escuelas Históricas*, se opta por asumir la expresión sugerida por Carbonell, es decir, *escuela metódica*<sup>68</sup>. El esfuerzo de Langlois y Seignobos y de la historiografía *metódica* se resume en la puesta en práctica de documentos para establecer *hechos*. Sin documentos no hay hechos. Esto supone según los autores citados una teoría del conocimiento, es decir, una relación entre el sujeto (historiador) y el objeto (el documento), que no se explicita, *en realidad se trata de la ‘teoría del reflejo’ que procede de von Ranke... De entrada, la escuela metódica deja de lado el papel esencial de las preguntas que el historiador plantea a sus fuentes, y recomienda la desaparición del propio historiador detrás de los textos*<sup>69</sup>. Esto no es menor, no hay lugar para el historiador como *sujeto activo* en la *escuela metódica*.

El *Dictionnaire des Sciences Historiques*<sup>70</sup>, dirigido por André Burguière, asume plenamente la tesis propuesta por Carbonell, de hecho, es el único autor

<sup>66</sup> Langlois, Charles, *La Méthode Historique Appliquées aux Sciences Sociales*, Paris, Felix Alcan, 1909. Reimpresión, 2010.

<sup>67</sup> En nuestro estudio ya citado, *¿Qué es la historia? De la Metodología histórica a la Epistemología de la historia*, hemos privilegiado la expresión “historiografía metódica” sobre la de “historiografía positivista”, pp. 17-25 (1998).

<sup>68</sup> Bourdè G., o. c., p. 127.

<sup>69</sup> Ibid., p. 132.

<sup>70</sup> Burguière, André, *Dictionnaire des Sciences Historiques*, Paris, Presses Universitaires de France, 1er édition, mai 1986.

que sugiere como bibliografía en el artículo consagrado a la voz *positivisme*. En la breve reflexión escrita para el *Dictionnaire* por Olivier Dumoulin, se destaca desde el inicio que la *historia positivista* no tiene ninguna relación con el pensamiento de Augusto Comte. Su denominación obedece más bien a la importancia que sus representantes le otorgan al término *ciencia positiva*:

A partir de una concepción de las ciencias experimentales ya muerta hacia 1870, la historia positivista considera como científica un enfoque inductivo fundado sobre un empirismo absoluto. En el caso de la historia el hecho histórico reemplaza las experiencias. Como los hechos hablan por sí mismos, su reconstitución es suficiente; desgraciadamente para el historiador positivista la observación directa de los hechos es imposible lo que se opone a la ‘reconstitución de lo que ha realmente ocurrido’ (Ranke)<sup>71</sup>.

La descripción que hace Dumoulin deja claramente establecido que en la corriente llamada *positivista* –expresión que el autor no cuestiona–, los *hechos* históricos existen *por sí mismos y hablan por sí mismos*, luego, el rol del historiador en la elaboración del saber histórico es puramente *pasivo*. Esto explica la idea de *reconstitución*, noción eje para los historiadores positivistas. Henri Marrou, como veremos más adelante, lanzará un ataque demoledor sobre la noción de *reconstitución* (Ranke) o de *resurrección* (Michelet) del pasado humano, construida sobre la falsa identidad entre *historia vivida e historia narrada*.

En una línea parecida, pero con matices importantes, se inscriben las reflexiones de los historiadores Pierre Vayssière y Jean-Maurice Bizière, *Histoire et historiens*<sup>72</sup>, publicada en 1995. Para estos historiadores es preciso apartarse de la crítica caricatural de los *Annales* y volver a los textos fundadores de esta escuela, para captar sus *contornos ideológicos y metodológicos*<sup>73</sup>, y juzgar con imparcialidad esta corriente historiográfica. Ciertamente no se trata de una corriente *positivista* en el sentido que lo señala Carbonell *¡Pas de philosophie de l’histoire!* Su fortaleza como *escuela* reside en *la méthode*<sup>74</sup>, lo que se traducirá

<sup>71</sup> Ibid., p. 536.

<sup>72</sup> Vayssière, Pierre, Bizière, Jean-Maurice, *Histoire et Historiens. Antiquité, Moyen Âge, France Moderne et contemporaine*, Paris, Hachette/Supérieur, 1995. Una mención aparte merece mi maestro Pierre Vayssière, a quien debo mi preocupación por los temas historiográficos y epistemológicos, y con quien he podido discutir estos temas en diversos momentos, sobre todo durante mis estudios en la Université de Toulouse-Le Mirail.

<sup>73</sup> Ibid., p. 155.

<sup>74</sup> Ibid.



concretamente en el historiador en una *crítica rigurosa del documento escrito*<sup>75</sup>. En esto reside su grandeza y sus limitaciones.

No deja de ser paradójal, señalan los autores, que en el momento en que se asiste al ocaso de los *Annales*, la historiografía *metódica* no deje de plantear problemas y temáticas de candente actualidad y de una sorprendente *modernité* (*voire de 'post-modernité'*)<sup>76</sup>. Frente al triunfalismo desbordante de los *Annales*, historiadores como Langlois y Seignobos aparecen como historiadores capaces de hablarnos de los *límites* del conocimiento histórico. En un tiempo de dudas<sup>77</sup>, y de *mise en cause* de las grandes certezas de la historia como saber y relato, resulta reconfortante para el espíritu volver sobre la hipótesis del supuesto *real histórico*, según Vayssière, verdadero *credo* de los historiadores del siglo XX<sup>78</sup>, *...en historia –escriben Langlois y Seignobos–, no se ve nada de real más que el papel escrito... y el análisis histórico no es más real que la visión de los hechos históricos; él no es más que un procedimiento abstracto, una operación puramente intelectual...*<sup>79</sup>. En síntesis, a medida que uno se aleja del proyecto de los *Annales* y de las críticas de Lucien Febvre, no deja de admirar la rigurosidad y científicidad de la obra de la historiografía *metódica*.

Aún más, nos señalan Vayssière et Bizière, contrariamente a lo que suele pensarse, la historiografía *metódica* no puede ser reducida, como lo pretendía Lucien Febvre, al campo de la historia política. Ciertamente que este tópico tiene la preminencia –a mi entender opera como columna vertebral del relato y explicación histórica–, pero no la exclusividad. Los autores nos recuerdan a este propósito las temáticas abordadas por Gustave Fagniez, cofundador de la *Revue historique*, como *las clases industriales* en París durante la Edad Media (1877), o *las mujeres en el siglo XVII*, y sobre todo su importante obra *Économie sociale de la France sous Henri IV*<sup>80</sup>, como estos ejemplos hay muchos más.

En una obra más reciente, publicada a fines del siglo XX, muchos años después de la obra de los autores antes mencionados (1999), Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia destacan primero la contribución de la historiografía de finales del siglo XIX en la consolidación de la historia

<sup>75</sup> *Ibid.*

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>77</sup> Cf. Nuestro libro, *La historia en un tiempo de dudas*, o. c.

<sup>78</sup> Pierre Vayssière, actualmente Profesor Emérito de l' Université de Toulouse II, siempre ha sido un crítico de la hegemonía de los *Annales* y un asiduo lector y seguidor de las tesis de Henri Marrou, Paul Veyne y Michel de Certeau.

<sup>79</sup> Vayssière et Bizière, *Histoire...*, o. c. p. 157.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 159.

como disciplina, y después el aporte de la tesis de Carbonell, para finalmente adoptar expresiones como *historiadores metódicos*, caracterizando el periodo como “momento metódico” (Patrick Garcia)<sup>81</sup>.

### *Del positivismo histórico a Henri Marrou*

La interrogante que surge después de lo que venimos de exponer se podría formular en los siguientes términos: ¿Comprometen las tesis epistemológicas de Henri Marrou los estudios recientes sobre la historiografía *positivista*? ¿Se puede seguir hablando de *positivismo histórico* después de las relecturas actuales sobre esta corriente histórica? Lo primero por señalar antes de entrar de lleno en esta cuestión que hemos llamado “controversial”, es que la *vía* y la *perspectiva formal* desde la cual se situará Marrou para criticar al *positivismo* se encuentra en las antípodas del proyecto historiográfico de los *Annales*. Marrou criticará al *positivismo histórico*, no desde una óptica historiográfica, sino primera y fundamentalmente desde una *filosofía crítica* o *epistemología*. Destaco la expresión *filosofía crítica* por la desconfianza que manifiesta el autor hacia las filosofías u *ontologías* de la historia según el modelo racionalista o al estilo de Hegel, Comte o Marx. En esta cuestión, Marrou se sitúa en la posteridad intelectual de Dilthey.

Esta desconfianza de Henri Marrou hacia las *filosofías de la historia* hijas de la *Modernidad Iluminista* en su dimensión *ontológica*, nos remite a uno de los temas centrales del pensamiento de su maestro:

Al revivir algo pasado, por el arte de la actualización histórica (historiografía), nos sentimos instruidos por el espectáculo de la vida misma; incluso se dilata nuestro ser y potencian nuestra existencia fuerzas psíquicas más enérgicas que las nuestras propias. Por esto son falsas las teorías sociológicas y de filosofía de la Historia, que ven en la descripción de lo singular mera materia prima para sus abstracciones. Esta superstición, que somete los trabajos de los historiadores a un misterioso proceso de alquimia para transmutar la materia de lo singular, hallada en ellos, en el oro puro de la abstracción, y obligar a la historia a revelar su último secreto, es exactamente tan aventurada como el sueño de un filósofo alquimista de la naturaleza, que imaginaba arrancarle a la naturaleza su última palabra. No

<sup>81</sup> Delacroix, Christian, Dosse, François, Garcia, Patrick, *Les courants historiques en France. 19e-20e siècle*, Paris, Armand Colin, 1999-2002, p. 53.

hay última y simple palabra de la historia que exprese su verdadero sentido, del mismo modo que la naturaleza no tiene una palabra semejante que revelar<sup>82</sup>.

Hablar de *filosofía crítica de la historia* entonces es hablar de una *epistemología de la historia* como reflexión *filosófica*, una reflexión que no busca otra cosa que establecer los *fundamentos* epistémicos de la *historia* en el horizonte de la búsqueda de la verdad:

Disipemos cualquier malentendido, pues la ambigüedad del vocabulario no ha dejado, por lo demás, de mantener el malestar que deseáramos ver superado: no se trata aquí de una ‘filosofía de la historia’ en el sentido hegeliano, de una especulación acerca del futuro de la humanidad considerada en su conjunto, para deducir de él sus leyes, o, como se prefiere decir hoy, la significación; sino más bien, de una ‘filosofía crítica de la historia’, de una reflexión sobre la historia, dedicada a examinar los problemas de orden lógico y gnoseológico planteados por los recorridos seguidos por el espíritu del historiador<sup>83</sup>.

Desde el inicio de su obra fundamental de epistemología, *De la connaissance historique*, el historiador agustiniano fija la perspectiva formal desde la cual se situará para abordar el estudio de la historia, perspectiva que lo coloca desde el principio en el extremo opuesto de la obra clásica de Charles Langlois y Charles Seignobos que hemos analizado en las páginas precedentes. Mientras los historiadores *positivistas* mencionados sienten una gran desconfianza y desprecio hacia cualquier reflexión de orden filosófico, y eso incluye a la epistemología, Henri Marrou coloca a la filosofía o *epistemología* como eje de su reflexión:

Esta pequeña obra se presenta como una introducción filosófica al estudio de la historia; en ella se buscará una respuesta a las cuestiones fundamentales: ¿Cuál es la verdad de la historia? ¿Cuáles son los grados y los límites de esta verdad (pues todo conocimiento humano tiene unos límites y el mismo esfuerzo que fija su validez determina el ámbito útil en el que se ejerce)? ¿Cuáles son sus condiciones de elaboración? En una palabra ¿Cuál es el comportamiento correcto de la razón en su uso histórico?<sup>84</sup>.

Es esta crítica al positivismo histórico emprendida por Henri Marrou la que abordaremos en la tercera parte y final de la presente reflexión.

<sup>82</sup> Dilthey, Wilhelm, *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, Prólogo de José Ortega y Gasset, Madrid, Revista de Occidente, 1956, pp. 101 y 102.

<sup>83</sup> *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, 1954, pp. 11 y 12.

<sup>84</sup> *De la connaissance historique*, p. 9.

### *La crítica al positivismo histórico o una historia sin sujeto*

La crítica de Henri Marrou al *positivismo histórico* o *historiografía positivista* se articula a partir de la tesis central de la filosofía crítica de la historia: *la historia es inseparable del historiador*<sup>85</sup>. Esta tesis a su vez se sustenta sobre dos ideas centrales que se encuentran simbióticamente ligadas: 1º la elaboración de la *historia* implica por parte del historiador la *simpatía* como *conditio sine qua non* de la *compreensión* histórica, en el sentido que tiene este término en la filosofía crítica de Wilhelm Dilthey. 2º la historia es un *mixto indisoluble* entre dos planos temporales de humanidad. Es a partir de este *corpus* doctrinal que es preciso comprender la crítica de Henri Marrou al *positivismo histórico*.

### *Wilhelm Dilthey y la comprensión en historia*

Para Henri Marrou, el historiador no puede ocupar un papel secundario o un rol *pasivo* en el reparto donde se elabora o construye el saber histórico: él es su *actor principal*. De ahí que el historiador agustiniano señale constantemente –contra el *realismo ingenuo* de los *positivistas*<sup>86</sup>–, que la tesis central de la filosofía crítica de la historia no puede ser otra que el reconocimiento que *la historia es inseparable del historiador*.

Esta tesis instala en el corazón mismo de la *historia-ιστορία* la noción griega de *simpatía-συμπάθεια*<sup>87</sup> y, a través de ella la idea tomada de Dilthey de *compreensión*<sup>88</sup>. Esto transforma al historiador, como veremos a continuación, en un *sujeto* –que es lo opuesto a un *receptor*–, que va al encuentro de otro *sujeto* en su esfuerzo por *comprender* la vida humana en su devenir temporal. Nada contrasta más con la imagen positivista de un ente pasivo que recoge hechos y los registra cuidadosamente como si los *hechos históricos* existiesen *per se* y completamente independientes de la intervención del sujeto cognoscente, en este caso específico, el historiador. Esto es confundir las ciencias de la naturaleza con las ciencias del espíritu, como lo veremos en las próximas líneas. En este

<sup>85</sup> Cf. Marrou, Henri, *De la connaissance historique* (1975), o. c., pp. 47-63.

<sup>86</sup> Cf. Nuestro libro, *La historia en un tiempo de dudas*, o. c., pp. 81-135.

<sup>87</sup> El término deriva del griego *simpatía* (συμπάθεια), palabra compuesta de *συν πάθος* = *συμπαθος*, literalmente “sufrir juntos”, “tratar con emociones...”. Se define la *simpatía* como la capacidad de percibir y sentir directamente, de manera que se experimenta cómo siente las emociones otra persona. La *simpatía* implica afinidad, inclinación mutua y amabilidad.

<sup>88</sup> Cf. En general, Dilthey, Wilhelm, *Crítica de la razón histórica*, Barcelona, Ediciones Península, 1986.

sentido, la noción de *hecho* y de *hecho histórico* es indisociable de la noción crítica (Dilthey) de *comprehensión*<sup>89</sup>.

Esto es lo que podríamos llamar la gran ilusión del *realismo ingenuo* de los historiadores positivistas, que Marrou identifica paradigmáticamente con el *manual perfecto del erudito positivista, nuestro viejo compañero el Langlois-Seignobos*<sup>90</sup>, el cual no tiene ninguna relación con el *realismo crítico* que el pensador agustiniano busca instaurar. En esta lógica es fácil comprender que para acceder y ahondar en la concepción de la historia elaborada por Henri-Irénée Marrou hay que tener siempre en cuenta que se trata de un proyecto historiográfico que se construye sobre la crítica permanente al modelo historiográfico positivista. Sin este dato la propuesta epistemológica de Marrou permanece ininteligible.

Como ha señalado de manera acertada Hervé Martin, la epistemología de Henri-Irénée Marrou reposa sobre dos fórmulas lapidarias: *la historia es inseparable del historiador* y *la historia es el resultado del esfuerzo por el cual el historiador establece esa relación entre el pasado que él evoca y el presente que es el suyo*<sup>91</sup>. Sin la virtud de la *simpatía*, el esfuerzo del historiador sería inútil, y solo tendría a su disposición *objetos históricos* pero con total prescindencia de los *sujetos* individuales y colectivos que los forjaron y de los cuales los primeros son tan solo un reflejo, y muchas veces un pálido reflejo.

Por esta razón, no basta el *espíritu crítico* tan propio de los historiadores positivistas, la rigurosidad en el control de las fuentes es la *conditio sine qua non*, pero en ningún caso lo *fundamental* en una obra histórica. La historia no es una narración de *objetos históricos* agrupados en una suerte de “casilleros” temáticos. Ella es ante todo la comprensión del *otro* como *otro*. Como hemos señalado al comienzo de este estudio, *el historiador es el hombre que, mediante la epoché-ἐποχή*<sup>92</sup>, *debe salir de sí mismo para ir al encuentro del otro*, en esto consiste la virtud de la *simpatía*, sin la cual no hay *comprehensión* posible.

<sup>89</sup> Sobre la *crítica de la razón histórica* en Wilhelm Dilthey sigue siendo insuperable por su agudeza y profundidad el estudio de Raymond Aron sobre la filosofía crítica de la historia: Aron, Raymond, *La philosophie critique de l'histoire*, Paris, Nouvelle édition revue et annotée par Sylvie Mesure, Julliard, 1987.

<sup>90</sup> *El conocimiento histórico*, p. 43.

<sup>91</sup> *Les écoles historiques*, o. c., p. 340.

<sup>92</sup> ἐποχή, significa literalmente: detención, interrupción, cesación. En el lenguaje de los escépticos, “suspensión del juicio, estado de duda”. Cf. Anatolle, Bailly, Le Grand Bailly, Dictionnaire Grec-Français, Paris, Hachette, 2000, p. 792.

No se trata en ningún caso, nos dice Marrou, de oponer el *espíritu crítico* al don de *simpatía* que es una actitud o disposición espiritual a comprender. Al contrario, el historiador, en el sentido completo del término, debe ser capaz de integrar ambas facultades aparentemente contradictorias. Se trata de dos actitudes del espíritu opuestas pero que sin embargo se rencuentran, *pero desigualmente dosificadas según su temperamento en los diversos historiadores*<sup>93</sup>.

Esta noción de *epoché*, Marrou la toma de Husserl ¿Qué significa esta noción en el pensamiento del filósofo alemán? ¿En qué sentido la emplea Marrou? Contentémonos con recordar las reflexiones del padre de la fenomenología en su obra clásica, *Meditaciones Cartesianas*, que son una *Introducción a la Fenomenología*:

Este universal poner fuera de validez (“inhibir”, “poner fuera de juego”) todas las tomas de posición con respecto al mundo objetivo ya dado, y ante todo las tomas de posición respecto del ser (las concernientes al ser, la apariencia, el ser posible, el ser conjetural, ser probable y otras semejantes), o como también se acostumbra a decir, esta *ἐποχή* fenomenológica o esta puesta entre paréntesis del mundo objetivo, no nos enfrenta, por tanto, con una nada. Más bien, aquello de lo que nos apropiamos precisamente por este medio o, dicho más claramente, lo que yo, el que medita, me apropio por tal medio, es mi propia vida pura con todas sus vivencias puras y la totalidad de sus menciones puras, el universo de los fenómenos en el sentido de la fenomenología...

La *ἐποχή* es, así también, el método radical y universal por medio del cual yo me capto puramente como yo, y con mi propia vida pura de conciencia en la cual y por la cual es para mí el entero mundo objetivo y tal como él es precisamente para mí. Todo ser mundanal, todo ser espacio-temporal es para mí, esto es, vale para mí, y precisamente por el hecho de que yo lo experimento, lo percibo, lo recuerdo, pienso de algún modo en él, lo juzgo, lo valoro, lo deseo, etc. Como es sabido, Descartes designa todo esto con el término *cogito*. El mundo no es para mí, en general, absolutamente nada más que el que existe y vale para mí en cuanto consciente en tal *cogito*. De esas *cogitationes* exclusivamente, extrae él su entero sentido, su sentido universal y especial, y su validez de ser. En ellas transcurre toda mi vida del mundo, a la que pertenece también mi vida de investigación y de fundamentación científicas. Yo no puedo vivir, experimentar, pensar, valorar y obrar dentro de ningún otro mundo que no sea éste que en mí y de mí mismo posee sentido y validez. Si yo me pongo a mí mismo por encima de toda esta vida y me abstengo de llevar a cabo cualquier creencia de ser que

<sup>93</sup> Marrou, Henri, “Comment comprendre le métier d’ historien”. En Charles Samaran, o. c., p. 1518. Véase en el mismo texto el acápite *Rôle cojoint de la critique et de la sympathie*, pp. 1517-1524.

tome al mundo directamente como algo existente, si dirijo exclusivamente mi mirada a esta vida misma, en cuanto conciencia del mundo, entonces me gano a mí mismo como ego puro con la corriente pura de mis *cogitationes*.

El ser del ego puro y sus *cogitationes*, en cuanto en sí anterior, precede, por tanto, al ser natural del mundo –de aquel mundo del que yo en cada caso hablo y puedo hablar–. La base del ser natural es secundaria en su validez de ser; presupone constantemente la del ser trascendental. El método fenomenológico fundamental de la *ἐποχή* trascendental, en la medida en que reconduce a este ámbito trascendental, se llama por ello reducción fenomenológica trascendental<sup>94</sup>.

Como se observa, no se trata de una noción histórica sino *formalmente* filosófica que Henri Marrou transpone al campo de la reflexión histórica, como lo hará también con algunas nociones de Kant y ni hablar de Dilthey. Husserl utiliza este término para designar un recurso de su método fenomenológico, mediante el cual *pone entre paréntesis* –sentido griego de la palabra–, el mundo objetivo y establece contacto, por así decir, con su propio yo o *cogito*. Esta *epokhé* o *puesta entre paréntesis* del mundo no nos enfrenta a una pura nada ni es expresión de un escepticismo. Mediante ella nos apropiamos de nuestras propias vivencias y del universo de los fenómenos, en el sentido fenomenológico.

De esta manera, la *epokhé* aparece como el *método radical* y fundamental por el que el yo se capta propiamente como yo. Este método se llama también *método de la reducción fenomenológica trascendental*, y nos permite superar la mera *actitud natural* respecto del mundo circundante, permitiéndonos *poner entre paréntesis* la presuposición de la existencia de un mundo material o de cualquier otro mundo trascendente respecto de la vida de la propia conciencia. Fuera del paréntesis solamente quedan los actos y los objetos de la conciencia.

*¿Cómo aplica Marrou esta noción al campo del conocimiento histórico?* El historiador agustiniano nos invita a tomar prestada de la obra de Husserl la noción de *ἐποχή*, pero en un sentido inverso al modo como lo emplea la fenomenología trascendental. En efecto, nos recuerda el autor, *la aplicaremos al yo, a sus preocupaciones, a lo que llamábamos la urgencia existencial y no, como Husserl, al mundo natural*<sup>95</sup>. Esto significa concretamente que si el encuentro con el otro supone, exige, que *suspendamos* que encerremos *entre paréntesis* el propio yo, olvidándonos por el momento de lo que somos, es preciso hacerlo:

<sup>94</sup> Husserl, Edmund, *Méditations Cartésiennes. Introduction à la Phénoménologie*, Paris, Librairie Philosophique Vrin, “Bibliothèque des Textes Philosophiques”, 1969, §8 pp. 17 y 18.

<sup>95</sup> Marrou, *El conocimiento histórico*, o. c., p. 67.



... no puede haber conocimiento del otro más que si yo me esfuerzo en ir a encontrarlos, olvidándome por un instante de lo que yo mismo soy, saliendo de mí mismo para abrirme a los demás<sup>96</sup>.

Esta pasada por la obra de Husserl no debe hacernos olvidar que el pensamiento de Henri Marrou entronca directamente con la obra de Wilhelm Dilthey, aunque no siempre haga uso de la terminología del gran filósofo teutónico. El mundo del *conocimiento histórico* es esencialmente el mundo de la *comprensión* (el *Verstehen*), que es lo propio de las *ciencias del espíritu* (*Geisteswissenschaften*), *dentro de las cuales se encuentra la historia*<sup>97</sup>, por oposición al mundo de la naturaleza:

La fuente principal (de la filosofía crítica de la historia) está representada por la obra, en tantos sentidos, fecunda de Wilhelm Dilthey (1833-1911)... Aunque su obra crítica fundamental sea la *Einleitung in die Geisteswissenschaft* (Introducción a las ciencias del espíritu) (1883), debe considerarse simbólica la fecha (1875) de su artículo “Ueber das Studium der Geschichte” (Sobre el estudio de la historia) donde se encuentra ya planteada la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, punto de partida de todo el desarrollo ulterior de su doctrina<sup>98</sup>.

En el mismo sentido, el historiador agustiniano adhiere al impulso que mueve a los filósofos críticos, de Dilthey a Weber, *extender el ámbito de la crítica kantiana a todo aquel conjunto de ciencias que Kant no había tenido en cuenta: las ciencias histórico-sociales*<sup>99</sup>. De ahí que el punto de partida de su reflexión sobre la historia lo formule en términos críticos o kantianos, a saber, cuáles son las condiciones de posibilidad –es decir, el fundamento–, del conocimiento histórico:

Esta pequeña obra –*De la connaissance historique*–, está concebida como una introducción filosófica al estudio de la historia; en ella se hallará una respuesta a las cuestiones fundamentales: ¿Cuál es la verdad de la historia? ¿Qué grados y que límites tiene esta verdad? ¿Cuáles son sus condiciones de elaboración? En

<sup>96</sup> *Ibíd.*

<sup>97</sup> Cf. Antiseri, Dario, Reale Giovanni, *Historia del pensamiento filosófico y científico. Del romanticismo hasta hoy* (volumen III), Barcelona, Editorial Herder, 1995, pp. 405-432. Aron Raymond, *La philosophie critique de l'histoire*, o. c.. Dilthey, Wilhelm, *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, Madrid, Revista de Occidente, 1955. Meinecke, Friedrich, *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

<sup>98</sup> Marrou, *De la connaissance...*, o. c. p. 17.

<sup>99</sup> Antiseri y Reale, o. c., p. 405.

una palabra ¿cuál es el comportamiento correcto de la razón cuando se aplica al campo de lo histórico?<sup>100</sup>.

La *simpatía* le otorga al historiador la capacidad de *percibir* y *sentir* “directamente”, de “experimentar” de acceder y ahondar en el misterio de la *vida humana*, de la *existencia humana* de otro tiempo a través de este *signo formal* que llamamos *documento*. La *simpatía* es la vía de acceso del historiador a la *comprensión*. Por la *simpatía* es posible comprender cómo han pensado, han sentido y vivido los hombres de antaño a la luz de la experiencia y vivencias de los hombres de hoy. En síntesis, permite el *encuentro* del historiador con otro *plano de humanidad*, para usar la expresión de Marrou, el tránsito del *sujeto* presente al *sujeto* pasado, del *yo* presente al *otro*. La *simpatía* implica afinidad, inclinación mutua y amabilidad. En esto reside la esencia de la *comprensión* tal como la encontramos en el pensamiento de Wilhelm Dilthey y que Henri Marrou hará suya:

... la comprensión consiste en esta dialéctica del Mismo con el Otro..., (ella) supone la existencia de una amplia base de comunión fraterna entre sujeto y objeto, entre el historiador y el documento (digámoslo más exactamente: entre el historiador y el hombre que se revela a través de ese signo que es el documento): ¿Cómo comprender, sin esta disposición de ánimo que nos hace connaturales con otro, nos permite volver a sentir sus pasiones, a pensar sus ideas iluminadas por la misma luz a la que él las vivió..., en una palabra, sin comunicar con el otro?<sup>101</sup>.

¿Existe algo más ajeno al *positivismo histórico* que esta forma de entender la ciencia histórica y el oficio de historiador? Leyendo sus manuales, nos dice Marrou, queda la impresión de que en vez de la *simpatía* “la primera virtud del historiador debía ser el espíritu crítico”<sup>102</sup>, y que en esta perspectiva *todo documento, todo testimonio será, para empezar, objeto de sospechas*<sup>103</sup>. Lo que prima en la historiografía *positivista* no es la lógica del *encuentro* sino la lógica de la *duda*:

La desconfianza metódica es la forma que tomará, en su aplicación a la historia, el principio cartesiano de la duda metódica, punto de partida de toda ciencia;

<sup>100</sup> Marrou, *De la connaissance historique*, p. 7.

<sup>101</sup> Marrou, *El conocimiento histórico*, o. c., p. 73.

<sup>102</sup> *Ibid.*

<sup>103</sup> *Ibid.*

sistemáticamente habrá uno de preguntarse ante cualquier documento: ¿Pudo el testigo engañarse?, ¿quiso engañarnos?<sup>104</sup>.

Henri Marrou tiene claro el hecho de que tomar al *ser humano* concreto y a su vida como *objeto* de conocimiento implica para la historia un modo de inteligibilidad *específico* como lo ha recordado Antoine Prost<sup>105</sup>. En esto reside la oposición fundamental, tematizada por Dilthey, entre la forma de inteligibilidad de los *hombres* y la forma de inteligibilidad de las *cosas* (res). La distinción radical entre las *ciencias del espíritu* (*Geisteswissenschaften*) y las *ciencias de la naturaleza* (*Naturwissenschaften*). Mientras en las segundas lo fundamental lo constituye la *explicación* de los seres corpóreos según el esquema de la física y la química como se las entendía a fines del siglo XIX. En las primeras, en cambio, lo fundamental está constituido por la *comprensión* del ser humano y sus conductas. La *explicación* es lo distintivo de la ciencia propiamente tal: buscar las causas y establecer leyes. A este respecto señala Wilhelm Dilthey:

Las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*) se diferencian de las ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*), en primer lugar, porque éstas tienen como objeto suyo hechos que se presentan en la conciencia dispersos, procedentes de fuera, como fenómenos, mientras que en las ciencias del espíritu se presentan desde dentro, como realidad, y, originalmente, como una conexión viva. Así resulta que en las ciencias de la naturaleza se nos ofrece la conexión natural sólo a través de conclusiones suplementarias, por medio de un haz de hipótesis. Por el contrario, en las ciencias del espíritu tenemos como base la conexión de la vida anímica como algo originalmente dado. La naturaleza la “explicamos”, la vida anímica la “comprendemos”<sup>106</sup>.

En esta lógica de la *comprensión*, Marrou irá más allá en su empeño por exaltar el papel fundamental e insustituible del historiador o del sujeto cognoscente en la elaboración de la historia, criticando la actitud *fría, aséptica o insensible* y el espíritu de *sospecha* propia del erudito positivista. En efecto, la dialéctica o *diálogo* que el historiador establece con los sujetos de antaño desborda ampliamente la noción de simpatía, ella exige la noción griega de amistad (φιλία)<sup>107</sup>:

<sup>104</sup> Ibíd.

<sup>105</sup> Cf. Prost, Antoine, *Doce Lecciones sobre la historia*, Madrid, Frónesis, Cátedra Universitat de València, 2001.

<sup>106</sup> Dilthey, Wilhelm, *Psicología y Teoría del Conocimiento*, Obras, Vol. 5, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1945, o. c., pp. 196 y 197.

<sup>107</sup> Recordemos que la idea de *amistad* procede en nuestra tradición del pensamiento clásico y fue posteriormente asimilada y profundizada por el pensamiento cristiano, tanto por la *Patrística*, donde el mayor representante es Agustín de Hipona, y también por la *Escolástica*, siendo su

Hasta el término ‘simpatía’ resulta aquí insuficiente: entre el historiador y su objeto ha de establecerse una amistad vinculadora, si es que el historiador quiere comprenderlo, pues, según la bella fórmula de San Agustín, ‘no se puede conocer a nadie si no es por la amistad’ (p. 74).

Con esto, el historiador agustiniano no solo introduce a San Agustín (su otro gran *maestro* junto a Dilthey) en el corazón mismo de la *filosofía crítica de la historia*, sino también la idea de la *historia como amistad*. Con esto se establece una brecha insalvable entre su concepción del saber histórico y las tesis fundamentales del *positivismo histórico*. En la perspectiva de Marrou, hacer historia (*episteme*), significa siempre colocarse en el lugar del *otro*, es decir, de aquellos a quienes se aspira o se pretende historiar. Asumir una actitud de *escucha*, de disposición total al otro, un esfuerzo por comprender al otro, en síntesis, nos dirá Marrou, un buen historiador es aquel que *comprende* a través de lo que dicen sus amigos, y la *amistad*, como ya lo vieran magistralmente Platón y Aristóteles, supone siempre una cierta *semejanza* con el *sujeto amado*. Sin esta *semejanza* no hay *diálogo* ni *amistad* y menos *comprensión histórica* posible, en síntesis no hay *historia viva*. Marrou recuerda esto en un bello texto donde reflexiona sobre el trabajo del historiador sobre el *documento* que deslumbra por su belleza poética y penetración filosófica, texto que me permito citar *in extenso*:

Para que pueda yo comprender un documento, y, más en general, a otro hombre, hace falta que ese Otro posea también en gran parte los rasgos de la categoría del Mismo: es preciso que conozca de antemano el sentido de las palabras (o, más en general, de los signos) que su lenguaje emplea; lo cual requiere que conozca también las realidades mismas que esas palabras o esos signos simbolizan... Solo comprendemos al otro por su semejanza con nuestro yo, con nuestra experiencia adquirida, con nuestro propio clima o universo mental. Únicamente podemos

---

representante más destacado Tomás de Aquino. En lo que respecta al pensamiento clásico, la noción de amistad es desarrollada por Platón en el diálogo socrático *Lisis*, mientras su teoría sobre el amor la plantea sobre todo en el *Banquete*. En el *Lisis*, Sócrates dice que la amistad descansa en el amor y se regula por la virtud. Lo importante a retener en la reflexión de Platón que será profundizada por Aristóteles, es la idea que la amistad supone siempre la búsqueda del bien del ser amado e implica la *reciprocidad*. Se debe velar siempre por el bien del amigo. Se trata pues de una noción intrínsecamente ética. Aristóteles retoma la temática y la desarrolla ampliamente en los libros VIII y IX de la *Ética Nicomáquea*, afirmando desde el principio que cuando se habla de la amistad, se trata de una *virtud* o que *va acompañada de virtud*, y considera que es el bien más necesario para la vida humana. En efecto, sin amigos no valdría la pena vivir, aunque se poseyeran todos los demás bienes, porque la prosperidad no sirve de nada si se está privado de la posibilidad de hacer el bien, la cual se ejercita, sobre todo, respecto de los amigos.

comprender lo que, en gran parte, sea ya nuestro, fraternal; si el otro fuese completamente desemejante, extraño en un cien por cien, no se ve como sería posible su comprensión... Reconocido esto, no puede existir conocimiento del otro más que si me esfuerzo en ir a su encuentro, olvidándome, por un instante, de lo que yo mismo soy, saliendo de mí mismo para abrirme al otro<sup>108</sup>.

Ciertamente, uno de los aspectos esenciales de la amistad en la noción griega, la idea de *reciprocidad*, no se puede aplicar más que metafóricamente al trabajo del historiador, por cuanto uno de los *sujetos* que forman parte del *diálogo* presente y pasado ya no existe “entitativamente”, solo existe de manera fragmentaria y de un modo potencial en este *signo formal* que llamamos *documento*. No obstante, la idea de *semejanza* que es el otro aspecto clave en la noción de amistad nos permite realizar una verdadera historia lejos de la pretensión estéril del *positivismo histórico* y su visión *objetivante*:

... esta tendencia a la simpatía que se actualiza en amistad se desarrolla dentro de la categoría fundamental que nos ha hecho definir la historia como conocimiento, como una conquista del conocimiento auténtico, de la verdad sobre el pasado. Yo quiero conocer, quiero comprender el pasado y, en primer lugar, sus documentos, en su ser real; quiero amar a ese amigo que es Otro existente, y no, bajo su nombre, a un ente de razón, a una fantasmagórica urdida por mi imaginación. La amistad genuina, lo mismo en la vida que en la historia, supone la verdad (p. 74).

Como se ve de lo que hemos señalado hasta ahora, la noción de *comprensión* y la de *amistad* que le es indisoluble hacen del historiador un *sujeto* activo en la elaboración del conocimiento histórico. El acto mismo de comprender que constituye a la historia como un genuino saber, implica una cierta forma de connivencia o para decirlo en un lenguaje filosófico, un conocimiento por *connaturalidad*, que establece una cierta complicidad con el objeto de estudio, en este caso, con un objeto que es un *otro*. Como lo recuerda Antoine Prost en continuidad intelectual con Marrou, *es necesario que aceptemos entrar en su personalidad, ver con su mirada, experimentar con su sensibilidad, juzgar según sus criterios*<sup>109</sup>. En otras palabras, no se comprende bien si no se hace desde el interior. Se trata entonces, de un esfuerzo que moviliza la inteligencia pero que afecta a zonas más íntimas de la personalidad, pues nadie queda

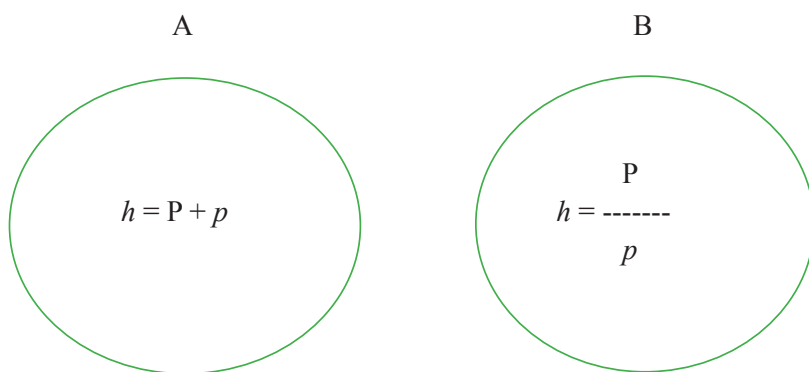
<sup>108</sup> Marrou, Henri, *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Books, 1999, pp. 71 y 72.

<sup>109</sup> Prost, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia*, o. c., p. 169.

indiferente ante lo que comprende. *La comprensión es, pues, una forma de simpatía, un sentimiento*<sup>110</sup>.

*La historia un mixto indisoluble entre planos temporales de humanidad*

Es en la definición de la historia como un *mixto indisoluble* donde Henri Marrou manifestará su visión más profunda sobre la naturaleza del saber histórico, visión que se encuentra en las antípodas del *positivismo histórico*, como lo hemos visto a lo largo del presente trabajo. Esta visión se podría caracterizar como un *realismo crítico* por oposición a la perspectiva del *positivismo* que podría caracterizarse como un *realismo ingenuo* ¿Cuáles son las diferencias sustantivas entre ambas visiones? Para responder a esta interrogante, Henri Marrou nos proporciona dos esquemas que sirven de cuadro comparativo para entrar de lleno en la discusión. Recordemos que se trata primera y fundamentalmente de un debate epistemológico y no meramente historiográfico.



Mientras el primer esquema (A) nos manifiesta la idea de la historia tal como es concebida por la corriente histórica *positivista*, el segundo (B), en cambio, muestra la visión que Henri Marrou elabora sobre el saber histórico desde una *filosofía crítica de la historia*. Como se observa claramente, para el autor agustiniano la esencia del *positivismo histórico* se encuentra en la negación del *rol activo* del historiador, su total *desaparición* en la elaboración del conocimiento histórico en nombre de la *objetividad* científica:

<sup>110</sup> *Ibid.*

Para ellos, la historia es el Pasado, registrado objetivamente, y añadido, por desgracia, a una inevitable intervención del presente al que pertenece el historiador, algo así como la ecuación personal del observador en astronomía o como el astigmatismo del oftalmólogo, es decir, un dato parásito, una cantidad que habría que procurar fuese lo menor posible, hasta hacerla prescindible, tendiente a cero<sup>111</sup>.

¿No es esto acaso lo que nos propone Gabriel Monod en su conocido ‘*Manifiesto*’ de la *Revue Historique*, es decir, dejar de lado la *subjetividad* (en el sentido de *sujeto*) del historiador en nombre de la *objetividad científica*? Como señala Marrou, los teóricos positivistas trataron de definir las condiciones que debería asumir la historia para que pudiese alcanzar el honroso rango de *ciencia positiva*, de conocimiento ‘válido para todos’, ‘una ciencia exacta de las cosas del espíritu’ (Renan)<sup>112</sup>. Pero Marrou irá más allá en su crítica contra el espíritu positivista que hace de la historia un saber caricaturesco:

Según esta concepción, parece como si el historiador, y ya antes de él el testigo cuyo documento utiliza, solo pudiesen, con su aporte personal, afectar a la integridad de la verdad, objetiva, de la historia; y que tanto, si fuese positivo como si fuese negativo –lagunas, faltas de comprensión, errores en el segundo caso, consideraciones ociosas, florituras retóricas en el primero– este aporte sería siempre lamentable y debería eliminarse<sup>113</sup>.

En síntesis, el historiador no *construye* en modo alguno la historia, sino que la vuelve a encontrar, es lo que Robinson Collingwood llama con sarcasmo, *la historia hecha con tijeras y engrudo*<sup>114</sup>.

La visión del historiador de la *Antigüedad tardía* se construye sobre la crítica a esta idea *ingenua* (realismo ingenuo) de la historia que niega el rol fundamental que tiene el historiador en la elaboración o *construcción* del saber histórico (lo que se representa en el esquema “B”). Para Marrou la historia es y no puede no ser un *mixto indisoluble*. En efecto, a diferencia de lo que piensa la corriente positivista, no existe una *realidad histórica* que esté hecha antes de la *ciencia* y que tan solo bastaría *reproducirla con fidelidad*<sup>115</sup>. Al contrario, *la historia es el resultado del esfuerzo, en un sentido creador, por el que el historiador,*

<sup>111</sup> Marrou Henri, *De la connaissance historique* (Points/Histoire), p. 49.

<sup>112</sup> *Ibíd.*, p. 48

<sup>113</sup> *Ibíd.*, p. 49.

<sup>114</sup> Collingwood, R. G., *Idea de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, Decimocuarta reimpresión, pp. 249-252.

<sup>115</sup> *Ibíd.*



*el sujeto cognoscente, establece esa relación entre el pasado que él evoca y el presente que es el suyo*<sup>116</sup>.

La noción de *hecho* y *hecho histórico* será uno de los grandes puntos de controversia entre el positivismo histórico y la *teoría crítica* de la historia de Henri Marrou. La noción de *hecho histórico*, es el gran “mito” y la gran obsesión de positivistas y eruditos. Hay que decirlo sin ambages, muchos historiadores tienden a confundir los *eventos* o *procesos* con la noción técnica y rigurosa de *hecho* y *hecho histórico*. Esto implica asumir que existen en el ámbito del saber y de la ciencia *hechos brutos*, es decir, sin participación alguna del sujeto cognoscente ¡Qué barbarismo intelectual! Lo que llamamos *hecho*, en una *perspectiva epistemológica*, siempre es una elaboración intelectual. Esto quiere decir que es *constituido* (que no es lo mismo que *construido*, en esto reside el error kantiano más presente hoy día de lo que suele pensarse), por el científico o sabio desde la *perspectiva formal* de su propia disciplina. Esta *perspectiva formal* está enteramente determinada por el *objeto formal*. Esto forma parte del abecedario de la epistemología. Con justa razón ha señalado Henri Marrou:

Es preciso insistir sobre esta constatación elemental, pero de grandes consecuencias para una exacta comprensión de nuestra disciplina: un personaje, un evento, tal aspecto del pasado humano, solo son, ‘históricos’ en la medida en que el historiador los califica como tales, juzgándolos como dignos de memoria porque a algún título le parecen importantes, activos, fecundos, interesantes, útiles a conocer... Esta elección, y el juicio que la funda, están en relación directa con la conformación del espíritu del historiador, con su cultura personal, las preocupaciones del medio social, al cual él pertenece, con su concepción general del ser, del hombre, todo aquello que el alemán expresa, no sin cierta pedantería, hablando de *Lebens und Weltanschauung*<sup>117</sup>.

En esta lógica epistemológica, la historia debe ser entendida primeramente y ante todo como una *elaboración* del historiador, donde la dualidad potencial o material (*materialiter*) entre *sujeto* y *objeto*, es reemplazada por la unidad (*formaliter*) en el mismo *acto de conocer* entre el presente del historiador y el pasado humano, entre dos *sujetos* o planos de *humanidad*. Es todo esto lo que finalmente explica por qué Marrou sostiene desde su primer trabajo consagrado a la epistemología de la historia, *Tristesse de L’ Historien* (1939), hasta su última reflexión sobre este tópico, *Histoire, vérité et valeurs* (1976), que la tesis

<sup>116</sup> *Ibid.*

<sup>117</sup> Marrou, Henri-Irénée, “Comment comprendre le métier d’ historien”. En Samaran, Charles, *L’ Histoire et ses Méthodes*, France, Encyclopédie de la Pléiade, Éditions Gallimard, 1961, p. 1471. El destacado es nuestro.

esencial de la *filosofía crítica de la historia* no puede ser otra que la siguiente: *la historia, toda historia es siempre inseparable del historiador.*

Esto coloca a la epistemología de Marrou en las antípodas de toda concepción positivista o neopositivista de la historia. Concepciones para las cuales el historiador es tan solo un *ente pasivo*, un mero *receptor* de *hechos* ya constituidos antes de su intervención. Obviamente, en esta lógica epistemológica, la historia es siempre *separable del historiador*. Ella existiría, por así decirlo, al “estado puro”, “*prêt-à-porter*”, en los documentos. En esta perspectiva epistemológica la función del historiador consistiría en “extraer” los hechos tal como se encuentran en las fuentes históricas, evitando con el mayor cuidado posible que algo de su personalidad intervenga en esa “recolección de frutos”. La visión de Marrou es completamente distinta, la riqueza de una obra histórica depende de la calidad intelectual, cultural y humana del historiador:

El valor, yo entiendo la verdad, del trabajo histórico está en proporción con la riqueza humana del historiador. Mientras más inteligente sea, rico en experiencia vivida, abierto a todos los valores del hombre, más será capaz de encontrar cosas en el pasado, y su conocimiento será más susceptible de riqueza y de verdad<sup>118</sup>.

En la misma perspectiva, Jacques Maritain recogerá los planteamientos de su amigo Henri Marrou y señalará en su *filosofía de la historia* a propósito del rol del historiador en la elaboración tanto del conocimiento como de la verdad histórica:

Para el historiador, es un requisito previo que posea una profunda filosofía del hombre, una cultura integral, una aguda apreciación de las diversas actividades del ser humano y de su comparativa importancia, una correcta escala de los valores morales, políticos, religiosos, técnicos y artísticos. El valor, quiero decir, la verdad, de la labor histórica estará en relación con la riqueza humana del historiador<sup>119</sup>.

¿Pueden sorprender entonces, los consejos del historiador agustiniano a sus jóvenes estudiantes de historia, sobre el trabajo previo que deben realizar para llegar a ser algún día historiadores?: *Vuestra tarea es fácil a definir: liquidar el positivismo y reencontrar la originalidad del conocimiento histórico*<sup>120</sup>. ¿Por

<sup>118</sup> Marrou, H.-I., *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, Collection “Esprit”, 1954, p. 238.

<sup>119</sup> Maritain, Jacques, *Filosofía de la historia*, o. c., p. 22.

<sup>120</sup> *Tristesse de l’Historien*, a. c., p. 18. Recuerdo la extensa conversación mantenida con uno de los grandes discípulos de Henri Marrou en Paris en abril del 2005, Pierre Riché. En ese

qué liquidar el positivismo histórico? Porque representa una idea falsa de cómo procede la razón humana en general y la razón histórica en particular. Para el positivismo, el historiador no es más que un mero “recolector” de “hechos” (digamos más bien de “fósiles”) que existirían independientes de él y que exigirían su total ausencia ante el “peso” de los mismos “hechos”. Lo que se pretende desconocer, para decirlo con Henri-Irénée Marrou, es el *dato* primordial de toda crítica del conocimiento histórico (Dilthey)<sup>121</sup> ¿Cuál? Simplemente que *la historia es inseparable del historiador*; tesis fundamental sin la cual no hay saber histórico alguno y menos aún es posible una fundamentación epistemológica de la historia.

---

momento, el gran medievalista me sugería que leyera con atención el artículo que ahora citamos, proporcionándome una fotocopia del mismo.

<sup>121</sup> Cf. en general, Dilthey, Wilhelm, *Crítica de la Razón Histórica*, Barcelona, Editorial Península, Primera edición, 1986.





# RESEÑAS



Freddy Timmermann

*El gran terror. Miedo, emoción y discurso. Chile, 1973-1980*

Santiago de Chile, Ediciones Copygraph, 2015, 337 pp. ISBN 978 956 119 707

En esta obra, Freddy Timmermann estudia el miedo administrado por la dictadura de Pinochet en su primera fase (1973-1980). ¿Qué es lo que lo hace centrarse en este fenómeno? Según mi lectura hay aquí una reacción a las explicaciones estructurales, en términos de la economía y la política internacional, como a los excesos funcionalistas en términos de la dinámica que adquirió el sistema de partidos políticos a fines de los 60 e inicios de los 70. El miedo, como un fenómeno social, experimentado tanto por “los de abajo” como por “los de arriba”, fruto de la creciente conflictividad social, reavivó viejos fantasmas de la historia de Chile y está dentro de los motivos internos más determinantes para comprender el acaecimiento del Golpe de Estado. La dictadura administró de manera consciente este miedo y lo amplificó instaurando un terrorismo de Estado: “El 5 de junio el presidente de la Junta de Gobierno, Augusto Pinochet, le envía el Memorandum N° 229 al Secretario General de Gobierno en que le solicita “disponer la elaboración de un Plan de Acción Psicológica para lo que resta del año 1974” (p. 127).

Como lo anuncia su autor, este trabajo constituye al miedo como objeto historiográfico, para lo cual se centra –únicamente– en el análisis de documentos oficiales emitidos por “la Junta”, tales como los Bandos, el Acta de constitución de la Junta, la Declaración de Principios y el Discurso de Chacarillas, entre los más relevantes. Aquí, una primera pregunta: ¿Es del todo pertinente el puro análisis documental para dar cuenta de una emoción? Yo creo que sirve, indudablemente, pero no basta. Y esto por la característica del “objeto”.

En materia de conocimiento del rol jugado en cierto contexto por una emoción como el miedo, me parece que al registro explicativo ha de agregarse la vía emocional misma. Se trata del acceso a una experiencia. Y si bien por principio la experiencia es intransferible en toda su intensidad mediante mecanismos explicativos y formatos de representación tradicionales, sí que puede ser “suscitada” en otro espíritu. Mi referencia es un tanto esotérica, pienso en el libro *Lo Santo* de Rudolf Otto. Como se recordará, esta obra intentaba, por la vía fenomenológica, un conocimiento de la experiencia de lo sagrado. El modo de hacerlo requería primero una cuota mínima de experiencias de diverso tipo por parte de los lectores; si estos no la tenían debían renunciar a seguir la lectura del libro, pues en lo que venía trataba de que en la memoria emotiva de los lectores revitalizan experiencias de distinto tipo, para que en suma diera un análogo a la experiencia de lo sagrado. Es una forma posible. (Aunque quizá cada vez menos posible en un mundo en que experiencias de cierto tipo se van perdiendo inexorablemente y con ellas la posibilidad de comprensión, no solo del pasado, sino de cualquier Otro).

Entonces hay aquí una reacción en contra de la falta de alcance de los tradicionales enfoques para dar cuenta de toda la complejidad de un fenómeno. Pero hay más a mi modo de ver: como nunca el presente determina al historiador.

Pese a los fenómenos de superficie, Timmermann sabe que Chile sigue siendo un país cuya realidad política se explica en gran medida por la repartición de sus miedos. Lo señalo, porque a partir de las protestas estudiantiles del 2011, mal identificadas como “movimiento social del 2011”, surgió una explicación estándar que terminó por instalarse como lugar común: “se trata de una generación que no tiene miedo, son jóvenes nacidos en



democracia”. (Extraño juicio viniendo de una izquierda que ha insistido que esta democracia no es realmente democracia).

Si hay algo que Timmermann establece desde el comienzo es que el miedo es un elemento constituyente de la política, no su excepción, lo es así desde que desapareció la *polis*, afirma con Castoriadis. Pero aquí hay diferencias de intensidades, pues los miedos e inseguridades de un país reconstruido en la ortodoxia neoliberal quizá sean de los peores del mundo, no por el grado de dolor o sufrimiento físico, sino por instalar dispositivos psicopolíticos “en” los sujetos. No necesitamos la dictadura, porque la tenemos ahora dentro: la autocensura, la autoexplotación, el hiperconsumo y su lógica proyectada a todos los niveles de la vida, y sobre todo la soledad enmascarada en el acceso ilimitado a “la red”. Son realidades que todavía están por ser estudiadas en Chile. (Algo de esto ha adelantado de modo general Byung-Chul Han)<sup>1</sup>.

Pues bien, al confrontarnos con ese otro miedo del pasado, Timmermann cumple un requisito propio de lo que Michel de Certeau definió como “la operación historiográfica”<sup>2</sup>: propiciar ese movimiento entre empatía y extrañamiento (continuidad y ruptura) de nosotros respecto de esos otros del pasado. “Ese era el miedo en Chile cuarenta años atrás. Si el miedo es constituyente de la política y no su excepción ¿Cuál y cómo es entonces nuestro miedo? ¿Ante qué cosas y situaciones lo experimentamos? ¿Qué rasgo nuestro puede explicar?”: “Un grupo, ya se sabe, no puede expresar lo que tiene ante sí –lo que aún falta– más que por una redistribución de su pasado”<sup>3</sup>.

Existen al menos dos vías por las que el historiador define sus problemas de estudio, que por economía de exposición llamaremos “cientificista” una, y “ciudadana” la otra. La primera se justifica en el desarrollo previo de un campo de investigación, detectando “lagunas” de saber que la nueva investigación debe completar. La “utilidad para la vida”, parafraseando a Nietzsche, de este tipo de investigación es incierta. Lo que sí es claro es que es el modo más seguro de construir una carrera académica.

La otra, la ciudadana, requiere de una suerte de “doble conexión” de parte del historiador: con el desarrollo de la producción historiográfica de su área de especialidad y con las encrucijadas y dilemas que le son contemporáneas y propias. Pues el historiador es un sujeto que estudia el acontecer estando siempre él mismo aconteciendo. Esta condición ontológica del historiador se asume o se enmascara, no hay más que estas dos alternativas.

Si no queremos seguir hablando solos, o entre nosotros mismos, debiéramos atender la indicación de Enzo Traverso: “para escribir un libro de Historia que no sea sólo un trabajo aislado de erudición, hace falta también una demanda social, pública”<sup>4</sup>. Esto, de algún modo, equivale a rehabilitar, para el historiador, la función clásica del filósofo: responder las preguntas que se hace una sociedad, pero cuando esta no se las hace debe interrogarla

<sup>1</sup> Han, Byung-Chul, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona, Herder, 2014.

<sup>2</sup> De Certeau, Michel, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.

<sup>3</sup> Op. cit., p. 53.

<sup>4</sup> Traverso, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 40.

de modo impertinente. Desde luego los riesgos aquí se multiplican. Sabemos el destino de Sócrates por usar la pregunta filosófica para propiciar la virtud pública. Para el historiador de hoy esos peligros solo se han de soslayar imponiéndose rigor investigativo y elegancia de los planteamientos y provocaciones. Son precisamente estos los atributos de los trabajos que Freddy Timmermann ha dedicado a la historia contemporánea de Chile.

PABLO ARAVENA NÚÑEZ  
Universidad de Valparaíso

Benjamín Silva, compilador

*Historia social de la educación chilena, Tomo I, Instalación auge y crisis de la reforma alemana. Agentes escolares,*

Santiago 2015, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana. 214 pp. ISBM979-959-9677-00-7.

La primera década del siglo XXI podrá ser recordada, entre otras razones, por la importancia que han alcanzado los asuntos educacionales en la agenda del país: demandas sociales y conflictos, debates políticos y febril actividad reformista, se han sobrepuesto a la continuidad de los procesos expansivos, de modernización y también de deterioro del sistema de enseñanza. Está claro que lo que piense y haga la sociedad chilena en este campo es de profunda trascendencia. Puede decirse que tenemos un problema de fondo que es, consecuentemente, un desafío con salidas de largo plazo.

Si la renovación y el mejoramiento de la educación son tareas colectivas de escala prolongada, hay razón para valorizar el desarrollo de una acumulación historiográfica congruente. El conocimiento de la historia de la educación chilena es necesario y parece estar enriqueciéndose. Así puede desprenderse de balances recientes tanto en la presentación de esta obra por el compilador Benjamín Silva, como el incluido en otra obra reseñada en este número<sup>1</sup>. Parte del nuevo desarrollo del conocimiento en el área está dirigido a la corriente de la historia social de la educación. Es el caso de la publicación que aquí resumo y comento.

Sin ánimo de discutir sobre un canon de la particularidad de la historia social –en este caso de la educación– es posible una visión ampliada al respecto: toda buena historia de la educación es social. Por ejemplo: los capítulos o secciones que dedicó Gonzalo Vial a la educación en su *Historia de Chile* pueden considerarse aportes a esta subdisciplina. Pero tiene más circulación la corriente que la entiende como historia de los procesos y/o actores que se encuentran en la base de las prácticas educacionales: allí donde efectivamente se enseña y se aprende. Una versión más aguda es la historia militante de la educación: la que prescinde de los consensos y se limita a los conflictos, la que sataniza los poderes y sacraliza las resistencias.

En el libro que ha organizado y compilado Benjamín Silva hay una definición, que está contenida en el subtítulo de la publicación: los “agentes escolares”. Efectivamente, la mayoría de los trabajos se refieren a actores de la educación, por lo general en la dimensión escolar de la misma. Como se indicará más adelante, hay capítulos que se centran en reemorar agentes no escolares. Otros capítulos versan sobre reformas educacionales y otras decisiones políticas, que a algunos historiadores sociales pueden repugnar. Parece saludable que no se caiga en delimitaciones férreas, a menudo esterilizantes.

El volumen que se reseña, puede leerse también como historia cultural de la educación. Varios de los artículos se ocupan de problemas propios de los estudios culturales, con mayor propiedad o densidad.

<sup>1</sup> Ver reseña de Leonora Reyes Jedlicki, *La escuela en nuestras manos, Las experiencias educativas de la Asociación General de Profesores y la Federación Obrera de Chile (1931-1932)*, Santiago, Editorial Quimantú, Colección Aprobar, Serie Atizar y Colectivo Diatriba, 2014.

Otra de las particularidades de la compilación es que no se encierra en la insula chilena y se despliega por la geografía nacional. Varios de los trabajos abordan temáticas regionales. Algunos se refieren a nuestro enraizamiento en la región latinoamericana, así como al recurrente tema de las influencias culturales y pedagógicas entre Chile y otros países del mundo, más allá de nuestra área vecina.

Aunque aparezca un posible abigarramiento de la compilación, le da unidad el recorte temporal de la obra. El lapso 1880-1930 es prácticamente coincidente con otro de los recientes aportes a la historiografía de la educación chilena: los diversos capítulos producidos por un equipo de académicos bajo el liderazgo editorial de Sol Serrano, Macarena Ponce de León y Francisca Rengifo<sup>2</sup>.

Adentrándose en los estudios que componen la compilación, se encuentra un excelente primer capítulo: Juan Pablo Conejeros se ocupa del tránsito “de la francofonía al embrujo alemán”, entre 1880 y 1910. Es una monografía que suma positivamente a enfoques más antiguos como los de Amanda Labarca y de Gonzalo Vial y otros más recientes como la tesis de Cristina Alarcón (en la FLACSO-Buenos Aires). Lo valioso es que Conejeros contrasta la hegemonía cultural francesa, que él muy bien había trabajado en un libro anterior, con su sucesora, la hegemonía germánica que, para el caso de la educación propiamente tal, ha merecido una buena acumulación. Llama una atención expectaciosa, el recurso que hace este autor a las publicaciones –poco difundidas en Chile– del estudioso francés Jean Pierre Blancpain.

El siguiente capítulo de la compilación lo ofrece Andrés Donoso Romo, que se ocupa de las demandas educacionales de las primeras organizaciones mapuches. En formato de ensayo y basándose en suficientes fuentes secundarias, Donoso entrega un registro de tales propuestas, significativas para un debate dolorosamente en curso en nuestros días. Pero Donoso no se detiene ahí y sorprende avanzando a unas inteligentes páginas sobre tres gigantes intelectuales latinoamericanos: José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, como telón de fondo al momento en que los actores mapuches reclamaban por acceder a la educación, como una respuesta a su recientemente impuesta subordinación.

Un tercer estudio hace viajar de la Araucanía al norte salitrero. Jaime González G. y Geraldine Sandoval D., después de conectarse bien con la historiografía de la educación chilena, especialmente en sus conexiones con la dimensión social, se enfocan en los estudios sobre la educación en Tarapacá en el período. Luego, entran de lleno y acertadamente a un objeto específico que liga educación con comunicación y con el actor movimiento obrero de dicha provincia: las referencias del diario *El Despertar de los Trabajadores*, de Iquique, a la política educativa de la época, desde perspectivas como “educación y liberación”, “educación y moral de clase”, “educación e ideas laicas” y “educación y estado”.

El cuarto capítulo es uno de los más propiamente referido al sistema escolar y más particularmente a la formación de maestras y maestros primarios en el período. Orieta Ojeda investigó muy fundadamente una arista poco conocida pero que cobra sentido en la coyuntura actual de las relaciones entre Chile y Bolivia. La autora devela vínculos cooperativos entre ambos países, bajo aceptación de ambos gobiernos. Esto, en los años en que supuestamente

<sup>2</sup> Serrano S., Ponce de León, M. y Rengifo, editoras (2012), *Historia de la Educación en Chile, Tomo II, La Educación Nacional*, Santiago, Editorial Taurus.

nuestro país se comportaría como agresor. En efecto, la autora documenta la contratación de chilenos para profesar en escuelas normales del país vecino y la estadia de bolivianas en escuelas normales chilenas, entre 1905 y 1920.

Máximo Quitral, José Carrasco y José Urbano, basándose en fuentes secundarias, recuerdan el muy estudiado proceso de generación de la Ley de Educación Primaria Obligatoria de 1920. En ese marco, aportan referencias al poco analizado papel desempeñado por la masonería chilena. El secreto que practica esta institución ha conspirado para que su importante implicación con el desarrollo educacional de la República sea abordado por la historiografía independiente. El capítulo a cargo de los tres autores indicados avanza en subrayar el papel de dos destacados maestros, Víctor Troncoso y Héctor Puebla, en los esfuerzos finales para lograr la aprobación de la ley. Importa especialmente la referencia a Troncoso, posteriormente actor significativo en dos hitos importantes de la historia social de la educación nacional en el siglo XX: por una parte, en la gestación de la desafiante Asociación General de Profesores de Chile y su propuesta de la reforma integral de la educación de 1928. En todo ello, Víctor Troncoso fue protagonista decisivo —y poco investigado. Por otra parte, Troncoso fue líder también central del Plan San Carlos y del movimiento de las “escuelas consolidadas” desplegado entre 1945 y 1973.

Otra contribución es la de Carolina Figueroa y Benjamín Silva, positivamente singularizada por el cruce entre dos temáticas: una, la construcción de la escolaridad en la dimensión territorial y otra, la presencia femenina en dicha construcción. Con plausible basamento en archivos de la época, los autores enfocan, desde la provincia, la agencia activa de maestras primarias en la instalación del aparato escolar chileno en la zona recién incorporada al Estado inmediatamente después de la guerra del Pacífico. La actividad de gestión escolar no se limitaba a la rutina del aula, sino que se atrevía a denunciar escaseces y problemas, y a presionar a las autoridades centrales para su solución. “Agentes escolares” como éstas han sido ignoradas por las escritoras feministas, engeguécidas por el halo de las directoras de liceo o de escuelas normales o las catedráticas universitarias del período.

El último capítulo de la compilación es obra de Pablo Toro Blanco. Su aporte tiene un título inquietante: “Corazones depravados” y “capataces de colegio”. El subtítulo especifica que se propone examinar las “relaciones entre inspectores y estudiantes como actores de la vida escolar en la enseñanza secundaria (c. 1880- c. 1920)”. En efecto, las expresiones proferidas en el título recogen respectiva y recíprocamente las calificaciones (o descalificaciones) mutuas entre los inspectores, hoy conocidos como paradocentes, y los alumnos liceanos. El capítulo de Toro aborda, reflexiva y documentadamente, las representaciones de estos dos agentes escolares de la época, yendo más allá de lo que podría considerarse desde la sociología propiamente intraescolar, o enfoques de micro-política educacional, para incursionar con seriedad en las singularidades de la teoría de las emociones y de la comprensión de la edad juvenil.

Finalmente, cabe señalar que el conjunto de los estudios que han conformado el reseñado volumen abren expectativas respecto a la diversidad de aportes que se incluirán en los anunciados dos futuros volúmenes de la colección: “Estado docente con crecientes niveles de responsabilidad en sus aulas. Chile de 1920 a 1973” y “La educación durante el neoliberalismo. Chile desde 1973 al presente.” Junto con valorizar el primer volumen, por recoger nuevas y diversas escrituras históricas respecto al campo escolar, habrá que esperar que la notable capacidad de emprendimiento académico de Benjamín Silva logre llegar a

buen puerto. Esta última metáfora alude a la residencia del compilador en Valparaíso, que hace más significativa la feliz impronta territorializada de la obra que se ha reseñado.

IVÁN NÚÑEZ PRIETO  
Premio Nacional de Educación 2015

François Dosse

*El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*  
Ediciones Universidad Finis Terrae, Santiago, 2012, 295 páginas, ISBN 978-956-7757-26-8.

Que el libro que se reseña a continuación –de uno de los historiadores franceses más leídos en el mundo entero (traducidos muchos de sus libros al alemán, español, coreano, japonés, inglés y portugués)– no haya sido reseñado en Chile en más de dos años, tiene una respuesta clara: los problemas epistemológicos y teóricos de la historiografía generan muy poco eco en nuestro país<sup>1</sup>.

François Dosse es uno de los intelectuales de mayor renombre en Francia hoy en día. Autor de enorme producción historiográfica desde su controvertida tesis doctoral publicada luego como *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”* (1987), luego su *Historial del Estructuralismo* (1991-1992, dos tomos), pasando también por *La historia, conceptos y escrituras* (2003) y *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual* (2003) hasta llegar a sus obras más recientes dedicadas a la biografía intelectual de pensadores como Ricoeur (1997), Gilles Deleuze y Félix Guattari (2007), Pierre Nora (2011) y su último libro sobre Castoriadis (2014). Cito algunos de sus libros para que el lector pueda apreciar su trayectoria.

Dosse ha dedicado esfuerzos –desde la historia intelectual, la biografía histórica y la atención a los problemas epistemológicos– en orientar la mirada hacia nuevas sensibilidades historiográficas (la historicidad, el acontecimiento, la memoria, el sujeto, etc.), poniendo énfasis en que tales cambios en nuestra disciplina, tienen explicación desde una socio-epistemología de la escritura de la historia. Ideas y pensadores provenientes del estructuralismo, la filosofía del lenguaje (*giro lingüístico*), la hermenéutica (especialmente Ricoeur), la fenomenología y la historiografía (en especial la francesa) se funden en narraciones académicas del autor que buscan respuestas a los cambios de los últimos cincuenta años en las ciencias sociales. El libro que me propongo reseñar a continuación guarda relación con todos estos problemas.

El texto es fruto de la edición en español de 11 monografías del autor publicadas en francés (revistas y libros) que guardan un hilo conductor: la atención a los problemas epistemológicos de la escritura de la historia, ya no esa epistemología decimonónica que creía en una ciencia social a la par de las ciencias naturales, sino que una epistemología del comprender y del explicar: una epistemología que entrega posibilidades de conocimiento pero también fronteras y límites. Nos detendremos en las más significativas para dar luces de un libro revelador de nuevas tendencias y sensibilidades historiográficas. El libro está

<sup>1</sup> Si pensamos que son muchos los historiadores chilenos que dedican esfuerzos y vidas completas a “regiones” de la historiografía, tales como la historia colonial, historia republicana, historia reciente, la historia política, la historia de género, historia económica etc.; son muy pocos los que estudian las relaciones epistemológicas y teóricas de nuestra disciplina. Personalmente he leído a cuatro: Miguel Valderrama, Luis De Mussy (quienes son los editores de la Colección Re-Visiones en donde se publicó este libro y en donde además se ha traducido a Frank Ankersmit y François Hartog), Rodrigo Ahumada y Pablo Aravena.

dividido en dos grandes momentos, el primero en atención a los recorridos epistemológicos y el segundo a lo que Dosse llama “singularidades”.

El primero de los textos que se presenta es el que lleva por título “Michel De Certeau y la escritura de la historia”, trabajo que originalmente fuera publicado en francés el año 2003 en la revista *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*. Me parece que la elección no es azarosa como apertura del libro: la figura de Michel De Certeau contiene la pregunta fundamental por el ¿cómo se hace la historia?, en directa relación con la fabricación del conocimiento histórico por parte del historiador y del lugar social que lo cobija como intelectual. De esto trata la famosa *operación historiográfica* propuesta por De Certeau por los años setenta, mirar la producción de conocimiento del pasado desde un lugar social, desde una práctica (una técnica) y desde su escritura. Dosse apunta sobre esto relacionando la mirada certaliana con la de Ricoeur en la medida en que ambas conjugan ficción y realidad en la construcción de realidades pasadas. Dosse apunta que De Certeau fijó la escritura de la historia en un “entre dos”, entre el lenguaje del pasado y el del presente de quien mira hacia el pasado. En este sentido es que Dosse dedica esfuerzos por relacionar memoria e historia en el pensamiento del jesuita francés. La memoria funciona como apertura del pasado desde un desplazamiento hermenéutico que entrega sentido a un pasado que no está muerto, sino que es fabricado desde el actuar contemporáneo, pues es la misma memoria la que está marcada por ese “pasado que no pasa”, recordando la famosa frase de Rousseau.

El segundo estudio lleva por título “Del uso razonado del anacronismo”, original que fuera publicado en la revista *Espaces Temps* el año 2005. Acá, Dosse rema contra la corriente más ortodoxa de *Annales* al proponer un uso medido del anacronismo. Fue Lucien Febvre, en su estudio sobre *Rabelais* y la incredulidad del siglo XVI, quien pregonara en contra del pecado más grande que –según sus palabras– pudiera cometer un historiador: proyectar el presente y sus ideas a realidades pasadas, llamando a la abstención total de paralelismos entre presente y pasado. Por el contrario, según Dosse, el uso del anacronismo no es un error historiográfico sino más bien un uso que llama a recomponer la relación pasado presente, en hacer patente el pasado en un presente que necesita comprenderlo. Para aquello se apoya en Nicole Loraux –antropóloga e historiadora francesa– quien no ve en la distanciaci3n temporal una garantía indispensable para el buen conocimiento del pasado. Tanto en Rancière como Benjamin, Dosse ve posibilidades que le permiten argumentar a favor del uso del anacronismo en relaci3n con que el pasado ahora es “contemporáneo del presente” (p. 63). Para nuestro autor esto es posible al escapar de la mirada lineal de la historia y del tiempo y la aceptaci3n del presupuesto kosellequiano de la “contemporaneidad de lo no contemporáneo”.

El tercer momento se titula “El momento etnol3gico”, texto que forma parte de una publicaci3n en francés del autor en la revista *Le Débat* del 2007 que lleva por nombre “Le moment ethnologique dans la culture française”. Le interesa a Dosse en este estudio mostrar, desde los años cincuenta, el triunfo de una forma de comprender al hombre en sociedad: el estructuralismo, fenómeno intelectual que da respuesta a la decadencia de la Europa de post-guerra y que tiene como punto crucial, la negaci3n de la historicidad. La figura de Claude Lévi-Strauss es central en esta nueva mirada antiprogresista de la cultura occidental que a la vez enfría la historia y centra sus esfuerzos por entronizar a la antropología como la ciencia social por excelencia. Se nos da cuenta de una “agonía del europeocentrismo”<sup>2</sup>, que

<sup>2</sup> No queda claro por qué el traductor no ocupó la palabra “eurocentrismo”.



termina a la vez, desde el estructuralismo, con filosofías totales en Hegel, Marx y otros; y a la vez se instaura desde la intelectualidad de un pensamiento antirracista. Lévi-Strauss es por esos años una figura descolante no solo en los círculos académicos, también en los medios. Hasta participa activamente para UNESCO, de donde sale el texto *Race et histoire*. Hay por esos años una decepción en la filosofía y la historia, muchos intelectuales toman parte del modelo estructuralista, asunto que Dosse explica bajo la huella de la generación de 1956. La etnología estructural se ofrece como una salida y superación a la filosofía especulativa.

Otro momento del libro está marcado por la relación “tiempo presente” e “historiografía”. Acá, Dosse vuelve sobre algunos tópicos vistos en el texto dedicado a De Certeau en la medida en que profundiza sobre la idea de la “contemporaneidad de lo no contemporáneo”. Para el autor la singularidad de la noción historia del tiempo presente radica principalmente desde la idea de Koselleck del “espacio de experiencia” de todo pasado en el presente. Dosse relata ciertos momentos de la historiografía francesa que van girando hacia la historización del pasado reciente, en donde figuras como Nora, Rioux, Bédarida y otros van fomentando esta nueva tendencia que rompe con la visión ortodoxa de la disciplina. El mayor aporte, según mi apreciación, es la relación que hace Dosse entre esta nueva tendencia y la tesis de Hartog de que vivimos en un nuevo régimen de historicidad llamado presentismo. Un presente dilatado, en donde la discusión memorial gana terreno y en donde la moderna disociación entre espacio de experiencia y horizonte de espera queda sin lugar, dando origen a una crisis de la idea de futuro. La idea ricoeuriana de “estar afectado por el pasado” sirve de aliciente para tomar en serio la tesis de Hartog y de Koselleck en cuanto a que el historiador de hoy debe poner atención a la conciencia histórica y su relación con la temporalidad.

La segunda parte del libro, aquella dedicada a las “singularidades”, parte con un estudio dedicado a la nueva valoración del *acontecimiento*: “El acontecimiento: entre Kairos y Huellas”, texto<sup>3</sup> que el autor publicara originalmente en francés en el libro *Paul Ricoeur: penser la mémoire* (dirigido por él y por Catherine Goldenstein), fruto a la vez del seminario dedicado a los diez años de la publicación de la gran obra de Ricoeur *La memoria, la historia el olvido* (La mémoire, l’histoire, l’oubli : 10 ans après, París, 2-4 diciembre 2010). Allí, Dosse se esfuerza por argumentar que existe una nueva valoración del acontecimiento, distinta de la que los historiadores del siglo XIX defendían. Ahora lo acontecido se piensa desde múltiples temporalidades y no desde la linealidad del tiempo. Indecible solamente desde su efectación, el acontecimiento –en esto Dosse sigue a Derrida– queda siempre abierto hacia lo que el devenir pueda decir de él. Ricoeur forma parte importante de esta nueva valoración de lo acontecido, en la medida en que es el *sentido* el que configura las miradas y las nociones en el tiempo de los acontecimientos pasados. Acudiendo a la teoría de la narratividad en Ricoeur, Dosse sitúa el decir del acontecimiento como parte de una “huella narrativa”, dotando de temporalidad al discurso historiográfico. La experiencia del tiempo desde los tres momentos propuestos por Ricoeur en los tres tomos de *Tiempo y narración* –la prefiguración práctica, la configuración epistémica y la reconfiguración hermenéutica– es retomada por Dosse para mostrar la imposibilidad de objetivación de cualquier acontecimiento. Incluso se nos interpela que la misma escritura de la historia es

<sup>3</sup> Una parte del texto está en el libro citado; cabe detallar que en la versión en español que reseñamos el texto ha sido aumentado.

en sí un acontecimiento. Lo acontecido debe pensarse, según Dosse, desde las huellas que nos deja y desde su diacronía.

En este sentido, el libro ofrece un segundo momento dedicado al problema en cuestión, ahora desde la pluridisciplinariedad. Se repite la impronta de la historicidad y el problema temporal. Dosse repasa el llamado “eclipse del acontecimiento” (concepto ricoeuriano) y los vaivenes desde el estructuralismo como modelo que observa el acontecimiento como un problema aleatorio y, como se ha dicho, no se detiene en el problema de la temporalidad.

Así como el acontecimiento tiene un nuevo valor historiográfico, el libro se detiene en la nueva impronta de la biografía. Dosse ha dedicado esfuerzos los últimos años en sendas biografías intelectuales de nombres como Nora, Ricoeur, Castoriadis y otros. “Las mil y una vidas de la biografía” es un artículo que intenta poner énfasis en las nuevas rutas que la biografía puede entregar para la comprensión no solamente del personaje en cuestión, también de su tiempo. Resulta esclarecedor –y no tan novedoso para quien ha seguido la dedicación de Dosse en el pensamiento de Ricoeur– la propuesta de comprender una biografía bajo el concepto de “identidad narrativa” propuesto por Ricoeur. El filósofo francés distingue la identidad entendida como lo mismo (*idem*) e identidad entendida en el sentido del sí-mismo (*ipse*). Será la segunda de las opciones en que el biógrafo se encontrará con el personaje trastocado en el tiempo. La idea del sí-mismo se aboca a la acción del yo sobre el otro (y recíprocamente).

El libro también contiene una entrevista hecha a François Dosse por el portal *nonfiction.fi*; en donde se pueden apreciar los recorridos de la historiografía francesa y algunas razones esgrimidas por el autor a favor de ciertos virajes hacia una historiografía reflexiva, hermenéutica y epistemológica. Se puede, desde la entrevista, ahondar en cuestiones que el autor ha explicitado en pasajes del libro: la relación memoria/historia, Ricoeur, hermenéutica, la vuelta al acontecimiento, etc.

Cabe criticar ciertos problemas en la edición del texto. Por ejemplo, en los dos primeros estudios no hay lugar para las citas, en vista y consideración de que en los originales sí las hay, asunto para el cual el autor (personalmente me lo ha explicado) no tiene respuesta<sup>4</sup>. Fuera del error, el libro da cuenta de una serie de nuevas “posibilidades” para los historiadores. Cabe destacar dos aspectos que el libro entrega: la importancia de los aportes de Ricoeur a la historiografía y la cada vez más aceptada tesis propuesta por Hartog de los regímenes de historicidad y del presentismo como la relación social del tiempo que nuestras sociedades occidentales presentan. Tales reflexiones no pueden estar ajenas –en eso el libro cubre toda expectativa– a cómo pensamos y escribimos la historia.

DANIEL OVALLE PASTÉN  
Programa Doctorado en Historia  
Universidad de Chile

<sup>4</sup> Pude conversar con François Dosse en su casa en noviembre del 2014, por efectos de una estada de investigación que realicé en París gracias a una beca otorgada por la Embajada de Francia en Chile. Agradezco al profesor Dosse su buena voluntad para con mis inquietudes.

Leonora Reyes Jedlicki

*La escuela en nuestras manos, Las experiencias educativas de la Asociación General de Profesores y la Federación Obrera de Chile (1931-1932)*

Santiago, Editorial Quimantú, Colección Aprobar, Serie Atizar y Colectivo Diatriba, 2014 (no registra ISBN)

No tanto como se desearía, está avanzando la historiografía de la educación chilena en el último lustro. El libro que se reseña, entre otras virtudes, hace un interesante arqueo de trabajos antiguos y recientes en este campo, lo que me ahorra referencias que fundamenten mi moderado optimismo al respecto.

Teniendo como base capítulos de su tesis doctoral<sup>1</sup>, Leonora Reyes profundiza su inicial aporte al campo del conocimiento sobre el pasado y presente de la educación. La obra que se reseña se mueve en dos planos: por una parte, una rotunda toma de posición respecto a la educación y la sociedad de hoy, y por otra, un aporte bienvenido a la visualización de actores, momentos y procesos poco explorados de la educación del siglo pasado.

En el primer plano, la autora expone su voluntad política, explicitada largamente en la introducción y en las conclusiones del libro. Como lo adelanta su título, el segundo plano, propiamente historiográfico, se refiere principalmente a dos casos de movimientos y doctrinas que desafiaron el ordenamiento social y educacional de la tercera década del mil novecientos. El juego entre ambos planos es legítimo y honestamente explicitado. Pero es sanamente debatible.

En efecto, Leonora Reyes comienza explicitando una visión: “Chile, una historia de movilizaciones por la educación”, crítica de una construcción institucional desde arriba, mediante complejas decisiones de los grupos de poder, mientras que prácticas, propuestas y discursos pedagógicos gestados en la sociedad civil han quedado ocultos. No tanto por obra de la fuerza fáctica, como mediante “negociaciones cruzadas por intensos conflictos e intentos de reconstruir un control hegemónico”. En otras palabras, invisibilizadas bajo el paradigma del “consenso educativo”(p. 17). El ejemplo más reciente de “camino tortuosos” sería la Ley General de Educación, de 2009. Por su parte, las luchas y demandas estudiantiles iniciadas en 2001 y sostenidas hasta hoy serían las expresiones hoy visibles de la capacidad de las comunidades para cambiar la educación. Esta dialéctica lleva a la autora a encontrar otros símiles en el pasado de la república. Todo ello, para cumplir el propósito declarado de “evidenciar cuestiones estratégicas relacionadas con las movilizaciones de esta década” (p. 32).

Siempre en afán introductorio, la autora alude a diversas corrientes intelectuales que, en distintos momentos, habrían ido más allá del enfoque institucional de la educación hasta acercarse a la Nueva Historia Social. Este paradigma, aplicado al campo socio-educacional, la mueve a dar “visibilidad a lo que permanece más sombrío en la trayectoria de una crisis educativa, los planteamientos, las reflexiones, la producción y proyección de prácticas y

<sup>1</sup> Reyes, Leonora (2005), *Movimientos de Educadores y construcción de política educacional en Chile (1921-1932 y 1977-1994)*. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

propuestas educativas desde el quehacer del movimiento social...[para] ir tejiendo, día a día, junto a nuestros colectivos, y en forma auto-determinada, un proyecto educativo que devuelva a los pueblos su capacidad de transformar y determinar sus propios proyectos educativos” (p. 37).

En el plano más convencionalmente historiográfico, Leonora Reyes avanza en el conocimiento de dos casos de movimientos y propuestas: la reforma integral de la educación pública de la Asociación General de Profesores y las “escuelas racionalistas federadas”, de la Federación Obrera de Chile, FOCH.

El examen del primer caso parte con una mirada a la crisis del modelo oligárquico en la educación, en el paso del siglo XIX al XX, y su reemplazo por el Estado Docente, proceso que ha sido objeto de diversas interpretaciones a las que se añade la de Leonora Reyes: un juego entre sectores de la elite a través de “pactos educacionales” que hay que entender más como imágenes que como hechos formalizados. El mayor aporte del libro al conocimiento de este período, a mi juicio, no está en la identificación de los demonizados pactos o consensos, sino en el análisis de un conflicto suscitado por la irrupción del movimiento de los preceptores primarios organizados en la Asociación General de Profesores. Se evocan su reacción frente al Estado Docente y a la Ley de Educación Primaria de 1920 y en especial, coyunturas como su participación en comicios populares y paros en 1924 y 1925, una audiencia concedida por el presidente Alessandri a los dirigentes de la Asociación y las consiguientes represiones oficiales. Pero el mayor interés y aporte del libro están en la documentada caracterización de la “subversividad” de la Asociación, como feminista, a-partidista, “a-patriota” y solidaria con otros movimientos sociales. También, en su apropiación “localista” de las ideas de la Escuela Nueva.

El análisis del caso concluye con el reconocimiento que la subversiva Asociación de Profesores “pactó” con el dictador Ibáñez, logrando que buena parte de su proyecto fuera cooptado en forma del significativo Decreto 7.500, de diciembre de 1927, y materializado en un fugaz intento de “reforma integral” de la educación durante nueve meses de 1928.

El segundo caso implica a la muy estudiada Federación Obrera de Chile, pero más específicamente a la poco conocida iniciativa de impulsar la creación de alternativos espacios educacionales para los niños: las “escuelas racionalistas” que la autora documenta adecuadamente. Previamente, la autora sigue la hebra de diversas propuestas e iniciativas de educación popular de inspiración católica o laico-liberales, que anteceden a la alternativa de escolarización infantil de la FOCH. Esta última organización, junto con promover la formación clasista de los obreros, levantó un puñado de alternativas escuelas primarias de carácter “racionalista”, inspiradas en la pedagogía anarco-libertaria del español Francisco Ferrer Guardia. Así, el libro de Leonora Reyes enriquece el saber sobre la educación escolar de la época y también el referido al viejo movimiento obrero chileno.

Finalmente, cabe una pregunta ¿Por qué no considerar también a otro actor de la misma época, la Federación de Estudiantes de Chile, FECH, para completar el parangón entre procesos de antaño y hogaño? Sería muy evocativo el estudio de los procesos de generación, fortalecimiento y ocaso de otros movimientos sociales del tipo de los que hoy campean.

IVÁN NÚÑEZ PRIETO  
Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, PIIE.  
Premio Nacional de Educación 2015

Ignacio Vidaurrázaga

*Martes once. La primera resistencia.*

LOM, Santiago de Chile, 2013, 330 págs, ISBN 978-956-00-0468-0.

Es –era– el libro que quisiéramos haber escrito.

Ya no se podrá.

Me regocijo de ello. Ignacio Vidaurrázaga lo ha hecho de un modo que no me cabe superar en esta vida y en la otra. No, al menos, con su talento.

Con llaneza y exactitud de estilo, nos da en dos partes bien acopladas la historia de la resistencia preliminar a la insurrección militar de septiembre de 1973. O sea, durante ese “día cero” que para todos significó el Martes Once. La primera, conformada por 9 capítulos, es el pan ácimo del relato. La otra, compone su levadura: se trata del cúmulo de voces y testigos que le han permitido a este periodista-historiador levantar prácticamente la obra; incluidas las testificatas de oficiales y gente de tropa.

Una bibliografía estrecha en volumen pero apropiada y eficaz completa el dispositivo de fuentes y referencias que aseguran la solidez de la pesquisa.

Su propósito está límpidamente determinado en la Presentación del texto: combatir el *negacionismo*, sobre todo el de una izquierda instalada que soslaya o desmiente la existencia de una resistencia armada algo más intensa de lo tolerable al golpe castrense de septiembre (p. 14).

Tal recelo es entendible. Las organizaciones irregulares, los depósitos de armas automáticas y varios piquetes involucrados en combates callejeros durante la rebelión castrense –se teme– ayudarían a oxigenar la tesis defendida por la historiografía conservadora de un ejército paralelo al acecho de las instituciones civiles y castrenses con el objetivo de tumbarlas mediante un golpe *desde arriba*, digitado por la propia administración de Salvador Allende y las fuerzas políticas de su fracturada coalición; maniobra frustrada por el “golpe preventivo” lanzado concertadamente esa mañana por las fuerzas armadas y policiales del Estado. Al cabo, ese guión brotó del magín de un historiador reconocido –Gonzalo Vial Correa– y representaba la variante más violenta de la ficción. La menos cruenta –la de Aylwin– hablaba de un “golpe de Praga”, algo similar al checoslovaco de 1948, sin mucha sangre pero con la presencia disuasiva de batallones obreros bien realizados, hubiera dicho Maiakovski, por la elegancia innegable del “camarada Máuser”<sup>1</sup>.

No hubo tal.

La depurada recuperación de Vidaurrázaga sugiere que los partidos de gobierno y sus dirigencias responsables estaban distantes de alistarse a lanzar un “putsch rojo” anticipado (pp. 90-120). Al revés, fueron sorprendidos estáticos, sin una conformación militar avanzada y con mando centralizado, si bien en los dos años precedentes se había conseguido levantar fuerzas de choque en estado seminal y proveerlas de fusiles de asalto, lanzacohetes y parque

<sup>1</sup> Irónica y enigmática, una columna editorial aparecida en la influyente revista izquierdista *Punto Final* (número 190 del martes 12 de agosto de 1973), en la antesala del golpe de Estado, decidió intitularse “Tiene la palabra el camarada Mauser”, evocatorio del poema de Maiakovski.

(Id.). Los optimistas de siempre pensaban que si se lograba ensamblarlas con contingentes obreros, estudiantiles y de pobladores se podía contener y, a la postre, doblegar la insurrección reaccionaria en una confrontación netamente urbana, librada principalmente en el radio santiaguino. Los instructores cubanos de esas incipientes formaciones se empeñaron en adiestrarlas precisamente en la táctica de combate en localidades y en técnicas de “caza-tanques”, apostando a generar “cinco o seis focos grandes” de resistencia, disgregar a las unidades insurrectas y, en el supuesto ideal de que se mostraran divididas ante el “pronunciamiento”, “generar una respuesta militar contundente” (p. 106).

Naturalmente, en el marco de la constitución de 1925 y del estatuto de garantías acordado entre Salvador Allende y la dirección del Partido Demócrata Cristiano chileno, que vedaba expresamente al gobierno de la Unidad Popular la formación de milicias y fuerzas paramilitares al margen de las reconocidas por la ley fundamental, autorizarlas o protegerlas de cualquiera forma y en cualquiera circunstancia, sobrepasaba el Estado de derecho vigente, por “burgués” que éste fuera. Tales *aparatos* eran reales y, por extensión simple, ilegales. Mas, a mediados de 1973, el gobierno y los partidos centrales de su alianza partidaria (comunistas y socialistas) habían decidido correr ese albur. La extrema derecha, que consiguió instalar entretanto su propia “guerrilla” urbana y practicaba sin dobleces el terrorismo contra el Estado y los partidos gubernamentales, se aducía en conveniente sordina, lo venía haciendo desde antes de la toma de posesión de Salvador Allende.

*Martes once* termina así por disipar la ilusoria pretensión de cierto “progresismo historicista” que quisiera seguir retocando a pincella imagen de una izquierda absolutamente desarmada y sin ninguna voluntad de combate la mañana aquella.

Es verdad, y el libro se ocupa de ratificarlo, que la aplastante mayoría de los partidos de la UP se dispersaron sin lucha y a su militancia no le pasó por las mientes tomar el rifle vindicativo. Con todo, aunque hayan sido librados por una minoría voluntariosa, hubo en Santiago más conatos y combates que lo habitualmente aceptado. El autor, en un relato que recuerda desde muy lejos la perspectiva multivocal desplegada modernamente por Cornelius Ryano, Dominique Lapierre y Larry Collins en sus propias reconstrucciones narrativas, desgrana los tiempos, escenarios y protagonistas de una jornada guerrera que trascendió la defensa del palacio de gobierno, la casa presidencial de Tomás Moro y la circunferencia gris de la fábrica Indumet.

El relato de Vidaurrázaga no es, pese a todo, enteramente consecuente con el deber kantiano de iluminar sus propios hallazgos. Hablamos de las mismas hebras que la historiografía, la crónica y la memorística acumulada durante la última década se han hecho cargo de traer a la luz. Verbigracia, que la oposición armada al golpe únicamente era plausible con arsenales de alguna calidad y un provisor calificado. Lo que nos lleva derecho a la cuestión de la intervención cubana, someramente tratada por el libro en reseña.

La parte gruesa del armamento y la munición empleada ese día por los partisanos urbanos de la UP fueron, en efecto, suministradas con antelación por los servicios secretos de La Habana a través de sus redes clandestinas. Ulises Estrada Lescaille, el “jefe de operaciones chilenas” del Departamento General de Liberación Nacional, dependencia del Ministerio del Interior de Cuba, el oficial de inteligencia “en terreno” destacado en Chile por el primer ministro Fidel Castro Ruz y Manuel Piñeiro Losada (cabeza directora de aquel órgano conspirativo), con el mandato categórico de preparar los planes de defensa del gobierno de Allende y la consiguiente contraofensiva popular armada contra un alzamiento golpista, le confesó a Tanya Harmer que en todo el periodo, Cuba pertrechó con “un total combinado

de tres mil armas” a los partidos Socialista, Comunista y Movimiento de Acción Popular Unitario, sin considerar al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, que recibió una fracción “antes de mayo de 1972”<sup>2</sup>. La asistencia de la mayor de las Antillas contempló así mismo, aparte del entrenamiento guerrillero impartido a “cientos de miristas”, el otorgado a “alrededor de dos mil chilenos, tanto en Chile como en Cuba”<sup>3</sup>.

La planificación cubana se orientó a gestar primero una contención del golpe y luego una contraofensiva desde la periferia pobre de Santiago con respaldo del armamento automático oculto en depósitos colocados en ángulos clave de la ciudad capital. Estrada y el comité de agentes isleños comprometidos en la operación, sin embargo, estuvieron a un tris de infartarse apenas se enteraron de que Allende había discutido ese proyecto defensivo con los generales Carlos Prats, comandante en Jefe del Ejército chileno, y a José María Sepúlveda, General Director de Carabineros; infidencia innecesaria, alegaron, tratándose de hombres leales al Presidente pero muy distantes de las posiciones revolucionarias mantenidas por la izquierda castrista. Los oficiales antillanos quedaron minados por la sospecha de si Pinochet conoció o no el diseño defensivo cubano una vez que sustituyó a Prats en la Comandancia en Jefe de su arma y accedió plenamente a los archivos de la repartición<sup>4</sup>.

El edificio de la embajada, a su vez, terminó convertido en baluarte, santabárbara y pequeña posta hospitalaria. Inclusive con quirófano para atender a los heridos en una contienda que se juzgaba insoslayable e intensa<sup>5</sup>. Castro mismo le participó en 1974 a Erich Honecker, según verificó Piero Gleijeses, que personalmente dio órdenes a su legación en Santiago, algunas semanas antes del levantamiento militar, de almacenar armas suficientes “para un batallón”, sin dejar fuera del listado equipo antitanque, para el PC chileno, que finalmente no las recogió<sup>6</sup> pero fue transferido pos-golpe a las células del MIR<sup>7</sup>. Las que se internaron y terminaron embarrilados en las bodegas de la casa presidencial de Tomás Moro y abastecieron a la guerrilla improvisada que en la zona sur de Santiago hostilizó con algunos estragos a las tropas alzadas durante las refriegas del 11<sup>8</sup>.

Empero, sería desmedido exceder los límites de la contribución cubana. El PC nativo había estructurado con paciencia benedictina un dispositivo armado clandestino<sup>9</sup>; el PS hizo lo propio<sup>10</sup> y las formaciones del MIR, con el conocimiento, anuencia y apoyo material de Allende, constituyeron la Tropa, un contingente que dispuso tempranamente, según el arreglo logrado entre el Presidente y Miguel Enríquez de cinco o seis casas de acantonamiento y

<sup>2</sup> T. Harmer, *El gobierno de Allende y la guerra fría interamericana*, Ediciones UDP, Santiago de Chile, 2013, 303.

<sup>3</sup> Id.

<sup>4</sup> Id., 301-02.

<sup>5</sup> M. Marambio, *Las armas de ayer, La Tercera-Debate*, Santiago de Chile, 2008, 121.

<sup>6</sup> Harmer, 2013, 303-04.

<sup>7</sup> Marambio, 2008, 159-70.

<sup>8</sup> Id.

<sup>9</sup> L. Corvalán, *Santiago Moscú Santiago. Apuntes del exilio*, Coirón, Madrid, 1983, 42-43.

<sup>10</sup> M. González, *Chile. La conjura. Los mil y un días del golpe*, Ediciones B, 147-50; 362-64.

preparación bélica. Allí se vivía en “acuartelamiento permanente” y “en instrucción abierta”, tanto en tareas “especializadas” cuanto en aprendizaje “militar de base”<sup>11</sup>.

No se buscaba, empero, apurar un enfrentamiento directo. Tamaños aprestos se entendían como una ineludible política de autodefensa ante una cada vez más inminente sublevación castrense apoyada por el bloque de derechas y la apertura, de fracasar la intentona, de un escenario de guerra civil. De resistir más que atacar, o de contraatacar, en síntesis.

Si en la hora undécima buena parte de estas estructuras en desarrollo y todavía inmaduras no sirvieron de gran cosa ante un golpe macizo y profesional, tal epílogo no pudo evitar que los juramentados más decididos salieran a cumplir la promesa adelantada.

No fueron todos lo que se esperaban. Pero llegaron más de los que la memoria interesada está dispuesta a reconocer.

Sin mirada lírica ni glorificación fácil, pero lleno de compasión, este elogiado libro de Ignacio Vidaurrázaga ha recogido su última lucha silente y silenciada. Esa es la que el escritor, en una afirmación heterodoxa, hace de Arnoldo Camu, mientras va a la cabeza de algunos cientos de milicianos socialistas a la brega definitiva, otro O’Higgins (p. 14).

Pensaba en el arrojo y no en la similitud de los tipos humanos, sugiere al momento de justificar ese juicio increíble.

Y es comprensible. Al hacer la recordación florida de las batallas perdidas, difícilmente habrá logrado sustraerse a la visión del viejo general de Rancagua que al frente del último contingente republicano todavía de pie, busca su redención y la de los suyos en una carga imposible a la bayoneta.

EDUARDO TÉLLEZ LÚGARO  
Universidad Bernardo O’Higgins

<sup>11</sup> E. García, *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno*, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2010, 71-72.





## DECLARACIÓN DE ÉTICA DE PUBLICACIÓN

*Cuadernos de Historia* recibe para su publicación artículos originales bajo los más altos estándares de calidad y ética, los que también aplica en todas las etapas del proceso de recepción, evaluación y edición. También acepta documentos inéditos que sean relevantes para la investigación histórica y reseñas de obras publicadas en los tres años anteriores a la impresión de los dos números semestrales.

### Responsabilidades de los editores

**Selección de artículos:** Los trabajos deben ser enviados al Director Responsable de *Cuadernos de Historia*, ciñéndose a las normas éticas y editoriales establecidas más abajo. Solo aquellos que cumplan con los requisitos formales serán sometidos a revisión de pares, una vez que el Comité Editorial establezca que el manuscrito cumple con los requisitos de alto estándar de calidad y ético. El plagio u otro tipo de comportamiento contrario a la ética será sancionado.

**Norma de confidencialidad y transparencia:** Al Director y los miembros del Comité Editorial les está prohibido revelar los dictámenes sobre el manuscrito o divulgar y discutir su contenido con terceras personas.

Tampoco podrán utilizar en sus propias investigaciones el material contenido en los artículos rechazados para su publicación, a no ser que tengan el consentimiento escrito del o de los autores

**Norma de no discriminación:** Los artículos no serán discriminados por la raza, género, orientación sexual, origen étnico, nacionalidad, ideología política o creencia religiosa del o de los autores, quien o quienes se comprometen a certificar que el material es original y no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de comunicación.

### Responsabilidades de los evaluadores

**Norma de selección y confidencialidad:** La evaluación será sometida a arbitraje doble ciego de dos miembros designados por el Comité Editorial que pertenezcan a instituciones distintas a las del autor, absteniéndose de enviarlos a quienes tengan cualquier tipo de conflicto de intereses.

Los especialistas emitirán sus informes en un plazo máximo de seis meses. En caso de discrepancia entre ellos, se someterá al arbitraje de un tercero. La dirección de la revista informará solo al autor los resultados.

**Norma de objetividad:** En caso de que el o los evaluadores sugieran cambios basados en argumentos y críticas razonables, incluyendo fuentes relevantes al tema que no hayan sido consideradas, el o los autores podrán revisar el manuscrito siguiendo las sugerencias de los árbitros.

**Norma de plazo para publicación:** Solo una vez efectuadas las modificaciones correspondientes, el Director le comunicará al autor la fecha de publicación, reservándose el derecho a incluir los artículos en el número que considere más conveniente, siempre que éste no exceda de dos años, y de efectuar modificaciones de forma al texto original cuando lo estime necesario.

**Norma de compromiso intelectual:** El o los autores son responsables del contenido y las opiniones expresadas en el texto y no representan necesariamente las de los editores.

En los artículos se indicarán las fechas de recepción y aceptación para su publicación.

### **Responsabilidades del o los autores**

**Norma de originalidad:** El o los autores son responsables de presentar un manuscrito original en el que intentarán verificar la hipótesis del trabajo, indicando claramente los resultados y los detalles de las fuentes o referencias utilizadas, a fin de que otros investigadores puedan recurrir a ellas o verificar el contexto en que se hallan.

**Norma de autoría:** El autor principal, en casos de trabajos colectivos, garantizará que todos quienes contribuyeron significativamente a la publicación aparezcan como coautores y que éstos hayan revisado y aprobado tanto la versión final del escrito como su presentación para publicación. Asegurará, además, que se trata de un trabajo propio y que no ha sido plagiado.

**Norma de reconocimiento de una conducta no ética y sanción:** En caso de descubrirse el incumplimiento de una norma ética, el Comité Editorial dará cuenta de ello a la comunidad académica mediante la divulgación de la carta dirigida al o los autores, condenando su procedimiento. La sanción incluye la inhabilidad para volver a presentar un manuscrito a *Cuadernos de Historia*.

**Norma de transparencia:** Cualquier tipo de financiamiento de la investigación debe ser consignada a pie de página con un asterisco (\*) colocado al final del título.

## **NORMAS EDITORIALES**

### ***Artículos:***

Los originales se recibirán en castellano o inglés, debiendo enviarse en formato papel tamaño carta, en versión Word, letra *Times New Roman*, cuerpo 12 para el texto, a espacio y medio; las notas a pie de página irán en tamaño 10 y los márgenes tendrán tres cm en todos sus costados, numerados en el borde inferior derecho. Su extensión no deberá superar las 25 carillas, incluyendo gráficos, fotografías y bibliografía. El nombre del o de los autores debe(n) alinearse a la derecha con un asterisco que indique, como nota a pie de página, grado académico, institución a la que pertenece y dirección del

correo electrónico. A continuación del título deberá incorporarse un resumen (*abstract*) en castellano e inglés, no mayor a diez líneas, seguido de hasta seis descriptores o palabras clave que identifiquen las materias tratadas en el estudio.

En las citas bibliográficas deberán figurar apellido(s), nombre(s) del autor(es), título en cursiva cuando se trate de libro, ciudad, editorial y año, separados por comas. En los artículos, el título se citará entre comillas, y en cursiva el libro o revista en que se publicó, indicando número o volumen, año y páginas en que se localiza. En caso de citarse por segunda vez un mismo autor y obra, se señalará su apellido, el año op. cit. y el número de la o las páginas correspondientes.

*Ejemplos:*

Pereira Salas, Eugenio, *Los primeros contactos entre Chile y los Estados Unidos*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971.

Pereira Salas, 1971, op. cit., p. 83.

Meza Villalobos, Néstor, “La política indígena en el siglo XVI. Contribución a su estudio”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 112, Santiago, 1948, pp. 35-50.

En caso de tratarse de un libro o artículo con más de tres autores, se deben mencionar todos en la primera cita y en las siguientes se señalará solo el apellido del primer autor seguido de et al., el año y la página correspondiente.

*Ejemplo:*

Villalobos, Sergio; Osvaldo Silva; Fernando Silva y Patricio Estellé, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

Villalobos et al., op. cit., 1976, p. 341.

En los capítulos o secciones de un libro deberá señalarse el autor, título del trabajo, citado entre comillas, seguido de *En* el nombre del editor o compilador, título de la obra, lugar de publicación, editorial, año y las páginas en que se encuentra.

*Ejemplo:*

Izquierdo Fernández, Gonzalo, “Rasgos utópicos en iniciativas agrarias e industriales durante la primera mitad del siglo XIX en Chile”. En Gonzalo Izquierdo (Ed.), *Agricultura, trabajo y sociedad en América hispana*, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos N°3, Santiago, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1989, pp. 107-141.

Las fuentes documentales se anotarán entre comillas, especificando el archivo, fondo, volumen, legajo y fojas.

Todas las referencias bibliográficas se anotarán, en numeración correlativa, a pie de página.

Las citas directas incluidas en el texto deberán ir entre comillas y las extensas en párrafo aparte, con margen mayor al del texto, sin comillas, en tipos tamaño 10.

Ídem se utilizará cuando la cita es exactamente igual a la ya anotada. Si contiene modificaciones como número de páginas o capítulos, se empleará *Ibidem*.

### ***Documentos***

Los documentos deben incluir un resumen, y abstract de entre 5 o 6 líneas, palabras clave (*key words*) y una Introducción con datos del autor (si se conoce), indicando su valor como fuente histórica.

### ***Reseñas***

Las reseñas deben contener información completa acerca del libro comentado, incluyendo autor, título, lugar de publicación, editorial, año y número ISBN.

## **NORMAS RELATIVAS A LA PROPIEDAD INTELECTUAL**

El envío y evaluación de los manuscritos recibidos supone que el o los autores declaran ser titulares originarios y exclusivos de los derechos patrimoniales y morales de autor sobre el artículo, de conformidad a lo dispuesto en la Ley 17.336 sobre Propiedad Intelectual (Chile) y que, en caso de haber utilizado obras ajenas en la creación del artículo, ya sea de manera total o parcial, declaran contar con las correspondientes autorizaciones o licencias de uso de sus respectivos titulares o que su utilización se encuentra explícitamente amparada por la ley.

El autor libera expresamente de toda responsabilidad ulterior a *Cuadernos de Historia* por cualquiera infracción legal, reglamentaria o contractual que eventualmente cometa o hubiere cometido en relación con la obra, obligándose a repararle el perjuicio que resultare de la transgresión de éstos u otros derechos.

El autor autoriza a *Cuadernos de Historia* para que, por sí o a través de terceros autorizados expresamente por éste, ejerza los derechos que se precisan a continuación, respecto del artículo enviado:

Publicación, edición, reproducción, adaptación, distribución y venta de los ejemplares reproducidos, incluyendo la puesta a disposición del público en línea por medios electrónicos o digitales, del artículo, en idioma castellano, en todo territorio, sea o no de habla castellana, y para todo tipo de edición impresa en papel y electrónica o digital.

La presente autorización se confiere en carácter no exclusivo, gratuita, indefinida, perpetua y no revocable, mientras subsistan los derechos correspondientes y libera

a *Cuadernos de Historia* de cualquier pago o remuneración por el ejercicio de los derechos antes mencionados.

El autor podrá utilizar el material incluido en un artículo publicado en *Cuadernos de Historia*, indicando el número de la revista en que haya aparecido. Podrá, además, depositar su artículo en repositorios o bases de datos institucionales que estime conveniente.

Se permite utilizar el material incluido en *Cuadernos de Historia*, tanto a los autores como a los usuarios en general, siempre que se mencione al autor, título de la publicación original y nombre, número, año y páginas de la revista en que apareció.



## STATEMENT OF PUBLISHING ETHICS

*Cuadernos de Historia* receives original articles that meet the highest standards of quality and ethics for publishing, which are also applied in every stage of the reception, evaluation and edition procedures. We also accept unpublished *documents* that are relevant for historic research, and **reviews** of books that have been published within the three years that precede the printing of the biannual issues.

### **Liabilities of the editors**

**Selection of articles:** The works must be sent to the Director of *Cuadernos de Historia*, adhering to the ethical and editorial norms herein established. Only those that fulfil the formal requirements will go through the peer review, once the Editorial Committee establishes that the manuscript meets the high quality and ethical standard requirements. Plagiarism and other types of behaviour that violates said ethics will be penalised.

**Confidentiality and transparency regulation:** The Director and the members of the Editorial Committee are prohibited of revealing the opinion contained within the manuscript or divulging and discussing its content with a third party. Neither will they be able to use for their own research the material contained in the articles that weren't approved for publication, unless they possess the written consent of the author or authors.

**No-discrimination regulation:** The articles won't be discriminated against based on race, gender, sexual orientation, ethnic background, nationality, political ideology or religious beliefs of the author or authors, who commit to certify that the material is original and that it hasn't been sent simultaneously to other media.

### **Liabilities of the evaluators**

**Selection and confidentiality regulation:** The evaluation will go through a double blind arbitration of two members designated by the Editorial Committee that don't belong to the same institutions as the author, refraining from sending them to anyone who has any type of clash of interests.

The specialists will submit their reports within six months. In case of discrepancy between them, a third member will arbitrate them. The magazine board will inform the results only to the author.

**Objectivity regulation:** In case the evaluator or evaluators suggest changes based on reasonable arguments and criticism, including sources relevant to the topic that haven't been considered, the author or authors will be able to check the manuscript following the suggestions of the evaluators.

**Publishing deadlines regulation:** Only once the appropriate changes have been made, the director will communicate to the author the publishing date. The editors will also



have the right to include the articles in the issue they esteem most convenient, as long as it doesn't exceed two years, and to apply any formal amendments to the original text that they consider necessary.

**Intellectual commitment regulation:** The author or authors are responsible for the content and opinions expressed in the text, which don't necessarily represent those of the editors.

The dates of reception and approval for publication will be detailed within the articles.

### **Liabilities of the author or authors**

**Originality regulation:** The author or authors are responsible for presenting an original manuscript in which they will attempt to confirm the hypothesis of the investigation, clearly identifying the results and details of the sources or references used so that other researchers may resort to them or verify their context.

**Authorship regulation:** In the case of collective works, the main author will guarantee that all those who contributed significantly to the publication appear as co-authors and that said contributors have checked and approved both the final version of the manuscript and its presentation for publishing. They will assure, as well, that the work is personal and that it hasn't been plagiarised.

**Non-ethical behaviour recognition and sanction regulation:** If a breach of the ethical regulation is discovered, the Editorial Committee will inform the academic community by means of divulging the letter addressed to the author or authors condemning their proceeding. The sanction includes the inability to present a manuscript to *Cuadernos de Historia* again.

**Transparency regulation:** Any type of research financing must be recorded by means of a footnote with an asterisk (\*) located at the end of the title.

### **Guidelines for the submissions of articles to *Cuadernos de Historia***

Articles must be sent to the Director of *Cuadernos de Historia*, and they should follow the guidelines described below. Only those articles that comply with these instructions will be sent to qualified researchers for their evaluation.

Contributions will be submitted to blind arbitration by two members nominated by the Editorial Committee belonging to institutions other than the author's. These specialists will submit their reports in a maximum period of five months. The Director of our Journal will notify the results of the evaluation to the author(s). Once the required modifications are done, the Director will inform the author of the publishing date. The Director reserves the right to include the article in any issue of the journal within two years from the date on which it was accepted, and to make minor modifications in the

style of the original text if necessary. The authors are responsible for the content and opinions expressed in the text, which will not necessarily represent the opinions of the editors.

The original text should be sent in Spanish or English. It should be computer generated, in standard 8.5 x 11-inch paper-size format, Times New Roman font size 12 pt, double-spaced, and mailed to the Director of *Cuadernos de Historia*, email address [c\\_histor@uchile.cl](mailto:c_histor@uchile.cl). All references should be in footnotes, typed in Times New Roman font size 10 pt and single-spaced. The maximum size of the articles is 25 pages, including graphics and photographs. The name(s) of the author(s) should be right-justified with a footnote indicating academic degree, institution, and email address. The title should be written in Spanish and English. Below the title, the text should include an abstract in Spanish and English, of not more than ten lines, followed by up to six keywords that identify the subjects dealt with in the articles.

Once the article is approved, the dates of reception and acceptance for publication will be incorporated into the articles.

When a book is cited for the first time, the footnote citation should include surname(s), name(s), title (in italics for book titles), place of publication, publisher, year of publication, separated by commas. When quoting articles, the author, title (in quotation marks), issue number of the journal, year and number of pages must be included. Subsequent quotes of the same text will indicate author and title, op. cit. and page number, as follows:

Pereira Salas, Eugenio, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1972.

Pereira Salas, 1971, op. cit., p. 83.

Meza Villalobos, Néstor, “La política indígena en el siglo XVI. Contribución a su estudio”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 112, Santiago, 1948, pp. 35-50.

In the case of a book or articles with more than 3 authors, all authors should be mentioned in the first footnote. The following references should only mention the first author followed by et. al., year and page number(s).

Villalobos, Sergio; Osvaldo Silva; Fernando Silva y Patricio Estellé, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

Villalobos et al., op. cit., 1976, p. 341.

Chapters or sections of a book should indicate the author of that section and the title followed by “en”, and the editor, title of the book, city, editorial, year and page numbers:

Izquierdo Fernández, Gonzalo, “Rasgos utópicos en iniciativas agrarias e industriales durante la primera mitad del siglo XIX en Chile”. En Gonzalo Izquierdo (Ed.),

*Agricultura, trabajo y sociedad en América Hispana*, Serie Nuevo Mundo Cinco Siglos n° 3, Santiago, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1989, pp. 107-141.

Documentary materials should be presented between quotation marks, indicating archive, volume and page number.

All works cited should be cited in footnotes.

Other contributions:

Documents must include an abstract of 5 or 6 lines, keywords and an Introductory information about its importance as and historical source.

Book reviews will be sent with the complete information about the work reviewed, including author, title, place of publication, editorial and ISBN number.

All accepted collaborators will receive a printed copy of *Cuadernos de Historia* and ten printed copies of his or her article, separately.

## **ETHICAL STANDARDS**

### **INTELLECTUAL PROPERTY**

The remittance and evaluation of received manuscripts will assume that the author(s) acknowledge(s) being the primary and exclusive title holder(s) of the proprietary and moral rights over the article, in accordance with the provisions of the Law 17.336 on Intellectual Property (Chile), and that if they have used, be it totally or partially, someone else's work for the creation of the article, they declare having obtained the respective consents or license of use of their respective title holders, or that their use is explicitly enshrined in the law.

The author(s) expressly release(s) *Cuadernos de Historia*, from any subsequent responsibility for any legal, statutory, or contractual violation it might fortuitously commit or have committed regarding the work, thereby committing themselves to repair any damage which might result from the violation of these or other rights.

The author gives permission to *Cuadernos de Historia*, to exercise, by itself or by means of a third party expressly authorized by the aforesaid Center, those rights which are specified below regarding the article that has been sent:

Publication, edition, reproduction, adaptation, distribution, and sale of the reproduced copies, including making online versions available to the public by electronic or digital means.

The present authorization is conferred in a non-exclusive, free, unlimited, perpetual, and irrevocable character while the corresponding rights endure, and releases *Cuadernos de Historia* from any payment or remuneration for the exercise of the aforesaid rights.

The author will be able to use the material included in an article published in *Cuadernos de Historia*, by providing the issue number of the journal in which it appeared. The author also has the right to deposit his/her article in repositories or institutional data-bases.

Permission to use the material included in articles published in *Cuadernos de Historia* is granted both to the author(s) and users in general, provided reference is made to the author and the original publication.



## NORMAS PARA OS COLABORADORES DE *CUADERNOS DE HISTORIA*

Os trabalhos devem ser enviados ao Diretor Responsável de *Cuadernos de Historia*, ajustando-se às normas estabelecidas abaixo. Somente aqueles que cumpram os requisitos formais descritos mais adiante serão submetidos à revisão por pares.

A avaliação será submetida à arbitragem cega de dois membros designados pelo Comitê Editorial pertencentes a instituições diferentes da do autor. Os especialistas emitirão seus relatórios em um prazo máximo de cinco meses. A direção da revista informará o autor dos resultados. Só depois de efetuadas as modificações correspondentes, a data de publicação será comunicada ao autor, reservando-se o direito de incluir os artigos no número que se considere mais conveniente –sempre que este não exceda os dois anos– e de efetuar modificações formais no texto quando se considere necessário. “O” ou “os” autores são responsáveis pelo conteúdo e pelas opiniões manifestadas no texto que não representam, necessariamente, as dos editores.

Nos artigos se indicarão as datas de recebimento e aceitação da publicação.

Os originais serão recebidos em castelhano ou inglês, devendo ser enviados no formato papel, tamanho carta, versão Word, letra *Times New Roman*, corpo 12 para o texto, e espaçamento um e meio entre linhas; as notas de rodapé devem ser incluídas em tamanho 10 e as margens terão três cms. em todos os lados, numerados na borda inferior direita. Sua extensão não deverá superar as 25 páginas, incluindo gráficos, fotografias e bibliografia. O nome “do” ou “dos” autores deve(m) alinhar-se à direita com um asterisco que indique, como nota de rodapé, o grau acadêmico, instituição à que pertence e o endereço do correio eletrônico. Depois do título deverá incorporar-se um resumo (*abstract*) em castelhano e inglês, com um limite de dez linhas, seguido de, no máximo, seis descritores ou palavras-chave que identifiquem as matérias tratadas no estudo.

Nas citações bibliográficas deverão figurar sobrenomes(s), nome(s) do(s) autor(es), título em itálico (quando for um livro), cidade, editora e ano, separados por vírgula. Nos artigos, o título se citará entre aspas (e em itálico o livro ou revista em que se publicou) indicando o número ou volume; e o ano e página em que se encontra. Quando um mesmo autor e obra forem citados pela segunda vez, se indicará seu sobrenome, o ano op. cit. e o número “da” ou “das” páginas correspondentes.

*Exemplos:*

Pereira Salas, Eugenio, *Los primeros contactos entre Chile y los Estados Unidos*, Santiago, Editora Andrés Bello, 1971.

Pereira Salas, 1971, op. cit. p. 83.

Meza Villalobos, Néstor, “La política indígena en el siglo XVI. Contribución a su estudio”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 112, Santiago, 1948, pp. 35-50.

No caso de um livro ou artigo com mais de três autores, todos devem ser mencionados na primeira citação e nas seguintes se indicará somente o sobrenome do primeiro autor seguido de *et al.*, e do ano e da página correspondentes.

*Exemplo:*

Villalobos, Sergio; Osvaldo Silva; Fernando Silva e Patricio Estellé, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

Villalobos et al, op. cit., 1976 p. 341.

Nos capítulos ou sessões de um livro deverá indicar-se o autor e o título do trabalho, citado entre aspas, seguido de *Em* o nome do editor ou compilador, título da obra, lugar de publicação, editora, ano e as páginas em que se encontra.

*Exemplo:*

Izquierdo Fernández, Gonzalo, “Rasgos utópicos en iniciativas agrarias e industriales durante la primera mitad del siglo XIX en Chile”. Em Gonzalo Izquierdo (Ed.), *Agricultura, trabajo y sociedad en América hispana*, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos Nº 3, Santiago, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1989, pp. 107-141.

As fontes documentais se anotarão entre aspas, especificando arquivo, fundo, volume, item documental e folhas.

Todas as referências bibliográficas se anotarão, com numeração correlativa, no rodapé da página.

As citações diretas incluídas no texto deverão ir entre aspas e as extensas em parágrafo separado, com margem maior que a do texto e corpo tamanho 10.

Ídem. será utilizado quando a citação for exatamente igual à já anotada. Se contiver modificações como número de páginas ou capítulos, se empregará *Ibidem*.

Outras contribuições:

Os Documentos devem incluir um resumo e abstract de entre 5 ou 6 linhas, palavras-chave (*keywords*) e uma Introdução com dados do autor (se se conhece), indicando seu valor como fonte histórica.

As resenhas devem conter informação completa sobre o livro comentado, incluindo o autor, título, lugar de publicação, editora, ano e número ISBN.

## NORMAS ÉTICAS

### PROPRIEDADE INTELECTUAL

O envio e a avaliação dos manuscritos recebidos supõe que “o” ou “os” autores declaram ser titulares originários e exclusivos dos direitos patrimoniais e morais de autor sobre o artigo, em conformidade ao disposto na lei 17.336 sobre Propriedade Intelectual (Chile) e que, em caso de haver utilizado obras alheias na criação do artigo, seja de maneira total ou parcial, declaram contar com as respectivas autorizações ou licenças de uso de seus respectivos titulares ou que sua utilização se encontra expressamente amparada pela lei.

O autor libera, expressamente, *Cuadernos de Historia* de qualquer responsabilidade posterior por qualquer infração legal, regulamentária ou contratual que eventualmente cometa ou tenha cometido em relação à obra, obrigando-se a restituir-lhe de todo prejuízo econômico que seja resultado deste ou outros direitos.

O autor autoriza *Cuadernos de Historia* a –por sua conta ou através de terceiros autorizados expressamente por este– exercer os direitos detalhados a continuação, com respeito ao artigo enviado:

Publicação, edição, reprodução, adaptação, distribuição e venda dos exemplares reproduzidos, incluindo a disposição pública na internet (por meios eletrônicos ou digitais) do artigo, no idioma castelhano, em todo o território conhecido, seja ou não seja de fala castelhana, e para todo tipo de edição impressa em papel, eletrônica ou digital.

A presente autorização se confere em caráter não exclusivo, gratuita, indefinida, perpétua e não revogável, enquanto subsistam os direitos correspondentes e, libera *Cuadernos de Historia* de qualquer pagamento ou remuneração pelo exercício dos direitos antes mencionados.

O autor poderá utilizar o material incluído em um artigo publicado em *Cuadernos de Historia*, indicando o número da revista em que haja aparecido. Poderá, além disso, depositar seu artigo em repositórios ou bases de dados institucionais que considere conveniente.

Permite-se utilizar o material incluído em *Cuadernos de Historia*, tanto aos autores como aos usuários em geral, sempre que se mencione o autor e a publicação original na revista.





## CUADERNOS DE HISTORIA

### SUSCRIPCIONES Y VENTAS

Suscripción anual: dos números, incluyendo envío aéreo

Chile: \$ 22.000 (veintidós mil pesos)

Extranjero: US\$ 90 (noventa dólares)

Números sueltos: Chile \$12.000 (doce mil pesos)

Extranjero US\$ 50 (cincuenta dólares)

Formas de pago:

- a) Cheque nominativo a la orden de Universidad de Chile
- b) Transferencia bancaria a la Cuenta Corriente N° 3980074-8,  
Banco Santander, Santiago

Distribución y ventas: Facultad de Filosofía y Humanidades  
Capitán Ignacio Carrera Pinto 1025, Ñuñoa, Santiago  
(Lunes a jueves de 14.30 a 18 horas)  
Teléfono: 229787054  
Correo electrónico: c\_histor@uchile.cl

---

### ORDEN DE PEDIDO

Nombre y Apellidos \_\_\_\_\_

Razón Social \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ País \_\_\_\_\_ Código Área \_\_\_\_\_

Teléfono \_\_\_\_\_ Fax \_\_\_\_\_ E-mail \_\_\_\_\_

Año de Suscripción \_\_\_\_\_ Número(s) \_\_\_\_\_

Fecha de la solicitud \_\_\_\_\_

Firma \_\_\_\_\_



## CUADERNOS DE HISTORIA

e-mail: [c\\_histor@uchile.cl](mailto:c_histor@uchile.cl)

ISSN 0716-1832

*Cuadernos de Historia*, fundada no ano de 1980, recebe para sua publicação artigos originais de investigação nos distintos campos da disciplina, buscando sua contribuição para difundir os avanços alcançados, incentivando o debate metodológico e o intercâmbio acadêmico entre os que cultivam diferentes correntes historiográficas, tanto nacionais como estrangeiras. Também aceita documentos inéditos, precedidos de uma introdução comentada sobre a relevância e resenhas de livros publicados por historiadores nos últimos três anos anteriores ao aparecimento do respectivo número.

A originalidade e qualidade da investigação será submetida a arbitragem cega de dois membros designados pelo Comitê Editorial.

*Cuadernos de Historia* é editado semestralmente (junho e dezembro) pelo Departamento de Ciências Históricas da Faculdade de Filosofia e Humanidades da Universidade de Chile. Representante legal é o Reitor Professor Ennio Vivaldi Véjar, localizado no endereço: Avda. Libertador Bernardo O'Higgins n°1058. Santiago de Chile.

# CUADERNOS DE HISTORIA 44

Santiago de Chile

June of 2016

SUMMARY

## Articles

- From Titicaca to Guayrá: Saint Thomas's great journey according two chroniclers ..... 7-27  
*Marcela Pezzuto*
- From the Jesuits to the administration of Temporalities. The patrimony of the Society of Jesus and slave labour in the Rio de la Plata (late 18th century) ..... 29-56  
*María Valeria Ciliberto*
- Reflections on the link between labor movement and left in Argentina. The metallurgical case between 1916 and 1943 ..... 57-79  
*Hernán Camarero y Diego Ceruso*
- Domestic politics and international politics in Gabriel Gonzalez Videla, 1946-1952. The shadow of cold war ..... 81-100  
*Cristián Garay Vera, Ángel Soto y Valeska Troncoso*
- History and historiography of anarchism in Chile (1980-2015) ..... 101-137  
*Eduardo A. Godoy Sepúlveda*
- Henri Marrou criticism to *historical positivism*. The return of the *subject* in the development of historical knowledge ..... 139-181  
*Rodrigo Ahumada Durán*

## Books Reviews

- Freddy Timmermann. *El gran terror. Miedo, emoción y discurso. Chile, 1973-1980* ..... 185-187  
(Pablo Aravena Núñez)
- Benjamín Silva, compilador. *Historia social de la educación chilena, Tomo I, Instalación auge y crisis de la reforma alemana. Agentes escolares* ..... 188-191  
(Iván Núñez Prieto)
- François Dosse. *El Giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades* ..... 192-195  
(Daniel Ovalle Pastén)
- Leonora Reyes Jedlicki. *La escuela en nuestras manos, Las experiencias educativas de la Asociación General de Profesores y la Federación Obrera de Chile (1931-1932)* ..... 196-197  
(Iván Núñez Prieto)
- Ignacio Vidaurrázaga. *Martes once. La primera resistencia* ..... 198-201  
(Eduardo Téllez Lúgaro)